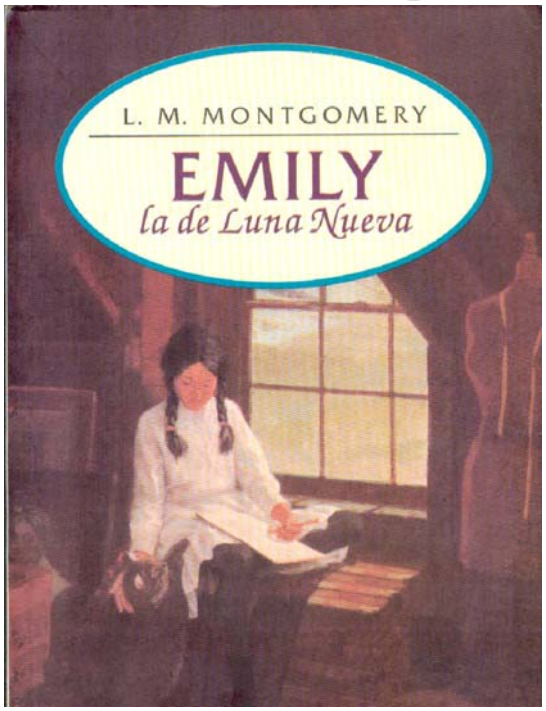
LIBRO dot.com

Emily la de la Luna Nueva

L. M. Montgomery



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

1

LA CASA DE LA HONDONADA

La casa de la hondonada quedaba "a un kilómetro de cualquier parte", según decía la gente de Maywood. Estaba situada en un vallecito cubierto de césped y parecía no haber sido construida como otras casas, sino haber crecido allí, como un gran hongo castaño. Se llegaba a ella por un largo camino verde y estaba casi oculta a la vista por un círculo de abedules jóvenes. Desde ella no se vela ninguna otra casa, pues el pueblo quedaba del otro lado de la colina. Ellen Greene decía que era el lugar más solitario del mundo y juraba que no se habría quedado allí ni un día solo, de no ser porque le daba pena la niña.

Emily no sabia que se compadecían de ella ni sabia que quería decir la palabra soledad. Ella tenía compañía suficiente. Estaban papa, Mike y Saucy Sal. La Señora Viento siempre andaba por los alrededores y había árboles: Adán y Eva, y el Pino Gallo y las amistosas señoritas abedules.

Y, además, estaba "el destello". Ella nunca sabía cuando vendría, y la expectativa la mantenía emocionada y expectante. Emily había salido a caminar bajo la fría luz del atardecer. Durante toda su vida recordó aquel paseo muy vívidamente, tal vez por una cierta belleza misteriosa que hubo en él, tal vez porque él, destello" le llegó por primera vez en semanas, pero más probablemente por lo que sucedió al regresar del paseo.

Había sido un día gris y frío de principios de mayo, con una amenaza de lluvia que no llegaba a cumplirse. Papá había estado todo el día recostado en el diván de la salita. Había tosido mucho y casi no le había hablado a Emily, lo cual era en él algo muy inusitado. Había estado casi todo el tiempo con las manos entrelazadas por debajo de la cabeza y los grandes ojos azules, oscuros y hundidos, fijos, soñadores y sin verlo, en el cielo cubierto de nubes que se alcanzaba a ver por entre las ramas de los grandes abetos del jardín del frente. Adán y Eva, les decían siempre a esos abetos, por un gracioso parecido que Emily había encontrado entre su posición con referencia a un pequeño manzano que había entre los dos y la posición de Adán y Eva y el Árbol del Conocimiento en uno de los libros de Ellen Greene. El Árbol del Conocimiento era idéntico al rechoncho manzanito, y Adán y Eva se erigían a ambos lados de éste tan rígidos y erguidos como los abetos.

Emily se preguntó qué pensaría su padre, pero nunca lo molestaba con preguntas cuando él tenía mucha tos. Sólo deseaba tener alguien con quien hablar. Ellen Greene tampoco quería hablar ese día. No hacía más que gruñir, y los gruñidos querían decir que Ellen estaba molesta por algo. Había gruñido la noche anterior cuando el médico había hablado en susurros con ella en la cocina, y había gruñido cuando le dio a Emily, antes de que se fuera a la cama, pan con melaza. A Emily no le gustaba el pan con melaza, pero se lo comió porque no quería lastimar los sentimientos de Ellen. No era frecuente que Ellen le diera algo de comer antes de que se fuera a la cama y, cuando lo hacía, era porque, por alguna razón, quería conferirle un favor especial.

Emily esperaba que el ataque de gruñidos se disipara durante la noche, como por lo general ocurría, pero no fue así, de modo que no podía esperarse compañía de Ellen. Si bien Ellen

no era una gran compañía en otros momentos, tampoco. Una vez, en un arranque de exasperación, Douglas Starr le había dicho a Emily que "Ellen Greene era una gorda perezosa sin la menor importancia", y, cada vez que Emily miraba a Ellen, después de esa frase, pensaba que la descripción le encajaba a las mil maravillas.

De modo que Emily se acurrucó en el viejo sillón de respaldo alto, cómodo y raído, a leer *El camino del peregrino* durante toda la tarde. Emily adoraba *El camino del peregrino*. Cuántas veces había recorrido el camino derecho y estrecho con *Cristiano y Cristiana*, aunque nunca las aventuras de *Cristiana* le gustaban tanto como las de *Cristiano.* Aunque más no fuera porque con *Cristiana* siempre había una multitud. Ella no tenía ni la mitad de la fascinación de esa figura intrépida y solitaria que se enfrentaba, totalmente solo, a las sombras del Valle Oscuro y el encuentro con Apollyon. La oscuridad y los diablos no son nada cuando uno tiene compañía. Pero... estar *sola*... ¡ah, Emily se estremecía ante la idea de un horror tan delicioso!

Cuando Ellen anunció que la comida estaba lista, Douglas Starr le dijo a Emily que fuera a comer.

-Yo no quiero cenar esta noche. Me quedaré aquí a descansar. Y cuando vuelvas tendremos una conversación de verdad, Duendecito.

Le sonrió con su hermosa sonrisa de siempre, la sonrisa llena de amor que a Emily siempre le parecía tan dulce. Cenó contenta, aunque la comida no era buena. El pan estaba húmedo y el huevo medio crudo pero, cosa extraordinaria, se le permitió que Saucy Sal y Mike pudieran quedarse, sentados cada uno a un lado de ella, y Ellen gruñía sólo cuando Emily les daba pedacitos de pan con manteca.

Mike tenía un truco tan bonito de sentarse en las ancas y tomar los pedacitos de pan con las manitos, y Saucy Sal tenía el suyo: le tocaba el tobillo a Emily casi como una persona cuando demoraba en llegarle el turno. Emily los quería a los dos, pero Mike era su preferido. Era un gato gris oscuro precioso, con unos ojos inmensos como los de una lechuza, y era tan suave, tan peludo y gordo. Sal siempre estaba delgada, por más comida que se le diera no engordaba jamás. Emily la quería, pero no le gustaba tanto acariciarla o mimarla, por su delgadez. Sin embargo, había en ella una cierta extraña belleza que a Emily le gustaba. Era gris y blanca, muy blanca, y muy brillante, con una carita larga y puntiaguda, orejas muy grandes y ojos muy verdes. Era una luchadora temible, y los gatos forasteros quedaban vencidos en la primera vuelta. La intrépida peleadora atacaba incluso a perros y los derrotaba por completo.

Emily adoraba a sus gatitos. Los había criado ella misma, como decía con orgullo. Se los había regalado de pequeños una maestra de la Escuela Dominical.

"Un regalo vivo es tan lindo", le decía a Ellen, "porque sigue haciéndose cada vez más lindo."

Pero le preocupaba mucho el hecho de que Saucy Sal no tuviera gatitos.

-No sé por qué no tiene gatitos -le dijo a Ellen Greene, quejosa-. La mayoría de los gatos tienen tantos gatitos que ni saben qué hacer con ellos.

Después de cenar Emily fue a ver a su padre y lo encontró dormido. Se alegró mucho; sabía que su padre no había dormido casi nada en las últimas dos noches, pero se sintió un poco desilusionada porque no iban a tener esa "conversación de verdad". Las conversaciones "de verdad" con papá eran siempre tan deliciosas. Pero entonces lo que podía hacer, como segunda alternativa, era salir a pasear. Una preciosa caminata solita su alma en el atardecer gris de la joven primavera. Hacía tanto tiempo que no salía a caminar.

-Ponte una caperuza y vuelve rápido si empieza a llover -le advirtió Ellen-. Tú no puedes darte el lujo de tomar frío como otros niños.

-¿Por qué no puedo? -preguntó Emily, algo indignada. ¿Por qué a ella iba a negársele "darse el lujo de tomar frío" si otros chicos sí podían? No era justo.

Pero Ellen sólo gruñó. Emily masculló algo entre dientes para su propia satisfacción: "¡Eres una gorda perezosa sin la menor importancia!" y subió a buscar su caperuza, a desgano, porque le encantaba correr con la cabeza descubierta. Se puso la desvaída caperuza azul sobre la larga trenza de cabellos brillantes, renegridos, y le sonrió, cómplice, a su imagen en el espejito verde. La sonrisa comenzaba en las comisuras de los labios y se extendía sobre su rostro lenta, sutil, maravillosamente, como pensaba siempre Douglas Starr. Era la sonrisa de su madre, ahora muerta, lo que lo había atrapado y conquistado hacía tanto tiempo cuando vio por primera vez a Juliet Murray. Parecía ser la única herencia física que Emily tenía de su madre. En todo lo demás, pensaba él, ella era como los Starr: en los ojos grandes, grises, con un destello de púrpura, en esas pestañas tan largas y las cejas negras, en la frente blanca y alta -demasiado alta para ser considerada bella-, en los rasgos delicados del rostro ovalado y de la boca sensible, en las orejitas que tenía, apenas puntiagudas, para demostrar que pertenecía a las tribus del país de los duendes.

-Me voy a caminar con la Señora Viento, querida -dijo Emily-. Ojalá pudiera llevarte conmigo. ¿Sales alguna vez de este cuarto? La Señora Viento va a salir al campo esta noche. Es alta y neblinosa, con un ropaje delgado, de sedas grises, que se agitan en torno de ella, y tiene alas como los murciélagos, sólo que uno puede ver a través de éstas, y ojos resplandecientes como las estrellas que miran por entre sus largos cabellos sueltos. Puede volar, pero esta noche va a caminar conmigo por los campos. Es una gran amiga mía, la Señora Viento. La conozco desde que yo tenía seis años. Somos *viejas* amigas, pero no tanto como tú y yo, pequeña Emily del espejo. Nosotras somos amigas desde siempre, ¿verdad?

Emily le arrojó un beso a la pequeña Emily del espejo, y Emily del espejo desapareció.

La Señora Viento la esperaba afuera, agitando las briznas de pasto que se erguía erecto en el cantero, debajo de la ventana de la salita, hamacando las inmensas copas de Adán y Eva, susurrando entre las verdes ramas brumosas de los abedules, jugando con el Pino Gallo de detrás de la casa, que de verdad parecía un gallo enorme y ridículo, con una inmensa cola arracimada y la cabeza echada hacia atrás, listo para cantar.

Hacía tanto tiempo que Emily no salía a caminar, que estaba loca de alegría. El invierno había sido tan tormentoso y la nieve tan profunda, que no la dejaban salir; en abril había llovido y hecho mucho viento, por eso en ese atardecer de mayo se sentía como una prisionera recién liberada. ¿Adónde iría? ¿Por el arroyo o atravesando los campos hasta los páramos de abetos? Emily eligió lo último.

Adoraba los páramos de abetos, allá, al final de la larga pradera en declive. Ese era un lugar donde se hacía magia. Allí más que en ningún otro lugar Emily se encontraba más cerca de esa esencia de hada que era su derecho de nacimiento. Nadie que la viera deslizándose por el campo desnudo la habría envidiado. Era pequeña y pálida y estaba pobremente vestida; a veces temblaba dentro de su delgado saco y, sin embargo, una reina habría dado con gusto su corona por sus visiones, sus sueños de cosas maravillosas. Los pastos marrones y congelados bajo sus pies eran hebras de terciopelo. El viejo abeto, nudoso, lleno de musgo y medio muerto, debajo del cual se detuvo un momento para mirar el cielo, era una columna de mármol en un palacio de los dioses; las distantes colinas en sombras eran las murallas de una ciudad de maravilla. Y, en cuanto a compañeros, ella tenía a todas las hadas del campo, pues aquí podía creer en ellas, las hadas del trébol blanco y de las espigas de flores satinadas, las personitas verdes del pasto,

los elfos de los abetos blancos jóvenes, duendes del viento y de los helechos silvestres y de los cardos. Aquí podía suceder cualquier cosa, cualquier cosa podía volverse realidad.

Y los páramos eran un lugar tan espléndido para jugar a las escondidas con la Señora Viento. Ella era tan real allí; si uno lograba saltar con la rapidez suficiente al otro lado de un grupito de abetos -claro que no se podía, nunca-, uno podía llegar a verla y sentirla y oírla. Ahí estaba, ése era el borde de su capa gris... no, estaba allá, riendo en la copa de los árboles más altos, y la cacería comenzaba otra vez, hasta que, súbitamente, parecía que la Señora Viento se había ido, y el atardecer quedaba envuelto en un silencio maravilloso, y había una repentina hendija en las nubes arracimadas en el oeste y aparecía un delicioso lago de cielo, pálido, de un rosa verdoso, con una luna nueva.

Emily se detuvo a mirarlo con las manos enlazadas y la cabecita morena hacia arriba. Tenía que volver a casa y escribir una descripción de lo que veía en el cuaderno amarillo, donde lo último que había escrito era: "Biografía de Mike". Lo que veía le dolería de tan hermoso hasta que lo escribiera. Entonces se lo leería a papá. No debería olvidarse de cómo las cimas de los árboles de la colina se cruzaban como un delicado encaje negro en el borde del cielo rosa verdoso.

Y entonces, por un instante glorioso y sublime, le vino "el destello".

Emily lo llamaba así, aunque sentía que la palabra no lo describía con exactitud. No podía describirlo, ni siquiera a su padre, que siempre parecía algo intrigado por él. Emily nunca le había hablado del "destello" a nadie más.

Desde que tenía sentido, Emily siempre había pensado que estaba muy, pero muy cerca, de un mundo de una maravillosa belleza. Entre éste y ella sólo había una delgada cortina; ella nunca podía descorrer la cortina, pero a veces, por apenas un momento, un viento la agitaba y entonces era como si ella pudiera vislumbrar el encantador reino del otro lado, sólo un vislumbre, y oía una nota de música extraterrestre.

Ese momento llegaba en raras ocasiones, y se iba rápidamente, dejándola sin aliento, tan indeciblemente delicioso era. Ella nunca podía evocarlo, nunca convocarlo, nunca simularlo, pero su magia quedaba en ella durante días. Nunca ocurría dos veces con la misma cosa. Esa noche las ramas oscuras contra el cielo distante se lo habían dado. Podía llegar con una nota alta, salvaje, del viento nocturno; con una sombra ondulante sobre un campo maduro; con un gorrión que se había posado en el alféizar de su ventana en medio de una tormenta, con el cántico "Santo, santo, santo" en la iglesia; con un atisbo del fuego de la cocina cuando había vuelto a su casa una oscura noche de otoño; con el azul fantasmal de las palmas escarchadas en una ventana en el crepúsculo, con el feliz hallazgo de una palabra nueva cuando ella escribía una "descripción" de algo. Y siempre, cuando le llegaba el destello, Emily sentía que la vida era algo maravilloso y misterioso, de una belleza persistente.

Volvió correteando a la casa de la hondonada, en medio del crepúsculo cada vez más profundo, entusiasmada con la idea de volver a casa y escribir su "descripción" antes de que la imagen recordada de lo que había visto se borrara. Sabía exactamente cómo empezaría: la oración parecía formarse sola en su cabeza. "La colina me llamó y algo en mí le respondió."

Encontró a Ellen Greene esperándola en el umbral hundido del frente de la casa. Emily estaba tan colmada de felicidad que en ese momento amaba todo, incluso las cosas gordas de ninguna importancia. Echó los brazos alrededor de las rodillas de Ellen y las abrazó. Ellen miró, sombría, su carita extasiada, donde el entusiasmo había encendido un rubor de rosas silvestres, y dijo, con un profundo suspiro:

-¿Sabes que tu padre tiene sólo una o dos semanas de vida?

2
VIGILIA EN LA NOCHE

Emily se quedó muy quieta y miró la cara ancha y colorada de Ellen... se quedó tan quieta como si se hubiera convertido en piedra. De piedra se sentía. Estaba tan aturdida como si Ellen le hubiera infligido un golpe físico. El color se le fue de la carita y las pupilas se dilataron hasta obliterar los iris y los ojos se volvieron lagunas de negrura. El efecto era tan extraño que hasta Ellen Greene se sintió incómoda.

-Te lo digo porque me parece que es hora de que lo sepas - dijo Ellen-. Hace meses que le vengo insistiendo a tu padre para que te lo diga, pero él lo dejaba siempre para después. Yo le decía "Usted sabe cómo se toma todas las cosas a pecho, y si un día usted se cae muerto de repente esa niña se va a morir si no está preparada. Usted tiene el deber de prepararla" y él me dice: "Todavía hay tiempo, Ellen". Pero nunca dijo ni una palabra y cuando anoche el doctor me dijo que el final puede llegar en cualquier momento, directamente decidí que yo iba a hacer la que debía dártelo a entender, para prepararte. ¡Caramba, niña, no pongas esa cara! Alguien se va a ocupar de ti. La familia de tu madre se hará cargo, por el orgullo de los Murray, aunque no sea por otro motivo. No van a permitir que alguien de su propia sangre se muera de hambre o tenga que ir a vivir entre extraños, aunque siempre han odiado a tu padre como si fuera yerba mala. Tendrás una buena casa, mejor de la que has tenido aquí. No tienes por qué preocuparte. Y en cuanto a tu padre, tendrías que agradecer que por fin pueda descansar en paz. Se ha estado muriendo minuto a minuto en los últimos cinco años. Se ha mantenido vivo por ti, pero ha sufrido muchísimo. La gente dice que se le quebró el corazón cuando murió tu madre, fue tan de repente, se enfermó y se murió en tres días. Por eso quiero que sepas lo que va a pasar, para que no te impresiones cuando pase. ¡Por el amor del cielo, Emily Byrd Starr, no te quedes ahí parada con esa cara! ¡Me impresionas! No eres la primera criatura que queda huérfana ni serás la última. Trata de ser razonable. Y no vayas a molestar a tu padre con lo que acabo de decirte, cuidado. Ahora entra, sal del rocío, que te voy a dar una galletita antes de que vayas a dormir.

Ellen bajó del escalón como para tomarle la mano. A Emily le volvió la facultad del movimiento: gritaría si en ese *momento* Ellen la tocaba. Con un grito súbito, agudo, amargo, evitó la mano de Ellen, atravesó el umbral y subió corriendo la escalera oscura.

Ellen sacudió la cabeza y volvió, arrastrando los pies, a la cocina.

-Bueno, yo cumplí con mi deber -reflexionó-. Él iba a seguir diciendo "hay tiempo" y lo iba a dejar pasar hasta que se muriera y entonces no habría manera de controlar a esa niña. Ahora tendrá tiempo para hacerse a la idea, y en uno o dos días se resignará. Tengo que reconocerle que tiene carácter, lo que es una suerte, por todo lo que he oído decir de los Murray. A *ella* no les va a ser fácil amedrentarla. Tiene el mismo orgullo de ellos, y eso la va a ayudar. Cómo me gustaría animarme a avisarles a algunos de los Murray que él se está muriendo, pero no me atrevo. Quién sabe qué es capaz de hacer él. Bueno, me he aguantado aquí hasta el final y no me arrepiento. No muchas mujeres lo hubieran hecho, viviendo como se vive aquí. Es una vergüenza cómo ha criado a esa niña, ni siquiera la mandaba a la escuela. Bueno, yo muchas veces le dije a él cuál era mi opinión, no tengo ningún remordimiento de conciencia, eso es un consuelo. ¡Eh, Sal, apártate del camino! ¿Y dónde está Mike?

Ellen no podía encontrar a Mike por la buena razón de que estaba arriba con Emily, apretado en los brazos de ella, que estaba sentada a oscuras en su camita. En medio de su angustia y su desolación, había un cierto consuelo en sentir esa piel suave y esa cabeza redonda y aterciopelada.

Emily no lloraba; miraba fijo, en la oscuridad, tratando de hacerle frente a esa cosa espantosa que le había dicho Ellen. No lo dudaba, algo le decía que era verdad. ¿Por qué no se moría ella también? No podría seguir viviendo sin su padre.

-Si yo fuera Dios, no permitiría que sucedieran cosas como ésta -dijo.

Sintió que era muy malo decir algo así; una vez Ellen le había dicho que no había nada peor que echarle la culpa de algo a Dios. Pero a ella no le importaba. Tal vez si era *bien* mala, Dios la haría morir y entonces ella y su padre podrían seguir juntos.

Pero no ocurrió nada, sólo que Mike se cansó de que lo apretara tanto y se fue. Emily estaba sola ahora, con ese terrible dolor ardiente que parecía haberla inundado por completo y que, sin embargo, no era algo físico. Jamás podría deshacerse de él. No lo remediaría escribiendo sobre eso en el viejo cuaderno amarillo. Allí había escrito cuando se había ido su maestra de la Escuela Dominical, y cuando tenía hambre antes de irse a dormir, y cuando Ellen le decía que tenía que estar loca para hablar de Mujeres del Viento y de destellos; y después de haber escrito todo sobre ellas, esas cosas dejaron de dolerle. Pero sobre esto no podía escribir. Ni siquiera podía acudir a su padre en busca de consuelo, como hizo cuando se quemó tanto la mano, cuando agarró sin darse cuenta el atizador al rojo vivo. Su padre la había tenido en brazos toda la noche esa vez, contándole cuentos, y eso la ayudó a soportar el dolor. Pero, como había dicho Ellen, papá se moriría dentro de una o dos semanas. Emily sintió como si Ellen se lo hubiera dicho hacía años. Seguro que no podía hacer más de una hora que había estado jugando con la Señora Viento en los páramos y mirando la Luna nueva en el cielo rosado verdoso.

"El destello no volverá jamás, no puede", pensó.

Pero Emily había heredado de sus grandes antepasados algunas cosas: la fuerza de pelear, de sufrir, de compadecer, de amar profundamente, de disfrutar, de resistir. Esas cosas estaban todas en ella y lo miraban a uno a través de esos ojos de un gris purpúreo. Ahora su legado de resistencia vino en su ayuda y la sostuvo. No debía permitir que su padre supiera lo que Ellen le había dicho, podría lastimarlo. Tenía que guardar el secreto para ella y querer a su padre, ay, tanto, en el poco tiempo en el que todavía lo tendría consigo.

Lo oyó toser en el cuarto de abajo. Tenía que estar en la cama cuando él subiera. Se desvistió con toda la velocidad que le permitieron sus dedos congelados y se trepó a la camita junto a la ventana. Las voces de la suave noche de primavera la llamaban sin que las oyera; la Señora Viento, sin que la oyera, silbaba junto al alero. Pues las hadas habitan sólo en el reino de la Felicidad; no teniendo alma no pueden entrar en el reino del Dolor.

Permaneció allí, fría y sin lágrimas, inmóvil, cuando su padre entró en la habitación. Qué despacio caminaba, qué despacio se quitaba la ropa. ¿Cómo era posible que ella no se hubiera dado cuenta de esas cosas antes? Pero no tosía. Ah, ¿y si Ellen estuviera equivocada? ¿Y si ...? Una esperanza loca le atravesó el corazón oprimido. Dejó escapar un sonido.

Douglas Starr se acercó a la cama. Emily sintió su amada cercanía cuando él se sentó en la silla junto a ella, con su vieja bata roja. ¡Ay, cuánto lo quería! ¡No había en todo el mundo otro padre como él, no podía haber habido jamás otro igual, tan tierno, tan comprensivo, tan maravilloso! Siempre habían sido tan compañeros, se habían querido tanto, no podía ser que tuvieran que separarse.

-¿Estás dormida, Ojazos? No -susurró Emily. -¿No tienes sueño, preciosa? -No, no... tengo sueño.

Douglas Starr le tomó la mano y la apretó con fuerza. -Entonces tendremos nuestra conversación, mi amor. Yo tampoco puedo dormir. Quiero decirte algo.

-¡Ay, ya lo sé, ya lo sé! -exclamó Emily-. ¡Ay, papá, ya lo sé! ¡Me lo dijo Ellen!

Douglas Starr guardó silencio un segundo. Entonces dijo, en un susurro:

-Esa vieja tonta... ¡esa vieja gorda y tonta! -como si la gordura de Ellen fuera un agravante para su tontería. Otra vez, por última vez, Emily tuvo una esperanza. Tal vez fuera todo un terrible error, nada más que parte de la tontería de Ellen.

-No es... no es cierto, ¿verdad, papá? -murmuró. -Emily, hija-dijo su padre-, no puedo levantarte, no tengo fuerzas, pero ven y siéntate en mis rodillas, como antes. Emily salió de la cama y se subió a las rodillas de su padre. Él la envolvió en su vieja bata y la abrazó fuerte con la cara contra la de ella.

-Hija querida, queridísima Emilitina, es verdad -dijo-. Pensaba decírtelo yo mismo esta noche. Y ahora esa ridícula de Ellen te lo ha dicho, bestialmente, seguro, y te ha causado mucho daño. Tiene el cerebro de un mosquito y la sensibilidad de una vaca. ¡Que los chacales se sienten sobre su tumba! Yo no te habría causado daño, mi amor.

Emily luchó por tragar algo que quería ahogarla. -Papá, no puedo... no puedo soportarlo.

-Sí, puedes, y lo harás. Vivirás porque hay algo que debes hacer, creo. Tú tienes mi talento, pero con algo que yo nunca tuve. Tú triunfarás allí donde yo fracasé, Emily. No he podido hacer mucho por ti, mi amor, pero hice lo que pude. Creo que te he enseñado algo, a pesar de Ellen Greene. Emily, ¿te acuerdas de tu madre?

-Un poquito, cosas, como pedacitos de un sueño lindo. -Tenías apenas cuatro años cuando murió. Nunca te hablé mucho de ella, no podía. Pero esta noche voy a hablarte de todo. Ahora no me duele hablar de ella, la veré tan pronto. No te pareces a ella, Emily, sólo cuando sonríes. En cuanto al resto, eres como tu homónima, mi madre. Cuando naciste yo quería llamarte Juliet, igual que tu madre. Pero ella se negó. Dijo que si te poníamos Juliet yo pronto comenzaría a decirle a ella "mamá" para distinguir a una de otra, y eso ella no iba a soportarlo. Decía que una vez su tía Nancy le había dicho: "La primera vez que tu marido te llame mamá se termina el romanticismo". Por eso te pusimos el nombre de mi madre, que de soltera era Emily Byrd. A tu madre, Emily le parecía el nombre más lindo del mundo, porque no era nada común, era vivaz y delicioso, decía. Emily, tu madre fue la mujer más dulce del mundo.

Le tembló la voz y Emily se apretó más contra él.

-La conocí hace doce años, cuando yo era subdirector del *Enterprise* en Charlottetown y ella cursaba el último año en Queen's. Era alta, rubia y de ojos azules. Se parecía un poco a tu tía Laura, pero Laura nunca fue tan bonita. Tenía los ojos muy parecidos, y la voz. Eran de los Murray de Blair Water. Nunca te hablé mucho de la familia de tu madre, Emily. Viven en la vieja costa norte de Blair Water, en la Granja de Luna Nueva; han vivido ahí desde que el primer Murray vino del Viejo Mundo, en 1790. El buque en el que viajó se llamaba *Luna Nueva y* él le puso ese nombre a su granja.

-Es un lindo nombre, la luna nueva es tan bonita -dijo Emily, interesada por un momento.

-Desde entonces, siempre ha habido un Murray en la Granja de Luna Nueva. Son una familia orgullosa; el orgullo de los Murray es proverbial en la costa norte, Emily. Bien, tenían algunas cosas de las cuales enorgullecerse, eso no se puede negar, pero lo llevaban demasiado lejos. La gente del lugar los llama "los elegidos".

"Crecieron y se multiplicaron y se diseminaron por todas partes, pero de la familia original de la Granja de Luna Nueva quedan muy pocos. Sólo tus tías Elizabeth y Laura viven ahora allí, con un primo de ellas, Jimmy Murray. Nunca se casaron, no pudieron encontrar a nadie lo suficientemente bueno para una Murray, según se decía. Tu tío Oliver y tu tío Wallace viven en Summerside; tu tía Ruth en Shrewsbury y tu tía abuela Nancy en Priest Pond.

-Priest Pond, qué nombre *interesante,* no es bonito como Luna Nueva o Blair Water, pero es interesante -dijo Emily. Sintiendo los brazos de su padre que la rodeaban, el horror había huido por el momento. Por un ratito, había dejado de creer en él.

Douglas Starr acomodó mejor la bata alrededor de ella, besó la cabeza morena y continuó.

-Elizabeth, Laura, Wallace, Oliver y Ruth son los hijos del viejo Archibald Murray y su primera esposa. A los sesenta años, él volvió a casarse, con una muchacha muy jovencita, que murió al nacer tu madre. Juliet era veinte años más joven que su media familia, como los llamaba. Era muy bonita y encantadora y todos la querían, la mimaban y estaban muy orgullosos de ella. Cuando se enamoró de mí, un pobre periodista sin nada en el mundo más que su pluma y su ambición, hubo un terremoto en la familia. El orgullo de los Murray no podía tolerarlo de ninguna manera. No voy a repetirte todo, pero se dijeron cosas que yo nunca pude olvidar ni perdonar. Tu madre se casó conmigo, Emily, y los de Luna Nueva no quisieron saber nada más de ella. ¿Puedes creer que, incluso así, ella jamás se arrepintió de haberse casado conmigo?

Emily levantó una mano y acarició la mejilla hundida de su padre.

-*Por supuesto,* cómo iba a arrepentirse. *Por supuesto* que iba a preferirte a ti antes que a todos los Murray de la luna que fuera. Su padre rió, y había un dejo de triunfo en su risa.

-Sí, creo que así lo veía ella. Y fuimos tan felices... Ay Emilitina, nunca hubo dos personas tan felices en el mundo entero. Tú fuiste la hija de esa felicidad. Recuerdo la noche en que naciste en la casita en Charlottetown. Era mayo, y un viento del poniente arrastraba unas nubes plateadas sobre la Luna. Había algunas estrellas. En el jardincito -todo lo que teníamos era pequeño, salvo nuestro amor y nuestra felicidad- estaba oscuro y todo florecía. Yo caminaba de arriba abajo por el sendero entre los canteros de violetas que había plantado tu madre y rezaba. El este pálido comenzaba a resplandecer como una perla rosada cuando alguien vino y me dijo que tenía una hija. Entré, y tu madre, pálida y debilitada, sonrió con esa sonrisa lenta, tan querida y tan maravillosa, y dijo: "Tenemos... el... único bebé... que importa... en el mundo..., mi amor. ¡Imagínate!".

-Cómo me gustaría que uno pudiera acordarse de las cosas desde que nace -dijo Emily-. Sería tan interesante.

-Yo diría que tendríamos muchos recuerdos desagradables -dijo su padre, riendo-. No ha de ser muy agradable acostumbrarse a vivir, no más agradable que acostumbrarse a dejar de vivir. Pero a ti pareció no costarte mucho, porque eras una niña muy buenita, Emily. Tuvimos cuatro años más de felicidad hasta que... ¿te acuerdas de cuando murió tu madre, Emily?

-Recuerdo el funeral, papá, lo recuerdo muy *claramente.* Tú estábas parado en el medio de una habitación, conmigo en brazos, y mamá estaba justo ante nosotros, acostada en un cajón negro, largo. Y tú llorabas, y yo no sabía por qué, y me preguntaba por qué mamá estaba tan blanca y no abría los ojos. Y me incliné y le toqué la mejilla, ay, estaba tan fría. Me estremecí. Y alguien en la habitación dijo "¡Pobrecita!" y yo me asusté y escondí la cara contra tu hombro.

-Sí, lo recuerdo. La muerte de tu madre fue muy intempestiva. Mejor no hablemos de eso. Todos los Murray vinieron al funeral. Los Murray tienen ciertas tradiciones y viven de

acuerdo con ellas muy estrictamente. Una de ellas es que para la iluminación no ha de usarse nada más que velas en Luna Nueva y la otra es que no debe llevarse ninguna disputa más allá de la muerte. Vinieron cuando ella murió, habrían venido durante su enfermedad si se hubieran enterado. Eso hay que reconocerlo. Y se portaron muy bien, ah, muy bien, por cierto. No por nada eran los Murray de Luna Nueva. Tu tía Elizabeth se puso su mejor vestido de satén negro para el funeral. Para cualquier funeral que no fuera de un Murray se habría puesto su segundo vestido, y no pusieron casi objeción cuando dije que tu madre sería enterrada en la parcela de los Starr, en el cementerio de Charlottetown. A ellos les habría gustado llevarla a su propio cementerio en Blair Water - tienen un cementerio propio, ¿sabes?-, nada de cualquier cementerio para ellos. Pero tu tío Wallace admitió, generosamente, que una mujer debe pertenecer a la familia de su esposo en la muerte como en la vida. Y entonces se ofrecieron a hacerse cargo de ti y criarte, a "darte el lugar de tu madre". Yo me negué a darte a ellos, entonces. ¿Hice bien, Emily?

-¡Sí, sí, sí! -susurró Emily, abrazándolo más fuerte con cada “si” .

-Le dije a Oliver Murray, que fue el que me habló sobre ti, que mientras yo viviera no me separaría de mi hija. Me dijo: "Si alguna vez cambias de idea, avísanos". Pero no cambié de idea, ni siquiera tres años después, cuando mi médico me dijo que tenía que dejar el trabajo. "Si no, te doy un año de vida", me dijo. "Si lo dejas, y vives todo lo que puedas al aire libre, te doy tres, posiblemente cuatro." Fue un buen profeta. Vinimos aquí y hemos tenido cuatro preciosos años juntos, ¿no, preciosa?

-¡Sí, ay, sí!

-Esos años y lo que te he enseñado son el único legado que puedo dejarte, Emily. Hemos vivido con la pequeña renta de un interés de por vida que me dejó en su herencia un viejo tío, un tío que murió antes de que yo me casara. Ahora el capital pasa a una sociedad de beneficencia y esta casita es alquilada. Desde un punto de vista mundano, he sido por cierto un fracasado. Pero la familia de tu madre se hará cargo de ti, eso lo sé. El orgullo de los Murray garantiza al menos eso. Y no pueden evitar quererte. Tal vez tendría que haberlos mandado llamar antes, tal vez tendría que hacerlo ahora. Pero yo también tengo mi orgullo, los Starr no carecen por completo de tradiciones, y los Murray me dijeron cosas muy duras cuando me casé con tu madre. ¿Quieres que mande un mensaje a Luna Nueva y les pida que vengan, Emily? -¡No! -dijo Emily, casi con violencia.

No quería que nadie se interpusiera entre ella y su padre durante los pocos y preciosos días que les quedaban. La idea le parecía repugnante. Ya era bastante malo que después tuvieran que venir. Pero ya nada le importaría mucho entonces.

-Seguiremos juntos hasta el mismo fin, entonces, chiquita. No nos separaremos ni un minuto. Y quiero que seas valiente. No debes tenerle miedo a *nada*, Emily. La muerte no es terrible.

El universo está lleno de amor, y la primavera llega, en todos lados, y la muerte es como abrir y cerrar una puerta. Hay cosas hermosas del otro lado de esa puerta. Encontraré a tu madre allá, he dudado de muchas cosas, pero jamás he dudado de eso. A veces he temido que se me adelantara tanto en los caminos de la eternidad que jamás lograría alcanzarla. Pero ahora siento que me está esperando. Y los dos te esperaremos a ti, no nos apresuraremos, vagaremos, lentamente, hasta que nos alcances.

-Quisiera... que me llevaras por esa puerta contigo -susurró Emily.

-Después de un tiempo ya no lo desearás. Todavía tienes que aprender qué bueno es el tiempo. Y la vida tiene algo para ti, lo presiento. Ve a su encuentro sin temores, querida. Sé que no lo sientes así en este momento, pero ya recordarás mis palabras.

-En este momento -dijo Emily, que no podía ocultarle nada a su padre-, siento que ya no quiero a Dios.

Douglas Starr rió, la risa que a Emily más le gustaba. Era una risa tan querida; ella contuvo el aliento de la emoción. Sintió que él la abrazaba con más fuerza.

-Sí, claro que lo quieres, mi amor. Uno no puede no querer a Dios. Él es Amor. Claro que no tienes que confundirlo a Él con el dios de Ellen Greene.

Emily no supo exactamente qué quería decir su padre. Pero de pronto se dio cuenta de que ya no tenía miedo, de que su pena ya no estaba llena de angustia, y de que su corazón ya no albergaba ese dolor insoportable. Sintió como si el amor estuviera todo a su alrededor, exhalado por una especie de Ternura grande, invisible, abarcadora. Uno no podía sentir temor ni amargura donde había amor, y el amor estaba en todas partes. Su padre cruzaría esa puerta; no, iba a descorrer una cortina, esa idea le gustaba más, porque una cortina no es tan dura ni tan rápida como una puerta, y se deslizaría dentro de ese mundo del cual el destello le había dado atisbos. Él estaría allí, en su belleza, nunca demasiado lejos de Emily. Soportaría cualquier cosa, si podía, aunque más no fuera sentir que su padre no estaba demasiado lejos, sólo del otro lado de esa cortina oscilante.

Douglas la tuvo en brazos hasta que Emily se quedó dormida y, entonces, a pesar de lo débil que estaba, pudo acostarla en la camita.

-Amará profundamente, sufrirá terriblemente, tendrá momentos gloriosos que la compensarán, como yo los he tenido. Que así como la traten los parientes de su madre, que así los trate Dios a ellos -murmuró, con la voz cortada.

3
LOS PARIENTES

Douglas Starr vivió dos semanas más. En años posteriores, cuando el dolor ya había abandonado su memoria, Emily pensó que habían sido las dos semanas más preciosas de sus recuerdos. Fueron semanas hermosas, hermosas y no tristes. Y una noche, cuando estaba tendido en el diván de la salita, con Emily a su lado en el viejo sillón de respaldo alto, él cruzó la cortina; se fue tan tranquila y fácilmente que Emily no supo que se había ido hasta que de pronto sintió la extraña *quietud* de la habitación, no había otra respiración en ella más que la suya.

-¡Papá ...papá! -gritó. Entonces llamó a Ellen.

Ellen Greene les comentó a los Murray, cuando éstos llegaron, que Emily se había portado muy bien, dado el caso. Claro que había llorado toda la noche y no había pegado los ojos, ninguno de los vecinos de Maywood que fueron, bondadosamente, a ayudar, pudieron consolarla. Pero cuando llegó la mañana había derramado todas sus lágrimas. Estaba pálida, callada y sumisa.

-Así es -dijo Ellen-, esto es el resultado de haber estado preparada como corresponde. Tu papá se enfureció tanto conmigo por haberte avisado que desde ese momento dejó de ser cortés conmigo, muriéndose como estaba. Pero no le guardo ningún rencor. Yo cumplí con mi deber. La señora Hubbard te está haciendo un vestido negro, va a estar listo para la hora de la cena. La familia de tu madre llega esta noche, mandaron un telegrama, y estoy decidida a que te encuentren vestida de una manera respetable. Ellos son ricos y se harán cargo de ti. Tu padre no dejó ni un centavo, pero no hay deudas, eso hay que reconocérselo. ¿Fuiste a ver el cuerpo?

-¡No lo llames así -exclamó Emily, encogiéndose. Era horrible que llamara asía su padre.

-¿Por qué no? ¡Qué criatura más rara! Es un cadáver mucho más lindo de lo que yo esperaba, como estaba tan desmejorado. Siempre fue un hombre muy bien parecido, aunque un poco flaco.

-Ellen Greene -dijo Emily de pronto-, si sigues diciendo... esas cosas... de mi padre, ¡te mandaré la maldición negra!

Ellen Greene la miró.

-No sé a qué te refieres. Pero esa no es manera de hablarme, después de todo lo que hice por ti. Que los Murray no te oigan hablando así o no van a querer tener nada que ver contigo. ¡La maldición negra, caramba! ¡Ja, vaya gratitud!

A Emily le ardieron los ojos. Era una niña pequeña, solitaria, y tenía necesidad de amigos. Pero no se arrepentía para nada de lo que le había dicho a Ellen y no iba a simular que sí.

-Ven a ayudarme a lavar los platos -le ordenó Ellen-. Te hará bien tener algo en qué ocupar la mente, así no andas por ahí echándole maldiciones a la gente que se ha gastado las manos hasta los huesos por ti.

Emily, con una elocuente mirada a las manos de Ellen, fue a buscar el paño para los platos.

-Tus manos son gordas y rollizas -le dijo-. No se te ven los huesos.

-¡No seas impertinente! Es espantoso, con tu pobre padre muerto ahí. Pero si te lleva tu tía Ruth, ya te va a curar de esa costumbre de contestar.

-¿Me va a llevar la tía Ruth?

-No lo sé, pero debería. Es viuda, no tiene a nadie y es muy rica.

-Creo que no quiero que me lleve la tía Ruth -dijo Emily, con decisión, luego de reflexionar un momento.

-Bueno, lo más probable es que no seas tú la que elija. Tendrías que agradecer que te den un hogar en algún lado. Recuerda que no eres demasiado importante.

-Soy importante para mí misma -exclamó Emily, con orgullo.

-No va a ser nada fácil criarte a ti -masculló Ellen-. Tu tía Ruth es la indicada, en mi opinión. Ella sí que no va a tolerar tanta tontería. Es una buena mujer, y la mejor ama de casa de la Isla Príncipe Eduardo. Uno puede comer del piso en la casa de ella.

-Yo no quiero comer del piso. No me importa si un piso está sucio, siempre que el mantel esté limpio.

-Bueno, sus manteles también están limpios. Tiene una casa muy elegante en Shrewsbury, con ventanas salientes y todo un marco de madera trabajada alrededor del techo. Es muy elegante. Sería un buen hogar para ti. Ella te enseñaría a tener un poco de sentido común y te haría mucho bien.

-No quiero aprender a tener sentido común ni que me haga mucho bien -gritó Emily, temblando-. Quiero... quiero que me quieran.

-Bueno, pero tienes que portarte bien si quieres que la gente te quiera. Tú no tienes la culpa, es tu padre que te malcrió. Yo siempre se lo decía, pero él se reía, nada más. Espero que ahora no esté arrepentido. El hecho es, Emily Starr, que eres extraña, y a la gente no le gustan los niños extraños.

-¿Por qué soy extraña? -preguntó Emily.

-Hablas de una manera extraña, actúas de una manera extraña, y a veces se te ve extraña. Y eres demasiado grande para tu edad, aunque eso no es culpa tuya. Es por no haberte dado con otros niños. Yo siempre le insistía a tu padre para que te mandara a la escuela, aprender en la casa no es lo mismo, pero él no me hacía caso, por supuesto. No digo que no tengas los conocimientos de libros que tienes que tener, eso no, pero lo que te falta es aprender a ser como los demás niños. En cierto sentido, sería bueno que te llevara tu tío Oliver, porque tiene una familia grande. Pero no tiene tanto dinero como los otros, de modo que no es probable que te lleve. Tu tío Wallace sí, ya que se cree el jefe de la familia. Sólo tiene una hija, ya crecida. Pero su esposa es de salud delicada, o eso dice.

-Me gustaría que me llevara la tía Laura -dijo Emily. Recordaba que su padre había dicho que la tía Laura era parecida a su madre.

-¡La tía Laura! Ella no va a tener opinión en ese tema, la que manda en Luna Nueva es Elizabeth. Jimmy Murray maneja la granja, pero tengo entendido que le falta un tornillo.

-¿Qué tornillo le falta? -preguntó Emily, curiosa.

-Ah, tiene algo que ver con la cabeza, niña. Es un poco tonto, un accidente cuando era joven, dicen. Le estropeó la cabeza, o algo así. Elizabeth tuvo algo que ver, no sé bien cómo. No creo que los de Luna Nueva quieran complicarse la vida contigo. Son muy rígidos con todo. Sigue mi consejo y trata de caerle bien a tu .tía Ruth. Sé amable, y pórtate bien, tal vez le caigas bien. Ya está, ya están todos los platos. Ahora sube y no molestes.

-¿Puedo llevar a Mike y a Saucy Sal? -preguntó Emily. -No, no puedes.

-Me sirven de compañía -rogó Emily.

-Compañía o no compañía, no puedes llevarlos. Están afuera y afuera se quedan. No los quiero metidos adentro de la casa. Acabo de lavar el piso.

-¿Por qué no lavabas el piso cuando papá vivía? -preguntó Emily-. A él le gustaban las cosas limpias. Entonces, casi nunca lo lavabas. ¿Por qué lo lavaste ahora?

-¡Escúchenla! ¿Me voy a poner a lavar el piso todos los días, con mi reuma? Ve arriba y acuéstate un poco.

-Voy arriba, pero no me voy a acostar -dijo Emily-. Tengo mucho en qué pensar.

-Hay una cosa que yo te aconsejaría -dijo Ellen, decidida a no perder una oportunidad de cumplir con su deber-, y es que te arrodilles y le pidas a Dios que te haga una niña buena, respetuosa y agradecida.

Emily se detuvo al pie de la escalera y miró hacia atrás. -Papá me decía que no tuviera nada que ver con su Dios -dijo, con gravedad.

Ellen emitió una especie de gemido, pero no se le ocurrió ninguna respuesta a esta afirmación hereje. Apeló al mundo entero. -¿Se ha oído semejante cosa?

-Yo sé cómo es su Dios -dijo Emily-. Vi Su dibujo en ese libro que usted tiene de Adán y Eva. Tiene patillas y usa camisón. No me gusta. Pero sí me gusta el Dios de papá.

-¿Y cómo es el Dios de tu padre, si se me permite la pregunta? -replicó Ellen, con sarcasmo.

Emily no tenía idea de cómo era el Dios de su padre, pero estaba decidida a no dejarse amilanar por Ellen.

-Es claro como la Luna, rubio como el Sol, y terrible como un ejército con una bandera -dijo, triunfante.

-Bueno, tú siempre tienes que tener la última palabra, pero los Murray te van a enseñar modales -dijo Ellen, renunciando a la discusión-. Son presbiterianos estrictos y no tienen ninguna de las ideas espantosas de tu padre. Ve arriba.

Emily subió a la habitación del lado sur; se sentía muy sola. -Ahora no hay nadie que me quiera en el mundo -dijo, haciéndose un ovillo sobre la cama, junto a la ventana. Pero estaba decidida a no llorar. Los Murray, que habían odiado a su padre, no debían verla llorar. Sentía que los odiaba a todos, excepto tal vez a la tía Laura. Qué grande y vacío había quedado el mundo, de pronto. Ya no había nada interesante. No importaba que el manzanito petiso entre Adán y Eva se hubiera convertido en una belleza rosada y nívea, que las colinas detrás de la hondonada fueran de seda verde, envueltas en una aureola púrpura, que los narcisos hubieran florecido en el jardín, que los abedules estuvieran recubiertos de cintas de oro, que la Señora Viento soplara unas jóvenes nubes blancas a través del cielo. Ninguna de esas cosas guardaba el menor encanto ni el menor consuelo ahora para ella. En su inexperiencia, Emily creía que jamás volverían a tenerlos. -Pero le prometí a papá que sería valiente -susurró, apretando los puñitos, y lo seré. Y no permitiré que los Murray se den cuenta de que les tengo miedo, ¡no les tendré miedo! Cuando el lejano silbato del tren de la tarde pitó detrás de las colinas, el corazón de Emily comenzó a latirle con fuerza. Apretó las manos y levantó la cara.

-Por favor, ayúdame, Dios de papá, no Dios de Ellen ---dijo Ayúdame a ser valiente y a no llorar delante de los Murray.

En seguida, se oyó el ruido de ruedas, abajo, y voces, voces altas, decididas. Entonces apareció Ellen, jadeando al subir las escaleras con el vestido negro, una prenda horrible, de lana merino barata.

-La señora Hubbard lo terminó justo a tiempo, por suerte. No quisiera que los Murray no te vieran de negro ni por todo el oro del mundo. No pueden decir que no he cumplido con mi deber. Están todos aquí: los de Luna Nueva; Oliver y su esposa, tu tía Addie; Wallace y su esposa, tu tía Eva y la tía Ruth, que en realidad es la señora Dutton. Ya está, lista. Ahora ven.

.

-¿No puedo ponerme mi collar de cuentas venecianas? -preguntó Emily.

-¡Dios del cielo! ¡Cuentas venecianas con un vestido de luto! ¡Qué vergüenza! -¿Te parece momento para pensar en vanidades? -¡No son vanidades! exclamó Emily-. ¡Papá me regaló las cuentas en Navidad, y quiero mostrarle a los Murray que tengo algo!

-¡Basta de tonterías! ¡Vamos, te dije! A ver cómo te portas, muchas cosas dependen de la impresión que les hagas.

Emily bajó rígida delante de Ellen y entró en la sala. Había ocho personas sentadas en círculo, y de inmediato sintió la mirada crítica de dieciséis ojos extraños. Estaba muy pálida y se la veía fea con su vestido negro; las sombras púrpura que le habían quedado de tanto llorar le hacían los ojos demasiado grandes y hundidos. Estaba desesperadamente asustada y lo sabía, pero no permitiría que los Murray se dieran cuenta. Levantó la cabeza y se enfrentó con gallardía a la difícil prueba.

-Él -dij$_o$ Ellen, haciéndola girar- es tu tío Wallace.

Emily se estremeció y tendió una mano fría. No le gustaba el tío Wallace, y lo supo de inmediato: era oscuro, adusto y feísimo, con cejas hirsutas y fruncidas y una boca severa, despiadada. Tenía bolsas debajo de los ojos y patillas muy cuidadas. Emily decidió, en ese preciso instante, que no le gustaban las patillas.

-¿Cómo estás, Emily? -preguntó él, frío y, con la misma frialdad, se inclinó hacia adelante y le dio un beso.

Una repentina oleada de indignación inundó el alma de Emily. ¡Cómo osaba besarla, él, que había odiado a su padre y repudiado a su madre! ¡No quería sus besos! Rápidamente, sacó el pañuelo del bolsillo y se limpió la mejilla ultrajada.

-¡Caramba! ¡Caramba! -exclamó una voz desagradable del otro lado de la habitación.

El tío Wallace pareció a punto de decir muchísimas cosas, pero no se le terminó de ocurrir cuáles. Ellen, con un gruñido de resignación, empujó a Emily hacia la siguiente silla.

-Tu tía Eva -dijo.

La tía Eva estaba sentada, envuelta en un chal. Tenía la cara inquieta de los enfermos imaginarios. Le estrechó la mano a Emily y no dijo nada. Emily tampoco.

-Tu tío Oliver -anunció Ellen.

A Emily más bien le gustó el aspecto del tío Oliver. Era grande, gordo, colorado de cara y con aire jovial. Ella pensó que no le molestaría que él le diera un beso, a pesar de su áspero bigote blanco. Pero el tío Oliver había aprendido la lección del tío Wallace.

-Te doy una moneda por un beso -susurró, simpático. Una broma era la idea del tío Oliver de ser amable y simpático, pero Emily no lo sabía, y no le gustó.

-Yo no vendo mis besos -dijo, levantando la cabeza con altivez, como podría haber hecho cualquiera de todos esos Murray. El tío Oliver rió, pareció muy divertido y para nada ofendido. Pero Emily oyó un carraspeo del otro lado de la habitación.

La tía Addie era la siguiente. Era tan gorda, colorada de cara y jovial como su esposo y le dio un buen apretoncito a la mano helada de Emily.

-¿Cómo estás, querida?- preguntó.

El "querida" conmovió a Emily y la ablandó un poquito. Pero el siguiente Murray la congeló otra vez, al instante. Era la tía Ruth; Emily supo que era la tía Ruth antes de que Ellen se lo dijera, y supo que había sido la tía Ruth la que había dicho "caramba" y había carraspeado. Conocía los helados ojos grises, los cabellos opacos, castaños y prolijos, el cuerpo escaso y retacón, la boca delgada, fruncida, despiadada.

La tía Ruth le tendió la punta de los dedos, pero Emily no la tocó.

-Dale la mano a tu tía -dijo Ellen en un susurro airado. -Ella no quiere que le dé la mano -dijo Emily, con toda claridad-, por eso no se la voy a dar.

La tía Ruth volvió las manos despreciadas a su falda de seda negra.

-Eres una niña muy mal educada-dijo. Pero era de esperar, obviamente.

Emily sintió un súbito escrúpulo. ¿Había dejado mal la imagen de su padre con su comportamiento? Tal vez, después de todo, tendría que haberle estrechado la mano a la tía Ruth. Pero ya era demasiado tarde, Ellen la había hecho avanzar.

-Él es tu primo, James Murray-dijo Ellen, con el tono de desagrado de alguien a quien no le gusta la tarea que tiene entre manos y está ansioso por que termine pronto.

-El primo Jimmy, el primo Jimmy -dijo el otro. Emily lo miró fijo, y quedó encantada con él, de inmediato y sin reservas. Él tenía cara pequeña, sonrosada, de duende, con una barba gris bifurcada; los cabellos enrulados y abundantes, nada semejante al estilo Murray, castaños y brillantes; y los ojos grandes y castaños eran tan bondadosos y francos como los

de un niño. Le dio un fuerte apretón de manos a Emily, a pesar de que, mientras lo hacía, miró con una mirada interrogativa a la dama que estaba frente a él.

-Hola, gatita -dijo.

Emily comenzó a sonreírle, pero su sonrisa fue, como siempre, de desarrollo tan lento, que Ellen la había cambiado de lugar antes de que ésta terminara de florecer, y fue la tía Laura la que se vio beneficiada con ella. La tía Laura se sobresaltó y empalideció.

-¡La sonrisa de Juliet! -dijo, casi sin aliento, y la tía Ruth volvió a carraspear.

La tía Laura no tenía nada que ver con ninguno de los que estaban en la habitación. Era casi bonita, de rasgos delicados y cabellos lacios y claros, con alguna que otra cana, peinados en apretadas trenzas, sujetas muy apretadas contra la cabeza. Pero fueron los ojos los que ganaron a Emily. Eran de un azul tan *azul*. Uno no podía recuperarse de la impresión de tanta azulidad. Y, cuando habló, lo hizo con una voz suave y hermosa.

-Pobre chiquita -dijo, rodeó a Emily con un brazo y le dio un abrazo.

Emily devolvió el abrazo y fue entonces que se salvó por poco de que los Murray la vieran llorar. Lo que la salvó fue el hecho de quede pronto Ellen la empujó hacia el rincón junto a la ventana. -Y ella es tu tía Elizabeth.

Sí, ésa era la tía Elizabeth. De eso no había dudas: tenía un vestido de satén negro, duro, tan duro y fino que Emily estaba segura de que sería el mejor que tenía. A Emily le gustó eso. Pensara lo que pensase la tía Elizabeth de su padre, al menos le había profesado la muestra de respeto de ponerse su mejor vestido. Y la tía Elizabeth era muy elegante, con su altura, su delgadez, su austeridad, sus rasgos nítidos y un rodete macizo de cabellos castaños grisáceos debajo de la cofia de encaje negro. Pero los ojos, aunque de un azul acerado, eran tan fríos como los de la tía Ruth, y los labios largos y delgados estaban apretados con severidad. Bajo su mirada fría y observadora, Emily se retiró dentro de sí misma y cerró la puerta de su alma. Le habría gustado caerle bien a latía Elizabeth-que era la “jefa" de Luna Nueva- pero sintió que no podía hacerlo.

La tía Elizabeth le estrechó la mano y no dijo nada, si bien la verdad era que no sabía exactamente qué decir. Elizabeth Murray no se habría sentido intimidada ante rey ni gobernador general.

El orgullo de los Murray la habría asistido en ese trance; pero se sentía perturbada en presencia de esa niña extraña, que miraba a uno directo a los ojos y que ya había demostrado que era cualquier cosa menos dócil y humilde. Aunque Elizabeth Murray no lo habría admitido jamás, no quería ser despreciada como les había pasado a Wallace y a Ruth.

-Ve a sentarte en el sofá -ordenó Ellen.

Emily se sentó en el sofá con los ojos bajos: era una figurita frágil, oscura, indomable. Cruzó las manos sobre la falda y cruzó los tobillos. Que vieran que tenía modales.

Ellen se retiró a la cocina, agradeciendo a las estrellas que eso había terminado. A Emily no le gustaba Ellen, pero se sintió abandonada cuando ella se fue. Ahora estaba sola ante el estrado de la opinión Murray. Habría dado cualquier cosa por estar fuera de esa habitación. Sin embargo, en lo más profundo de su cabeza, se formaba *la* intención de escribirlo todo en su cuaderno. Sería interesante. Los describiría a todos; se sabía capaz de hacerlo. Tenía una palabra exacta para los ojos de la tía Ruth: "grises como las piedras". Eran igual que piedras, igual de duros, de fríos y de inexorables. Entonces un dolor le atravesó el corazón. Su padre no podría leer ya nunca lo que ella escribiera en el cuaderno.

No obstante, sintió que de todas maneras quería escribirlo todo. ¿Cómo podría describir los ojos de la tía Laura? Eran tan hermosos... decir sólo que eran "azules" no significaba nada, había cientos de personas -con ojos azules, ¡ah! ya lo tenía: "lagos azules", eso mismo.

¡Y en ese momento vino el destello!

Era la primera vez desde la espantosa noche en la que Ellen la esperó en la puerta. Ella creía que ya no vendría más y ahora, en este momento y ese lugar tan poco aptos, *había* venido. Vio, con ojos que no eran los del sentido de la vista, el maravilloso mundo detrás del velo. El coraje y la esperanza inundaron su almita fría como una oleada de luz rosada. Levantó la cabeza y miró a su alrededor con intrepidez, con "desfachatez", según diría más tarde la tía Ruth.

Sí, los describiría a todos en el cuaderno, a cada uno de ellos la dulce tía Laura, el agradable primo Jimmy, el viejo adusto del tío Wallace y el tío Oliver, de cara de luna, la altiva tía Elizabeth y la detestable tía Ruth.

-Esa niña parece muy delicada -dijo la tía Eva, de pronto, con su voz temblorosa y sin color.

-Bueno, ¿qué más se puede esperar? -dijo la tía Addie, con un suspiro que a Emily le pareció que ocultaba algún sentido calamitoso-. Es demasiado pálida, si tuviera un poco de color no se la vería tan mal.

-No sé a quién se parece-dijo el tío Oliver, mirando a Emily con atención.

-No es una Murray, eso es evidente -dijo la tía Elizabeth, con tono decidido y desaprobatorio.

"Hablan de mí como si yo no estuviera", pensó Emily, mientras se le inflamaba el corazón de indignación ante tanta indecencia.

-Tampoco se diría que es una Starr -dijo el tío Oliver-. Yo la veo más parecida a *los* Byrd, tiene el cabello y los ojos de su abuela.

-Tiene la nariz de George Byrd -dijo la tía Ruth, en un tono que no dejaba dudas de su opinión sobre la nariz de George. -Tiene la frente del padre -dijo la tía Eva, también desaprobando.

-Tiene la sonrisa de su madre -dijo la tía Laura, pero tan bajo que nadie la oyó.

-Y las largas pestañas de Juliet, ¿porque Juliet tenía pestañas muy largas, no? -dijo la tía Addie.

Emily había llegado al límite de *la* tolerancia.

-¡Me hacen sentir como si estuviera hecha de pedacitos! -exclamó, indignada.

Los Murray la miraron. Tal vez sintieron algo de vergüenza pues, después de todo, ninguno de ellos era un ogro y todos eran, más o menos, humanos. Al parecer a nadie se le ocurría nada que decir, pero el sofocado silencio fue interrumpido por una risita o Jimmy, una risita baja, llena de diversión y desprovista de malicia.

-Tienes razón, gatita --dijo-. Enfréntate a ellos, defiéndete.

__ ¡Jimmy! -lo reprendió la tía Ruth.

Jimmy se calló.

La tía Ruth miró a Emily.

-Cuando yo era una niña -dijo-, nunca hablaba a menos que se *me* dirigiera la palabra.

Pero si nadie habla hasta que le hablan, no habría conversaciones -argumentó Emily.

-Tampoco contestaba -continuó la tía Ruth, severa-. En ésa época las niñas eran bien educadas. Éramos amables y respetuosas de nuestros mayores. Nos enseñaban a guardar nuestro llagar, y eso hacíamos.

"-No creo que se haya divertido mucho -dijo Emily, y en seguida gimió de espanto. No había querido decirlo en voz alta, sólo había querido pensarlo. Pero tenía una costumbre tan acendrada de pensar en voz alta con su padre.

-¡Divertirme! -dijo la tía Ruth, irritadísima-. Yo no pens*aba en* divertirme cuando era una niña.

-No, lo sé -dijo Emily, grave. La voz y los modales eran perfectamente respetuosos, porque estaba ansiosa por compensar ,,,u¸.error involuntario. Pero la tía Ruth parecía con ganas de tirarle de las orejas. Esa niña la estaba *compadeciendo,* insultándola al tenerle lástima, a *ella,* por su niñez impecable. Era intolerable, especialmente en una Starr. ¡Y ese odioso de Jimmy que se 'reía otra, vez! ¡Elizabeth tendría que reprimirlo!

Por suerte, en ese momento apareció Ellen Greene a anunciar que la cena estaba lista.

-Tú tienes que esperar-le susurró a Emily-. No hay lugar para ti en la mesa.

Emily se alegró. Sabía que no comería ni un bocado bajo la mirada de los Murray. Sus tíos y tías salieron con rigidez, sin mirarla, todos menos la tía Laura, que se volvió junto a la puerta y le arrojó un beso furtivo. Antes de que Emily pudiera devolvérselo, Ellen Greene cerró la puerta.

Emily se quedó sola en la sala, que estaba cubriéndose de las sombras del crepúsculo. El orgullo que la mantuvo en presencia de los Murray la abandonó de pronto y supo que se venían las lágrimas. Fue derecho a la puerta cerrada al final de la sala, la abrió, y entró. El féretro de su padre estaba en el medio de la pequeña habitación que había sido un dormitorio. Estaba cubierto de flores: los Murray habían hecho lo que correspondía, en eso como en todo lo demás. La gran ancla de rosas rojas traídas por el tío Wallace se erguía agresiva sobre la mesita a la cabecera. Emily no podía ver la cara de su padre por el almohadón de jacintos blancos, de un perfume espeso, apoyado sobre el vidrio, y no se animaba a moverlo. Pero se acurrucó en el suelo y apoyó la cabeza contra el costado lustrado del cajón. Allí la encontraron dormida cuando volvieron de cenar. La tía Laura la levantó y dijo:

-Voy a llevar a esta pobre criatura a la cama, está agotada. Emily abrió los ojos y miró a su alrededor con mirada soñolienta.

-¿Puedo llevar a Mike? -preguntó. -¿Quién es Mike?

-Mi gato, mi gato gris.

-¡Un gato! -exclamó la tía Elizabeth, indignada-. ¡No vas a llevar a un gato a tu dormitorio!

-¿Por qué no? Por una vez... -rogó Laura.

¡Por supuesto que no! -dijo la tía Elizabeth-. Un gato en donde se duerme es lo más insalubre. ¡Me extraña, Laura! Lleva a esa niña a la cama y que tenga suficiente abrigo. Es una noche fría. Pero no quiero volver a oír hablar de dormir con gatos.

-Mike es un gato limpio -dijo Emily-. Se lava todos los días.

-¡Llévala ala cama, Laura! -dijo la tía Elizabeth, ignorando a Emily.

La tía Laura se rindió, dócilmente. Llevó a Emily arriba, la ayudó a desvestirse y la acostó en la cama. Pero antes de quedarse dormida del todo, Emily sintió algo, suave, peludo y calentito, que se arrollaba ronroneando junto a su hombro. La tía Laura había bajado, había

buscado a Mike y se lo había llevado. La tía Elizabeth nunca se enteró y Ellen Greene no osó articular ni una palabra de protesta, pues, ¿no era Laura una Murray de Luna Nueva?

4
CÓNCLAVE FAMILIAR

A la mañana siguiente, Emily se despertó al alba. Por la ventana baja y sin cortina entraba el esplendor del amanecer y una débil estrella blanca se demoraba en el cielo verde cristalino sobre el Pino Gallo. Un dulce y fresco viento matinal soplaba en los aleros. Ellen Greene dormía en la gran cama y roncaba mucho. A excepción de ese ruido, la casita estaba muy silenciosa. Era la oportunidad que Emily había esperado.

Muy cuidadosamente se bajó de la cama, atravesó el cuarto en puntas de pie y abrió la puerta. Mike se desperezó en la alfombrita, se levantó y la siguió, restregándose contra los tobillos congelados de ella. Casi con culpa, Emily bajó la escalera vacía y oscura. ¡Cómo crujían los escalones, se despertarían todos! Pero no apareció nadie y Emily bajó, se metió en la sala y exhaló un largo suspiro de alivio al cerrar la puerta. Corrió casi hacia la puerta del otro extremo.

El almohadón floral de la tía Ruth seguía cubriendo el vidrio del féretro. Emily, apretando los labios en un gesto que le daba un extraño parecido con la tía Elizabeth, levantó el almohadón y lo dejó en el piso.

-¡Ay, papá, papá! -murmuró, llevándose la mano a la garganta para que no le subiera ese algo que la atragantaba. Estaba allí, temblando, una pequeña figura vestida de blanco, mirando a su padre. Ese sería su adiós. Debía despedirse ahora que estaban solos, no podría hacerlo delante de los Murray.

Su padre estaba tan hermoso. Todas las líneas del dolor habían d$_e$saparecido; su rostro parecía casi el de un muchacho, a no ser por los cabellos grises. Y sonreía, una sonrisa tan bonita, traviesa, sabia, como si de pronto él hubiera descubierto algo hermoso, inesperado y sorprendente. Ella había visto muchas lindas sonrisas en la cara de su padre mientras vivía, pero ninguna como ésa.

-Papá, no lloré delante de ellos -susurró-. Estoy segura de que no avergoncé a los Starr. No darle la mano a la tía Ruth no fue avergonzar a los Starr, ¿no? Porque en realidad ella no quería hacerlo. Ay, papá, creo que no le gusto a ninguno, aunque puede ser que a la tía Laura le guste un poco. Y ahora voy a llorar un poquito, papá, porque no puedo contenerme todo *el tiempo.*

Apoyó la cara sobre el vidrio frío y sollozó amarga pero brevemente. Debía decirle adiós antes de que alguien la encontrara. Levantó la cabeza y miró larga y seriamente ese rostro adorado. -Adiós, papito querido -susurró, ahogada.

Se secó las lágrimas que la cegaban y puso en su lugar el almohadón de la tía Ruth, ocultando a sus ojos la cara de su padre para siempre. Luego se escurrió fuera de la habitación, decidida allegar rápidamente a su dormitorio. Junto a la puerta casi se dio de narices contra el primo Jimmy, que estaba sentado en una silla ante la puerta, envuelto en una inmensa bata a cuadros y acariciando a Mike.

-Shh -murmuró, dándole una palmadita en el hombro-. Te oí bajar y te seguí. Yo sabía lo que querías hacer. He estado sentado aquí para que ninguno fuera a sorprenderte. Toma, llévate esto y vuelve corriendo a la cama, gatita.

"Esto" era un paquete de pastillas de menta. Emily 1o tomó y salió volando, muy avergonzada de que el primo Jimmy la hubiera visto en camisón. Odiaba las pastillas de menta y no comía nunca, pero la bondad del primo Jimmy al regalárselas le provocó un estremecimiento de deleite a su corazón. Y además le había dicho "gatita", eso le gustaba. Había creído que ya nadie la llamaría otra vez con nombres cariñosos. Su padre le decía tantos apodos cariñosos: "corazoncito", "queridita", "Emilitina", "corderito", "dulcecita" y "duendecito". Tenía un apodo cariñoso para cada estado de ánimo y a ella todos le encantaban. En cuanto al primo Jimmy, era bueno. Cualquiera que fuese la parte de él que le faltaba, no era el corazón. Le estaba tan agradecida que después de estar a salvo en la cama se obligó a comer una de las pastillas, aunque le insumió todo su coraje tragarla.

El funeral fue esa tarde. Por una vez, la solitaria casita de la hondonada estuvo llena de gente. Llevaron el féretro a la sala y los Murray, como deudos, se sentaron rígida y decorosamente alrededor, Emily entre ellos, pálida y muy modosita en su vestido negro. Estaba sentada entre la tía Elizabeth y el tío Wallace y no se animaba a mover un músculo. No había otro Starr presente. Su padre no tenía parientes vivos cerca. La gente de Maywood fue y miró su cara muerta con una libertad y una curiosidad insolente que no habrían osado mostrar en vida de él. Emily detestó que miraran así a su padre. No tenían derecho; no habían sido buenos con él cuando vivía, habían dicho cosas duras de él, a veces Ellen Greene las había repetido. Cada mirada que caía sobre él hería a Emily, pero siguió sentada, quieta, sin demostrar nada. La tía Ruth dijo después que jamás había visto a una criatura tan absolutamente desprovista de sentimientos naturales.

Cuando terminó el servicio, los Murray se levantaron y desfilaron alrededor del cajón para la correspondiente mirada de despedida. La tía Elizabeth tomó a Emily de la mano y trató de arrastrarla con ellos pero Emily la retiró y negó con la cabeza. Ella ya se había despedido. Por un momento, la tía Elizabeth pareció a punto de insistir, pero siguió avanzando, sola, una Murray hasta los tuétanos. No se podía hacer una escena en un funeral.

Douglas. Starr sería llevado a Charlottetown para enterrarlo junto a su esposa. Los Murray iban todos, pero Emily no. Vio la procesión cuando subió por la larga colina cubierta de césped, a través de la llovizna gris que comenzaba a caer. Emily se alegró de que lloviera; muchas veces había oído a Ellen Greene decir qué feliz era el cadáver sobre el que caía la lluvia; y era más fácil ver que su padre se iba en esa neblina gris, suave, buena, que a través de un sol resplandeciente y risueño.

-Bueno, hay que admitir que el funeral salió bien -dijo Ellen Greene a sus espaldas-. Se hizo todo lo que se debía hacer. Si tu padre estuvo mirando desde el cielo, Emily, estoy segura de que estará satisfecho.

-.No está en el cielo -dijo Emily.

-¡Dios mío! ¡Esta niña! -Ellen no pudo decir más. -Todavía no está en el cielo. Está en camino. Dijo que esperaría por ahí y que iría muy despacito hasta que yo también me muriera, para que pudiera alcanzarlo. Espero morirme pronto.

-Es muy malo, pero muy malo, decir eso -replicó Ellen. Cuando desapareció el último coche, Emily volvió a la salita, sacó un libro de la biblioteca y se hundió en el sillón de respaldo alto. Las mujeres que estaban ordenando se alegraron de que estuviera quieta y no las molestara.

-Qué bien que pueda leer -dijo la señora Hubbard, abatida-. Algunas niñas no quedan tan compuestas. Jenny Hood gritaba y daba alaridos después de que se llevaron a su madre. Los Hood son gente con tanto *sentimiento.*

Emily no leía. Pensaba. Sabía que los Murray volverían a la tarde, y sabía que probablemente entonces se decidiera su destino. "Hablaremos del asunto cuando regresemos" oyó decir al tío Wallace esa mañana después del desayuno. El instinto le decía qué era "el asunto", y habría dado una de sus orejitas puntiguadas para oír la conversación con la otra. Pero sabía perfectamente bien que la harían irse. De modo que no le llamó la atención cuando Ellen fue, al atardecer, y le dijo:

-Será mejor que subas, Emily. Tus tíos vendrán aquí a hablar del tema.

-¿No puedo ayudarla a preparar la cena? -preguntó Emily, que creía que, si pudiera andar por la cocina, podría pescar una o dos palabras.

-No. Molestarás más de lo que puedes ayudar. Vamos, vete. Ellen salió de la cocina, sin esperar a ver si Emily se iba. Emily se puso de pie con desgano. ¿Cómo podría dormir esa noche si no sabía qué iba a sucederle? Y estaba segura de que no le dirían nada hasta la mañana, si es que se lo decían entonces.

Su mirada se posó sobre la mesa oblonga en el medio de la habitación. El mantel era de proporciones generosas, y caía en pliegues hasta el piso. Hubo un relámpago de medias negras sobre la alfombra, un fugaz movimiento de tela y luego... silencio. Emily, en el piso debajo de la mesa, acomodó las piernas para estar cómoda y se dispuso, triunfante. Oiría lo que se decidiera y no se enteraría nadie.

Nunca le habían dicho que espiar no se consideraba una actividad estrictamente honorable, dado que, en vida de su padre, nunca se había presentado la ocasión para tal enseñanza, y ella pensaba que era por pura suerte que se le había ocurrido esconderse debajo de la mesa. Hasta podía ver, si bien confusamente, a través del mantel. El corazón le latía con tanta fuerza de la emoción que temió que la oyeran; no había otro sonido salvo el suave croar lejano de las ranas en medio de la lluvia, que se oía a través de la ventana abierta.

Entraron, se sentaron por la habitación. Emily contuvo el aliento. Durante algunos minutos nadie habló, aunque la tía Eva suspiró extensa y pesadamente. Entonces el tío Wallace se aclaró la garganta y dijo:

-Bien, ¿qué hacemos con la niña?

Nadie tenía prisa por responder. Emily pensó que no hablarían jamás. Por fin la tía Eva dijo, gimoteando.

-Es una niña tan difícil, tan rara. Yo no la entiendo.

-Yo creo -dijo la tía Laura, tímidamente- que tiene lo que podría llamarse temperamento artístico.

-Es una niña malcriada -dijo la tía Ruth, muy decidida- Va a dar mucho trabajo enderezarla, si me piden mi opinión. (La pequeña escucha de debajo de la mesa volvió la cabeza y le dirigió una mirada despectiva a la tía Ruth a través del mantel. “Yo creo que sus modales no son excelentes." Emily no osó siquiera murmurar las palabras, pero las formó con los labios, lo cual fue un gran alivio y una satisfacción.)

-Estoy de acuerdo contigo-dijo la tía Eva y yo, al menos, no me siento capaz para semejante tarea.

(Emily entendió que esto quería decir que el tío Wallace no tenía intenciones de llevársela y se alegró.)

-La verdad-dijo el tío Wallace- es que tendría que llevársela la tía Nancy. Tiene más bienes terrenales que ninguno de nosotros. -¡A la tía Nancy no se le ocurriría llevársela y lo sabes bien! -dijo el tío Oliver-. Además, está demasiado vieja para ocuparse de criar a una niña, tanto ella como esa vieja bruja de Caroline. Por la salvación de mi alma, no creo que

ninguna de las dos sea humana. A mí me gustaría llevarme a Emily, pero, en realidad, no puedo. Tengo una familia numerosa que mantener.

-No es probable que viva mucho para molestar a nadie -dijo la tía Elizabeth, tajante-. Probablemente muera de tuberculosis, como el padre.

("¡No me moriré, no me moriré!" exclamó Emily, o al menos lo pensó con tanto ímpetu que casi parecía que lo había dicho. Olvidó que había querido morir pronto para alcanzar a su padre. Ahora quería vivir, sólo para dejar mal a los Murray. "No tengo la menor intención de morirme. Voy a vivir, siglos, y seré una autora famosa, ¡ya vas a ver, tía Elizabeth Murray!")

-Es cierto que es una criatura muy flacucha -admitió el tío Wallace.

(Emily alivió sus sentimientos ultrajados haciéndole una mueca al tío Wallace a través del mantel. "Si alguna vez tengo un cerdo, le voy a poner tu nombre" pensó, y se sintió muy satisfecha con su venganza.)

-Pero alguien tiene que cuidarla mientras viva -dijo el tío Oliver.

("Se merecerían que sí me muriera y ustedes sufrirían terribles remordimientos el resto de sus vidas", pensó Emily. Luego, en la pausa que siguió, se imaginó dramáticamente su funeral, seleccionó a quienes llevarían el cajón y trató de elegir el verso del himno que quería que grabaran en su lápida. Pero antes de que pudiera decidir todo esto, el tío Wallace continuó hablando).

-Bien, no estamos llegando a ninguna parte. Tenemos que ocuparnos de la criatura...

("Me gustaría que no me llamaras `la criatura"' pensó Emily, con rencor.)

-...y alguno de entre nosotros tiene que darle un hogar. La hija de Juliet no debe quedar a merced de extraños. Personalmente, yo siento que la salud de Eva no le permite ocuparse de criar y educar a una criatura...

-De una criatura como *ella* -dijo la tía Eva. (Emily le sacó la lengua a la tía Eva.) -Pobrecita -dijo la tía Laura, con suavidad.

(Algo congelado en el corazón de Emily se derritió en ese momento. Le encantó que la llamaran "pobrecita" con tanta ternura.)

-No creo que tengas que tenerle tanta pena, Laura -dijo el tío Wallace, con decisión- Es evidente que tiene muy pocos sentimientos. No la vi derramar una lágrima desde que llegamos aquí.

-¿Se dieron cuenta de que ni siquiera quiso mirar a su padre por última vez?- preguntó la tía Elizabeth.

De pronto, el primo Jimmy se puso a silbar, mirando el techo. Es tanto lo que siente que tiene que ocultarlo -dijo la tía Laura.

El tío Wallace gruñó.

-¿No te parece que tendríamos que llevárnosla nosotras, Elizabeth? -prosiguió Laura, con timidez.

La tía Elizabeth se movió incómoda en la silla.

-No creo que estaría contenta en Luna Nueva, con tres viejos como nosotros.

("¡Sí, estaría, sí!", pensó Emily).

-Ruth, ¿y tú? -preguntó el tío Wallace-. Vives sola en esa casa tan grande. Sería bueno para ti tener a alguien que te acompañara.

-No me gusta esa niña -dijo la tía Ruth, cortante-. Es astuta como una víbora.

("¡Claro que no!", pensó Emily.)

-Con una educación prudente y cuidadosa, muchos de sus defectos pueden curarse -dijo el tío Wallace, pomposamente. ("¡No quiero que me los curen!" Emily estaba enojándose más y más debajo de la mesa. "A mí me gustan mis defectos más que sus... sus" -buscó mentalmente la palabra adecuada y entonces, triunfante, recordó una frase de su padre- "...sus *abominables* virtudes!")

-Lo dudo -dijo la tía Ruth, mordaz-. Lo que está en los huesos sale hacia la carne. En cuanto a Douglas Starr, creo que fue verdaderamente vergonzoso de su parte morirse y dejar a esa criatura sin un centavo.

-¿Lo hizo a propósito? preguntó el primo Jimmy, suavemente. Era la primera vez que hablaba.

-Fue un fracasado exclamó la tía Ruth.

-¡Mentira, mentira! -gritó Emily, sacando abruptamente la cabeza por debajo del mantel, entre las patas de un extremo de la mesa.

Por un instante los Murray permanecieron tan inmóviles y callados como si el exabrupto los hubiera convertido en piedra. Luego, la tía Ruth se levantó, avanzó hacia la mesa y levantó el mantel, detrás del cual Emily se había retirado, consternada, al darse cuenta de lo que había hecho.

-¡Levántate y sal de ahí abajo, Emily Starr!-ordenó la tía Ruth.

"Emily Starr" se levantó y salió. No se la veía demasiado asustada: estaba demasiado enojada para asustarse. Se le habían oscurecido los ojos y tenía las mejillas rojas.

-¡Qué hermosa! ¡Qué niña tan hermosa! -dijo el primo Jimmy. Pero nadie lo oyó. La tía Ruth tenía la palabra.

-¡Eres una espía sin vergüenza! -dijo-. Ahí está la sangre de los Starr, un Murray jamás habría hecho una cosa así. ¡Habría que azotarte!

-¡Papá no era un fracasado! -gritó Emily, ahogada de la ira-. No tiene derecho a decir que era un fracasado. Nadie que haya sido tan querido como él puede ser un fracasado. Yo no creo que a usted la haya querido nadie. Así que *usted* es la fracasada. Y *no* voy a morirme de tuberculosis.

-¿Te das cuenta de que eres culpable de algo muy vergonzoso? -le preguntó la tía Ruth, blanca de rabia.

-Quería oír qué va a ser de mí -exclamó Emily-. Yo no sabía que era algo tan malo; no sabía que iban a decir cosas tan horribles de mí.

-Los que escuchan a escondidas nunca oyen nada bueno de sí mismos -dijo la tía Elizabeth, imponente-. Tu madre jamás habría hecho eso, Emily.

La bravata había abandonado a Emily. Se sentía culpable y desgraciada, ay, tan desgraciada. No lo sabía, pero al parecer había cometido un pecado imperdonable.

-Ve arriba -ordenó la tía Ruth.

Emily se fue, sin protestar. Pero antes de irse miró a su alrededor. -Mientras estaba debajo de la mesa -confesó- le hice una mueca al tío Wallace y le saqué la lengua a la tía Eva.

Lo dijo con pesar, deseando ser honesta con sus transgresiones, pero con tanta facilidad nos entendemos mal los unos a los otros, que los Murray en realidad creyeron que se estaba dando el lujo de una gratuita impertinencia. Cuando se cerró la puerta tras ella, todos, excepto la tía Laura y el primo Jimmy, sacudieron la cabeza y gimieron.

Emily fue a su dormitorio en un estado de amarga humillación. Sentía que había hecho algo que les daba a los Murray el derecho a despreciarla, y decían que era la sangre Starr que

había salido a la superficie, y ni siquiera había averiguado cuál sería su destino. Miró desconsolada a la pequeña Emily del espejo.

-Yo no sabía, no lo sabía -murmuró-. Pero ahora lo sé -agregó, resuelta-, y nunca, pero *nunca,* volveré a hacerlo. Por un momento pensó que se arrojaría sobre la cama a llorar. No podía soportar todo el dolor y la vergüenza que le quemaban el corazón. Pero, entonces, su mirada cayó sobre el cuaderno amarillo que estaba sobre su mesita. Un minuto después, Emily estaba sentada sobre la cama, al estilo turco, escribiendo con entusiasmo en el viejo cuaderno, con un pedacito de lápiz. A medida que sus dedos volaban sobre los renglones borrosos se le colorearon las mejillas y le brillaban los ojos. Olvidó a los Murray, aunque estaba escribiendo sobre ellos; olvidó su humillación, aunque estaba describiendo lo ocurrido; durante una hora escribió sin pausa a la luz mortecina de su humeante lámpara, sin detenerse, salvo aquí y allá, para mirar por la ventana la penumbrosa belleza de la noche neblinosa, mientras buscaba en la cabeza una palabra determinada, y cuando la encontraba suspiraba feliz y seguía escribiendo.

Cuando oyó que los Murray subían la escalera guardó el cuaderno. Había terminado; había escrito una descripción de todo el hecho y del círculo en cónclave de los Murray, y había concluido con un patética descripción de su propio lecho de muerte, con los Murray de pie, a su alrededor, rogándole que los perdonara. Al principio describió a la tía Ruth de rodillas, en una agonía de sollozos llenos de remordimiento. Luego, detuvo el lápiz, "la tía Ruth jamás se sentiría tan mal por *ninguna cosa"* pensó, y tachó el renglón.

Escribiendo, el dolor y la humillación se diluyeron. Sólo estaba cansada y algo feliz. Había sido divertido buscar palabras que encajaran con el tío Wallace y qué satisfacción exquisita había sido describir a la tía Ruth como "una mujercita rechoncha".

-Me gustaría saber qué dirían mis tíos si supieran lo que de verdad pienso de ellos -murmuró, mientras se acostaba.

5

EL DIAMANTE CORTA EL DIAMANTE

Emily, a quien los Murray habían ignorado expresamente durante el desayuno, fue convocada a la sala de recibo cuando terminaron de comer.

Estaban todos -la falange entera-, y a Emily se le ocurrió, al mirar al tío Wallace sentado al sol de la primavera, que después de todo no había encontrado la palabra adecuada para expresar esa especial calidad de adustez de él.

La tía Elizabeth estaba de pie junto a la mesa, seria, con unos papelitos en la mano.

-Emily-dijo-, anoche no pudimos decidir quién te llevaría. Debo decir que ninguno de nosotros tiene demasiadas ganas de quedarse contigo, viendo que te has portado tan mal en muchos aspectos...

-Ay, Elizabeth -protestó Laura-. Es... es la hija de nuestra hermana.

Elizabeth levantó la mano, en un gesto de reina.

-Yo estoy haciendo esto, Laura. Ten la bondad de no interrumpirme. Como decía, Emily, no pudimos decidir quién se ocuparía de ti. De modo que acordamos, siguiendo una sugerencia del primo Jimmy, que resolveríamos la cuestión echándola a la suerte. Tengo nuestros nombres aquí, escritos en estos papelitos. Sacarás uno y aquel cuyo nombre esté escrito te dará un hogar.

La tía Elizabeth extendió los papelitos. Emily temblaba con tanta violencia que al principio no pudo tomar uno. Esto era espantoso, parecía que uno debía decidir su propio destino a ciegas.

-Saca uno -dijo la tía Elizabeth.

Emily apretó los dientes, echó la cabeza hacia atrás con el aire de quien desafía al destino y sacó un papel. La tía Elizabeth lo tomó con una mano temblorosa y lo sostuvo en alto. En él estaba su propio nombre: "Elizabeth Murray". Laura Murray se llevó el pañuelo a los ojos.

-Bien, ya está-dijo el tío Wallace, levantándose aliviado-. Y voy a tener que darme prisa si quiero tomar ese tren. Claro que, en lo que hace a los gastos, yo contribuiré con mi parte, Elizabeth.

-En Luna Nueva no somos mendigos -dijo la tía Elizabeth, con algo de frialdad-. Ya que me ha tocado a mí llevármela, haré lo que haga falta, Wallace. No voy a eludir mi deber.

"Yo soy su deber", pensó Emily. "Papá decía que a nadie nunca le gusta lo que es un deber. De manera que nunca le voy a gustar a la tía Elizabeth."

-Tienes más orgullo Murray que todos nosotros juntos, Elizabeth -rió el tío Wallace.

Todos lo siguieron afuera, todos excepto la tía Laura. Ella se acercó a Emily, que estaba de pie, sola, en medio de la habitación, y la tomó en sus brazos.

-Me alegro tanto, Emily, tanto -susurró-. No te preocupes, chiquita. Yo ya te quiero, y Luna Nueva es un lugar lindo, Emily.

-Tiene... un nombre bonito -dijo Emily, luchando por controlarse-. Yo... yo quería... irme contigo, tía Laura. Creo que voy a llorar, pero no es porque no quiera ir ahí. Mis modales no son tan malos como ustedes piensan, tía Laura, y anoche no me hubiera puesto a escuchar si hubiera sabido que eso no se hace. -Ya sé que no -dijo la tía Laura. -Pero no soy una Murray, ¿sabes?

Entonces la tía Laura dijo algo muy extraño... en labios de una Murray.

-¡Gracias al cielo!

El primo Jimmy siguió a Emily cuando ésta salió de la habitación y la alcanzó en el pequeño vestíbulo. Miró cuidadosamente a su alrededor para asegurarse de la privacidad y susurró:

-Tu tía Laura es especialista en tortas invertidas de manzana, gatita.

Emily pensó que "torta invertida de manzana" sonaba lindo, aunque no sabía qué era. Le susurró al primo Jimmy una pregunta que nunca se habría atrevido a hacerle a la tía Elizabeth ni incluso a la tía Laura.

-Primo Jimmy, cuando hagan torta en Luna Nueva, ¿me dejarán raspar el recipiente y comerme la masa cruda?

-Laura, sí; Elizabeth, no -susurró el primo Jimmy, solemne.

-¿Y poner los pies en la estufa cuando se me enfríen? ¿Y comer una galletita antes de irme a dormir?

-La misma respuesta que antes -dijo el primo Jimmy-. Yo te recitaré mis poesías. Son muy pocas las personas a las que se las recito. He compuesto mil poemas. No están escritos, los tengo a todos aquí. -El primo Jimmy se pegó en la cabeza.

-¿Es muy difícil escribir poesía? -preguntó Emily, mirando al primo Jimmy con un nuevo respeto.

-Fácil como hacer rodar un leño si uno encuentra suficientes rimas -dijo el primo Jimmy.

Esa mañana se fueron todos, menos los de Luna Nueva. La tía Elizabeth anunció que se quedarían hasta el día siguiente para empacar y llevarse a Emily con ellos.

-Casi todos los muebles son de la casa -dijo-, de modo que no nos llevará mucho tiempo alistarnos. Sólo hay los libros de Douglas Starr y sus pocas pertenencias personales para empacar.

-¿Cómo llevaré a mis gatos? -preguntó Emily, preocupada. La tía Elizabeth la miró.

-¡Gatos! Usted no va a llevarse ningún gato, señorita. -¡Ay, tengo que llevarme a Mike y a Saucy Sal! – exclamó Emily, desesperada-. No puedo dejarlos. No puedo vivir sin un gato.

-¡Tonterías! En Luna Nueva hay gatos en el campo, pero no entran nunca en la casa.

-¿A ti no te gustan los gatos? preguntó Emily, incrédula. -No, *no* me gustan los gatos.

-¿No te gusta acariciar a un gato gordo, suavecito y bueno? -insistió Emily.

-No, preferiría tocar una víbora.

-Hay una preciosa muñeca de cera de tu madre en casa -dijo la tía Laura-. Le haré vestidos.

-No me gustan las muñecas, no hablan -exclamó Emily. -Los gatos tampoco.

-¡Ah, cómo que no! Mike y Saucy Sal hablan. Ay, *tengo* que llevármelos. *Por favor,* tía Elizabeth. Yo *adoro* a esos gatos. Y son los únicos que me quedan en el mundo que me quieren. ¡Por favor!

--¿Qué es un gato más o menos en cien hectáreas? -dijo el primo Jimmy, tironeándose de la barba-. Llévalos, Elizabeth. La tía Elizabeth reflexionó un momento. No entendía cómo alguien podía querer a un gato. La tía Elizabeth era una de esas personas que nunca entienden una cosa a menos que se les explique con mucha claridad y se les meta en la cabeza. Y entonces pueden entenderlo, pero sólo con el cerebro y no con el corazón. -Puedes llevarte *uno* de tus gatos -dijo por fin, con el aire de quien hace una gran concesión-. Uno, y no más. No, no discutas. Será mejor que aprendas de una vez por todas, Emily, que cuando yo digo algo, así es. Ya basta, Jimmy.

El primo Jimmy se guardó algo que iba a decir, se metió las manos en los bolsillos y silbó mirando el cielo raso.

-Cuando es no, es no, típico de los Murray. Nacimos todos con esa manía, gatita, y tendrás que soportarla, más cuando tú también la tienes, y mucho. Y dicen que no eres una Murray. El Starr lo tienes a flor de piel, nada más.

-No es cierto, yo soy *toda* Starr, *quiero* serlo –exclamó Emily-. Ay, pero, ¿cómo puedo elegir entre Mike y Saucy Sal?

Era un problema serio. Emily luchó con él todo el día, con el corazón oprimido. Ella quería más a Mike; de eso no le cabían dudas, pero *no podía* dejar a Saucy Sal a merced de Ellen. Ellen siempre había odiado a Sal, pero Mike le caía bastante bien y con él sería buena. Ellen regresaba a su casita de Maywood y quería tener un gato. Al fin de la tarde Emily tomó su amarga decisión. Se llevaría a Saucy Sal.

-Mejor llévate al macho -dijo el primo Jimmy-. No hay problema con los gatitos, Emily.

-¡Jimmy! -dijo la tía Elizabeth, severa. A Emily le llamó la atención la severidad. ¿Por qué no se podía hablar de gatitos? Pero no le gustaba que a Mike lo llamaran "el macho". De alguna manera sonaba insultante.

Tampoco le gustó la conmoción y las corridas de empacar. Añoraba la antigua tranquilidad y las dulces conversaciones con su padre. Se sentía como si lo hubieran alejado de ella por este influjo de los Murray.

-¿Qué es esto? -preguntó la tía Elizabeth de pronto, deteniéndose un momento en la tarea de empacar. Emily la miró y vio con espanto que la tía Elizabeth tenía en la mano el viejo cuaderno, que lo abría, que estaba *leyéndolo.* Emily dio un salto y agarró el libro.

-No puedes leer eso, tía Elizabeth -exclamó, indignada-, es mío, mi propia *propiedad privada.*

-Qué arrogancia, señorita Starr -dijo la tía Elizabeth, mirándola-, permíteme decirte que yo tengo derecho a leer tus libros. Ahora yo soy responsable por ti. No voy a permitir nada oculto o clandestino, que quede claro. Evidentemente, tienes algo ahí que te avergüenza que vean y quiero saber qué es. Dame ese cuaderno.

- No estoy avergonzada de él -exclamó Emily, retrocediendo, apretando su precioso cuaderno contra el pecho-. Pero no quiero que tú... ni nadie... lo vea.

La tía Elizabeth se le acercó.

-Emily Starr, ¿no oyes lo que te digo? Dame ese cuaderno, en seguida.

-¡No, no! -Emily se volvió y salió corriendo *jamás* permitiría que la tía Elizabeth leyera su cuaderno. Corrió hacia la cocina, apartó la tapa de ésta y metió el cuaderno en el fuego. El cuaderno comenzó a arder alegremente. Emily lo observó, destrozada. Le parecía que parte de sí misma se quemaba con él pero la tía Elizabeth no debía verlo nunca, no debía ver todas las cosas que había escrito y le había leído a su padre, todas las fantasías sobre la Señora Viento, sobre la Emily del espejo, sus diálogos con los gatos, todas las cosas que había escrito la noche anterior sobre los Murray. Observó cómo se arrugaban y contorsionaban las hojas, como si fueran cosas vivas, y luego cómo se ponían negras. Un renglón escrito apareció con toda claridad. "La tía Elizabeth es muy fría y *altiva."* ¿Y si la tía Elizabeth hubiera leído eso? ¡Y si lo estaba leyendo ahora! Emily miró, temerosa, por encima del hombro. No, la tía Elizabeth había regresado a la habitación y había cerrado la puerta con lo que, en cualquiera que no fuera una Murray, se habría considerado un portazo. El cuaderno era un montoncito deshilachado sobre los carbones blancos. Emily se sentó junto a la cocina y lloró. Sentía que había perdido algo de un valor incalculable. Era terrible pensar que todas esas cosas tan queridas ya no estaban. Jamás podría volver a escribirlas, no igual, y, aunque pudiera, no se animaría, nunca volvería a animarse a escribir *nada si* la tía Elizabeth tenía que verlo todo. Su padre nunca insistía en ver sus cosas. Le gustaba leérselas, pero si ella no hubiera querido, él nunca la habría obligado. De pronto, con las lágrimas que le brillaban en las mejillas, Emily escribió una línea en un cuaderno imaginario.

"La tía Elizabeth es fría y altiva, y no es justa."

A la mañana siguiente, mientras el primo Jimmy ataba las cajas en la parte de atrás del coche de doble asiento y la tía Elizabeth le daba a Ellen las últimas instrucciones, Emily se despidió de todo: del Pino Gallo y de Adán y Eva ("Me van a extrañar tanto cuando me haya ido; no habrá nadie aquí para quererlos" dijo, melancólica), de la reja en forma de araña, de los vidrios de la ventana de la cocina, del viejo sillón de respaldo alto, del cantero de césped,

de los abedules plateados. Luego subió a la ventana de su antiguo dormitorio. A Emily siempre le había parecido que esa ventanita se abría a un mundo de maravillas. En el cuaderno quemado había habido un texto del que ella estaba especialmente orgullosa: "Descripsion de la bista desde mi bentana". Se había dentado allí a soñar; por las noches se arrodillaba allí y rezaba. A veces las estrellas brillaban a través de esa ventana, a veces la lluvia golpeaba contra ella, a veces los pequeños gorriones y las golondrinas la visitaban, a veces unos perfumes frescos entraban por ella desde el manzano y las lilas, a veces la Señora Viento reía, suspiraba, cantaba y silbaba junto a ella: Emily la había oído allí en las noches oscuras y en las violentas-tormentas blancas del invierno. A la Señora Viento no le dijo adiós, pues sabía que la Señora Viento estaría en Luna Nueva también, pero le dijo adiós a la ventanita y a la colina verde que había amado, y a sus páramos habitados por las hadas y a la pequeña Emily del espejo. Podría haber otra Emily del espejo en Luna Nueva, pero no sería la misma. Y sacó de la pared y se guardó en el bolsillo la foto del vestido de baile que había cortado de una revista de modas. Era un vestido tan precioso, todo de encaje blanco y ramitos de pimpollos, con una cola larguísima de volados de encaje que seguramente tenía el largo de toda una habitación. Emily se había imaginado mil veces a sí misma con ese vestido, flotando, hecha una reina de belleza, en un salón de baile.

Abajo la esperaban. Emily se despidió de Ellen Greene con bastante indiferencia; nunca le había gustado Ellen Greene y, desde la noche en que ésta le había dicho que su padre iba a morirse, la había odiado y temido.

Ellen asombró a Emily estallando en sollozos y abrazándola, pidiéndole que no la olvidara, llamándola "mi niña adorada"-Yo no soy su niña adorada -dijo Emily-, pero le escribiré. ¿Va a ser muy buena con Mike?

-Creo que te duele más dejar a ese gato que a mí -sollozó Ellen.

-Ay, claro, por supuesto -dijo Emily, sorprendida de que a alguien le llamara la atención.

Le exigió toda su determinación no llorar cuando se despidió de Mike, que estaba ovillado por el sol, sobre el césped caliente, en la parte de atrás de la casa.

-Tal vez te vuelva a ver algún día -susurró mientras lo abrazaba-. Estoy segura de que los gatitos buenos van al cielo. Entonces se fueron en el coche de asientos dobles con su toldo con flecos, que siempre usaban los Murray de Luna Nueva. Emily nunca antes había viajado en algo tan espléndido. Nunca había viajado mucho. Una o dos veces su padre le había pedido prestado al señor Hubbard su vieja calesa con el poni gris para ir a Charlottetown. La calesa era ruidosa y el poni lento, pero su padre le había hablado todo el viaje e hizo del camino una verdadera maravilla.

El primo Jimmy y la tía Elizabeth se sentaron adelante, la última muy impresionante con su manto y su cofia de encaje negro. La tía Laura y Emily ocuparon el asiento de atrás, con Saucy Sal en una canasta entre las dos y gritando de susto.

Emily miró hacia atrás cuando iban por el camino de césped y pensó que la vieja casita marrón en la hondonada tenía un aire desdichado. Hubiera querido volver corriendo, para consolarla. A pesar de su decisión, se le llenaron los ojos de lágrimas; pero la tía Laura estiró su cálida mano enguantada por encima de la canasta de Saucy Sal y tomó la de Emily, dándole un apretoncito íntimo y comprensivo.

-Ay, te quiero mucho, tía Laura -susurró Emily.

Y los ojos de la tía Laura eran muy, pero muy azules, y profundos, y buenos.

6
LUNA NUEVA

Emily encontró que el viaje a través de ese mundo floreciente de junio era agradable. Nadie hablaba mucho; hasta Saucy Sal se había resignado al silencio de la desesperanza; de vez en cuando el primo Jimmy hacía un comentario, más para sí mismo, al parecer, que para otra persona. A veces la tía Elizabeth le respondía; a veces, no. Ella siempre hablaba tajantemente y no utilizaba palabras innecesarias.

Se detuvieron a comer en Charlottetown. Emily, que no había tenido apetito desde la muerte de su padre, no pudo comer la carne que la camarera de la posada le puso enfrente. Ante lo cual, la tía Elizabeth le dijo algo en secreto a la camarera, que se fue y luego volvió con una bandeja de pollo frío, delicadas rodajas blancas con un precioso adorno de lechuga cortada finita.

-¿Puedes comer eso? -preguntó la tía Elizabeth con severidad, como quien se dirige a un reo en la corte.

-Tra... trataré -murmuró Emily.

En ese momento estaba demasiado asustada para decir más pero, para cuando había logrado tragar parte del pollo, su cabecita había decidido que había un tema que aclarar.

-Tía Elizabeth -dijo.

-¿Sí, qué? -dijo la tía Elizabeth, dirigiendo sus ojos azul acerados directamente a los ojos turbados de su sobrina. -Quisiera que entendieras -dijo Emily, hablando muy correcta y atildadamente para asegurarse de que la comprendieran bien- que no fue porque no me gusta la carne asada que no la comí. No tenía nada de hambre; y comí un poco de pollo para complacerte, no porque me guste más.

-Los niños deben comer lo que se les da y no despreciar la comida buena -dijo la tía Elizabeth, severa. Así que Emily sintió que, después de todo, la tía Elizabeth no había entendido, y se sintió desdichada.

Después de comer, la tía Elizabeth le anunció a la tía Laura que harían algunas compras.

-Tenemos que comprarle cosas a la criatura -dijo.

-Ay, por favor, no me llamen "la criatura” -exclamó Emily. Me hace sentir como si no perteneciera a nadie. ¿No te gusta mi nombre, tía Elizabeth? A mamá le gustaba tanto. Además, no necesito "cosas". Tengo dos juegos completos de ropa interior, aunque uno está remendado y...

-Shh -dijo el primo Jimmy, dándole una suave patadita en la canilla a Emily por debajo de la mesa.

El primo Jimmy sólo quería decirle que era mejor dejar que la tía Elizabeth le comprara "cosas" cuando estaba de humor, pero Emily pensó que la reprendía por mencionar cosas como la ropa interior y se sumió en una condena escarlata. La tía Elizabeth siguió hablando con la tía Laura como si no hubiera oído.

-No debe usar ese vestido negro ordinario en Blair Water. Se podría colar harina de avena a través de esa tela. Es una tontería hacerle usar negro a una criatura de diez años. Le compraré un lindo vestidito blanco con un cinturón negro, y algún otro de zaraza, a cuadros blancos y negros, para la escuela. Jimmy, dejamos a la criatura contigo. Cuídala.

El método del primo Jimmy para cuidarla fue llevarla a un restaurante de la esquina y llenarla de helado. Emily nunca había tenido muchas oportunidades de tomar helado y no fue necesario insistirle, a pesar de no tener apetito, para que se comiera dos copas llenas. El primo Jimmy la miraba con satisfacción.

-No sirve que yo te compre cosas que Elizabeth pueda ver --dijo--. Pero ella no podrá ver lo que está dentro de ti. Aprovecha la oportunidad, que sólo el cielo sabe cuándo tendrás otra. -¿Nunca comen helado en Luna Nueva?

El primo Jimmy negó con la cabeza.

-A tu tía Elizabeth no le gustan las cosas modernas. En la casa vivimos como se vivía hace cincuenta años, pero en la granja, tiene que ceder. En la casa: velas; en el tambo, las grandes ollas de su abuela para poner la leche. Pero, gatita, Luna Nueva es un lugar muy lindo, después de todo. Algún día te gustará.

-¿Hay hadas? -preguntó Emily, esperanzada.

-Los bosques están llenos de hadas -dijo el primo Jimmy-. Igual que las aguileñas en el jardín viejo. Plantamos aguileñas a propósito, para las hadas.

Emily suspiró. Desde los ocho años sabía que ya no había más hadas en ningún lado, pero no había abandonado del todo la esperanza de que aún quedaran una o dos en lugares anticuados y lejanos. ¿Y dónde con tanta probabilidad como en Luna Nueva? -¿Hadas de verdad? -interrogó.

-Bueno, debes saber que si un hada es de verdad, no sería un hada -dijo el primo Jimmy, muy serio-. ¿O sí?

Antes de que Emily pudiera reflexionar las tías regresaron y pronto estuvieron todos otra vez en camino. Atardecía cuando llegaron a Blair Water, un atardecer rosado que inundaba de color la larga costa arenosa del mar y hacía resaltar el camino rojo y la colina oscurecida por los abetos blancos con fugaz nitidez. Emily miró a su alrededor y el nuevo entorno le gustó. Vio una gran casa blanca que espiaba a través de un velo de altos árboles viejos -no pequeños abedules recién saliditos de la tierra sino árboles que habían amado y sido amados por tres generaciones-, un espejito de agua plateada que brillaba a través de los abetos oscuros -ése era el estanque, el Blair Water que le daba nombre al lugar, ella ya lo sabía-, y la alta aguja dorada y blanca de una iglesia que se erguía por encima de los bosques de arces, en el valle, allá abajo. Pero no fue nada de eso lo que le produjo el destello, el destello vino con la repentina visión de la ventanita alta tan preciosa, tan amigable, que espiaba a través de las hiedras del techo y, justo por encima de ella, en el cielo opalescente, una Luna nueva, real, dorada y esbelta. Emily estaba fascinada con el paisaje cuando el primo Jimmy la levantó del coche y la llevó a la cocina.

Emily se sentó en un banco largo de madera, que estaba liso como el satén por los años y las tantas friegas y observó a la tía Elizabeth encendiendo velas aquí y allí en grandes candelabros de latón resplandeciente: en el estante entre las ventanas, sobre el aparador alto donde las hileras de platos blancos y azules comenzaban a hacerle guiños para darle una amistosa bienvenida, sobre la larga mesa del rincón. Y, a medida que las encendía, traviesas llamas se espejaban fuera de las ventanas, entre los árboles.

Emily nunca antes había visto una cocina como ésa. Tenía paredes de madera oscura y cielo raso bajo, atravesado por vigas negras, de las cuales colgaban jamones, tocino, ramitos de hierbas, medias y mitones nuevos y muchas otras cosas cuyos nombres y utilidades Emily no pudo adivinar. El piso lijado era de un blanco inmaculado, pero a través de los años las tablas habían sido tan restregadas, que los nudos de la madera se elevaban por todas partes como un

bonito relieve, y frente a la cocina las tablas habían cedido, haciendo una especie de extraño pozo. En un rincón del cielo raso había un gran agujero cuadrado que, a la luz de las velas, se veía negro y amenazador, y le dio miedo. Algo podía surgir de pronto de un agujero como ese si uno no se ha portado del todo bien. Y las velas arrojaban unas sombras ondulantes tan extrañas... Emily no sabía si le gustaba la cocina de Luna Nueva o no. Era un lugar bastante interesante, y pensó que le gustaría describirlo en su viejo cuaderno, si no lo hubiera quemado, pero de pronto Emily se sorprendió temblando y al borde de las lágrimas:

-¿Frío? -preguntó la tía Laura, cariñosa-. Estas nochecitas de junio todavía son frías. Ven a la salita, Jimmy encendió fuego en el hogar.

Emily, luchando con desesperación para no perder el control de sí misma, fue a la salita. Era mucho más alegre que la cocina.

El piso estaba cubierto de alegres alfombras rayadas tejidas en casa, la mesa tenía un mantel rojo brillante, en las paredes había un precioso empapelado con un diseño de diamantes, las cortinas eran de un maravilloso damasco rojo pálido con un dibujo de helechos blancos estampado en grande. Eran muy finas, muy imponentes, muy típicamente Murray. Emily nunca había visto cortinas como ésas. Pero lo más lindo de todo eran los reflejos y los relumbres amistosos del alegre fuego de madera dura que, desde el hogar, suavizaba la fantasmagórica luz de las velas con un algo cálido, rosado y dorado. Emily se asó los pies delante del fuego y sintió que revivía su interés en lo que la rodeaba. ¡Qué preciosas las puertitas de vidrio emplomado que cerraban los aparadores de la loza a ambos lados de la alta repisa del hogar, negra y pulida! ¡Qué graciosa la sombra que arrojaba el adorno tallado sobre el aparador contra la pared de atrás! Parecía el perfil de un negro, pensó Emily. ¡Qué misterios podían ocultarse detrás de las puertas de cristal con cortinitas de chintz de la biblioteca! Los libros eran los amigos de Emily dondequiera que los encontrara. Fue de un salto hacia la biblioteca y abrió la puerta. Pero, antes de que pudiera ver más que los lomos de unos libros bastante gordos, apareció la tía Elizabeth, con un jarro de leche y un plato con dos tortitas de harina de avena.

-Emily -dijo la tía Elizabeth, severa-, cierra esa puerta. Recuerda que ahora no debes hurgar en las cosas que no te pertenecen.

-Yo creía que los libros le pertenecían a todo el mundo -dijo Emily.

-Los nuestros no -dijo la tía Elizabeth, y logró transmitir la impresión de que los libros de Luna Nueva pertenecían a una raza diferente-. Aquí tienes la cena, Emily. Estamos todos tan cansados que no vamos a preparar comida. Come y luego nos iremos a la cama.

Emily bebió la leche y tragó las tortitas de harina de avena, sin dejar de mirar a su alrededor. ¡Qué lindo era el empapelado, con las guirnaldas de rosas dentro de los diamantes dorados! Emily se, preguntó si podría "verlo en el aire". Trató... sí podía... ahí está a un metro de sus ojos, un precioso dibujo de hadas, suspendido en la mitad del aire como en una pantalla. A los seis años Emily descubrió que poseía este extraño don. Mediante un determinado movimiento de los músculos de los ojos, que no podía explicar, podía reproducir, en el aire, una réplica diminuta del empapelado de una pared, podía sostenerlo allí y mirarlo todo el tiempo que quisiera, podía moverlo hacia atrás y hacia adelante, a cualquier distancia que quisiera, haciéndolo más grande o más pequeño a medida que lo alejaba o lo acercaba. Era una de sus diversiones preferidas, cuando entraba en una habitación nueva en cualquier parte, "ver el empapelado en el aire". Y este empapelado de Luna Nueva era el empapelado de hadas más bonito que había visto en su vida.

--¿Qué miras con los ojos así?- preguntó la tía Elizabeth, é reapareció de pronto.

Emily se hundió en sí misma. No podía explicarle a la tía Elizabeth: la tía Elizabeth sería como Ellen Greene y diría que estaba "chiflada".

-No... no miraba nada.

- No me contradigas. Estabas haciendo algo con los ojos --respondió la tía Elizabeth-. No vuelvas a hacerlo. Te da una expresión muy rara. Ven, vamos arriba. Vas a dormir conmigo.

Emily dio un respingo de angustia. Ella pensaba que dormiría con la tía Laura. Dormir con la tía Elizabeth parecía todo un problema. Pero no se animó a protestar. Subieron al gran dormitorio sombrío de la tía Elizabeth, donde el empapelado era oscuro, lúgubre y jamás podría transformarse en una cortina de hadas, con una cómoda alta, negra sobre la cual había un pequeño espejo de vaivén, tan por encima de ella que allí no habría Emily del espejo, ventanas muy cerradas con cortinas verde oscuro, una cama alta con un dosel verde oscuro y un colchón inmenso, gordo y sofocante y almohadas altas y duras.

Emily se quedó inmóvil, mirando a su alrededor. -¿Por qué no te desvistes? -preguntó la tía Elizabeth.

-No... no me gusta desvestirme delante de ti ¯balbuceó Emily.

La tía Elizabeth miró a Emily con sus ojos fríos a través de los anteojos.

-Quítate la ropa, *enseguida* -ordenó.

Emily obedeció, temblando de ira y de vergüenza. Era espantoso tener que sacarse la ropa mientras la tía Elizabeth la observaba. Era un ultraje indecible. Peor aún era decir sus oraciones delante de la tía Elizabeth. Emily sintió que no tenía mucho sentido rezar en esas condiciones. El Dios de su padre parecía muy lejano y ella sospechaba que el Dios de la tía Elizabeth era demasiado parecido al de Ellen Greene.

-Métete en la cama -dijo la tía Elizabeth, abriéndola. Emily miró la ventana oculta por la cortina.

-¿No vas a abrir la ventana, tía Elizabeth?

La tía Elizabeth miró a Emily como si ésta hubiera sugerido quitar el techo.

-¿Abrir la ventana para que entre el aire de la noche? -exclamó-. ¡Claro que no!

-Papá y yo siempre abríamos la ventana -exclamó Emily. -Con razón murió de tuberculosis -dijo la tía Elizabeth-. El aire de la noche es veneno.

-¿Qué aire hay de noche si no es el aire de la noche? -preguntó Emily.

-Emily -dijo la tía Elizabeth, gélida-, métete... en... la cama.

Emily se metió.

Pero era absolutamente imposible dormir, acostada ahí en esa cama honda que se lo tragaba a uno, con esa nube de negrura encima y ni un atisbo de luz en ningún lado, y con la tía Elizabeth acostada a su lado, larga, rígida y huesuda.

"Me siento como si estuviera en la cama con un pájaro grifo", pensó Emily.

"Ay, ay, voy a llorar, sé que voy a llorar."

Luchó desesperadamente y en vano por contener las lágrimas, pero *venían.* Se sentía completamente sola y solitaria, ahí, en esa oscuridad, con un mundo extraño, hostil, alrededor, pues ahora --- parecía hostil. Y había un sonido tan extraño, tan misterioso, tan triste en el aire, lejano, pero nítido. Era el murmullo del mar, pero Emily no lo sabía y le daba miedo. ¡Ay, su camita, en su casa; ay, la suave respiración de papá en la habitación; ay, la danza amiga de las estrellas conocidas que brillaban a través de la ventana abierta! ¡*Tenía* que volver, no podía quedarse aquí, aquí jamás podría ser feliz! Pero no había lugar adonde regresar, ni casa ni padre. Un gran sollozo le brotó del pecho, seguido de otro, y luego de

otro. No sirvió de nada apretar las manos y los dientes, ni morderse la parte de adentro de las mejillas: la naturaleza conquistó al orgullo y a la resolución e hizo lo que quiso.

-¿Por qué lloras? -preguntó la tía Elizabeth.

A decir verdad, la tía Elizabeth estaba tan incómoda y perturbada como Emily. No estaba acostumbrada a dormir con nadie; no quería dormir con Emily más de lo que Emily quería dormir con ella. Pero le parecía absolutamente imposible que la niña durmiera sola en uno de los grandes dormitorios de Luna Nueva, y Laura tenía problemas para dormir, cualquier cosa la desvelaba; los niños siempre dan patadas, según había oído decir Elizabeth Murray. De modo que no quedaba más que llevarse a Emily a dormir con ella y, habiendo sacrificado su comodidad y su preferencia para cumplir con su desagradable deber, he aquí que esta criatura difícil y desagradecida no estaba contenta.

-Te pregunté por qué llorabas, Emily -repitió.

-Extraño... creo -sollozó Emily.

La tía Elizabeth se molestó.

-Linda casa tenías para extrañarla -dijo, cortante.

-No era... no era tan elegante como Luna Nueva -sollozó Emily--, pero... estaba papá. Creo que extraño a papá, tía Elizabeth. ¿Tú no te sentiste muy sola cuando murió tu padre?

Involuntariamente Elizabeth Murray recordó la avergonzada sensación de alivio que sofocó cuando murió el viejo Archibald Murray, aquel viejo bien parecido, intolerante, tiránico, que había manejado a su familia con mano de hierro toda su vida y que había hecho que la existencia en Luna Nueva fuera desdichada con la petulante tiranía de los cinco años de invalidez que cerraron su carrera. Los Murray sobrevivientes se habían portado de manera impecable, llorando con decoro, y publicaron una nota necrológica larga y halagadora. Pero, ¿había habido un solo sentimiento genuino de dolor que siguiera a Archibald Murray a la tumba? A Elizabeth no le gustaba ese recuerdo y se enojó con Emily por evocarlo.

-Me resigné a la voluntad de la Providencia -dijo, con frialdad-. Emily, tienes que entender ya mismo que debes ser agradecida y obediente y mostrar tu reconocimiento por lo que se hace por ti. No voy a tolerar lágrimas ni quejas. ¿Qué habrías hecho si no hubieras tenido amigos que se ocuparan de ti? Respóndeme eso.

-Supongo que me habría muerto de hambre-admitió Emily, visualizando de inmediato una dramática imagen de sí misma muerta, exactamente igual a las imágenes de una revista de misioneros que tenía Ellen en la que mostraban las víctimas de una hambruna en la India.

-No exactamente, pero te habrían enviado a un asilo donde probablemente hubieras pasado hambre. No sabes de lo que te salvaste. Has venido a un buen hogar donde se te cuidará y se te educará adecuadamente.

A Emily no le gustó del todo eso de "se te educará adecuadamente". Pero dijo, con humildad:

-Yo sé que fuiste muy buena al traerme a Luna Nueva, tía Elizabeth. Pero no te molestaré mucho tiempo, ¿sabes? Pronto seré adulta y podré ganarme la vida. ¿Cuál crees que es la edad pira que una persona pueda ser adulta, tía Elizabeth?

-No tienes por qué pensar en eso -dijo la tía Elizabeth, tajante-. Las mujeres Murray nunca se han visto en la necesidad de ganarse la vida. Lo único que te pedimos es que seas una niña buena y agradecida y te comportes con la prudencia y la humildad que corresponde.

Eso sonaba horriblemente duro.

-Sí, tía -dijo Emily, decidiendo de pronto ser heroica, como las niñas en las historias que había leído-. Tal vez después de todo no sea tan difícil, tía Elizabeth -y en ese momento

Emily recordó algo que había oído decir una vez a su padre y le pareció que esa era una buena oportunidad para utilizarlo-, porque, ¿sabes? Dios es bueno y el diablo puede ser peor.

¡Pobre tía Elizabeth! ¡Recibir el impacto de semejante discurso en medio de la noche, y de labios de una pequeña intrusa no deseada en su ordenada vida y en su tranquila cama! ¡No hay que extrañarse si por uno o dos segundos quedó demasiado paralizada para responder! Luego exclamó, horrorizada:

-Emily, no vuelvas a decir eso.

-Está bien -dijo Emily, dócil-. Pero -agregó, desafiante y en voz baja- seguiré pensándolo.

-Y ahora -dijo la tía Elizabeth-, quiero decirte que no acostumbro charlar toda la noche, aunque tú sí. Voy a dormirme, y espero que me obedezcas. Buenas noches.

El tono del buenas noches de la tía Elizabeth habría estropeado la mejor noche del mundo. Pero Emily se quedó muy quietecita y no lloró más, aunque las lágrimas silenciosas le rodaron por las mejillas en la oscuridad, un buen rato más. Se quedó tan quieta que la tía Elizabeth pensó que se había dormido y se durmió también.

"Me pregunto si habrá alguien despierto en el mundo, además de mí" pensó Emily, sintiendo una soledad angustiosa. "¡Si sólo tuviera aquí a Saucy Sal! No es tan cariñosa como Mike pero es mejor que nada. ¿Dónde estará? ¿Le habrán dado de comer?"

La tía Elizabeth le había dado al primo Jimmy la canasta con Saucy Sal con un impaciente: "Aquí tienes, ocúpate del gato", y Jimmy se la había llevado. ¿Dónde la había puesto? Tal vez Saucy Sal saliera y se fuera a la antigua casa; Emily había oído que los gatos siempre vuelven a su casa. Deseó que ella pudiera salir e irse a su casa; se imaginó a sí misma y a su gata corriendo ansiosas por los caminos oscuros, iluminados por las estrellas, hasta la casita de la hondonada, volviendo a los abedules, a Adán y Eva, a Mike, al viejo sillón de respaldo alto, a su camita y a la ventana abierta donde la Señora Viento le cantaba y al amanecer uno podía ver el azul de la niebla en las colinas.

"¿Llegará la mañana en algún momento?" pensó. "Tal vez las cosas no parezcan tan malas de mañana."

Y entonces oyó a la Señora Viento en la ventana; oyó el murmullo bajo y susurrante de la brisa de una noche de junio, íntimo, querido, amistoso.

"Ay, estás ahí, ¿verdad, querida?" susurró, extendiendo los brazos. "Ay, me alegro tanto de oírte. Me haces sentir tan acompañada, Señora Viento. Ahora ya no me siento sola. ¡Y el destello también vino! Yo tenía miedo de que en Luna Nueva no viniera ya nunca mas.

Su alma súbitamente escapó de la prisión de la sofocante cama de plumas de la tía Elizabeth y de su lúgubre dosel y sus ventanas selladas. Salió al aire libre con la Señora Viento y las otras gitanas de la noche: las luciérnagas, las mariposas, los arroyos, las nubes. A lo largo y a lo ancho anduvo en un ensueño encantado hasta que llegó a la costa de los sueños y quedó profundamente dormida sobre la almohada gorda y dura, mientras que la Señora Viento cantaba suave y seductoramente en las hiedras que cubrían Luna Nueva.

7

EL LIBRO DEL AYER

Aquel primer sábado y domingo en Luna Nueva permacieron siempre en el recuerdo de Emily como dos días maravillosos, tan plenos de impresiones nuevas y, en general, deliciosas. Si es cierto que "contamos el tiempo por los latidos de nuestros corazones", Emily vivió dos años en lugar de dos días. Todo fue fascinante desde el momento en que bajó por la larga escalera pulida y entró en el salón cuadrado, lleno de una suave luz rosada que entraba por los paneles de vidrio rojo de la puerta del frente. Emily miró encantada a través de los paneles. Qué extraño, qué fascinante mundo rojo contempló, con un extraño cielo rojo que parecía, pensó ella, el cielo del Día del Juicio Final.

Había un cierto encanto en la vieja casa, que Emily sintió intensamente y al cual respondió, aunque era demasiado pequeña para comprenderlo. Era una casa que en otros tiempos había albergado a novias, madres y esposas vivaces, y la atmósfera de sus amores y de sus vidas todavía latía en ella; no la había anulado el régimen de solteronas de las vidas de Elizabeth y Laura.

"Ay, Luna Nueva me va a *encantar "*, pensó Emily; asombrada. La tía Laura estaba poniendo la mesa para el desayuno en la cocina, que a la luz del sol matutino se veía clara y alegre. Hasta el agujero negro del cielo raso había dejado de ser amenazador y se había convertido en apenas una entrada común y corriente al altillo de la cocina. Y en el umbral de arenisca roja estaba sentada Saucy Sal, acicalándose tan satisfecha como si hubiera vivido toda su vida en Luna Nueva. Emily no lo sabía, pero esa mañana Saucy Sal ya había probado a fondo las delicias de la batalla con sus pares y les había enseñado a los gatos del granero cuál era su lugar, de una vez por todas. El gran gato amarillo del primo Jimmy había recibido una buena zurra y se había quedado sin varios pedazos de su anatomía, mientras que una presumida gata negra, que se daba muchos aires, había decidido que si esa intrusa gris y blanca de cara larga que había salido quién sabía de dónde iba a quedarse en Luna Nueva, ella no.

Emily tomó a Sal en brazos y la besó con amor, para horror de la tía Elizabeth, que venía por el camino de madera desde la cocina exterior con un plato de tocino chisporroteante.

-Que no vuelva a verte besar a un gato -ordenó.

-Ah, está bien -accedió Emily, de buen humor-. Sólo la besaré cuando no me veas.

-No me hace gracia su impertinencia, señorita. No vas a darle besos a ningún gato.

-Pero, tía Elizabeth, yo no le di un beso en la boca, por supuesto. Le di un beso entre las orejas. Es lindo, ¿no quieres probar cómo es?

-Suficiente, Emily. Ya dijiste bastante. -Y la tía Elizabeth avanzó majestuosamente hacia la cocina, dejando a Emily desdichada por un momento. Sintió que había ofendido a la tía Elizabeth y no tenía la menor idea de por qué ni cómo.

Pero la escena que se presentaba ante sus ojos era demasiado interesante para preocuparse mucho más por la tía Elizabeth. Unos aromas deliciosos venían de la cocina exterior, una construcción pequeña, con un techo inclinado donde en el verano se ponía la gran cocina. Estaba cubierta de lúpulo, como casi todas las edificaciones de Luna Nueva. Hacia la derecha estaba el jardín "nuevo", precioso ahora que estaba florecido pero un lugar bastante común y corriente, después de todo, ya que el primo Jimmy lo había cultivado de una manera muy moderna y tenía grano plantado en los amplios espacios entre las derechas filas de árboles que parecían todos iguales. Pero del otro lado del camino del granero, justo detrás del pozo, estaba "el jardín viejo", donde decía el pri$_{m}$o Jimmy que crecían las aguileñas y que parecía ser un lugar $_{e}$ncantador donde los árboles habían crecido siguiendo su exclusivo gusto, y habían adoptado formas y tamaños individuales, donde la hiedra azul se enrollaba alrededor de sus raíces y las rosas silvestres se amontonaban sobre la cerca gris. Un poco más allá, cerrando el

panorama entre los jardines, había una pequeña elevación cubierta de inmensos abedules blancos, entre l9s cuales estaban los graneros de Luna Nueva. Y, del otro lado del jardín nuevo, un precioso camino rojo serpenteaba subiendo por la colina y bajaba del otro lado hasta que parecía tocar el vívido azul del cielo.

El primo Jimmy venía de los graneros, trayendo rebosantes baldes de leche, y Emily corrió con él hasta el tambo que quedaba detrás de la cocina exterior. Ella jamás había visto ni imaginado un lugar tan precioso. Era un pequeño edificio blanco como la nieve en medio de un grupo de altos abetos balsámicos. El techo gris estaba salpicado de almohadones de moho como gordos ratones de terciopelo verde. Uno bajaba seis escalones de arenisca, bordeados de helecho, abría una puerta blanca con un panel de vidrio y bajaba tres escalones más. Y entonces uno se encontraba en un lugar limpio, húmedo, fresco, con olor a tierra, con piso de arcilla y ventanas cubiertas con el delicado esmeralda de jóvenes lúpulos, y había anchos estantes de madera todo alrededor, donde estaban los amplios y llanos recipientes de brillante cerámica marrón, llenos de leche cubierta con una capa de crema tan grasosa que era amarilla.

La tía Laura los esperaba; coló la leche dentro de unos recipientes vacíos y luego espumó algunos de los que estaban llenos. A Emily le pareció que espumar la leche era una tarea fascinante y ansió poder intentarlo ella. También ansió sentarse allí mismo y escribir una descripción de ese precioso tambo pero, ay, no tenía su cuaderno. Aunque podía escribirlo en la cabeza. Se acuclilló en un taburete de tres patas en un rincón oscuro y se dispuso a hacerlo, tan quieta que Jimmy y Laura se olvidaron de ella, se fueron y luego tuvieron que salir a buscarla durante un cuarto de hora. Esto demoró el desayuno y enojó mucho a la tía Elizabeth. Pero Emily había encontrado la frase exacta para definir esa luz verde, clara y no obstante pálida que llenaba el tambo y estaba tan satisfecha que no le importó para nada el aire tormentoso de la tía Elizabeth.

Después del desayuno, la tía Elizabeth informó a Emily que de allí en adelante uno de sus deberes sería llevar las vacas a pastar todas las mañanas. -

-Jimmy no tiene a nadie que le ayude en estos momentos y le ahorrará algunos minutos.

-Y no tengas miedo -agregó la tía Laura-, las vacas conocen tan bien el camino que irán solas. Lo único que tienes que hacer es seguirlas y cerrar los portones.

-No tengo miedo -dijo Emily.

Pero tenía. No sabía nada de vacas, pero estaba decidida a que los Murray no sospecharan que una Starr estaba asustada. Así fue que, con el corazón latiéndole como un martillo de fragua, salió valientemente y descubrió que lo que la tía Laura le había dicho era verdad y que las vacas no eran animales tan feroces, después de todo. Echaron a andar muy gravemente y ella se limitó a seguirlas, primero a través del jardín viejo y luego a través de la plantación de arces y por un sendero retorcido cubierto de helechos donde la Señora Viento ronroneaba y espiaba por detrás de los arbolitos de arce.

Emily se detuvo en el portón de la pradera hasta que sus ojos ávidos absorbieron toda la geografía del paisaje. La vieja pradera se extendía ante ella en una sucesión de pequeños montículos verdes, justo hasta la orilla del famoso Blair Water, que era un estanque casi perfectamente redondo con orillas ondulantes sin pasto ni árboles. Más allá estaba el valle de Blair Water, lleno de casas y, más allá todavía, la gran extensión del golfo blanco. A Emily le parecía una tierra encantada, de sombras verdes y aguas azules. En un rincón de la pradera, separado por un viejo muro de piedra, había un pequeño cementerio privado donde estaban enterrados los Murray idos. Emily quería ir a explorarlo, pero le dio miedo cruzar la pradera.

"Iré apenas tenga más confianza con las vacas", resolvió. Hacia la derecha, en la cima de una pequeña colina empinada cubierta de abedules y abetos blancos jóvenes, había una casa que desconcertó e intrigó a Emily. Era gris y estaba castigada por el tiempo, pero no parecía vieja. No la habían terminado nunca; el techo estaba terminado pero las paredes no, y las ventanas estaban tapiadas. ¿Por qué no la habían terminado? Y podía ser una casa tan linda, una casa a la que uno podía querer, una casa donde habría lindos sillones, fuegos acogedores, bibliotecas y preciosos gatos gordos y ronroneantes en rincones inesperados; allí mismo le puso por nombre la Casa Desilusionada, y mucho fue el tiempo, después, que pasó terminando la casa, amoblándola como debía ser amoblada, e inventando a las personas y los animales más propicios para vivir en ella.

Hacia la izquierda de la pradera había otra casa de un estilo muy diferente: una casa grande, vieja, cubierta de hiedra, de techo plano, con ventanas en las buhardillas y un aspecto general de indiferencia y abandono. Un parque grande y desprolijo, lleno de arbustos sin cuidar y de árboles, se extendía hasta el estanque, donde unos enormes sauces se inclinaban hacia el agua. Emily decidió preguntarle al primo Jimmy sobre las casas cuando tuviera una buena oportunidad.

Pensó que, antes de regresar, debía saltar el cerco de la pradera y explorar cierto sendero que vio entrar en el bosque de abetos y arces más allá. Lo hizo y descubrió que llevaba directo a la Tierra de las Hadas, a lo largo de la orilla de un arroyito ancho y precioso,-un sendero silvestre tan bonito, bordeado de helechos que se mecían y hacían señas, con las más tímidas de las violetas encantadas bajo los abetos blancos y a sorpresivos lugares de belleza en cada curva. Aspiró el aroma de los abetos blancos y vio el brillo de las telarañas en las ramas altas, y en todas partes las danzas de las luces y las sombras encantadas. Aquí y allá las ramas de los arces jóvenes se cruzaban como para hacer una cortina para los rostros de las ninfas del bosque; Emily sabía todo sobre las ninfas, gracia$_s$ a su padre, y las grandes sábanas de musgo debajo de los árbole$_s$ eran lechos para Titania.

-Éste es uno de los lugares donde crecen los sueños – dijo Emily, feliz.

Deseó que el sendero continuara hasta siempre, pero al final se apartaba del arroyo y, cuando ella atravesó un viejo cerco de madera mohosa, se encontró en el "jardín del frente" de Luna Nueva, donde el primo Jimmy podaba unos arbustos de espirea.

-Ay, primo Jimmy, encontré un caminito precioso -dijo Emily, sin aliento.

-¿Uno que sale del bosque de John el Altivo?

-¿No es nuestro bosque? preguntó Emily, algo decepcionada.

-No, pero tendría que serlo. Hace cincuenta años el tío Archibald le vendió ese pedazo de tierra al padre de John el Altivo, el viejo Mike Sullivan. El construyó una casita cerca del estanque y allí vivió hasta que se peleó con el tío Archibald, lo que sucedió casi en seguida, por supuesto. Entonces se mudó del otro lado del camino, que es donde ahora vive John el Altivo. Elizabeth ha intentado comprarle la tierra, le ofreció más de lo que vale, pero John el Altivo no quiere vender, por despecho, ya que tiene una buena granja y ese pedazo no le sirve de mucho. Sólo pastorea unas pocas vacas jóvenes en verano, y lo que estaba limpio se está llenando de brotes de arces. Es una espina que Elizabeth tiene clavada en el costado y allí seguirá mientras John el Altivo siga atado a su rencor.

-¿Por qué le dicen John el Altivo?

-Porque es alto y altivo. Pero no te preocupes por él. Quiero mostrarte mi jardín, Emily. Es mío. Elizabeth es ama y señora de la granja, pero me deja el jardín, para compensar por haberme tirado al pozo.

-¿Ella hizo eso?

-Sí. No fue con intención, claro. Éramos niños y yo estaba de visita. Los hombres estaban poniéndole un brocal nuevo al pozo limpiándolo. Estaba abierto y nosotros jugábamos a la mancha alrededor de él. Yo hice poner furiosa a Elizabeth, no me recuerdo qué le dije, aunque no era nada difícil ponerla furiosa, ¿entiendes? y ella quiso pegarme en la cabeza. Yo la vi venir y retrocedí para esquivarla y ahí fue que me caí de cabeza. No me acuerdo de nada más. En el fondo no había más que barro, pero pegué con la cabeza en las paredes de piedra. Me sacaron creyéndome muerto, con la cabeza toda cortada. La pobre Elizabeth estaba…-el primo Jimmy sacudió la cabeza, como para dar a entender que era imposible describir cómo estaba la pobre Elizabeth-¯. Al ratito reaccioné, como otra persona. La gente dice que nunca quedé bien, pero lo dicen porque soy poeta y porque nunca me inquieto por nada. Los poetas son tan escasos en Blair Water que la gente no los entiende, y la mayoría de las personas se inquieta por tantas cosas que creen que uno no está bien si no actúa igual.

-¿No me recitarías algunas de tus poesías, primo Jimmy? ---preguntó Emily, ansiosa.

-Cuando el espíritu me lo pida, lo haré. No tiene sentido pedírmelo cuando el espíritu no me lo pida.

-Pero, ¿cómo voy a saber cuándo el espíritu te lo pida, primo Jimmy?

-Porque por propia voluntad me pondré a recitar mis composiciones. Pero te digo algo: el espíritu generalmente me lo pide 'cuando hiervo las papas para los cerdos, en otoño. Recuérdalo y no te alejes de mí entonces.

¿Por qué no escribes las poesías?

-El papel es muy escaso en Luna Nueva, Elizabeth economiza con algunas cosas insignificantes, y el papel de cualquier tipo es una de ellas.

-Pero, ¿tú no tienes dinero propio, primo Jimmy?

-Ah, Elizabeth me paga bien. Pero me pone todo el dinero en el Banco y me da algunos pocos dólares de vez en cuando Dice que no se me puede confiar dinero. Cuando vine a trabajar aquí para ella me pagó a fin de mes y yo fui a Shrewsbury a ponerlo en el Banco. Me encontré con un vagabundo en el camino, un pobre hombre desamparado que no tenía un centavo. Yo le di mi dinero. ¿Por qué no? Yo tenía una buena casa, un trabajo fijo y ropa suficiente para que me durara años. Supongo que fue lo más tonto que hice en mi vida, y lo más lindo. Pero Elizabeth nunca pudo entenderlo. Desde entonces maneja mi dinero. Pero ven y te mostraré mi jardín, que después tengo que ir a plantar rabanitos.

El jardín era un lugar hermoso, que bien se merecía el orgullo del primo Jimmy. Parecía un jardín en el que ninguna helada pudiera marchitar ni ningún viento violento soplar, un jardín evocador de cien veranos desaparecidos. Todo alrededor tenía un seto alto de abetos recortados, espaciados a intervalos por altos álamos de Lombardía. El lado norte estaba cerrado por una hilera de abetos contra la cual crecía una larga fila de peonías, espléndidas en sus grandes flores rojas contra la oscuridad de aquéllos. Un gran abeto crecía en el medio del jardín y bajo él había un banco de piedra, hecho de piedras chatas de la costa, alisadas por el largo trabajo del viento y de las olas. En el rincón del sudeste había un enorme matorral de lilas, recortadas para asemejar un gran árbol inclinado, que eran una gloria de púrpura. Una pequeña casita cubierta de hiedra ocupaba el rincón sudoriental. Y en el rincón nordoriental había un gran reloj de sol de piedra gris, justo en el lugar donde el amplio sendero rojo bordeado de césped y adornado con caracoles de mar rosados continuaba su camino hacia el

bosque de John el Altivo. Emily nunca había visto un reloj de sol y se quedó mirándolo, fascinada.

-Tu tatarabuelo, Hugh Murray, lo trajo del Viejo Mundo -dijo el primo Jimmy-. No hay ninguno tan lindo en las Provincias Marítimas. Y el tío George Murray compró esos caracoles en las Indias. Era capitán.

Emily miró alrededor, encantada. El jardín era precioso y la casa espléndida a sus ojos infantiles. Tenía un gran porche al frente, con columnas griegas. Estas se tenían por muy elegantes en Blair Water, y contribuían en gran medida a justificar el orgullo de los Murray. Un maestro de la escuela había dicho que le daban un aire clásico a la casa. A decir verdad, el efecto clásico había sido parcialmente sofocado bajo las hiedras que se elevaban sobre todo el porche y pendían en festones verde pálido sobre las hileras de macetas con geranios que flanqueaban los escalones.

A Emily se le hinchó el corazón de orgullo. -Es una casa noble -dijo.

-¿Y mi jardín? -preguntó el primo Jimmy, celoso. -Digno de una reina -dijo Emily, seria y sinceramente.

El primoJimmy asintió, contento, y entonces un extraño sonido le brotó de la garganta y una mirada rara le apareció en los ojos.

-Hay un embrujo sobre este jardín. Las plagas no lo atacan y 1os gusanos siguen de largo. La sequía no osa invadirlo y la lluvia aquí suavemente.

Emily retrocedió un paso, involuntariamente; casi tuvo ganas de salir corriendo. Pero el primo Jimmy ya había vuelto a ser el de siempre.

-¿El césped alrededor del reloj de sol no te parece terciopelo dé? Me ha dado mucho trabajo, te lo aseguro. Puedes sentirte como en tu casa en este jardín. -El primo Jimmy hizo un gesto generoso. -Te confiero libertad sobre él. Que tengas suerte, y que encuentres el Diamante Perdido.

-¿El Diamante Perdido? -preguntó Emily, curiosa. ¿Qué cosa fascinante era esa?

-¿Nunca oíste la historia? Te la contaré mañana, los domingos son días de no hacer nada en Luna Nueva. Tengo que ir a plantar los rabanitos ahora o Elizabeth va a salir a buscarme. No dice nada, sólo me mira. ¿Alguna vez viste la verdadera mirada de los Murray?

-Creo que la vi cuando la tía Ruth me sacó de debajo de la mesa -dijo Emily, con pesar.

-No, no. Ésa era la mirada de Ruth Dutton: desdén, malicia y la más absoluta falta de caridad. Yo odio a Ruth Dutton. Se ríe de mi poesía, aunque jamás oyó un verso. El espíritu nunca me lo pide cuando Ruth está cerca. No sé de dónde la sacaron. Elizabeth es excéntrica, pero es sólida como una nuez, y Laura es una santa. Pero Ruth está carcomida por los gusanos. En cuanto a la mirad$_a$ de los Murray, ya te vas a dar cuenta cuando la veas. Es tan conocida como el orgullo de los Murray. Somos una raza rara, pero somos las mejores personas que han existido. Mañana te contaré de nosotros.

El primo Jimmy cumplió su promesa mientras las tías estaban en la iglesia. Se había decidido en un cónclave familiar que Emily no iría a la iglesia ese domingo.

-No tiene nada apropiado que ponerse -dijo la tía Elizabeth-. Para el domingo próximo le tendremos otra ropa. Emily se desilusionó al saber que no iría a la iglesia. La iglesia, en las contadas ocasiones en que había ido, le había parecido siempre un lugar muy interesante. En Maywood quedaba demasiado lejos para que su padre fuera caminando, pero a veces el hermano de Ellen Greene las había llevado, a ella y a Ellen.

-Tía Elizabeth-preguntó, pensativa-, ¿te parece que Dios se ofenderá mucho si me pongo mi vestido negro para ir a la iglesia? Claro que es barato, creo que Ellen Greene lo pagó con su propio dinero, pero me tapa de los pies a la cabeza.

-Las niñas pequeñas que no entienden las cosas deben sofrenar la lengua -dijo la tía Elizabeth-. No quiero que la gente de Blair Water vea a mi sobrina vestida con ropa tan asquerosa como ese vestido negro de merino. Y si lo pagó Ellen Greene, tenemos que devolverle el dinero. Tendrías que habérnoslo dicho antes de que nos fuéramos de Maywood. No, hoy no vas a ir a la iglesia. Mañana puedes ponerte el vestido negro para ir a la escuela. Podemos cubrirlo con un delantal.

Emily se resignó a quedarse en casa con un suspiro de decepción pero, al fin de cuentas, fue muy agradable. El primo Jimmy la llevó a caminar hasta el estanque, le mostró el cementerio y le abrió el libro del ayer.

-¿Por qué los Murray están enterrados aquí? -preguntó Emily-. ¿Es verdad que porque son demasiado importantes para que los entierren con la gente común?

-No, no, gatita. No llevamos nuestro orgullo tan lejos. Cuando el viejo Hugh Murray se instaló en Luna Nueva, no había más que bosques en kilómetros y kilómetros y ningún cementerio más cercano que el de Charlottetown. Por eso a los viejos Murray los enterraban aquí, y después seguimos haciéndolo porque queríamos yacer con los nuestros, aquí, en las tan verdes orillas del antiguo Blair Water.

-Eso parece un verso de un poema, primo Jimmy -dijo Emily

-Y lo es, es un verso de un poema mío.

-Me gusta la idea de un cementerio exclusivo como éste, dijo Emily, decidida, mirando alrededor y con aprobación el césped aterciopelado que bajaba hasta el estanque azul, los propios senderos, las tumbas bien cuidadas.

El primo Jimmy rió.

-Y pensar que dicen que no eres una Murray -dijo-. Murray, Byrd y Start, y un toquecito de Shipley para completarlo, si el primo Jimmy no se equivoca.

-¿Shipley?

--Sí, la esposa de Hugh Murray, tu tatara-tatarabuela, era una Shipley, inglesa. ¿Sabes cómo fue que los Murray llegaron a Luna `Nueva?

-No.

-Iban a Quebec, no tenían la menor intención de quedarse en la Isla Príncipe Eduardo. Tuvieron un viaje muy difícil y se les estaba terminando el agua potable, así que el capitán de la Luna Nueva desembarcó aquí para conseguir agua. Mary Murray había estado a punto de morirse de los mareos en la travesía, no se recuperó en todo el viaje, y entonces el capitán, apiadándose de ella, le dijo que podía bajar a tierra con los hombres y pisar suelo firme durante una o dos horas. Ella bajó muy contenta y, cuando estuvo abajo, dijo: "Aquí me quedo". Y se quedó, nada pudo hacerla cambiar de idea. El viejo Hugh, que entonces era el joven Hugh, claro, la instó, le gritó, la amenazó y discutió, y hasta dicen que terminó llorando, pero Mary no se movía. Al fin él cedió, hizo bajar sus pertenencias y también se quedó. Así fue que los Murray llegaron a la Isla Príncipe Eduardo.

-Me alegro de que haya sido así -dijo Emily.

-Lo mismo le sucedió al viejo Hugh con el correr del tiempo. Pero nunca dejó de dolerle, Emily, nunca dejó de dolerle. Nunca perdonó de corazón a su esposa. La tumba de ella está ahí en el rincón, es la que tiene la losa roja. Ve y mira lo que él hizo inscribir.

Emily corrió, llena de curiosidad. La gran losa estaba inscripta con uno de esos epitafios largos y discursivos de los viejos tiempos. Pero debajo del epitafio no había un verso de la Biblia ni un salmo piadoso. En letras claras y nítidas, a través de los años y del liquen, se leía: "Aquí me quedo".

-Así fue cómo se vengó -dijo el primo Jimmy-. Fue un buen esposo para ella, y ella fue una buena esposa que le dio una buena familia, y él jamás volvió a ser el mismo después de su muerte. Pero lo otro lo había atormentado, hasta que al fin tuvo que salir a la superficie.

Emily se estremeció. De alguna manera, pensar en ese viejo antepasado lúgubre con su rencor persistente contra la persona más cercana, a quien más quería, era bastante aterrador.

"Me alegro de ser sólo *medio* Murray", dijo para sí. Y en voz alta:

-Papá me dijo que era una tradición de los Murray no llevar ninguna disputa más allá de la muerte.

-Así es ahora, pero surgió de este hecho, precisamente. La familia de él se horrorizó, te imaginas. Fue un escándalo considerable. Algunos torcieron el significado y dijeron que Hugh no creía en la resurrección y se habló de que el tribunal lo discutiera, pero después de un tiempo las habladurías cesaron.

Emily saltó a otra losa cubierta de liquen. -Elizabeth Burnley, ¿quién fue, primo Jimmy?

-La esposa del viejo William Murray. Era el hermano de Hugh y vino aquí cinco años después que Hugh. Su esposa era una gran belleza y había sido muy cortejada en el Viejo Mundo. A ella no le, gustaban los bosques de la Isla Príncipe Eduardo. Extrañaba su país, Emily, lo extrañaba de una manera escandalosa. Durante serranas después de llegar aquí no se quitó el sombrero, caminaba *de* un lado a otro con *el* sombrero puesto, exigiendo que la llevaran de vuelta a su casa.

-¿No se lo quitaba para acostarse a dormir? - preguntó Emily. -No sé si dormía. La cuestión es que William no quiso llevarla de vuelta y al tiempo ella se quitó el sombrero y se resignó. Su hija se casó con el hijo de Hugh, de manera que Elizabeth fue una tajara-tatarabuela.

Emily miró la tumba verde hundida y se preguntó si algún sueño de su tierra había perturbado el descanso de cien años de Elizabeth Burnley.

"Es horrible extrañar, yo lo sé", pensó, solidaria.

-El pequeño Stephen Murray está enterrado ahí -dijo el primo Jimmy-. La suya fue la primera losa de mármol del cementerio. Era el hermano de tu abuelo y murió a los doce años. Él, -dijo el primo Jimmy, solemne- se ha convertido en una tradición de los Murray.

¿Por qué?

-Era tan hermoso, tan inteligente y tan bueno. No tenía ni un solo defecto, de manera que, claro, no podía vivir. Dicen que jamás hubo un niño tan hermoso. Y encantador. Todo el mundo lo quería. Ya hace noventa años que murió, ni uno de los Murray vivos en la actualidad llegó a conocerlo, y sin embargo hablamos de él en las reuniones familiares, es más real que muchos de los vivos. Ya ves, Emily, ha de haber sido un niño extraordinario, Pero terminó en eso. -Y el primo Jimmy hizo un ademán con la mano hacia la tumba cubierta de césped y la losa blanca y prolija.

"Me pregunto", pensó Emily, "si alguien se acordará de mí noventa años después de mi muerte."

--Este viejo camposanto está casi lleno -reflexionó el primo Jimmy-. Apenas hay lugar en aquel rincón para Elizabeth y Laura, y par$_a$ mí. No hay lugar para ti, Emily.

-Yo no quiero que me entierren aquí- replicó Emily-. Me parece espléndido tener un cementerio como éste en la familia, pero a mí me van a enterrar en Charlottetown con papá y mamá. Pero hay una cosa que me preocupa, primo Jimmy, ¿a ti te parece que me voy a morir de tuberculosis?

El primo Jimmy la miró muy serio a los ojos.

-No -dijo-, no, señora gatita. Tienes mucha vida en ti, que te llevará muy lejos. No estás destinada a morir.

-Yo creo lo mismo -dijo Emily, asintiendo-. Y ahora, primo Jimmy, ¿por qué esa casa de ahí está desilusionada? -¿Cuál? Ah, la casa de Fred Clifford. Fred Clifford comenzó a construir esa casa hace treinta años. Iba a casarse y su novia eligió el lugar. Y cuando la casa estaba así como tú la ves, ella lo dejó, Emily, en su propia cara lo dejó. Ni un clavo más clavaron en la casa. Fred se fue a la Columbia británica. Todavía vive allá, casado y feliz. Pero no quiere venderle ese terreno a nadie, por eso yo creo que todavía le duele.

-Me da tanta lástima esa casa. Ojala la hubieran terminado. Quiere ser una casa terminada, todavía quiere serlo.

-Bien, pero no creo que jamás lo sea. Fred tenía gotas de sangre Shipley, él también. Una de las hijas del viejo Hugh fue abuela suya. Y el doctor Burnley de esa gran casa gris tiene más que unas gotas.

-¿Él también es pariente nuestro, primo Jimmy?

-Primo cuadragésimo segundo. Tenía una prima de Mary Shipley que era tatarabuela suya no sé cuántas veces. Era en el Viejo Mundo; sus antepasados vinieron después que los nuestros. Es un buen médico pero un tipo raro, mucho más raro que yo, Emily, y sin embargo nadie dice que a él le falta un tornillo. ¿Puedes entender eso? Él no cree en Dios, por ejemplo, y yo no soy *tan* tonto.

-¿En *ningún* Dios?

-En ningún Dios. Es un infiel, Emily. Y está educando a su hijita de la misma manera, lo cual a mí me parece una infamia, Emily -dijo el primo Jimmy, en confidencia.

-¿Y la madre no le enseña otras cosas?

.-La madre... murió respondió el primo Jimmy, con una extraña vacilación-. Hace diez años -agregó, con tono más firme-. llse Burnley es una gran niña, tiene cabellos como los narcisos y ojos como diamantes amarillos.

-Ay, primo Jimmy, me prometiste que me contarías del Diamante Perdido -exclamó Emily, entusiasmada.

Seguro, seguro. Bien, está ahí, en alguna parte cerca de la casita o dentro de ella, Emily. Hace cincuenta años Edward Murray y su esposa vinieron de visita, desde Kingsport. Ella era toda una dama, cubierta de sedas y diamantes, como una reina; aunque no era ninguna belleza. Tenía un anillo con una piedra que había costado doscientas libras, Emily. Eso era muchísimo dinero para que una mujer lo llevara en el dedo, ¿no? Resplandecía en su mano blanca cuando ella se recogía el vestido para subir los escalones de la casita del jardín pero, cuando bajó los escalones, ya no lo tenía. -¿Y *nunca lo* encontraron? -preguntó Emily, sin aliento.

-Nunca, y no porque no lo hubieran buscado. Edward Murray quería que echaran la casita abajo, pero el tío Archibald no quiso ni oírlo, porque la había construido para su novia. Los dos hermanos discutieron y no volvieron a reconciliarse jamás. Todos los miembros de la

familia se han dedicado en un momento u otro a buscar el anillo. Casi todos piensan que se cayó entre las flores o los arbustos. Pero yo sé la verdad, Emily. Yo sé que el diamante de Miriam Murray está todavía en esa casita. En las noches de luna, Emily, lo he visto refulgir, refulgir y llamar. Pero jamás en el mismo lugar y, cuando uno va a buscarlo, ya no está, y uno lo ve riéndose desde otro lugar.

Otra vez apareció esa cosa fantasmal, indefinible, en la voz o en la mirada del primo Jimmy que le dio a Emily una súbita sensación de frío en la espalda. Pero le encantaba la manera en que él le hablaba, como si ella fuera una adulta, y le encantaba la hermosa tierra que la rodeaba y, a pesar de la pena por su padre y por la casita de la hondonada, que persistía todo el tiempo y le dolía tanto por las noches que su almohada se mojaba con lágrimas secretas, comenzaba a alegrarse otra vez por el atardecer, por las canciones de los pájaros y las tempranas estrellas blancas, por las noches de luna y los vientos silbadores. Sabía que la vida sería maravillosa allí, maravillosa e interesante, con cocinas exteriores, tambos llenos de crema, senderos junto al estanque, relojes de sol, Diamantes Perdidos, Casas Desilusionadas y hombres que no creían en *ningún* Dios, ni siquiera en el Dios de Ellen Greene. Emily esperaba ver pronto al doctor Burnley. Tenía mucha curiosidad por ver cómo era un infiel. Y ya había decidido que encontraría el Diamante Perdido.

8
JUICIO POR EL FUEGO

A l a mañana siguiente, la tía Elizabeth llevó a Emily a la escuela. La tía Laura había pensado que, ya que faltaba sólo un mes para las vacaciones, no valía la pena que Emily "comenzara la escuela'. Pero la tía Elizabeth aún no se sentía cómoda con una pequeña sobrina correteando por Luna Nueva, hurgando insaciable en todo, y estaba decidida a que Emily fuera a la escuela para sacársela de en medio. Emily misma, siempre ávida de nuevas experiencias, estaba muy dispuesta a ir, pero a pesar de todo ardía de rebeldía en el camino. La tía Elizabeth había conseguido, de quién sabe dónde en el altillo de Luna Nueva, un espantoso delantal de zaraza y una cofia de zaraza igualmente espantosa, y obligó a Emily a ponérselos. El delantal era una prenda larga y parecida a una bolsa, de cuello alto y con *mangas.* Esas mangas eran la indignidad última. Emily nunca había visto a una niña pequeña con un delantal con *mangas.* Se rebeló hasta el punto de llorar para no ponérselo, pero la tía Elizabeth no iba a tolerar tonterías. Emily vio entonces la mirada de los Murray, y, al verla, guardó dentro del alma sus sentimientos rebeldes y dejó que la tía Elizabeth le pusiera el delantal.

-Fue de tu madre cuando era pequeña, Emily -dijo la tía Laura, para consolarla, y con bastante sentimentalismo. -Entonces -dijo Emily, nada consolada y nada sentimental-, no me llama la atención que se haya escapado con mi padre cuando creció.

Latía Elizabeth terminó de abotonar el delantal y le dio a Emily un empujoncito no muy cariñoso para apartarla de sí.

-Ponte la cofia -le ordenó.

-Ay, por favor, tía Elizabeth, no me hagas usar esa cosa tan horrible.

Sin desperdiciar más palabras, la tía Elizabeth tomó la cofia y se la ató a Emily a la cabeza. Emily tuvo que rendirse. Pero de las profundidades de la cofia surgió una voz desafiante, si bien trémula.

"Al menos, tía Elizabeth, no puedes darle órdenes a Dios", decía.

Librodot

En todo el camino hasta la escuela, la tía Elizabeth estaba demasiado enojada para hablar. Le presentó a Emily a la señorita Brownell y se fue. La clase ya había empezado, de modo que Emily colgó la cofia en un perchero en el porche y fue hacia el pupitre que le asignó la señorita Brownell. Ya había decidido que la señorita Brownell no le gustaba y no le gustaría nunca.

La señorita Brownell tenía fama de buena maestra en Blair Water, principalmente debido al hecho de que era una disciplinaría estricta y mantenía un "orden" excelente. Era una persona delgada, de edad media, rostro sin colores, dientes prominentes que postraba casi en su totalidad al reír, y ojos grises, vigilantes y fríos, más fríos aún que los de la tía Ruth. Emily sintió que esos despiadados ojos color ágata la atravesaban hasta lo más profundo de su almita sensible. Emily podía ser muy intrépida a veces, pero en presencia de una naturaleza que instintivamente sentía como hostil a la suya se encogía con algo que era más repulsión que miedo.

Durante toda la mañana, fue blanco de curiosas miradas. La escuela de Blair Water era grande y había al menos veinte niñas de más o menos su edad. Emily las miraba a todas con curiosidad y pensó q_{ue} eso de susurrar entre ellas tapándose la boca con la mano y echar miraditas era muy mala educación. De pronto, se sintió desdichada, extrañando, y sola; quería a su padre, su antigua casa y las cosas que amaba.

-La niña de Luna Nueva está llorando - susurró una niña de fijos negros del otro lado del pasillo. Y entonces se oyó una cruel risita.

-¿Qué te pasa, Emily? preguntó de pronto la señorita Brownell, acusadora.

Emily guardó silencio. No podía decirle a la señorita Brownell lo que le pasaba, en especial cuando la señorita Brownell usaba ese tono.

-Cuando le hago una pregunta a una de mis alumnas, estoy acostumbrada a recibir una respuesta. ¿Por qué lloras?

Se oyó otra risita del otro lado del pasillo. Emily levantó los ojos miserablemente y, en su extrema situación, recurrió a una de las frases de su padre.

-Es un asunto que me concierne solamente a mí -dijo. Una mancha roja apareció de pronto en las hundidas mejillas de la señorita Brownell. Los ojos le relampaguearon con un fuego helado.

-Te quedarás adentro en el recreo como castigo por tu impertinencia -dijo, pero dejó tranquila a Emily el resto del día. A Emily no le importó en lo más mínimo quedarse adentro en el recreo pues, agudamente sensible como era al entorno, se dio cuenta de que, por alguna razón que no alcanzaba a comprender, la atmósfera de la escuela le era antagónica. Las miradas que le dirigían no eran sólo curiosas sino, además, maliciosas. No quería salir a jugar con esas niñas. No quería ir a la escuela de Blair Water. Pero no lloraría más. Se sentó muy derechita y mantuvo los ojos sobre el libro. De pronto un bisbiseo bajo y maligno llegó del otro lado del pasillo.

-¡Señorita Orgullito! ¡Señorita Orgullito!

Emily miró a la otra niña. Sus ojos grandes, firmes, de un gris purpúreo se encontraron con otros ojos redondos, parpadeantes, negros, se clavaron sin amilanarse, con algo en su mirada que intimidaba e impresionaba. Los ojos negros parpadearon y dejaron caer la mirada, mientras su dueña cubría la retirada con otra risita y una sacudida de la trenza corta.

'A ésta puedo dominarla', pensó Emily, con sensación de triunfo. Pero la unión hace la fuerza y al mediodía Emily se encontró parada sola en el patio de juegos enfrentada a una multitud de caras poco amistosas. Los niños pueden ser las criaturas más crueles del mundo.

Tienen el instinto gregario de prejuicio contra el forastero, y son despiadados. Emily era una forastera y una de los orgullosos Murray: dos puntos en su contra. Y había en ella, a pesar de ser pequeña y de tener delantal y cofia de zaraza, una cierta reserva, una dignidad y un refinamiento que ofendía a las otras. Y también la manera, de igual a igual, en que las miraba, con ese rostro desdeñoso debajo de los cabellos negros, en lugar de comportarse con timidez y vergüenza, como corresponde a una intrusa a prueba.

-Eres orgullosa -dijo Ojos negros-. Ay, caramba, puede que tengas botas abotonadas, pero vives de caridad.

Emily no había querido ponerse las botas abotonadas. Quería andar descalza, como hacía siempre en verano. Pero la tía Elizabeth le había dicho que ninguna niña de Luna Nueva había ido jamás descalza a la escuela.

-Ay, pero miren el delantal de bebita que tiene -rió otra niña de rulos castaños.

Ahora sí Emily se ruborizó. Ése era en verdad el punto vulnerable de su armadura. Encantada por su éxito en hacer brotar la sangre, la enrulada volvió a intentarlo.

-¿Esa cofia es de tu abuela? Hubo un coro de risitas.

-Ah, no, se pone cofia para no estropearse el cutis -dijo una niña más grande-. Ése es el orgullo de los Murray. Los Murray están podridos de orgullo, dice mi madre.

-Eres espantosa-dijo otra gorda y baja, casi tan ancha como alta-. Tienes las orejas como las de los gatos.

-No sé por qué eres tan orgullosa -dijo Ojos negros-. El cielo raso de tu cocina ni siquiera está revocado.

-Y tu primo Jimmy es un idiota -dijo Rulos castaños. -¡Mentira! -exclamó Emily-. Tiene más juicio que cual quiera de ustedes. Pueden decir lo que quieran de mí, per *no van ', a insultar a mi familia. Si* dicen una sola palabra más sobre ellos, las voy a mirar con la mirada maligna.

Nadie entendió qué quería decir esto, pero eso hizo que la amenaza fuese más efectiva. Produjo un breve silencio. Pero entonces el tormento volvió a comenzar, bajo una forma diferente.

-¿Sabes cantar? -preguntó una niña delgada y pecosa, que, a pesar de su delgadez y sus pecas, lograba sin embargo ser muy bonita.

-No -dijo Emily.

-¿Sabes bailar?

-No.

-¿Sabes coser?

-No.

¿Sabes cocinar?

-No.

-¿Sabes hacer encaje?

-No.

¿Sabes tejer *crochet?*

-No.

-Entonces, ¿qué sabes hacer? -dijo la Pecosa con tono desdeñoso.

-Sé escribir poesía -dijo Emily, sin la menor intención de decirlo. Pero en ese momento supo que podía escribir poesía. Y con esta extraña e irracional convicción vino ¡el destello! Allí mismo, rodeada de hostilidad y recelo, luchando sola por mantener su posición, sin apoyo ni ventaja, llegó el maravilloso momento ¯el que su alma parecía

deshacerse de las cadenas de la carne y saltar hacia las estrellas. El éxtasis y la felicidad del rostro de Emily asombraron y enfurecieron a sus enemigas. Lo tomaron por una manifestación del orgullo de los Murray en un don poco común.

–Estás mintiendo -dijo Ojos negros directamente.

-Una Starr no miente respondió Emily. El destello se ha ido, pero la sensación de elevación permanecía. Las miró a todas con una fría indiferencia que por un momento las dominó.

-¿Por qué no me quieren? -preguntó Emily, sin más.

No hubo respuesta. Emily miró directamente a Rulos castaños y repitió la pregunta. Rulos castaños se vio obligada a responder.

-Porque no eres para nada como nosotras -murmuró. -Ni quisiera serlo -dijo Emily, despectiva.

-Ah, claro, eres una de los Elegidos -se burló Ojos negros.

-Por supuesto que sí -replicó Emily.

Se fue en dirección al aula, victoriosa en esta batalla.

Pero las fuerzas que se le oponían no eran tan fáciles de vencer. Hubo muchos susurros y mucha conspiración después de que se hubo ido, una conferencia con algunos de los varones, y la entrega de lápices adornados y goma de mascar como pago de un servicio prestado.

Una agradable sensación de victoria y los restos del destello ayudaron a Emily a pasar la tarde, a pesar del hecho de que la señorita Brownell la ridiculizó por sus faltas de ortografía. La señorita Brownell era muy adicta a ridiculizar a sus alumnas. Todas las niñas de la clase se rieron, excepto una que no había estado de mañana y que, en consecuencia, quedó sentada atrás. Emily había estado preguntándose quién sería. Era, como Emily misma, distinta de las otras chicas, pero en un estilo totalmente diferente. Era alta, estaba mal vestida, con un vestido demasiado largo de una tela a rayas descolorida, y descalza. Los cabellos espesos, que llevaba cortos, se le armaban alrededor de la cabeza con un movimiento que parecía de brillante oro hilado; y sus ojos resplandecientes eran de un castaño tan claro y traslúcido que casi parecía ámbar. Tenía boca grande y mentón pronunciado. Tal vez no se la pudiera llamar bonita, pero su rostro era tan vivaz y animado, que Emily no podía apartar, fascinada, los ojos de ella. Y fue la única chica de la clase que no recibió ni un solo sarcasmo de la señorita Brownell, aunque cometió tantos errores como el resto.

En el recreo, una de las niñas se acercó a Emily con una caja en la mano. Emily sabía que era Rhoda Stuart y la encontraba muy dulce y bonita. Rhoda había formado parte del grupo que la rodeó al mediodía, pero no había dicho nada. Estaba vestida con fresco vestido de zaraza rosada; tenía unas trenzas castañas brillantes y suaves, grandes ojos azules, boca como un pimpollo, rasgos de muñeca y voz suave. Si podía decirse que la señorita tenía una preferida, ésa era Rhoda Stuart, y ésta parecía muy querida por su grupo y muy mimada por las otras niñas.

-Este es un regalo para ti -dijo, dulcemente.

Emily tomó la caja sin recelo. La sonrisa de Rhoda habría desarmado cualquier sospecha. Por un momento, Emily se sintió feliz y ansiosa, mientras le sacaba la tapa. Pero entonces con un gritó arrojó lejos la caja y se quedó pálida y temblorosa de los pies a la cabeza. Había una serpiente en la caja, si viva o muerta, no lo sabía ni le importaba. Emily sentía por las serpientes una repulsión y un horror al que no podía sobreponerse. Sólo verlas la paralizaba.

Un coro de risitas resonó en el porche.

-¡Se asustó de una serpiente muerta! -se burló Ojos negros. ¿Puedes escribir un poema sobre *eso?* -dijo, riendo, Rulos Castaños.

--¡Las odio! ¡Las odio! -gritó Emily-. ¡Son mezquinas y egoístas!

_Insultar no es propio de una dama -dijo la Pecosa-. Yo pensaba que una Murray estaba por encima de eso.

-Si mañana vienes a la escuela, *señorita* Starr -dijo con intensión Ojos negros-, vamos a tomar esa serpiente y ponértela alrededor del cuello.

-¡Me encantaría verlas, a ver si se animan! -exclamó una voz clara y sonora. Con un salto, la niña de los ojos color ámbar Y los cabellos cortos estuvo en medio de ellas-. ¡Me encantaría ver como lo haces, Jennie Strang!

-Éste no es asunto tuyo, llse Burnley -murmuró Jenme, hosca;

—--¿Ah, no? No me contestes así, ojitos de cerdo. -llse se acercó a Jennie, que retrocedía, y le sacudió el puño bronceado por el sol frente a la cara. -Si te pesco mortificando otra vez a Emily Starr mañana con esa serpiente, yo la agarraré de la cola, y a ti de tu cola y te voy a atravesar la cara con el bicho. Ten cuidado, ojitos de cerdo. Ahora ve, recoge esa preciosa serpiente y tírala en la basura.

Jennie fue y lo hizo. Ilse encaró a las otras.

-Fuera, todas, y después de esto van a dejar tranquila a la niña de Luna Nueva -dijo-. Si me entero de que se siguen metiendo con ella, les cortaré las gargantas, les arrancaré los corazones y les sacaré los ojos. ¡Sí, y les cortaré las orejas y me las pincharé de adorno en el vestido!

Acobardadas por esas feroces amenazas, o por algo en la personalidad de Ilse, las perseguidoras de Emily se fueron. Ilse se volvió a Emily.

No les hagas caso -dijo con desdén-. Están celosas de ti, eso es todo, celosas porque vives en La Luna Nueva y andas en un coche con la capota adornada y tienes botas abotonadas. Si te siguen molestando, pégales una cachetada.

Ilse saltó el cerco y se metió en el bosque de arces sin dirigirle otra mirada a Emily. Sólo quedaba Rhoda Stuart.

-Emily, lo siento muchísimo -dijo, revoleando compradora sus grandes ojos azules-. Y_o no sabía que había una serpiente en la caja, te lo juro. Las chicas me dijeron que era un regalo para ti. No estás furiosa conmigo, ¿verdad? Porque me gustas.

Emily había estado furiosa y herida y humillada. Pero ese atisbo de amistad la conmovió al instante. En seguida, Rhoda y ella estaban caminando abrazadas por el patio de juegos.

-Voy a pedirle a la señorita Brownell que te deje sentarte conmigo -dijo Rhoda-. Yo me sentaba con Annie Gregg, pero se fue a otro pueblo. Te gustaría sentarte conmigo, ¿no es cierto?

Me encantaría -dijo Emily, con calidez. Estaba tan feliz como desdichada se había sentido. Aquí estaba la amiga de sus sueños. Ya adoraba a Rhoda.

-*Tenemos* que sentarnos juntas -dijo Rhoda, con aire de importancia-. Pertenecemos a las dos mejores familias de Blair Water. ¿Sabes que si a mi padre le reconocieran sus derechos, estaría sentado en el trono de Inglaterra?

-¡De Inglaterra! -dijo Emily, demasiado asombrada para ser otra cosa que un eco.

-Sí. Descendemos de los reyes de Escocia -dijo Rhoda-. por eso no nos tratamos, por supuesto, con cualquiera. Mi padre .tiene una tienda y yo tomo clases de música. ¿Tu tía Elizabeth te ya a dar clases de música?

-No lo sé.

-Tendría que hacerlo. Es muy rica, ¿no?

-No lo sé -volvió a decir Emily. Deseaba que Rhoda no le hiciera semejantes preguntas. Emily pensaba que no era buena educación. Pero, sin duda, una descendiente de los reyes Stuart tendría que saber más que nadie las reglas de etiqueta.

-Tiene un carácter espantoso, ¿no? -preguntó Rhoda.

-¡No, de ninguna manera! -exclamó Emily.

-Bueno, casi lo mata a tu primo Jimmy en uno de sus ataques de furia-dijo Rhoda-. Eso es cierto, me lo contó mamá. ¿Por qué no se casa tu tía Laura? ¿Tiene novio? ¿Cuánto le paga de sueldo tu tía Elizabeth a tu primo Jimmy?

-No lo sé.

Bien-dijo Rhoda, bastante desilusionada-. Supongo que no hace tanto que estás en Luna Nueva como para haber averiguado esas cosas. Pero ha de ser muy diferente de lo que estás acostumbrada, supongo. Tu padre era pobre como las ratas, ¿no?

-Mi padre era un hombre muy, pero *muy* rico -dijo Emily, seria.

Rhoda se quedó mirándola.

-Yo pensaba que no tenía un centavo.

-Y no lo tenía. Pero la gente puede ser rica sin dinero.

-No veo cómo. Pero, de todos modos, tú vas a ser rica algún día, probablemente tu tía Elizabeth te deje todo su dinero, dice mamá. Por eso a mí no me importa que estés viviendo de caridad, yo te quiero y voy a seguir siendo tu amiga. ¿Tienes novio, Emily?

-¡No! -exclamó Emily, sonrojándose violentamente y bastante escandalizada ante semejante idea-. Si tengo nada más que once años.

-Ah, en nuestra clase todas tienen novio. El mío es Teddy Kent. Le estreché la mano después de haber contado nueve estrellas durante nueve noches sin fallar ninguna. Si haces eso, el prirner muchacho al que le das la mano después tiene que ser tu novio. Pero es muy difícil. A mí me llevó todo el invierno. Hoy Teddy no fue a la escuela, estuvo enfermo durante todo junio. Es el muchacho más buen mozo de todo Blair Water. Tú también tienes que tener novio, Emily.

-Ni pienso -declaró Emily, enojada-: No me interesan para nada los novios y no voy a tener.

Rodha sacudió la cabeza.

-Ah, supongo que estás creída de que no hay nadie de tu nivel, como vives en Luna Nueva. Bueno, no vas a poder jugar a las sillitas si no tienes novio.

Emily ignoraba por completo los misterios de las sillitas y no le importaba. Fuera como fuese, no iba a tener ningún novio, y volvió a decirlo con tanta decisión que Rhoda consideró prudente cambiar de tema.

Emily se alegró cuando sonó la campana. La señorita Brownell accedió muy graciosamente al pedido de Rhoda y Emily transfirió sus pertenencias al asiento de Rhoda. Rhoda no dejó de susurrar durante toda la última hora y, como consecuencia, Emily recibió algunas reprimendas, pero no le importó.

-Me van a festejar el cumpleaños la primera semana de julio y te voy a invitar, si tus tías te dejan venir. Pero a Ilse Burnley no voy a invitarla.

-¿No te gusta?

-No. Parece un varón. Y además el padre es un infiel. Y ella también. En los dictados siempre escribe "Dios" con "d" minúscula. La señorita Brownell la reprende, pero ella lo hace igual. La señorita Brownell está interesada en el doctor Burnley y por eso no la castiga. Pero mamá dice que no lo va a conquistar, porque él odia a, las mujeres. A mí no me parece decente tratarse con esa gente. Ilse es una niña muy rara y tiene un carácter espantoso. Igual al padre. Amiga, no tiene ninguna. ¿Y no te parece ridículo ese corte de pelo? Emily, tú tendrías que cortarte un flequillo. Son la última moda y a ti te quedaría bien porque tienes la frente alta. Quedarías hecha una verdadera belleza. Porque tienes un cabello precioso, y tus manos son hermosas. Todos los Murray tienen lindas manos. Y tienes unos ojos tan dulces, Emily.

Emily nunca había recibido tantos cumplidos en su vida. Rhoda le hacía un elogio tras otro como quien aplica yeso con una espátula. Emily quedó aturdida y se fue de la escuela a su casa, decidida a pedirle a la tía Elizabeth que le cortara un flequillo. Si la convertía en una belleza, había que hacerlo. Y también le pediría a la tía Elizabeth si podía ponerse las cuentas venecianas para ir a la escuela al día siguiente.

"Entonces las otras niñas me respetarán más", pensó.

A partir del cruce de caminos donde se había separado de Rhoda, siguió sola, y se dispuso a revisar los acontecimientos del día con la sensación de que, después de todo, había mantenido enhiesta la bandera de los Starr, a excepción de un revés temporario con el asunto de la víbora. La escuela era muy diferente de lo que allá había esperado, pero así es la vida, como le había oído decir a Ellen Greene, y uno tenía que conformarse con lo que ésta daba. Rhoda era encantadora y había algo en llse Burnley que hacía que le cayera bien; y en cuanto al resto de las niñas, Emily se vengó de ellas imaginando que las colgaban a todas en hilera por haberla matado de un susto con una víbora, y entonces dejó de sentir resentimiento hacia ellas, aunque algunas de las cosas que le habían dicho siguieron doliéndole amargamente durante un tiempo más. No tenía un padre a quién contárselas, ni cuaderno dónde escribirlas, de modo que no podía exorcizarlas.

No tuvo la oportunidad inmediata de pedir su flequillo, pues leía visita en Luna Nueva y sus tías estaban ocupadas preparando una cena muy elaborada. Pero, cuando trajeron el postre, Emily aprovechó la oportunidad de un súbito silencio en la conversación de los mayores.

-Tía Elizabeth-dijo-, ¿puedo dejarme el flequillo?

-No. No me gustan los flequillos. De todas las modas tontas de hoy en día, el flequillo es la más tonta.

-Ay, tía Elizabeth, *déjame* cortarme el flequillo. Me convertiría en una belleza, me lo dijo Rhoda.

-Haría falta bastante más que un flequillo para conseguir eso, Emily. No habrá flequillos en Luna Nueva, excepto los de las vacas Molly. *Ellas* son las únicas criaturas que deben usar flequillo.

La tía Elizabeth mostró una sonrisa triunfante a la mesa. La tía Elizabeth sí sonreía a veces, cuando pensaba que había silenciado a alguna personita ridiculizándola de manera exquisita. Emily se dio cuenta de que era inútil añorar un flequillo. La belleza no le llegaría por ese lado. Era una mezquindad de parte de la tía Elizabeth, una mezquindad. Exhaló un suspiro de desilusión e hizo la idea a un lado, por el momento. Había otra cosa que quería saber.

-¿Por qué el padre de llse Burnley no cree en Dios? -preguntó.

-Por lo que le hizo la madre -dijo el señor Slade, con una risita. El señor Slade era un anciano gordo y jovial con abundantes cabellos y patillas. Ya había dicho algunas cosas que Emily no comprendió y que parecieron poner a su señorial esposa en una situación muy embarazosa.

-¿Qué le hizo la madre de llse? -preguntó Emily, interesada.

Ahora la tía Laura miró a la tía Elizabeth y la tía Elizabeth miró a la tía Laura. Entonces esta última dijo:

Ve a dar de comer a los pollitos, Emily.

Emily se puso de pie con dignidad. .

-Si quieren pueden decirme que no se puede hablar de la madre de llse y voy a obedecer. Entiendo *perfectamente lo* que quieren decir -dijo, al tiempo que dejaba la mesa.

9
UNA PROVIDENCIA ESPECIAL

Emily estuvo segura, desde el primer día, de que no le gustaría la escuela. Sabía que tenía que ir para tener una educación y estar preparada para ganarse la vida, pero siempre sería lo que Ellen Greene llamaba "una cruz". En consecuencia, Emily se sintió atónita cuando, después de varios días de ir a la escuela, se dio cuenta; de pronto, de que le estaba gustando. Claro que la señorita Brownell no mejoró con el mejor conocimiento, pero las otras niñas ya no la atormentaban; es más, para su asombro, súbitamente parecieron olvidar todo lo sucedido y la saludaban como a una de ellas. La aceptaron en el grupo y, aunque en alguna pelea pudiera aparecer un comentario burlón sobre delantales de bebita e1 orgullo de los Murray, no hubo más hostilidad, ni velada ni abierta. Además, Emily era más que capaz de burlarse, ella también, a medida que iba aprendiendo más sobre las niñas y sus puntos débiles, y podía exponerlas a una lucidez y una ironía tan despiadadas que las otras pronto aprendieron a no provocarla. Rulos castaños, cuyo nombre era Grace Wells; la Pecosa, cuyo nombre era Carrie King, y Jennie Strang se hicieron muy amigas suyas, y Jennie le enviaba goma de mascar y papel secante desde otro lado del pasillo, en lugar de risitas. Emily les permitió a todas entrar en el patio exterior del templo de su amistad pero solo Rhoda fue admitida al altar íntimo. En cuanto a llse Burnley, no volvió a aparecer después del primer día. llse, según le explicó Moda, iba a la escuela si tenía ganas y, si no, no iba. El padre nunca se ocupaba de ella. Emily siempre sentía una especie de anhelo por saber más sobre Ilse, pero no parecía probable que fuera a gratificarlo.

Sin darse cuenta, Emily estaba recuperando la alegría. Ya se sentía parte de esa antigua cuna de su familia. Tenía una altísima opinión de los Murray; le gustaba imaginárselos apareciéndose en Luna Nueva: la tatarabuela sacándoles brillo a sus candelabros y haciendo queso; la tía abuela Miriam escurriéndose en busca de su tesoro perdido; la tía tatarabuela Elizabeth, la que extrañaba su país, caminando con el sombrero puesto; el capitán George, el intrépido y bronceado marino, volviendo a casa con los caracoles marinos de las Indias; Stephen, el amado por todos, sonriendo desde las ventanas; su propia madre soñando con el padre de Emily, todos le parecían tan reales como si los hubiera conocido en vida.

Todavía tenía momentos terribles en los cuales la acometía el dolor por su padre, cuando todos los esplendores de Luna Nueva no podían ahogar la añoranza por la modesta

Librodot

casita de la hondonada donde se habían querido tanto. Entonces Emily huía a algún rincón escondido y lloraba con toda el alma, para emerger después con los ojos rojos, lo que siempre parecía molestar a la tía Elizabeth. La tía Elizabeth se había acostumbrado a tener a Emily en Luna Nueva, pero no se había acercado a la niña. Esto siempre le dolía a Emily; pero la tía Laura y el primo Jimmy la querían y además tenía a Saucy Sal y a Rhoda, campos color crema de tantos tréboles, suaves árboles oscuros recortados contra cielos color ámbar, y la loca música que hacía la Señora Viento entre los abetos blancos cuando soplaba directamente desde el golfo; sus días se volvieron vívidos e interesantes, plenos de pequeños placeres y deleites, como diminutos pimpollos dorados que comenzaban a abrirse en el árbol de la vida. Si sólo pudiera tener su viejo cuaderno, o algo equivalente, habría estado plenamente satisfecha. Era lo que más extrañaba después de su padre, y su incineración forzosa era algo por lo que hacía responsable a la tía Elizabeth y por lo cual creía que no la perdonaría nunca. No parecía posible conseguir nada en su reemplazo. Como había dicho el primo Jimmy, el papel de escribir, de cualquier tipo, era escaso en Luna Nueva. Rara vez se escribían cartas y, en ese caso, una hoja de libreta bastaba. Emily no se animaba a pedirle a la tía Elizabeth. había momentos en los que sentía que iba a estallar si no podía escribir algunas de las cosas que le ocurrían. Encontraba una especie de válvula de escape escribiendo en su pizarra en la escuela, pero tarde o temprano tenía que borrarla -lo que dejaba a Emily can un gran sentido de pérdida- y siempre existía el peligro de que la señorita Brownell la viera. Eso, pensaba Emily, sería insoportable. Los ojos de un extraño no debían contemplar esas sagradas producciones. A veces se las dejaba leer a Rhoda, aunque Rhoda la irritaba con sus risitas ante sus vuelos literarios más delicados. Emily pensaba que Rhoda estaba tan cerca de la perfección como puede estarlo un ser humano, pero su defecto eran las risitas.

Hay, empero, un destino que conforma los propósitos de las jóvenes señoritas que nacen con el cosquilleo de escribir en la punta de los dedos y, a su debido tiempo, ese destino le concedió a Emily el deseo de su corazón y se lo concedió, además, el día en querrás lo necesitaba. Eso sucedió el día, el aciago día, en el que la señorita Brownell eligió enseñarle a la clase de quinto, con el ejemplo además de con el precepto, cómo debía leerse la *Canción del clarín.*

Parada sobre la plataforma, la señorita Brownell, que no carecía de cierta superficial habilidad declamatoria, leyó esos tres maravillosos versos. Emily, que tendría que haber estado haciendo una suma dentro de una división, dejó el lápiz y escuchó, fascinada. Ella nunca había oído la *Canción del clarín* pero ahora la oía, y la veía, veía ese resplandor entre rosado y rojo cayendo sobre las cimas nevadas y los castillos en ruinas, las luces que nunca hubo sobre tierra ni mar extendiéndose sobre los lagos, oía los ecos bravíos que sobrevolaban los valles color púrpura y las abras envueltas en la niebla, y el mero sonido de las palabras parecía despertar un exquisito eco en su alma y, cuando la señorita Brownell llegó a "Cuernos de la tierra de las hadas que suenan débilmente", Emily se estremeció de deleite. Estaba fuera de sí, Olvidó todo lo que no fuera la magia de esa línea inigualable, se puso de pie de un salto, dejando caer ruidosamente la pizarra al piso, corrió por el pasillo y tomó a la señorita Brownell del brazo,

-Ay, maestra -exclamó con apasionada seriedad-, lea otra vez ese verso, ¡ay por favor, léalo otra vez!

La señorita Brownell, súbitamente interrumpida de esa manera su exhibición declamatoria, miró hacia abajo y se encontró con una carita extasiada, levantada hacia ella, donde los grandes ojos color púrpura grisáceo brillaban con el resplandor de una visión

divina, y la señorita Brownell se enojó. Se enojó por esa ruptura a su estricta disciplina; se enojó con la imprevista muestra de interés en un átomo de tercer grado cuya atención tendría que haber estado concentrada en una división. La señorita Brownell cerró el libro, cerró los labios y le dio a Emily una sonora bofetada en la mejilla.

-Ve a tu asiento y ocúpate de tus asuntos, Emily Starr -dijo la señorita Brownell, con sus fríos ojos velados por la malignidad de su furia.

Emily, arrastrada así a la tierra, volvió a su asiento atontada. La mejilla golpeada estaba roja, pero la herida había sido en el corazón. Un momento antes en el séptimo cielo y ahora esto: ¡dolor, humillación, incomprensión! No podía soportarlo. ¿Qué había hecho para merecerlo? Nunca en su vida le habían dado una bofetada. La degradación y la injusticia le carcomían el alma. No podía llorar -era éste "un dolor demasiado profundo para lágrimas"- y después de la escuela se fue a su casa ahogando la angustia de la amargura, la vergüenza y el resentimiento, una angustia que no tenía salida, pues no se animaba a contar nada en Luna Nueva. La tía Elizabeth diría seguramente que la señorita Brownell había hecho lo correcto y ni la tía Laura, buena y dulce como era, la entendería. Se sentiría dolida porque Emily se había portado mal en la escuela y había tenido que ser castigada.

"¡Ay, si pudiera contarle todo a papá!", pensó Emily.

No pudo cenar, pensaba que no podría volver a comer en su vida. Y, ¡ay, cómo odiaba a esa injusta, odiosa señorita Brownell! ¡Jamás la perdonaría, jamás! ¡Si hubiera alguna manera de vengarse de la señorita Brownell! Emily, que sentada a la mesa de la cena en Luna Nueva parecía tan pequeña, pálida y callada, era un volcán hirviente de sentimientos heridos, de desdicha y de orgullo, ¡ay, de orgullo! Peor aún que la injusticia era el aguijón de la humillación por lo que había sucedido. Ella, Emily Byrd Starr, a quien nadie antes le había levantado la mano, había sido abofeteada como una bebita traviesa ante toda la escuela. ¿Quién podía tolerar eso y seguir viviendo?

Entonces intervino el destino, trayendo a la tía Laura a la biblioteca de la salita para buscar en el compartimiento más bajo determinada carta que deseaba ver. Llevó a Emily consigo para mostrarle una extraña caja de rapé, vieja, que había pertenecido a Hugh Murray y, buscándola, levantó un montón grande y chato de papel polvoriento, un papel de un tono rosado subido, de hojas extrañamente largas y estrechas.

-Es hora de quemar estas planillas de cartas -dijo-. ¡Qué cantidad! Hace años que están aquí, juntando polvo, y no sirven para nada. En un tiempo papá atendía la oficina de correos, aquí, en Luna Nueva, ¿sabes, Emily? El correo en esos tiempos venía sólo tres veces por semana, y cada uno de esos días venía una de esas largas hojas rojas, "planillas de cartas" se llamaban entonces. Mamá siempre las guardaba, aunque una vez usadas ya no servían más. Pero voy a quemarlas ya mismo.

-Ay, tía Laura-susurró Emily, tan desgarrada entre el deseo y el temor, que apenas podía hablar-. Ay, no las quemes, dámelas a mí, por favor dámelas a mí.

--Pero, querida, ¿y para qué las quieres?

Ay, tiíta, la parte de atrás para escribir. Por favor, tía Laura, sería un pecado quemar ese papel.

-Quédatelas, querida. Pero será mejor que Elizabeth no las vea.

-No las verá, no las verá -murmuró Emily.

Recogió con ambos brazos su precioso tesoro y subió corriendo las escaleras -y siguió subiendo hasta la buhardilla, donde ya tenía su "escondite predilecto", en el cual su incómodo hábito de pensar en cosas a miles de kilómetros de distancia no podía molestar a la tía

Elizabeth. Era la esquina tranquila de la ventana del gablete, donde siempre se movían las sombras, suave y acompasadamente, y hermosos mosaicos dibujaban el suelo desnudo. Desde allí podía verse por encima de las cimas de los árboles hasta Blair Water. De las paredes colgaban suaves ovillos regordetes, todos listos para hilar, y madejas de hilado desenrollado. A veces, la tía Laura hilaba en la gran rueca, en el otro extremo de la buhardilla, y a Emily le encantaba el ruidito que hacía.

Contra la ventana del gablete se acurrucó; eligió, sin aliento, una planilla y sacó del bolsillo un lápiz de grafito. Una vieja plancha de cartón le sirvió de escritorio; comenzó a escribir febrilmente.

"Querido padre" y entonces volcó su relato del día, de su éxtasis y su dolor, escribiendo abstraída de todo y concentrada, hasta que el atardecer se convirtió en un mortecino crepúsculo iluminado por las estrellas. Los pollos se quedaron sin comer, el primo Jimmy tuvo que ir él mismo a buscar las vacas, a Saucy Sal nadie le repuso la leche y la tía Laura tuvo que lavar los platos, ¿qué importaba? Emily, en el delicioso ajetreo de la composición literaria, estaba perdida para todas las cosas mundanas.

Cuando hubo cubierto la parte de atrás de cuatro planillas, ya no veía para seguir escribiendo. Pero había vaciado su alma, que quedó una vez más liberada de pasiones malignas. Hasta sentía una extraña indiferencia hacia la señorita Brownell. Emily dobló las planillas y escribió en la parte de afuera:

Señor Douglas Starr
Camino del cielo.

Entonces fue en puntas de pie hasta un viejo y gastado sofá de un rincón, se arrodilló y guardó su carta y las planillas muy escondiditas en una especie de estante formado por una madera clavada transversalmente debajo del sofá. Emily la había descubierto un día en que estaba jugando en la buhardilla y había pensado que era un escondite ideal para documentos secretos. Nadie los encontraría allí. Tenía papel suficiente para unos cuantos meses, habría cientos de esas preciosas planillas.

-¡Ah! -exclamó bajando, danzarina, las escaleras de la buhardilla-. Me siento como si estuviera hecha de polvo de estrellas.

Desde entonces pocas fueron las tardes en las que Emily no se escabullía hacia la buhardilla para escribirle una carta, larga o corta, a su padre. El dolor quedaba, pero despojado de rencor. Escribirle hacía parecer que él estaba cerca, y le contaba todo, con una cierta honestidad de confesión que era característica en ella: sus triunfos, sus fracasos, sus alegrías, sus penas, todo quedaba registrado en las planillas de un gobierno que no había sido tan económico con el papel como lo fue más adelante. Había un metro completo de papel en cada planilla y Emily escribía con letra pequeña, aprovechando cada centímetro.

"Me gusta Luna Nueva. Es tan *Señorial y* tan *espléndida"* le contaba a su padre. "Y me parese que somos muy aristocraticos, porque tenemos un reloj de sol. No puedo ebitar sentirme orgullosa de todo. Me temo que tengo demasiado orgullo y por eso todas las noches le pido a Dios que me quite la mayor parte, pero no *todo.* En la escuela de Blair Water a uno lo acusan de orgullo con mucha fasilidad. Si una camina derecha y con la cabeza lebantada, es una orgullosa. Rhoda tanbien es orgullosa, porque el padre tendría que ser el Rey de Inglaterra. ¿Cómo se sentiría la reina Victoria si lo supiera? Es maravilloso tener una amiga que sería prinsesa si cada uno tubiera sus derechos. Quiero a Rhoda con toda el alma. Es tan dulce y tan

buena. Lo que no me gusta son sus risitas. Y cuando le dije que podía ver el enpapelado de la pared de la escuela en el aire me dijo Mentira. Me dolió muchísirno que mi mejor amiga me dijera eso. Y me dolió más cuando me desperté en la mitad de la noche y me acordé. Y además tuve que quedarme despierta un rato larguísimo, porque estaba cansada de estar acostada de un lado y me daba miedo darme vuelta porque la tía Elizabeth va a decir que me muevo mucho.

"No me animé a contarle a Rhoda de la Señora Viento porque supongo que eso sí es una especie de mentira, aunque a mí me parese muy real. Ahora la oigo cantando en el techo alrededor de las grandes chimeneas. Aquí no tengo ninguna Emily en el espejo. Los espejos son todos demasiado altos en las habitaciones en las que he estado. Nunca estuve en el mirador. Está siempre cerrado. Era el cuarto de mamá y el primo Jimmy dice que su padre lo cerró después que ella se fue contigo y la tía Elizabeth lo mantiene cerrado para respetar la memoria del padre, aunque el primo Jimmy dice que la tía Elizabeth se peleaba con el padre que a veces era un escándalo cuando él vivía, aunque nunca ningún extraño se enteró por lo del orgullo de los Murray. Yo me siento igual. Cuando Rhoda me preguntó si la tía Elizabeth prendía belas porque era anticuada, le respondí, con orgullo que no, que era una tradición de los Murray. El primo Jimmy me contó todas las tradiciones de los Murray. Saucy Sal está muy bien y es la reina del granero pero sigue sin querer tener gatitos y yo no entiendo por que. Le pregunté a la tía Elizabeth y me dijo que las niñas pequeñas no tienen que hablar de esas cosas pero yo no entiendo que tienen de malo los gatitos. Cuando la tía Elizabeth no está, la tía Laura y yo entramos a Saucy Sal en la casa de contrabando pero cuando la tía Elizabeth regresa me siento culpable y deseo no haberlo hecho. *Pero a la vez siguiente vuelvo a hacerlo.* Eso me parese muy raro. No tuve noticias del querido Mike. Le escribí a Ellen Greene y le pregunté por él, pero cuando me contestó ni lo mencionó, aunque sí me contó todo lo de su rumatismo. Como si a mí me importara su rumatismo.

"Rhoda va a hacer una fiesta de cumpleaños y me va a inbitar. Estoy tan entusiasmada. Tú sabes que yo nunca fui a una fiesta. Pienso mucho en ese cumpleaños y me lo imagino. Rhoda no va a inbitar a todas las niñas, sino a algunas preferidas. Espero que la tía Elizabeth me deje ponerme el vestido blanco y un buen sombrero. Ay, papá, clavé aquella foto preciosa del vestido de baile de encaje en la pared del cuarto de la tía Elizabeth, como lo tenia en casa y la tía Elizabeth lo arrancó y lo quemó y me resongó por dejar marcas en la pared. Yo le dije tía Elizabeth no tendrías que haber quemado esa foto. Yo quería tenerla para cuando crezca, para hacerme un vestido igual a ese para los bailes. Y la tía Elizabeth me dijo -¿Tú esperas ir a muchos bailes? si se me permite la pregunta- y yo le dije: - Si cuando sea rica y famosa- y la tía Elizabeth dijo -Si cuando la luna esté hecha de queso verde.

"Ayer vi al doctor Burnley cuando vino a comprarle huevos a la tía Elizabeth. Me desilusionó porque es como las demás personas. Yo creía que un hombre que no cree en Dios sería distinto. -Tampoco dijo malas palabras y yo quería porque nunca oí a nadie, decir malas palabras y estoy muy curiosa. Tiene ojos grandes y amarillos como llse y voz alta y Rhoda dice que cuando se enfuréce se oyen sus gritos en todo Blair Water. Hay un misterio sobre la madre de Ilse que no pude aberiguar. El doctor Burnley e Ilse, viven solos. Rhoda dice que el doctor Burnley dice que no quiere tener ningún demonio de mujer en su casa. Es una frace orrible pero fuerte. La vieja señora Simms va a prepararles el almuerzo y la' cena y despues se va y ellos se preparan el desayuno. El doctor, de ves en cuando limpia la casa e Ilse no hace nada más que andar: por aí. El doctor no sonríe nunca, dice Rhoda. Debe ser como el Rey Enrique Segundo.

"Me gustaría hacerme amiga de llse. No es tan dulce como Rhoda, pero a mi me gusta. Pero no biene mucho a la escuela y Rhoda dice que no tengo que tener otra amiga que ella

porque si no se va a morir de dolor. Rhoda me quiere tanto como yo a ella. Las dos vamos a resar para que podamos vivir toda la vida juntas y morirnos el mismo día.

"La tía Elizabeth me prepara el almuerzo para que me lo lleve a la escuela. Nunca me da otra cosa que pan con manteca, pero carta tajadas gruesas y la manteca también y además no tiene ese gusto horrible que tenía la manteca de Ellen Greene. Y la tía Laura Me da una galletita o un pastelito de manzana cuando la tía Elizabeth no la ve. La tía Elizabeth dice que los pastelitos de man**zana** no son buenos para mí. ¿Por qué las cosas más lindas nunca son buenas, papá? Ellen Greene siempre decía lo mismo.

"Mi maestra se llama señorita Brownell. No me gusta los puntos que calza. (Esa es una frace muy atrevida que usa el prim$_o$ Jimmy. Ya sé que frace no se escribe así pero en Luna Nueva no hay diccionario y suena igual). Es muy sarcastica y le gusta dejarlo en redículo a uno. Entonces se ríe de uno de manera muy desagradable. Pero la perdoné por haberme pegado y al día siguiente le llebé un ramo de flores para contentarla. Lo resibió con mucha frialdad y lo dejó marchitarse arriva de su escritorio. En un cuento, habría llorado sobre mi hombro. No sé si sirbe de algo perdonar a la gente. Sí, sirve, uno se siente más cómodo. Tú nunca tuviste que ponerte delantal de bebé ni cofia porque eras varón y por eso no puedes entender como me siento. Y los delantales son de una tela tan fuerte que no se gastan y faltan años para que me queden chicos. Pero tengo un bestido blanco para ir a la iglesia con un cinturón de seda negra y un sombrero de paja blanca con monios negros y sandalias de cabrinya negros, y me siento muy elégante cuando me visto así. Ojala pudiera cortarme un flequillo pero la tía Elizabeth no quiere ni oír hablar del tema. Rhoda me dijo que tengo ojos hermosos. Ojala no me lo hubiera dicho. Yo siempre sospeché que mis ojos eran hermosos pero no estaba segura. Ahora que lo sé tengo miedo de estar siempre pendiente de que la gente se de cuenta. Tengo que irme a acostar a las ocho y media y no me gusta pero me quedo sentada en la cama mirando por la ventana hasta que oscurese y así me bengo de la tía Elizabeth, y escucho el ruido del mar. Ahora me gusta aunque siempre me da un poco de tristeza, pero es una tristeza linda. Tengo que dormir con la tía Elizabeth y eso tampoco me gusta porque si me muevo aunque sea apenas dice que tengo hormigas en el cuerpo pero reconoce que no doy patadas. Y no me deja abrir la ventana. No le gusta el aire fresco ni la luz dentro de la casa. La sala es oscura como una tumba. Un día entré y levanté todas las persianas y la tía Elizabeth se horrorizó y me dijo que era una sinvergüenza y me miró con la mirada Murray. Era como si hubiera cometido un crimen. Me sentí tan insultada que vine a la buardilla y escribí en una de las planillas una descripción de *mí misma* ahogándome y entonces me sentí mejor... La tía Elizabeth me dijo que no podía entrar otra vez en la sala sin permiso, pero yo no quiero ir. Le tengo miedo a la sala. En todas las paredes hay, colgados retratos de nuestros ansestros y no hay ni una sola persona linda entre todos, esepto el abuelo Murray que parece buen mozo pero muy enojado. El cuarto de huéspedes esta arriba y es tan lúgubre como la sala. La tía Elizabeth permite que solo la gente distinguida duerma en él. A mí me gusta la cocina de día y la buardilla y la cocina de afuera y la salita y el vestíbulo por la preciosa puerta roja del frente y me encanta el tambo, pero no me gustan los otros cuartos de Luna Nueva. Ah, me olvidaba del armario del sótano. Me encanta bajar y mirarlas preciosas ileras de potes, de jaleas y dulces. El primo Jimmy dice que es una tradisión de Luna Nueva que los potes de dulce no pueden estar ?_nunca vacíos. Cuántas tradisiones tiene Luna Nueva. Es una casa muy espasiosa y los árboles son presiosos. A los tres álamos de Lombardía del portón del jardín les puse las Tres Prinsesas y a la casita de verano le puse La morada de Emily, y al gran manzano del portón del jardín viejo le puse el Arbol que reza porque levanta sus largas ramas igualito que el señor Dare cuando levanta los brazos para rezar en la iglesia.

"La tía Elizabeth me dio el cajoncito más alto de la derecha en su cómoda para poner mis cosas.

"Ay, papá querido, hice un gran descubrimiento. Ojala lo hubiera hecho cuando estabas vivo porque creo que te habría gusta*do* saberlo. *Puedo escribir poesía.* A lo mejor la habría escrito hace tiempo si lo hubiera intentado. Pero después del primer día de "clase pensé que por mi honor tenía que intentarlo y es tan fácil. Hay un librito de tapas negras en la biblioteca de la tía Elizabeth que se llama *Las estaciones* de Thompson y decidí que voy a escribir un poema sobre una estación y los primeros tres versos dicen

Ahora llega el otoño maduro de durasnos y peras
Se oye el cuerno del cazador en toda la tierra
Y la pobre perdis aleteando cae al suelo.

"Claro que en la Isla Príncipe Eduardo no hay durasnos y tampoco oí nunca el cuerno de ningún cazador, pero en poesía uno no tiene que ajustarse demasiado a los hechos. Llené toda una planilla con mi poema y corrí a leerselo a la tía Laura. Yo pensaba que se iba a poner contentísima de tener una sobrina que escribiera poesía pero lo tomó con mucha frialdad y me dijo que no parecía poesía. Esclamé que era verso libre. Muy libre dijo la tía Elizabeth sarcástica aunque yo no le había pedido su opinión. Pero creo que de ahora en adelante voy a escribir con rima para que no halla herrores y voy a ser poetiza cuando crezca y voy a ser famosa. También espero ser como una sílfide. Las poetizas tienen que ser como sílfides. El primo Jimmy también hace poesía pero no la escribe, la guarda en la mente. Yo le ofrecí regalarle algunas de mis planillas -porque él es muy bueno conmigo- pero me dijo que era demasiado viejo para aprender ábitos nuevos. Todavía no oí ninguna poesía suya porque el espíritu no se lo ha pedido pero tengo muchas ganas y lamento que no engorden a los cerdos hasta el otoño. El primo Jimmy me gusta cada vez más, menos cuando le da por hablar y mirar raro. Aí me asusta pero nunca le dura mucho. Lee muchos de los libros de la biblioteca de Luna Nueva. Una historia de la reforma en Francia, muy relijioso y triste. Un libro gordito que describe los meses en Inglaterra y el que te dije antes, *Las estaciones* de Thompson. Me gusta leerlos porque hay muchas palabras bonitas, pero no me gustan al tacto. El papel es tan áspero y grueso que me da escalofríos. *Viajes en España,* muy fascinante, con un papel lisito y brillante, un libro de misioneros en las Islas del Pacífico, láminas muy interesantes por los peinados de los jefes paganos. Después de que se hicieron cristianos se cortaron el pelo y a mí me parece una lástima. Los poemas de la señora Hermans. Me apasiona la poesía y también las historias de islas desiertas. *Rob Roy,* una novela, pero había leído muy poquito cuando la tía Elizabeth me dijo que no podía seguir leyéndola porque no debo leer novelas. La tía Laura me dijo que la leyera a escondidas. No veo por qué no está bien obedecer a la tía Laura pero me da no se que y todavía no lo hice. Un plecioso libro de Tigres, lleno de láminas y historias de tigres que me hacen sentir tan divertida y muerta de miedo. El *Camino real,* también relijioso pero más divertido así que es bueno para leer *los* domingos. *Reuben y Grace,* una historia pero no novela porque Reuben y Grace son hermanos y no hay casamientos. Como Icaty y Jim el alegre, igual que la anterior pero no tan emocionante y trajico. *Las poderosas maravillas de la naturaleza* que es bueno y enseña. *Alicia en el pais de las maravillas,* que es delicioso, y las *Memorias* de Anzonetta B. Peters que se convirtió a los siete y se murió a los diez. Cuando cualquiera le hacía una pregunta ella contestaba con el verso de un himno relijioso. Eso fue después de convertirse. Antes de eso hablaba en castellano. La tía Elizabeth he dijo que tengo que tratar de ser como Anzonetta.

Creo que yo podría ser Alicia bajo circunstansias más favorables pero estoy segura de que jamás podré ser tan buena como Anzonetta y creo que tampoco quiero serlo porque ella no se divirtió nunca. Se úfermó apenas se convirtió y sufrió horriblemente durante años. Además, estoy segura de que si me pongo a hablar en himnos a la gente, despertaría el ridiculo. Una vez lo intenté. El otro dia la tía Laura me preguntó si prefería franjas azules en lugar de rojas para *las* medias del invierno que viene y yo le contesté como contestó Anzonetta cuando le hicieron una pregunta parecida, pero diferente, sobre una bolsa.

Jesús, tu virtud y la sangre de tu corazón
Son mi belleza, mi vestido son.

.

Y la tía Laura dijo que estaba loca y la tía Elizabeth dijo que era irreberente. Yo sabía que no podía funcionar. Además, Anzonetta no pudo comer nada durante años porque tenía hulcera en el estómago y a mí me encanta la comida rica.

"El viejo señor Wales de Derry Pond Road se está muriendo de cánser. Jennie Strang dice que la esposa tiene lista la ropa de luto. "Hoy escribí una biografía de Saucy Sal y una descripción del camino en el bosque de John el Altivo. Las voy a pinchar junto con esta carta para que puedas leerlas. Buenas noches, papá adorado.

"Tu más obediente y humilde servidora *Emily B. Starr*.

'P.D. Creo que la tía Laura me quiere. Me gusta que me quieran, papá querido."

10
PENAS EN AUMENTO

Hubo mucho entusiasmo en la escuela durante la última semana de junio, causado por la fiesta de cumpleaños de Rhoda Stuart, que se llevaría a cabo a principios de julio. La carga de ansiedad era increíble. ¿Quiénes serían invitadas? Ése era el gran interrogante. Algunas sabían que no las invitaría, pero las más estaban en un suspenso verdaderamente terrible. Todo el mundo le rendía honores a Emily porque era la mejor amiga de Rhoda y podría ser que tuviera opinión en el tema de la elección de las invitadas. Jennie Strang llegó al extremo brutal de ofrecerle a Emily una hermosa caja blanca con un espléndido retrato de la Reina Victoria en la tapa, para guardar lápices, si le conseguía una invitación. Emily rechazó el soborno y dijo con grandeza que no podía interferir en un asunto tan delicado. Emily en realidad se estaba dando aires con todo el tema. *Ella* estaba segura de ser invitada. Rhoda le había contado de la fiesta hacía semanas y había hablado todo con ella. Sería algo grandioso, con una torta de cumpleaños recubierta de una capa de azúcar rosada y adornada con diez velitas rosadas altas, con helado y naranjas, con invitaciones escritas en papel rosado con bordes dorados *enviadas por correo* (esto último había sido agregado como toque de exclusividad). Emily soñaba noche y día con esa fiesta y ya tenía el regalo para Rhoda: una preciosa cinta para el pelo que la tía Laura había traído de Shrewsbury.

El primer domingo de julio, en la Escuela Dominical, Emily se encontró sentada junto a Jennie Strang para los ejercicios de apertura. Por lo general, ella y Rhoda se sentaban juntas, pero ahora Rhoda estaba sentada tres asientos más adelante con una niñita desconocida, una niñita muy' vistosa y esplendorosa, vestida de seda azul con un sombrero de paja grande y adornado con una corona de flores sobre sus elaborados cabellos rizados, medias de encaje blanco en las piernas regordetas y un flequillo que le llegaba hasta los ojos. No obstante, tanta

linda pluma no lograba hacer de ella un ave verdaderamente hermosa; no era para nada bonita y su expresión era de disgusto y desdén.

-¿Quién es la niña sentada con Rhoda? -susurró Emily.

-Ah, es Muriel Porter respondió Jennie. Es de la ciudad. Vino a pasar las vacaciones a la casa de la tía, Jane Beatty. Yo la odio. En su lugar a mí jamás se me ocurriría ponerme un vestido azul con una piel tan oscura como la suya. Pero los Porter son ricos y Muriel está convencida de que es una maravilla. Dicen que Rhoda y ella se han hecho íntimas desde que ella vino; Rhoda siempre le anda atrás a cualquiera que, según ella, está en una posición elevada.

Emily se puso tensa. No pensaba escuchar comentarios críticos sobre sus amigas. Jennie percibió su reacción y cambió de tono.

De todas maneras, yo me alegro de que Rhoda no me invite a su fiesta. Soy yo la que no quiere ir si va a estar Muriel Porter, dándose aires.

-¿Cómo sabes que no te va a invitar? -preguntó Emily. -Bueno, porque las invitaciones salieron ayer. ¿No recibiste la tuya?

-¿Te llegó la correspondencia?

-Sí, la recibió el primo Jimmy.

-Bueno, tal vez la señora Beecher se olvidó de dársela. Probablemente te llegue mañana.

Emily estuvo de acuerdo en que era probable. Pero una extraña sensación helada de desolación había invadido todo su ser, en la cual no tuvo poco que ver el hecho de que, después de la Escuela Dominical, Rhoda se alejó con Muriel Porter sin siquiera mirar a nadie más. El lunes, Emily misma fue al correo, pero no había ningún sobre rosado para ella. Esa noche lloró hasta quedarse dormida pero no abandonó del todo la esperanza hasta que pasó el martes. Entonces tuvo que enfrentarse a la espantosa verdad, que ella, ella, Emily Byrd Start, de Luna Nueva, no había sido invitada a la fiesta de Rhoda. Era increíble. *Tenía* que haber un error. ¿El primo Jimmy no habría perdido la invitación en el camino de regreso a casa? ¿O sería que a la hermana mayor de Rhoda, que escribió las invitaciones, se le había pasado su nombre? ¿O...? Las desdichadas dudas de Emily fueron resueltas definitivamente por Jennie, que se le acercó cuando ésta salía del correo. Había una luz maliciosa en los ojos como cuentas de Jennie. Ahora, a Jennie le gustaba bastante Emily, a pesar del encontronazo el día en que se conocieron, pero a pesar de eso le gustaba ver su orgullo humillado.

-Así que después de todo no te invitan a la fiesta de Rhoda. -No -admitió Emily.

Fue un momento muy amargo para ella. El orgullo de los Murray estaba dolorosamente estrujado y, por debajo del orgullo de los Murray, había otra cosa que había sido profundamente herida, pero que aún no había muerto.

-Bueno, en mi opinión es una mezquindad -dijo Jennie, honestamente solidaria, a pesar de su secreta satisfacción-. ¡Y después de todos los aspavientos que hacía contigo! Pero eso es típico de Rhoda Stuart. Es una falsa, por los cuatro costados.

-Yo no creo que sea falsa -dijo Emily, leal hasta la última trinchera-. Creo que hay un error en que no me hayan invitado. Jennie se quedó mirándola.

-¿Entonces no conoces la razón? Pero, si Beth Beatty me contó la historia. Muriel Porter te odia y fue y le dijo a Rhoda que si te invita a ti, ella no iba a ir a su fiesta. Y Rhoda estaba tan loca por tener a una niña de la ciudad en su fiesta que le prometió que no te invitaría.

-Muriel Porter no me conoce-murmuró Emily-. ¿Cómo puede odiarme?

Jennie sonrió, con aire de sabihonda.

-Eso te lo digo yo. Está muerta por Fred Stuart y Fred lo sabe y la hizo sufrir elogiándote, le dijo que eras la niña más dulce de todo Blair Water y que quería que fueras su novia cuando fueras grande. Y Muriel se puso tan furiosa, tan celosa, que obligó a Rhoda a que no te invitara. Yo, en tu lugar, no le daría importancia. Una Murray de Luna Nueva está muy por encima de esas suciedades. En cuanto a eso de que Rhoda no es falsa, te digo que sí lo es. Caramba, si te dijo que no sabía que había una víbora dentro de la caja y había sido idea suya.

Emily estaba demasiado abrumada para responder. Se alegró de que Jennie tuviera que seguir por otro camino y dejarla sola, Corrió a su casa, temiendo no poder contener las lágrimas antes de llegar. La desilusión por no ir a la fiesta y la humillación por el insulto, todo se diluía ante la angustia de la fe traicionada y la confianza violada. Su amor por Rhoda había muerto y Emily sufría con toda el alma el dolor del golpe que lo había matado. Era la tragedia de una criatura, y por eso más amarga, dado que nadie podría comprenderla. La tía Elizabeth le dijo que las fiestas de cumpleaños eran una tontería y -que los Stuart no eran una familia con la que los Murray se hubieran tratado nunca. Y ni siquiera la tía Laura, aunque la consoló y la reconfortó, se dio cuenta de lo profunda y dolorosa que había sido la herida, tan profunda y dolorosa que Emily ni siquiera podía escribirle a su padre sobre ella, y no tuvo manera de desahogar la violencia de la emoción que sacudía su ser.

Al domingo siguiente, Rhoda estaba sola en la Escuela Dominical, pues la enfermedad del padre de Muriel Porter la había convocado de regreso a la ciudad; y Rhoda miró a Emily con dulzura. Pero Emily pasó a su lado con la cabeza muy alta y el desprecio en cada rasgo. *Nunca* volvería a tener nada que ver con Rhoda Stuart, no podía. Despreciaba a Rhoda más ahora, por intentar reanudar la amistad, ahora que la niña de ciudad por quien la había sacrificado se había ido. No era por Rhoda que guardaba luto, sino por esa amistad que había sido tan querida para ella. Rhoda había sido dulce y buena, al menos en la superficie, y Emily había hallado una intensa felicidad en su amistad. Ahora se había terminado y ella jamás, jamás podría volver a querer a nadie o a confiar en nadie. Ése era el aguijón.

Aguijón que lo envenenaba todo. Emily tenía una naturaleza que, incluso de niña, no se recuperaba con facilidad ni olvidaba un golpe semejante. Andaba como ida por Luna Nueva, perdió el apetito y adelgazó. Odiaba ir a la Escuela Dominical porque pensaba que las otras niñas se regodeaban con su humillación y su separación de Rhoda. Tal vez sí hubiera un sentimiento de ese tipo, pero Emily lo exageraba morbosamente. Si dos niñas susurraban o se reían juntas, ella pensaba que hablaban de ella y que de ella se reían. Si alguna hacía con ella el camino de regreso de la escuela, Emily pensaba que era por lástima condescendiente, porque ella no tenía ninguna amiga. Durante todo un mes Emily fue la criatura más desdichada de Blair Water.

"Creo que me han puesto un hechizo cuando nací", reflexionaba, desconsolada.

La tía Elizabeth tenía una idea más prosaica para explicar la languidez y la falta de apetito de Emily. Había llegado a la conclusión de que los espesos cabellos de Emily "le quitaban fuerzas" y que sería mucho más fuerte y se sentiría mucho mejor si se los cortaban. Con la tía Elizabeth, decidir era actuar. Una mañana le informó fríamente a Emily que iban a "entresacarle" los cabellos. Emily no pudo creer lo que oía.

-No me estarás diciendo que me vas a cortar el pelo, tía Elizabeth exclamó.

-Sí, eso es exactamente lo que te estoy diciendo -dijo la tía Elizabeth con firmeza-. Tienes demasiado pelo, especialmente para el verano. Estoy segura de que por eso es que has estado tan decaída últimamente. Y nada de lágrimas.

Pero Emily no podía contener el llanto.

-No me lo cortes todo -rogó-. Sólo un flequillo grande.

Algunas de las niñas tienen, flequillos que le empiezan en la coronilla. Así me quitarías la mitad del pelo y el resto no me sacará demasiada fuerza.

-Nada de flequillos -dijo la tía Elizabeth-. Ya te lo dije muchas veces. Voy a entresacarte el pelo en toda la cabeza para el calor. Algún día me lo vas a agradecer.

Emily se sintió cualquier cosa menos agradecida.

-Es mi única belleza -sollozó-, junto con mis pestañas. Supongo que también me cortarás las pestañas.

La tía Elizabeth desconfiaba por cierto de esas pestañas largas y arqueadas de Emily, herencia de la madrastra infantil, demasiado poco Murray para que uno pudiera aprobarlas, aunque no tenía planes para ellas. Pero el cabello debía cortarse y la tía Elizabeth, tajante, le dijo a Emily que esperara allí, quietita, que ella iba a buscar las tijeras.

Emily esperó, sin esperanzas. Debía perder sus hermosos cabellos, los cabellos de los que su padre había estado tan orgulloso. Con el tiempo volverían a crecer -si la tía Elizabeth lo permitía- pero eso llevaría años ¡y, mientras tanto, ella sería un desastre! La tía Laura y el primo Jimmy habían salido; no tenía a nadie a quien recurrir; esta cosa espantosa iba a suceder.

La tía Elizabeth volvió con las tijeras que hicieron un ruidito revelador cuando ella las abrió, ruidito que, como por arte de magia, pareció dejar algo en libertad, una fuerza formidable y extraña en el alma de Emily. Se volvió despacio y enfrentó a su tía. Sintió que las cejas se le juntaban de una manera poco común en ella, sintió algo que le surgía como de las ignotas profundidades de una irresistible fuente de energía.

-Tía Elizabeth -dijo, mirando directo a los ojos a la dama de las tijeras-, no me vas a cortar el pelo. Y no quiero hablar más del tema.

A la tía Elizabeth le sucedió algo insólito. Se puso pálida, dejó las tijeras, pareció atónita un momento ante la niña transformada o poseída frente a ella y entonces, por primera vez en su vida, Elizabeth Murray se volvió y salió corriendo, literalmente corriendo, hacia la cocina.

-¿Qué pasa? -preguntó Laura, que venía de la cocina de afuera.

-Vi... a papá... mirándome desde la cara de ella -murmuró Elizabeth, temblando-. Y me dijo "Y no quiero hablar más del tema", como decía siempre él, las mismas palabras.

Emily la oyó y corrió al espejo del aparador. Había tenido, mientras hablaba, la extraña sensación de estar usando la cara de otra persona en lugar de la propia. Ahora la sensación se desvanecía, pero Emily alcanzó a vislumbrarla, la mirada Murray, seguramente. Con razón había asustado a la tía Elizabeth, la asustaba a ella misma, qué suerte que se había ido. Se estremeció, corrió a su escondite en la buhardilla y lloró, pero supo que no le cortarían el cabello.

Y así fue. La tía Elizabeth no volvió a referirse al asunto. Pero por varios días pareció evitar a Emily.

Un hecho bastante curioso fue que, a partir de ese día, Emily dejó de penar por su amiga perdida. De pronto, el asunto dejó de tener importancia. Era como si hubiera sucedido hacía tanto tiempo que nada, salvo el mero recuerdo sin emoción, quedaba del hecho. Emily pronto recuperó el apetito y la animación, volvió a escribirle cartas a su padre y descubrió que la vida volvía a ser linda, obstaculizada apenas por el misterioso

presentimiento de que la tía Elizabeth había quedado mortificada por su derrota en el asunto del pelo y que tarde o temprano se tomaría la revancha.

La tía Elizabeth "se tomó la revancha" esa misma semana. Emily tenía que ir a la tienda a buscar algo. Era un día de muchísimo calor y se le había permitido andar descalza por la casa, pero ahora tenía que ponerse botas y medias. Emily se rebeló, hacía demasiado calor, había demasiado polvo, no podía caminar casi un largo kilómetro con botas abotonadas. La tía Elizabeth fue inexorable. Nadie iba a ver a un Murray descalzo fuera de su casa, y tuvo que ponérselas. Pero apenas Emily traspasó el portón de La Luna Nueva se sentó, con toda deliberación se quitó las botas, las escondió en un agujeró en el terraplén y se fue descalza. Cumplió con la diligencia y volvió, con la conciencia tranquila. Qué hermoso era el mundo, qué suave el azul del gran espejo redondo de agua de Blair Water, qué glorioso el milagro de los botones de oro en el campo húmedo bajo el bosque de John el Altivo. Al verlo, Emily se quedó inmóvil y compuso un poema.

"Botón de oro, flor dorada,
Veo tu sonriente rostro plácido
Saludar, la cabeza inclinada.
Sin pensar en tiempo o espacio.

En campo cenagoso o camino transitado,
O en el cuidado jardín en flor,
Exhibes tus pétalos suaves y satinados
Y cubres del valle todo verdor. "

Hasta allí, todo bien. Pero Emily quería otra estrofa para redondear el poema apropiadamente y la divina inspiración parecía haber desaparecido. Caminó hacia la casa en un estado de ensoñación y, para cuando llegó a La Luna Nueva, ya tenía la estrofa y la recitaba para sí misma con una agradable sensación de realización.

Regalas tu belleza en todas partes,
Estés donde estés, en cualquier lado.
Y siempre, botón de oro, serás
La flor que más amo. "

Emily estaba muy orgullosa. Éste era su tercer poema y, sin duda, el mejor. Nadie podía decir que era verso libre. Debía correr a la buhardilla a escribirlo en una planilla. Pero la tía Elizabeth la esperaba en los escalones de la entrada.

-Emily, ¿dónde están tus botas y tus medias?

Emily regresó de las nubes con un desagradable sobresalto. Se había olvidado por completo de las botas y las medias. -En un agujero al lado del portón -dijo, sin más. -¿Fuiste descalza a la tienda?

-Sí.

-¿A pesar de que te dije que no?

A Emily esta le pareció una pregunta superflua y no contestó. Pero a la tía Elizabeth le había llegado su turno.

11
ILSE

Emily fue encerrada en el cuarto de huéspedes y le dijeron que se quedaría allí hasta la hora de irse a la cama. En vano rogó que no le impusieran semejante castigo. Trató de que le saliera la mirada Murray pero, al parecer, al menos en su caso, la mirada no venía a voluntad.

-Ay, no me encierres ahí sola, tía Elizabeth -imploró-. Sé que me porté mal, pero no me encierres en el cuarto de huéspedes.

La tía Elizabeth fue inexorable. Sabía que era una crueldad encerrar a una niña hipersensible como Emily en esa habitación lúgubre. Pero pensó que estaba cumpliendo con su deber. No se dio cuenta, y ni por un momento lo hubiera creído, de que en realidad estaba satisfaciendo su propio resentimiento hacia Emily por su derrota y su miedo el día de la amenaza del corte de pelo. La tía Elizabeth creía que en aquella ocasión la había ahuyentado un parecido familiar surgido de una situación tensa, y estaba avergonzada. El orgullo de los Murray se había lastimado con esa humillación y el dolor de la lastimadura sólo dejó de doler cuando le echó llave a la puerta del cuarto de huéspedes ante la cara pálida de la culpable.

Emily, muy pequeña, sola, como perdida, con los ojos llenos de un miedo que no debería tener lugar en los ojos de un niño, se acurrucó contra la puerta del cuarto de huéspedes. Así era mejor. Así no podía imaginarse las cosas que había a sus espaldas. Y la habitación era tan grande y oscura que uno podía imaginarse una cantidad horrible de cosas. Su tamaño y su oscuridad la llenaban de un terror contra el que no podía luchar. Desde que tenía conciencia le había tenido terror a que la encerraran sola, en la semipenumbra. No le daba miedo la oscuridad al aire libre, pero esta penumbra llena de sombras, de encierro, hacía del cuarto de huéspedes un lugar de miedo.

La ventana estaba cubierta por una pesada cortina verde oscuro, reforzada por una persiana cerrada. La gran cama con baldaquín, que se proyectaba desde la pared hacia el centro de la habitación, era alta, rígida y también cubierta de pesada tela. Cual*quier* cosa podía saltar hacia ella desde esa cama. ¿Y si una gran mano negra salía de pronto de allí, si la alcanzaba a través del cuarto, si la agarraba? Las paredes, como las de la sala, estaban adornadas con retratos de los parientes fallecidos. Había tantos Murray muertos. Los vidrios de los retratos devolvían el desagradable reflejo de los espectrales hilos de luz que luchaban por abrirse camino a través de las maderitas de la persiana. Peor que todo, justo del otro lado de la habitación, en lo más alto del ropero negro, había un inmenso búho blanco antártico, embalsamado, que la miraba con ojos sobrenaturales. Emily gritó cuando lo vio y luego volvió a acurrucarse en su rincón, aterrorizada por el ruido que ella misma había hecho en esa gran habitación silenciosa y llena de ecos. Deseó que algo saltara de esa cama y pusiera fin a sus días.

"¿Qué sentiría la tía Elizabeth si me encuentran aquí muerta?", pensó, vengativa.

A pesar del miedo, comenzó a dramatizar lo anterior y sintió el remordimiento de la tía Elizabeth con tanta intensidad que decidió que sólo estaría inconsciente y que recuperaría el conocimiento cuando todo el mundo estuviera lo suficientemente asustado y penitente. Pero en esa habitación habían muerto personas, docenas de personas. Según el primo Jimmy era una tradición de La Luna Nueva que, cuando un miembro de la familia estaba cerca de la muerte, lo llevaban rápidamente al cuarto de huéspedes, para que muriera rodeado de un entorno de suficiente magnificencia. Emily los veía muriéndose en esa cama terrible. Sintió que no podía evitar volver a gritar, pero logró contenerse. Una Starr no podía ser cobarde. ¡Ay, ese búho! ¿Y

si apartaba los ojos y cuando volviera a mirarlo descubría que había saltado silenciosamente del ropero y venía hacia ella? Emily no se animaba a mirarlo, por miedo a que justamente eso estuviera sucediendo. ¡Cómo se movía el cortinado de la cama! Sintió gotitas de sudor frío en la frente.

Entonces sí ocurrió algo. Un rayo de sol entró por una pequeña rotura en una de las maderas de la persiana y cayó directa y oblicuamente sobre el retrato del abuelo Murray, que estaba colgado sobre el hogar. Era una "ampliación" en crayon copiada del viejo daguerrotipo que estaba abajo, en la sala. En ese relumbre de luz, la cara pareció salir de la oscuridad, hacia Emily, con su lúgubre ceño extrañamente exagerado. Todo dejo de valor abandonó a Emily. En un espasmo de pánico que no pudo controlar atravesó la habitación corriendo como una loca, hacia la ventana, descorrió las cortinas y levantó la persiana. Un bendito sol entró en la habitación. Afuera había un mundo sano, afable, humano. Y, maravilla de maravillas, allí mismo, apoyada contra el alféizar de la ventana, ¡había una escalera! Por un momento, Emily estuvo a punto de creer que era un milagro para facilitar su fuga.

Esa mañana, el primo Jimmy se había tropezado con la escalera, que estaba tirada entre la bardana, bajo los abetos balsámicos, detrás del tambo. Estaba bastante podrida y él decidió que era hora de tirarla. La había apoyado contra la casa para asegurarse de verla y acordarse de tirarla cuando regresara del campo de heno. En menos tiempo del que toma escribirlo, Emily había levantado la ventana, trepado al alféizar y subido a la escalera. Estaba tan decidida a escapar de esa habitación horrenda, que no tuvo conciencia de los escalones podridos. Cuando llegó al suelo, salió corriendo por entre los abetos balsámicos, saltó el cerco, se metió en el bosque de John el Altivo y no paró de correr hasta no llegar al sendero, junto al arroyo.

Allí se detuvo a tomar aliento, exultante. Se sentía plena de una inmensa alegría, mezclada de un deleite mágico. Dulce era la brisa de libertad que soplaba entre los helechos. Había escapado del cuarto de huéspedes y sus fantasmas; había sacado la mejor parte posible de la mezquindad de la tía Elizabeth.

"Me siento como un pajarito que se escapa de la jaula", se dijo a sí misma y se puso a bailar de alegría recorriendo su sendero de hadas hasta el final, donde encontró a llse Burnley, trepada a la madera de un cerco, con los cabellos de oro pálido hechos un destello de luz contra los oscuros abetos blancos que se arremolinaban a su alrededor. Emily no la había visto desde aquel primer día en la escuela y volvió a pensar que jamás había visto a nadie como llse.

-Caramba, Emily de Luna Nueva -dijo llse-, ¿adónde vas corriendo?

-Me escapé -dijo Emily, con franqueza-. Me porté mal, bueno... un poco mal, y la tía Elízabeth me encerró en el cuarto de huéspedes. Yo no me había portado tan mal, no fue justo, así que salí por la ventana y bajé por la escalera.

-¡Qué maldita sinvergüenza! No te creía tan brava-dijo llse. Emily contuvo el aliento. Era muy feo eso de que la llamara "maldita sinvergüenza". Pero llse lo dijo con admiración. -Creo que no fue por brava -dijo Emily, demasiado honesta para aceptar un cumplido que no merecía-. Estaba demasiado asustada para quedarme en ese cuarto.

-Bueno, ¿y ahora adónde vas? -preguntó llse-. Tienes que ir a algún lado, no puedes quedarte afuera. Se viene una tormenta.

Así era. A Emily no le gustaban las tormentas. Y la conciencia le remordía.

-Ah -dijo-, ¿te parece que Dios manda la tormenta para castigarme porque me escapé?

-No -dijo llse, desdeñosa-. Si hay un Dios, no se va a tomar tanta molestia por una nadería.

-Ay, llse, ¿tú no crees que hay Dios?

-No lo sé. Papá dice que no. Pero, en ese caso, ¿cómo se hicieron las cosas? Hay días en que pienso que hay Dios y días en que pienso que no. ¿Por qué no vienes a casa conmigo? No hay nadie. Yo me sentía tan mortalmente sola que me vine al bosque.

Ilse bajó de un salto y le tendió a Emily la mano quemada por el sol. Emily la tomó y las dos corrieron juntas por la pradera de; John el Altivo hasta la vieja casa de los Burnley, que parecía un inmenso gato gris calentándose al tibio sol del final de la tarde, que aún las espesas nubes amenazadoras de la tormenta no habían ocultado. Adentro estaba lleno de muebles que en un tiempo debieron de haber sido espléndidos, pero el desorden era impresionante y una gruesa capa de polvo lo cubría todo. Al parecer, nada estaba en su lugar, y la tía Laura sin duda se habría desmayado de horror de haber visto la cocina. Pero era un lindo sitio para jugar. No había que tener cuidado de no desacomodar las cosas. Ilse y Emily jugaron divertidísimas a las escondidas por toda la casa hasta que los truenos fueron tan fuertes y los relámpagos tan claros que Emily sintió que tenía que acurrucarse en el sofá y concentrarse en no perder el coraje.

-¿Tú no tienes miedo a los truenos? -le preguntó a llse. -No, no le tengo miedo a nada más que al diablo -dijo llse. -Yo creía que tampoco creías en el diablo, Rhoda me dijo que no creías.

-Ah, claro que existe el demonio, eso dice papá. En quien él no cree es en Dios. Y, si existe el diablo pero no hay un Dios para mantenerlo a raya, ¿te parece extraño que le tenga miedo? Escucha, Emily Byrd Starr, me gustas, me gustas un montón. Siempre me gustaste. Yo sabía que pronto te aburrirías de esa tonta de sangre de pato, esa víbora mentirosa que es Rhoda Stuart. Yo no miento nunca. Papá me dijo una vez que si me pescaba diciendo una mentira, me mataba. Quiero que seas mi amiga. Voy a ir todos los días a la escuela si puedo sentarme contigo.

-Está bien -dijo Emily, como al pasar. Ya basta de sentimentales votos Rhodianos de devoción eterna. Esa etapa había pasado.

-Y me vas a contar cosas, a mí nadie me cuenta nada. Y yo voy a contarte cosas a *ti* -dijo llse-. Pero... ¿no te vas a avergonzar de mí porque mi ropa es rara y porque no creo en Dios?

-No. Pero si conocieras al Dios de mi padre, creerías en Él. -No, no creería. Además, hay un solo Dios, si es que hay. -No lo sé -dijo Emily, perpleja-. No, no puede ser. El Dios de Ellen Greene no tiene nada que ver con el Dios de mi padre, y el de la tía Elizabeth tampoco. Creo que el Dios de la tía Elizabeth no me gustaría mucho, pero, al menos, es un Dios digno, y el de Ellen, no. Y estoy segura de que el Dios de la tía Laura también es distinto, bueno y agradable, pero no maravilloso como el de papá.

-Bueno, no importa, no me gusta hablar de Dios -dijo llse, incómoda.

A mí sí -dijo Emily-. Creo que Dios es un tema muy interesante, y voy a rezar por ti, llse, para que puedas creer en el Dios de papá.

-¡Ni se te ocurra! -gritó llse, a quien, por alguna misteriosa razón, la idea no le gustaba nada-. ¡Yo no quiero que nadie rece por mí!

-¿Tú nunca rezas, llse?

-Ah, de vez en cuando, cuando me siento sola, de noche, o cuando estoy en un aprieto. Pero no quiero que nadie más rece por mí. Si te pesco haciéndolo, Emily Starr, te arranco los ojos. Y no se te ocurra hacerlo a mis espaldas, tampoco.

-Está bien, no rezaré por ti -dijo Emily, cortante, molesta por el fracaso de su ofrecimiento de buena voluntad-. Rezaré por todas las personas que conozco, pero no por ti.

Por un momento, pareció que a llse esto tampoco le gustaba. Pero se rió y le dio a Emily un abrazo volcánico.

-Bueno, está bien, pero, por favor, quiéreme. A mí nadie me quiere, ¿sabes?

-Tu padre *tiene* que quererte, llse.

-No me quiere -dijo llse, muy segura-. A papá no le importo un comino. Creo que a veces le da rabia hasta verme. A mí me gustaría que me quisiera, porque cuando quiere a alguien es muy bueno. ¿Sabes lo que voy a ser cuando sea grande? Voy a ser de-cla-ma-do-ra.

-¿Qué es eso?

-Una mujer que recita en los conciertos. Lo hago bárbaro. ¿Tú qué vas a ser?

-Poetisa.

-¡Demonios! -dijo Ilse, al parecer impresionada-. No te creo que escribas poesía -agregó.

-Claro que sí -exclamó Emily-. Escribí tres poemas: "Otoño", "Versos para Rhoda" (aunque ése lo quemé) y "Palabras a un botón de oro". Ése lo hice hoy y es mí... mi obra maestra. -Recítamelo -ordenó llse.

Nada reacia, Emily repitió orgullosa sus versos. No le molestaba que llse los oyera.

-Emily Byrd Starr, ¿tú sacaste eso de tu cabeza?

-Sí.

-¿Lo juras? -Lo juro.

-Bien -llse exhaló un largo suspiro-, creo que eres toda una poetisa.

Para Emily fue un momento de gran orgullo, es más, uno de los momentos más importantes de su vida. Su mundo le había dado su lugar. Pero ahora había que hablar de otras cosas. La tormenta había pasado y se había puesto el Sol. Era el crepúsculo y pronto oscurecería. Tenía que regresar a casa y entrar en el cuarto de huéspedes antes de que descubrieran su ausencia. Era espantoso pensar en volver, pero debía hacerlo, si no deseaba que cosas peores le sucedieran a manos de la tía Elizabeth. En ese momento, bajo la inspiración de la personalidad de llse, estaba llena de coraje. Además, pronto llegaría la hora de irse a la cama y la liberarían de su encierro. Volvió saltando a su casa a través del bosque de John el Altivo, que estaba lleno de las luces andariegas y misteriosas de las luciérnagas, atravesó cuidadosamente los abetos balsámicos y se paró en seco, aterrada. ¡La escalera no estaba!

Emily dio la vuelta a la casa hacia la puerta de la cocina, sintiendo que se dirigía a su perdición. Pero, por una vez, el camino del trasgresor se le hizo fácil. La tía Laura estaba sola en la cocina.

-Emily, querida, ¿de dónde sales? --exclamó-. Justo iba a subir para dejarte salir. Elizabeth dijo que ya podías; se fue a la reunión de oración.

La tía Laura no dijo que varias veces había ido en puntas de pie hasta la puerta del cuarto de huéspedes y que se había desesperado de ansiedad por el silencio de adentro. ¿No estaría la niña inconsciente del miedo? Ni siquiera durante la tormenta permitió la implacable Elizabeth que se le abriera la puerta. Y aquí estaba la señorita Emily, sin la menor preocupación en el mundo, apareciendo en medio del atardecer, después de todo el sufrimiento de la tía Laura. Por un momento, hasta la tía Laura se enojó. Pero, cuando oyó la historia de Emily, su

único pensamiento fue agradecer que la hija de Juliet no se hubiera roto el cuello en esa escalera podrida.

Emily sabía que había salido mejor parada de lo que merecía. Sabía que la tía Laura guardaría el secreto y la tía Laura le permitió que le diera a Saucy Sal un plato entero de su comida favorita, le dio a ella una gran galleta inflada y la metió en la cama con muchos besos.

-No tendrías que ser tan buena conmigo porque hoy me porté mal-dijo Emily, entre bocados deliciosos-. Creo que avergoncé a los Murray yendo descalza.

-Yo, en tu lugar, escondería las botas cada vez que pasara por el portón -dijo la tía Laura-. Pero no me olvidaría devolver a ponérmelas al regresar. Lo que Elizabeth no sepa no la hará sufrir.

Emily reflexionó sobre eso hasta terminar la galleta. Entonces dijo:

-Sería lindo, pero no voy a hacerlo más. Creo que debo obedecer a la tía Elizabeth porque ella es el jefe de la familia. -¿De dónde sacaste eso? -preguntó la tía Laura.

-De mi cabeza. Tía Laura, Ilse Burnley y yo vamos a ser amigas. A mí ella me gusta, siempre pensé que me gustaría si tenía la oportunidad de charlar con ella. Creo que nunca más voy a *que*rer a una amiga, pero ella me gusta.

-¡Pobre llse! -dijo la tía Laura, suspirando.

-Sí, el padre no la quiere. ¿No es espantoso? -dijo Emily-. ¿Por qué no la quiere?

-La quiere, en serio. Él cree que no la quiere. -Pero, ¿por qué cree que no la quiere?

-Eres demasiado pequeña para entender, Emily.

Emily odiaba que le dijeran que era demasiado pequeña para entender. Sabía que podía entender perfectamente bien si sólo los adultos se tomaran el trabajo de explicarle las cosas en lugar de hacerse los misteriosos.

-Ojala pudiera rezar por ella. Pero no sería justo, sabiendo que ella no quiere. Pero yo siempre le pido a Dios que bendiga a mis amigos, de manera que ella va a ser parte de eso y a lo mejor sirve para algo. Tía Laura, ¿se puede decir la palabra "maldito"? -¡No, no!

-Qué lástima -dijo Emily, muy seria-, porque es una palabra muy impresionante.

12
TANSY PATCH [1]

Emily e llse pasaron unos espléndidos quince días de diversión antes de su primera pelea. Fue, en realidad, una pelea terrible, surgida de una tonta discusión sobre si harían una sala o no en la casa de juguete que estaban construyendo en el bosque de John el Altivo. Emily quería una sala e Ilse no. Ilse perdió los estribos en seguida y tuvo una típica rabieta Burnley. Ilse era muy fluida en sus furias y la andanada de insultantes "palabras de diccionario" que le arrojó a Emily habría hecho trastabillar a casi todas las niñas de Blair Water. Pero Emily se sentía demasiado a sus anchas con las palabras como para dejarse amilanar así como así; ella también se enojó, pero en un estilo frío, digno, Murray, que era mucho más exasperante que la violencia. Cuando Ilse tenía que detenerse a tomar aliento en medio de sus diatribas, Emily, sentada sobre una gran piedra con las rodillas cruzadas, los ojos negros y las mejillas rojas, interponía pequeñas réplicas sarcásticas que enfurecían aún más a Ilse. Ésta estaba roja y los ojos eran un fuego oscuro y fulgurante. Las dos estaban

[1] "Sembradío de hierba lombriguera".

tan preciosas en medio de su furia que era casi una lástima que no estuvieran enojadas todo el tiempo.

-No se te ocurra pensar, mocosita quejosa, que me vas a dominar a mí, sólo porque vives en La Luna Nueva -gritó Ilse, como un ultimátum, pateando el suelo.

-No tengo intenciones de dominarte, no voy a juntarme contigo nunca más -replicó Emily, desdeñosa.

-Me alegro de deshacerme de ti, eres una bípeda orgullosa, empacada, engreída -exclamó llse-. No vuelvas a dirigirme la palabra. Y tampoco andes diciendo cosas de mí por todo Blair Water.

Esto era insoportable para una niña que *jamás* "decía cosas" de amigas o ex-amigas.

-No voy a *decir* cosas sobre ti -dijo Emily, con intención--. Sólo voy a *pensarlas.*

Esto era mucho más injurioso que las palabras, y Emily lo sabía. Ilse se volvió loca. ¿Quién sabe qué cosas espantosas podría pensar Emily de ella en cualquier momento que se le ocurriera? llse ya había descubierto lo fértil que era la imaginación de Emily.

-¿Te crees que me importa lo que pienses, serpiente insignificante? Si no tienes el menor sentido común.

-Pero tengo algo que es mucho mejor -dijo Emily, con una enloquecedora sonrisa de superioridad-. Algo que tú no podrás tener jamás, llse Burnley.

Ilse apretó, los puños, como si quisiera demoler a Emily con la fuerza física.

-Si yo no soy capaz de escribir mejor poesía que tú, me ahorco -despreció la otra.

-Te prestaré una moneda para que te compres una cuerda -dijo Emily.

Ilse la miró furiosa, vencida. -¡Vete al diablo! -dijo.

Emily se levantó y se fue, no al diablo, sino de regreso a Luna Nueva. Ilse alivió su furia echando abajo las tablas del cristalero que habían armado y pateando hasta hacer pedazos sus "jardines de musgo", y también se fue.

Emily se sentía muy mal. Hete aquí otra amistad destruida, una amistad que había sido muy linda y satisfactoria. Ilse había sido una compañera espléndida, de eso no cabía duda. Después de serenarse, Emily fue a la ventana del gablete a llorar.

-¡Qué desdichada! ¡Pobre de mí! -sollozaba, dramática pero sinceramente.

Pero no sintió la amargura de su ruptura con Rhoda. Esa pelea había sido franca, abierta y clara. No le habían dado una puñalada por la espalda. Claro que Ilse y ella ya no podían volver a ser amigas. Una no puede ser amiga de una persona que le dice mocosa y bípeda, y serpiente, y que la manda al diablo. Era imposible. Además, Ilse no podría perdonarla jamás, porque Emily era lo suficientemente honesta como para admitir que ella también había estado muy insultante.

Sin embargo, cuando a la mañana siguiente Emily fue a la casita de juguete, dispuesta a recoger su parte de platos y maderas rotas, allí estaba Ilse, a los brincos, trabajando duro, con todos los estantes otra vez en su lugar, el jardín de musgo rehecho y una hermosa sala que se comunicaba con el lugar de estar por medio de una arcada de abeto rojo.

-Hola. Ahí tienes tu sala, y espero que ahora estés contenta -dijo, con alegría-. ¿Por qué demoraste tanto? Pensé que no llegabas nunca.

Esto desconcertó a Emily, luego de su noche trágica, durante la cual había enterrado su segunda amistad y llorado sobre la tumba. No estaba preparada para una resurrección tan rápida. En cuanto a Ilse, parecía que la pelea no hubiera existido.

-Pero eso fue ayer -dijo, asombrada, cuando Emily, no sin cierta distancia, hizo referencia a ella. Ayer y hoy eran dos cosas completamente diferentes en la filosofía de Ilse.

Emily lo aceptó, se dio cuenta de que no tenía otro remedio. Ilse, era obvio, de vez en cuando no podía evitar verse arrastrada a esas rabietas, así como no podía evitar ser alegre y afectuosa entre una y otra. Lo que asombraba a Emily, en quien las cosas estaban destinadas a doler por un tiempo, era cómo llse parecía olvidarse de una pelea apenas ésta terminaba. Que la llamaran serpiente y cocodrilo en un momento y al siguiente la abrazaran y alabaran era desconcertante hasta que el tiempo lo volvió normal.

-¿En los períodos entre una pelea y otra, no soy lo suficientemente buena como para compensar? -preguntaba llse-. Dot Payne nunca tiene rabietas. ¿A ti te gustaría tenerla *a ella* de amiga? -No, es demasiado estúpida -admitió Emily.

-Y Rhoda Stuart nunca pierde los estribos, pero ya tuviste tu experiencia con ella. ¿Crees que yo podría hacerte lo que te hizo Rhoda?

No, sobre ese punto Emily no tenía ninguna duda. Fuera Ilse lo que fuese, era leal y sincera.

Y, comparadas con Ilse, Rhoda Stuart y Dot Payne eran "como la luz de la Luna y la luz del Sol y como el agua y el vino" o lo habrían sido, si Emily hubiera conocido de Tennyson algo más que la *Canción del clarín.*

-No se puede tenerlo todo -dijo llse-. Yo tengo el carácter de papá y es así. Espera a verlo a él en una de sus rabietas. Hasta el momento, Emily no lo había visto. Muchas veces había ido a la casa de los Burnley, pero en las pocas ocasiones en que el doctor Burnley estaba la había ignorando, salvo por una cortés inclinación de cabeza. Era un hombre muy ocupado pues, fueran cuales fuesen sus defectos, su habilidad era incuestionable y su clientela, extensa. Junto al lecho del enfermo era tan delicado y comprensivo como brusco y sarcástico en otras situaciones. Si alguien estaba enfermo, no había nada que el doctor Burnley no fuera capaz de hacer; pero, cuando éste se recuperaba, parecía que perdía todo interés en esa persona. Había pasado todo el mes de julio tratando desesperadamente de salvarle la vida a Teddy Kent, de Tansy Patch. Teddy ya estaba fuera de peligro y levantado, pero su mejoría no era tan veloz como para satisfacer al doctor Burnley. Un día abordó a Ilse y Emily, que iban por la pradera hacia el estanque con cañas de pescar y una lata llena de unos gusanos gordos y abominables -de estos últimos se ocupaba sólo Ilse- y les ordenó que fueran a Tansy Patch a jugar con Teddy Kent.

-Está solo y deprimido. Vayan y levántenle el ánimo -dijo el doctor.

Ilse no tenía ganas de ir. Le gustaba Teddy, pero al parecer no le gustaba tanto la madre de Teddy. Emily, en secreto, no era tan contraria a la idea. Había visto a Teddy Kent una sola vez, en la Escuela Dominical, el día antes de que se enfermara tan gravemente, y le había gustado. Al parecer, a él le había gustado ella, porque Emily, varias veces, lo sorprendió mirándola con timidez por entre los bancos que los separaban. Era muy buen mozo, pensó Emily. Le gustaron sus cabellos castaños oscuros y espesos, los ojos azules, las cejas oscuras, y por primera vez se le ocurrió que podría ser lindo tener un amigo varón. No un "novio", por supuesto. Emily odiaba la jerga de la escuela según la cual un niño era el "novio" de una niña si le daba un lápiz o una manzana o la elegía con frecuencia de compañera para los juegos.

-Teddy es bueno, pero su madre es rara-le dijo llse camino de Tansy Patch-. Nunca sale a ningún lado, ni siquiera para ir a la iglesia, pero yo creo que es por la cicatriz que tiene en la cara. No son de Blair Water, viven en Tansy Patch desde el otoño pasado, apenas. Son pobres y orgullosos y no mucha gente los visita. Pero Teddy es encantador, así que, si la madre nos mira raro, no le haremos caso.

La señora Kent no las miró raro, aunque las recibió con bastante distancia. Tal vez ella también había recibido órdenes del médico. Era una mujer diminuta, con una enorme masa de cabellos castaño claros opacos, suaves y finitos, ojos oscuros y tristes, y una gran cicatriz que le cruzaba el pálido rostro. Sin la cicatriz habría sido bonita, y tenía una voz tan suave e insegura como el viento en la hierba lombriguera. Emily, con su instintiva capacidad para medir a la gente que conocía, sintió que la señora Kent no era una mujer feliz.

Tansy Patch quedaba al este de la Casa Desilusionada, entre Blair Water y las dunas. Casi todos lo consideraban un lugar desnudo, solitario, abandonado, pero a Emily le pareció fascinante. La casita de madera estaba sobre la cima de una pequeña colina, sobre la cual crecía la hierba lombriguera con una lozanía dura, ostentosa y aromática, y se levantaba abruptamente en medio de un camino principal. Un destartalado cerco de alambre, casi ahogado por las rosas silvestres, limitaba el terreno; y un portoncito torcido y maltratado daba acceso desde el camino. En la ladera de la colina habían puesto piedras a modo de escalera hacia la puerta del frente. Detrás de la casa había un viejo granero y un campo de trigo sarraceno, de un verde cremoso, que bajaba la colina hacia Blair Water. Al frente había una loca galería alrededor de la cual una bandada brillante de amapolas rojas erguían sus copas encantadas.

Teddy no disimuló la alegría de verlas y pasaron una linda tarde los tres juntos. En la piel oliva clara de Teddy había colores cuando terminó la tarde y los ojos azul oscuro brillaban más. La señora Kent reparó ávidamente en estas señales y les pidió a las niñas que volvieran, con una ansiedad que, sin embargo, no llegaba a ser cordialidad. Pero, para ellas, Tansy Patch había resultado un lugar encantador y se alegraban de volver. Durante el resto de las vacaciones no hubo día en el que no fueran, especialmente en las tardes largas, humeantes y deliciosas de agosto, cuando las mariposas blancas bailoteaban sobre la plantación de hierba lombriguera y el atardecer dorado se diluía en un crepúsculo púrpura, encima de las laderas verdes, allá lejos, y las luciérnagas encendían sus linternas de duendes junto al estanque. A veces jugaban a juegos en Tansy Patch, cuando, de alguna manera, Teddy y Emily se encontraban del mismo lado y eran justos rivales para la ágil y vivaz llse. A veces, Teddy las llevaba al altillo del granero y les mostraba su pequeña colección de dibujos. A las dos niñas les parecían maravillosos, sin saber en lo más mínimo hasta qué punto de verdad lo eran. Parecía mágico ver a Teddy tomar un lápiz y un pedazo de papel y, con unos pocos trazos rápidos de sus delgados dedos oscuros, crear un dibujo de llse, de Emily, o de Humo o Botón de Oro, que parecía que les faltaba hablar... o maullar.

Humo y Botón de Oro eran los gatos de Tansy Patch. Botón de Oro era un delicioso animalito gordo y amarillo, casi bebé. Humo era un gran maltés y un aristócrata desde la punta del hocico a la punta de la cola. No cabía la menor duda de que había pertenecido a la casta gatuna de Vere de Vere. Tenía ojos esmeralda y la piel espesa. Lo único blanco en él era una preciosa pechera.

Emily pensaba que, de todas las horas agradables pasadas en Tansy Patch, las más lindas eran aquellas en las que, cansados de jugar, los tres se sentaban en los escalones de la galería en medio del misterio y el hechizo de esa tierra de nadie, entre la luz y la oscuridad, cuando el bosquecito de abetos detrás del granero parecía formado por hermosos árboles oscuros y fantasmales. Las nubes del poniente se volvían grises y una gran luna amarilla y redonda se levantaba por sobre los campos para reflejarse, quebrada, en el estanque, donde la Señora Viento hacía su maravilla de luces y sombras enmarañadas.

La señora Kent nunca los acompañaba, aunque Emily tenía la inquietante sensación de que los observaba a escondidas, desde detrás de la persiana de la cocina. Teddy e llse cantaban

canciones de la escuela, llse recitaba y Emily contaba cuentos, o se sentaban en un silencio satisfecho, cada uno anclado en el secreto puerto de los sueños, mientras los gatos se corrían entre ellos, como locos, por la colina y por el sembradío, dándole vueltas y vueltas a la casa como poseídos. A veces, saltaban sobre los niños imprevistamente y de un solo salto se alejaban otra vez. Los ojos les brillaban como gemas y las colas se mecían como plumas. Palpitaban con una vida nerviosa, furtiva.

-Ay, ¿no es lindo estar vivo... así? -preguntó Emily una vez-. ¿No sería horrible no haber vivido nunca?

No obstante, la existencia no carecía por completo de nubes, de eso se ocupaba la tía Elizabeth. La tía Elizabeth sólo permitía bajo protesta las visitas a Tansy Patch, y porque las había ordenado el doctor Burnley.

"La tía Elizabeth no lo quiere a Teddy" escribió Emily en una de sus cartas a su padre, cuyas epístolas se multiplicaban rápidamente en el estante del viejo sofá de la buhardilla. "La primera vez que le pedí para ir a jugar con Teddy me miró con *severidad y* me dijo: Quién es ese Teddy. No sabemos nada de los Kent. Recuerda, Emily, que los Murray no se tratan con cualquiera. Yo le dije que yo soy Starr, no Murray, tú misma lo dijiste. Querido padre yo no quise ser impertinente pero la tía Elizabeth dijo que lo era y no me habló por el resto del día. Ella habrá creído que era un castigo muy cruel pero a mí no me importó mucho sólo que no es muy agradable que la propia familia mantenga un silencio desdeñoso hacia una. Pero desde entonces me deja ir a Tansy Patch porque el doctor Burnley tiene *una estrania influensia* sobre la tía Elizabeth. Yo no lo entiendo. Rhoda me dijo una vez que la tía Elizabeth esperaba que el doctor Burnley y la tía Laura formalizaran algo -lo que significa, como tú sabes, casarse- pero no es cierto. Una tarde vino la señora de Thomas Anderson a tomar el té. (La señora de Thomas Anderson es una mujer grande y gorda y su abuela fue una Murray y no hay nada más que decir de ella.) Le preguntó a la tía Elizabeth si creía que el doctor Burnley volvería a casarse y la tía Elizabeth dijo que no, que no volvería a casarse y que a ella no le parecía bien que la gente se casara por segunda vez. La señora Anderson dijo: A veces he pensado que podría haberse casado con Laura. La tía Elizabeth le dirigió una mirada altiva. No puedo negar que a veces estoy muy orgullosa de la tía Elizabeth, aunque no me guste.

"Teddy es un niño muy bueno, papá. A tí te gustaría. ¿Tí lleva acento? Hace unos dibujos preciosos y algún día va a ser un artista famoso, y entonces va a pintar mi retrato. Guarda los dibujos en el altillo del granero porque a su madre no le gusta verlos. Y sabe silbar como los pájaros. Tansy Patch es un lugar muy estraño, espesialmente de noche. El crepúsculo allí me encanta. Siempre nos divertimos tanto en el crepúsculo. La mujer del Viento se hace chiquitita entre la hierba lombriguera, como un hada chiquitita y los gatos son tan locos y divertidos. Son de la señora Kent y Teddy no los mima mucho porque tiene miedo de que ella los ahogue. Una vez le ahogó un gatito porque pensó que Teddy lo quería más que a ella. Pero no, porque Teddy *es muy apegado* a la madre. Le lava los platos y la ayuda con todo el trabajo de la casa. Ilse dice que en la escuela los niños le dicen mariquita pero a mí me parece muy noble y varonil de su parte. Teddy quisiera que la madre le dejara tener un perro, pero ella no quiere. Yo creía que la tía Elizabeth era una tirana, pero la señora Kent es mucho peor en algunas cosas. Claro que ella lo quiere a Teddy y la tía Elizabeth a mí no me quiere.

"Pero a la señora Kent Ilse y yo no le gustamos. Nunca lo dice I pero nosotras lo *sentimos.* Nunca nos invita a tomar el té, y nosotras siempre hemos sido muy amables con ella. Creo que está selosa de nosotras porque Teddy nos quiere. Teddy me dio un dibujo precioso del lago de Blair Water que pintó pero me dijo que es mejor que la madre no se entere porque se va

a poner a llorar. La señora Kent es una persona muy misteriosa, muy parecida a las personas de las que uno lee en los libros. A mí me gustan las personas misteriosas, pero no demasiado cerca. Sus ojos siempre tienen un mirada como de hambre, aunque tiene mucho para comer. Nunca sale a ningún lado porque tiene una cicatriz en la cara de una vez que se quemó cuando explotó una lámpara. A mí se me congeló la sangre en las venas, querido papá. Cuánto me alegro de que la tía Elizabeth use velas. Algunas de las tradisiones de los Murray son muy sensatas. La señora Kent es muy relijiosa, según lo que ella considera ser relijiosa. Resa hasta en la mitad del día. Teddy dice que antes de que él naciera en este mundo, vivía en otro donde había dos soles, uno rojo y uno azul. Los días eran rojos y las noches azules. No sé de dónde sacó la idea pero a mí me resulta atractiva. Y dice que en los arroyos corría miel en lugar de agua. Pero qué hacías cuando tenías sed, le pregunté. Ah, allá nunca teníamos sed. Pero a mí me parece que a mí *me gustaría* tener sed porque cuando uno tiene sed el agua fría es deliciosa. A mí me gustaría vivir en la luna. Debe de ser un lindo lugar plateado.

"Ilse dice que Teddy tendría que quererla más a ella porque ella es más divertida que yo, pero no es cierto. Yo también soy divertida cuando no me atormenta mi consiensia. Yo creo que llse quiere que Teddy la quiera más a ella, pero no es una niña selosa.

"Me alegra poder contarte que la tía Elizabeth y la tía Laura, las dos, aprueban mi amistad con Ilse. Es tan poco frecuente que aprueben lo mismo. Ahora me estoy acostumbrando a pelear con llse y no me molesta mucho. Además, puedo pelear muy bien cuando se me sube la sangre a la cabeza. Peleamos más o menos una vez por semana pero nos reconsiliamos en seguida y llse dice que sería muy aburrido no pelearse nunca. Yo preferiría que no nos pelearamos, pero uno nunca sabe que puede enfurecer a Ilse. Nunca se enoja dos veces por lo mismo. Me dice cosas espantosas. Ayer me dijo que era un cocodrilo mugriento y una víbora desdentada. Pero no me molestó mucho porque yo sabía que no soy mugrienta ni desdentada. Yo a ella no le digo insultos porque eso no es propio de una dama peto entonces le sonrío y eso a llse la enfurece mucho mas que si le hiciera muecas o pateara el piso, como hace ella, y por eso lo hago. La tía Laura dice que debo tener cuidado de que no se me peguen las palabras que dice llse y que debo darle un buen ejemplo porque la pobre niña no tiene a nadie que la cuide como corresponde. A mi me gustaría poder usar algunas de sus palabras porque son muy impresionantes. Ella las aprende del padre. Yo creo que mis tías son muy espesiales. Una noche, cuando el reverendo Dare vino a tomar el té, yo usé la palabra toro en la conversación. Dije que llse y yo teníamos miedo de atravesar los prados del señor James Lee donde está el viejo pozo porque allí había un toro enojado. Después de que el señor Dare se fue, la tía Elizabeth me dio un rezongo espantoso y me dijo que no volviera a usar esa palabra nunca más. Pero durante el té ella había estado hablando de tigres -hablando de mizioneros- y yo no entiendo por qué es peor hablar de toros que de tigres. Claro que los toros son animales ferozes, pero los tigres también. Pero la tía Elizabeth dice que yo siempre las hago pasar vergüenza cuando hay visitas. Cuando vino la señora Lockwood, de Shrewsbury, la semana pasada, estaban hablando de la señora de Foster Beck, que es una recién casada, y yo dije que el doctor Burnley había dicho que le parecía linda como el demonio. La tía Elizabeth dijo EMILY con un tono horrible. Estaba pálida de ira: El doctor Burnley dijo eso, le dije, yo solo repito lo que él dijo. Y el doctor Burnley lo dijo el día que yo me quedé a comer con llse y el doctor Jameson, de Shrewsbury, estaba allí. Esa tarde vi al doctor Burnley en una de sus rabietas por algo que la señora Simms había hecho en su oficina. Fue horrible. Sus grandes ojos amarillos le destellaban y se puso a patear una silla, tiró un felpudo contra la pared y arrojó un florero por la ventana, diciendo cosas *horribles. Yo* me senté en el sofá a mirarlo, fazinada. Era tan interesante que

me dio pena que se calmara, lo que fue en seguida, porque él es como llse, no dura mucho enojado. Pero con llse no se enoja nunca. Ilse dice que a ella le gustaría que se enojara, sería mejor porque sería una manera de prestarle atención. Ella es casi tan huérfana como yo, pobrecita. El domingo pasado fue a la iglesia con su viejo vestido azul, que está todo desteñido. Estaba roto adelante. La tía Laura lloró cuando llegamos a casa y después habló con la señora Simms porque no se animó a hablar con el doctor Burnley. La señora Simms se enojó y dijo que a ella no le correspondía ocuparse de llse pero que ella había hecho que el doctor Burnley le comprara a llse un precioso vestido de muselina estampada y que llse se lo había manchado con huevo, y que cuando la señora Simms la reprendió por ser tan descuidada, Ilse se puso furiosa, fue arriba y rompió en pedacitos el vestido de muselina y la señora Simms dice que ella no va a hacerse mala sangre otra vez por una niña como ella y que ahora no le queda más remedio que ponerse el viejo vestido azul pero la señora Simms no sabía que estaba roto. Entonces yo llevé el vestido de llse a Luna Nueva y la tía Laura lo remendó con mucha proligidad y disimuló la rotura con un bolsillo. Ilse dijo que rompió el vestido de muselina un día en que no creía en Dios y no le importaba lo que hacía. Una noche llse encontró un ratón en la cama y sabes lo que hizo, lo sacó y se acostó. Ay, qué valiente. No es cierto que el doctor Burnley no sonríe nunca. Yo lo vi sonreír pero no a menudo. Sonríe con los labios, nada más, pero no con los ojos, y eso me hace sentir incómoda. Más bien se ríe con una risa sarcástica muy fea, como el tío de Jolly Jim.

"Ese día nos dieron sopa de cebada, muy aguada.

"La tía Laura me da cinco centavos por semana por lavar los platos. Sólo puedo gastar un centavo y los otros cuatro tengo que meterlos en la alcancía que está en la repisa del hogar de la salita de estar. La alcancía es un sapo hecho de latón y está sentado arriba de una caja y uno le pone las monedas en la boca de muna. El sapo se las traga y caen en la caja. Es fazinante. (No debería escribir fazinante otra vez porque tú me dijiste que no utilice la misma palabra con demasiada frecuencia pero no se me ocurre otra para describir tan bien mis sentimientos). El sapo es de la tía Laura pero me dijo que puedo usarlo yo. Yo la abracé. Claro que a la tía Elizabeth no la abrazo nunca. Es muy ríjida y muy uesuda. Le parece mal que la tía Laura me pague por lavar los platos. Yo tiemblo de pensar lo que diría si supiera que el primo Jimmy me dio un dólar entero la semana pasada, sin que nadie supiera nada.

"Quisiera que no me hubiera dado una cantidad tan grande. Me preocupa. Es una responsabilidad muy grande. Además, sería tan difícil gastarlo con prudensia sin que la tía Elizabeth se entere. Espero no tener nunca un millón de dólares. Estoy segura de que me amargaría por completo. El dólar lo tengo escondido en el estante con las cartas y lo puse en un sobre viejo y escribí el primo Jimmy Murray me dio esto porque así si me muero de repente y la tía Elizabeth lo encuentra sabrá que lo obtuve de una manera honesta.

"Ahora que los días están más frescos, la tía Elizabeth me hace ponerme la camiseta de franela gruesa. La odio. Me hace rechoncha. Pero la tía Elizabeth dice que tengo que ponérmela porque tu te moriste de tuberculosis. Me gustaría que la ropa pudiera ser al mismo tiempo sana y linda. Hoy leí el cuento de Caperucita Roja. El lobo me pareció el personage más interesante de todos. Caperucita era una estúpida, para dejarse engañar tan fácil.

"Ayer escribí dos poemas. Uno era corto y intitulado Versos a una florcita azul recogida en el Viejo Jardín. Aquí está:

Dulce florecilla, tu humilde rostro

Hacia el cielo siempre elevado
Y del cielo el reflejo del rostro
Queda, en tu ojo azul, atrapado.
Las reinas del prado son altas y bellas
La flor de pajarilla es hermosa también,
Pero mi pobre entendimiento no a ellas
Sino a ti, mi flor azul, te da el victorioso laurel.

"El otro poema era largo y lo escribí en una planilla. Se llama El Monarca del Bosque. El Monarca es el abedul grande del bosque de John el Altivo. Ese bosque me gusta tanto que duele. Entiendes ese tipo de dolor. A llse también le gusta y jugamos al casi todo el tiempo que no estamos en Tansy Patch. Tenemos tres caminos en él. Los llamamos El Camino del Hoy, el Camino del Ayer y el Camino del Mañana. El Camino del Hoy está junto al arroyo y lo llamamos así porque ahora es precioso. El Camino del Ayer está entre los restos de unos árboles que John el Altivo cortó y lo llamamos así porque antes era lindo. El Camino del Mañana es un sendero pequeño en el claro de los arces y lo llamamos así porque va a ser lindo algún día, cuando los arces crescan. Pero ay papá querido no me he olvidado de los queridos arbolitos de casa. Siempre pienso en ellos antes de irme a acostar. Pero aquí soy feliz. No es malo ser feliz, verdad papá. La tía Elizabeth dice que me recuperé muy rápido de extrañar mi vieja casa pero muy a menudo yo extraño *por adentro.* Me hice amiga de John el Altivo. Ilse es muy amiga de él y siempre va a verlo trabajar en su taller de carpintería. El dice que ya hizo suficientes escaleras como para ir al cielo sin ayuda del sacerdote pero es una broma. En realidad es un católico muy deboto y va a la capilla de White Cross todos los domingos. Yo voy con llse aunque tal vez no debería ir, ya que él es un enemigo de mi familia. Es un hombre de un porte muy digno y modales refinados, muy amable conmigo, aunque a mí no siempre me gusta. Cuando le hago una pregunta en serio siempre hace un guiño por encima de mi cabeza mientras me contesta. Eso es un insulto. Claro que nunca le hago preguntas sobre temas de relijión, pero llse sí. A ella le gusta él, pero dice que sería capaz de quemarnos a todos en la hoguera si tuviera poder para hacerlo. Se lo preguntó a él, directamente, y él me hizo un guiño a mí y dijo Ah, no quemaríamos a lindas niñitas protestantes como ustedes. Sólo quemaríamos a las feas. Esa fue una respuesta fríbola. La esposa de John el Altivo es una mujer buena y nada orgullosa. Parece una manzanita roja arrugada.

"Los días lluviosos jugamos en lo de llse. Podemos resbalarnos por la baranda de las escaleras y hacer lo que queremos. A nadie le importa, aunque cuando el doctor está en la casa tenemos que hacer silencio porque él no soporta los ruidos, excepto los que hace él. El techo es plano y podemos treparnos a él saliendo por una puerta en el cielo raso de la buardilla. Es muy emosionante estar en el techo de una casa. La otra noche hicimos un concurso de alaridos para ver cuál de las dos podía pegar alaridos más altos. Me sorprendió que fuera yo. Uno no sabe lo que es capaz de hacer hasta que no lo intenta. Pero nos oyó demasiada gente y la tía Elizabeth se enojó mucho. Me preguntó por qué había hecho semejante cosa. Es una pregunta rara porque muchas veces no sé por qué hago algunas cosas. A veces hago cosas para averiguar que siento cuando las hago. Y a veces porque quiero tener cosas emosionantes para contarles a mis nietos. Es malo hablar de tener hijos. Descubrí que es malo hablar de tener nietos. Una tarde cuando teníamos visitas la tía Laura me dijo, muy suavemente. En qué piensas tan seria, Emily, y yo le dije Estoy eligiendo nombres para mis hijos. Voy a tener diez. Y después que se fue la visita la

tía Elizabeth le dijo a la tía Laura *con mucha frialdad* Creo que será mejor que en lo sucesivo, Laura, *no* le preguntes a esa niña en qué piensa. Si la tía Laura no me pregunta más no me va a gustar porque cuando tengo un pensamiento interesante me gusta compartirlo.

"La semana que viene empieza otra vez la escuela. Ilse le va a pedir a la señorita Brownell si puedo sentarme con ella. Yo voy a hacer como si Rhoda no estuviera allí. Teddy también va a ir a la escuela. El doctor Burnley dice que ya está bien y puede ir pero a la madre no le gusta la idea. Teddy dice que a ella nunca le gustó que el fuera a la escuela pero que se alegra de que él odie a la señorita Brownell. La tía Laura dice que la manera correcta de terminar una carta a un amigo querido es afectuosamente tuya. "

Así que afectuosamente tuya.

Emily Byrd Starr.

"PD. Porque tú eres todavía mi amigo más *querido,* papá. Ilse dice que ella me quiere a mí más que a nadie en el mundo y después a un par de botas de cuero rojo que le regaló la señora Simms."

13

UNA HIJA DE EVA

Luna Nueva era famosa por sus manzanas y ese primer otoño de la vida de Emily el jardín "viejo" y el jardín "nuevo" dieron, los dos, una cuantiosa cosecha. En el nuevo estaban las manzanas con título y pedigrí; y en el otro, las silvestres, ignoradas por los catálogos, que tenían sin embargo un gusto delicioso y característico. No había prohibición alguna con respecto a las manzanas y Emily tenía libertad para comer todas las que quisiera de cualquier clase: la única prohibición era que no se llevara ninguna a la cama. La tía Elizabeth, con razón, no quería su cama llena de semillas de manzana, y a la tía Laura le daba pánico que alguien comiera manzanas a oscuras, por miedo a que se tragara un gusano. Por lo tanto, Emily tendría que haber sido capaz de saciar ampliamente en casa su apetito de manzanas, pero hay un rasgo extraño en la naturaleza humana en virtud del cual el sabor de las manzanas pertenecientes a otro es siempre ampliamente superior al de las propias, como bien lo supo la astuta serpiente del Edén. Emily, como la mayoría de las personas, poseía ese rasgo y, en consecuencia, creía que no había manzanas más deliciosas que las de John el Altivo. Él tenía por hábito tener una larga fila de manzanas en una de las vigas de su taller y se daba por sentado que ella e llse podían servirse a gusto cada vez que visitaran ese encantador lugar polvoriento y alfombrado de aserrín. Tres variedades de las manzanas de John el Altivo eran sus preferidas: las "cara sucia", que parecían como si tuvieran lepra, pero eran de una delicia insuperable por debajo de la cáscara manchada; las manzanitas rojas, apenas más grandes que un cangrejo, de un rojo oscuro y brillantes como el satén, con ese gustito tan dulce y fuerte, y las grandes manzanas verdes dulces, que por lo general eran las que más les gustaban a los niños. Emily consideraba perdido aquel día en que el Sol se ponía sin que la viera comiéndose una de las grandes manzanas verdes de John el Altivo.

En el fondo, Emily sabía a la perfección que no tendría que ir a lo de John el Altivo. Claro que jamás se lo habían prohibido, sencillamente porque a sus tías jamás se les ocurrió que una habitante de Luna Nueva pudiera olvidar de esa manera el antiguo y querido entredicho entre las casas de Murray y Sullivan de hacía dos generaciones. Era esa una herencia que cualquier Murray hubiera honrado innatamente. Pero cuando Emily salía con esa pequeña paria de llse, las tradiciones perdían fuerza bajo el embrujo de las "rojas" y las "cara sucia" de John el Altivo.

Un atardecer de septiembre, Emily entró en el taller de este último. Se sentía sola; había estado sola desde el regreso de la escuela, pues sus tías y el primo Jimmy habían ido a Shrewsbury, luego de prometer estar de vuelta antes de la noche. Ilse tampoco estaba, porque el padre, influenciado por la señora Simms, la había llevado a Charlottetown a comprarle un abrigo de invierno. Al principio, a Emily le encantó estar sola. Se sentía muy importante por estar a cargo de Luna Nueva. Comió el almuerzo que le había dejado la tía Laura en el armario de la cocina de afuera y fue al tambo, donde espumó seis inmensas ollas llenas de deliciosa leche. No debía haberlo hecho, pero siempre había anhelado hacerlo y era ésta una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar. Lo hizo perfectamente bien y nadie llegó a enterarse nunca, pues ambas tías supusieron que la otra lo había hecho, de modo que jamás la reprendieron. Esto no apunta a dejar sentada ninguna moraleja, por supuesto. En una historia como corresponde, Emily habría sido descubierta y castigada por su desobediencia o impulsada a confesar por una conciencia culpable, pero lamento -o debería lamentar- tener que decir que la conciencia de Emily jamás la molestó en lo más mínimo sobre ese punto. Sin embargo, esa noche estuvo destinada a sufrir por una causa completamente diferente, para equilibrar todos sus pequeños pecados.

Para cuando terminó de espumar la leche, ponerla en el gran recipiente de piedra y revolverla bien -Emily tampoco se olvidó de eso- ya se había puesto el Sol y todavía no había vuelto nadie a casa. A Emily no le hacía gracia la idea de entrar en la casona oscura y llena de ecos, de modo que se encaminó al taller de John el Altivo, que encontró vacío, aunque el cepillo en la mitad de una madera indicaba que John el Altivo había estado trabajando allí hasta hacía poco rato y probablemente volvería. Emily se sentó sobre un pedazo redondo de un tronco muy grande y miró alrededor a ver qué podía comer. Había una hilera de manzanas rojas y "cara sucia" sobre una de las paredes del taller, pero ninguna de las verdes dulces, y Emily sentía que en ese preciso momento lo que quería era una dulce y no otra cosa.

Entonces fue cuando vio una, una inmensa, la "dulce" más grande que Emily había visto en su vida, solita su alma en uno de los escalones de la escalera que llevaba a la buhardilla. Subió, se apoderó de la manzana y se la comió. Estaba mordisqueando muy feliz lo que quedaba del corazón de la manzana cuando entró John el Altivo. Le hizo un gesto con la cabeza y dirigió una mirada al parecer indiferente a su alrededor.

-Fui a comer algo -dijo-. Mi esposa no está así que tuve que prepararme algo yo.

Se puso a cepillar la madera en silencio. Emily estaba sentada en la escalera contando las semillas de la gran dulce -uno podía adivinar la suerte por las semillas- escuchando a la Señora Viento que silbaba, traviesa, a través de un agujero de la buhardilla y componiendo una "Descripsión del Tayer de John el Altivo a la Luz de una Lámpara", que más tarde escribiría en una planilla. Estaba perdida en la búsqueda mental de una frase apropiada para describir la absurda sombra alargada de la nariz de John el Altivo que se proyectaba en la pared de enfrente cuando John giró en redondo tan súbitamente que la

Librodot

sombra de su nariz salió disparada hacia arriba como una lanza inmensa que apuntaba al cielo raso y preguntó, con voz sorprendida:

-¿Dónde está la gran manzana dulce que yo había puesto sobre la escalera?

-Ay... yo... me la comí -tartamudeó Emily.

John el Altivo soltó el cepillo, levantó los brazos y miró a Emily con expresión de horror.

-¡Dios nos ampare, niña! ¡No puedes haberte comido esa manzana! ¡Dime que no te comiste esa manzana!

-Sí, me la comí --dijo Emily, incómoda-. No me pareció que fuera nada malo comérmela, y...

-¡Que no era nada malo! Escúchenla, por favor. ¡Yo envenené esa manzana, para las ratas! Me están haciendo la vida imposible y decidí acabar con ellas. ¡Y ahora tú vienes y te comes la manzana! ¡Tiene veneno como para matar a una docena como tú en menos que canta un gallo!

John el Altivo vio una cara blanca y un delantal de zaraza que atravesaba el taller como un relámpago y salía a la oscuridad. El primer impulso instintivo de Emily fue llegar de inmediato a su casa, antes de caerse muerta. Corrió a campo traviesa, cruzó el bosque y el jardín y entró en la casa. Ésta todavía estaba en silencio y a oscuras: no había llegado nadie. Emily pegó un gritito de angustia, cuando vinieran la encontrarían rígida, fría, probablemente con la cara negra, y todo en este querido mundo habría terminado para ella para siempre, todo por haberse comido una manzana que ella pensaba que era perfectamente natural comerse. No era justo, no quería morir.

Pero moriría. Sólo ansiaba desesperadamente que llegara alguien antes de morirse. Sería terrible morir sola en esa luna nueva tan grande, tan inmensa, tan vacía. No se animó a ir a ningún lado en busca de ayuda. Ya estaba demasiado oscuro y lo más probable era que se cayera muerta en el camino. Morir allá afuera, sola, en la oscuridad, ay, eso sería demasiado horrible. No se le ocurrió que pudiera hacerse algo para salvarla; pensaba que si uno toma veneno, es el final.

Con las manos temblándole del miedo encendió una vela. Todo mejoró un poco; uno puede enfrentarse a las cosas con luz. Y Emily, pálida, aterrorizada, sola, ya estaba decidiendo que eso había que enfrentarlo con valor. No debía avergonzar a los Starr y los Murray. Apretó las manitos frías y trató de dejar de temblar. ¿Cuánto pasaría antes de que se muriera? pensó. John el Altivo había dicho que la manzana la mataría en menos que canta un gallo. ¿Qué significaba eso? ¿Cuánto demoraba un gallo en cantar? ¿Morir dolería? Tenía la vaga noción de que el veneno dolía mucho. ¡Ah, y hacía apenas un momento había sido tan feliz! Pensaba que iba a vivir años y a escribir grandes poemas y ser famosa como la señora Hemans. La noche anterior se había peleado con llse y todavía no se habían reconciliado... ya no se reconciliarían nunca. Ilse se sentiría tan mal después. Debía escribirle una nota perdonándola. ¿Tendría tiempo? ¡Ay, tenía las manos heladas! Tal vez ya se estaba muriendo. Había oído decir o había leído que a las personas se les enfrían las manos cuando se están muriendo. Se preguntó si se le estaría poniendo la cara negra. Agarró la vela y subió corriendo las escaleras hacia el cuarto de huéspedes. Allí había un espejo, el único de la casa colgado lo bastante bajo como para que ella pudiera verse en él si lo ladeaba un poquito de abajo. Comúnmente, Emily se hubiera muerto del susto de sólo pensar en entrar en el cuarto de huéspedes a la luz mortecina y vacilante de una vela. Pero el gran terror había absorbido todos los demás. Miró la imagen de su rostro, entre los cabellos negros y brillantes, a la luz que se elevaba sobre el

fondo oscuro de la habitación en sombras. Ay, ya estaba pálida como los muertos. Sí, ésa era la cara de una moribunda, no cabía la menor duda.

Algo brotó dentro de Emily y se apoderó de ella, algo heredado de su buena estirpe. Dejó de temblar y aceptó su destino, con amargura, pero serena.

-No quiero morirme pero, si tengo que morirme, lo haré como corresponde a una Murray -dijo. Había leído una frase parecida en un libro y le pareció más que apropiada a las circunstancias. Y ahora debía darse prisa. Tenía que escribirle esa carta a llse. Primero Emily fue a la habitación de la tía Elizabeth, para asegurarse de que su cajoncito del extremo superior derecho de la cómoda estaba ordenado; luego voló por la escalera de la buhardilla a su rincón sobre el gablete. El gran espacio estaba cubierto de sombras agazapadas, escurridizas, que se arremolinaban alrededor de la islita de luz débil de la vela, pero ahora no le daban terror.

"Y pensar que hoy me sentí tan mal porque mi camiseta estaba apelotonada", pensó, mientras tomaba una de sus queridas planillas, la última sobre la que escribiría. No era necesario escribirle a su padre -lo vería pronto-, pero llse debía recibir una carta suya, ay, querida, afectuosa, alegre y temperamental Ilse que, justo el día anterior, le había gritado epítetos insultantes y que sería toda la vida atormentada por los remordimientos.

"Queridísima llse", escribió Emily con la mano algo temblorosa, pero los labios apretados. "Me voy a morir. Me envenené con una manzana que John el Altivo había dejado para las ratas. No volveré a verte pero te escribo para decirte que te quiero y que no tienes que sentirte mal porque ayer me dijiste que era un zorrino y un armiño sediento de sangre. Te perdono, así que no te atormentes. Y me arrepiento de haberte dicho que no valía la pena ni siquiera despreciarte porque no es cierto. Te dejo toda mi parte de los platos rotos de la casita de muñecas y por favor despídeme de Teddy. Ya no podrá enseñarme cómo poner los gusanos en el anzuelo. Le prometí que aprendería porque no quería que pensara que soy una cobarde, pero me alegro de no haber aprendido porque ahora sé cómo se sienten los gusanos. Todavía no me siento mal pero no sé cuáles son los síntomas de envenenamiento y John el Altivo dijo que había suficiente como para matar a una docena como yo en menos que canta un gallo, así que no me debe de quedar mucho de vida. Si la tía Elizabeth no se opone, te dejo mi collar de cuentas venecianas. Es la única posesión valiosa que tengo. No permitas que nadie le haga nada a John el Altivo porque él no quería envenenarme, fue culpa mía por ser tan golosa. Tal vez la gente piense que lo hizo a propósito porque yo soy protestante pero estoy segura de que no es así y por favor dile que no se atormente con los remordimientos. Creo que ahora me duele el estómago así que supongo que se acerca el fin. Adiós y recuerda a aquella que murió tan joven.

Tú amiga del alma. Emily”

Mientras doblaba la planilla, Emily oyó el ruido de ruedas en el patio de abajo. Un momento después Elizabeth y Laura Murray se veían confrontadas, en la cocina, por una pequeña criatura de rostro trágico, con una vela chorreada en una mano y una hoja rosada en la otra.

-Emily, ¿qué pasa? -exclamó la tía Laura.

-Me estoy muriendo -dijo Emily, solemne-. Comí una manzana que John el Altivo había envenenado para las ratas. Me quedan pocos minutos de vida, tía Laura.

Laura Murray se dejó caer sobre el banco negro con una mano en el corazón. Elizabeth se puso tan pálida como Emily. -Emily, ¿esto es una actuación tuya? -preguntó, firme. -No -exclamó Emily, indignada-. Es la verdad. ¿Te parece que una persona que se

Librodot

está muriendo se pondría a actuar? Tía Elizabeth, por favor dale esta carta a llse, y por favor perdóname por todas las veces que me porté mal, aunque muchas veces no era por mala, como tú creías, y que no me vea nadie después de que me muera si me pongo negra, y menos que nadie Rhoda Stuart.

Para entonces la tía Elizabeth se había recuperado. -¿Cuánto hace que comiste la manzana, Emily? -Una hora, más o menos.

-Si hace una hora te hubieras comido una manzana envenenada ahora estarías muerta o sintiéndote muy mal...

-Ah -exclamó Emily, transformada en un segundo. Una dulce y loca esperanza le aleteó en el corazón. ¿Habría una oportunidad para ella, después de todo? Entonces agregó, desolada: - Pero sentí un dolor en el estómago cuando bajaba la escalera.

-Laura -dijo la tía Elizabeth-, lleva a esta niña a la cocina de afuera y dale de inmediato una buena dosis de mostaza con agua. No le va a hacer ningún daño y puede hacerle bien, si hay algo de cierto en esta historia. Voy a buscar al médico, tal vez haya regresado, pero de camino voy a pasar a ver a John el Altivo.

La tía Elizabeth salió, y salió muy rápidamente, de haberse tratado de otra persona se habría dicho que salió corriendo. En cuanto a Emily, bueno, la tía Laura le dio el vomitivo en seguida y dos minutos después Emily no tenía dudas de que se estaba muriendo, y deseaba que, cuanto antes fuera, mejor. Cuando volvió la tía Elizabeth, Emily yacía tendida en el sofá de la cocina, blanca como la almohada que tenía debajo de la cabeza y floja como un lirio marchito.

-¿El doctor no estaba? -preguntó la tía Laura, desesperada. -No lo sé. No hay necesidad de llamar a ningún doctor. Como supuse desde el principio. Fue una broma de John el Altivo. Quiso darle un susto a Emily, para divertirse, lo que él considera diversión. Vaya a la cama, señorita Emily. Se merece lo que le pasó por haber pisado la casa de John el Altivo y no me despierta ninguna lástima. Hace mucho que no pasaba por un mal momento.

-Pero a mí me dolió el estómago -gimió Emily, en quien el miedo y la mostaza con agua combinados habían apagado, temporariamente, todo carácter.

-A cualquiera que coma manzanas desde que se levanta hasta que se acuesta le tiene que doler el estómago. Esta noche no te va a doler más, seguro. Para eso te va a servir la mostaza. Toma tu vela y ve.

-Bueno -dijo Emily, poniéndose de pie tambaleante-. Odio lo que hizo ese maldito de John el Altivo.

-¡Emily! -dijeron las dos tías al unísono. -Se lo merece -dijo Emily, vengativa.

-¡Ay, Emily, esa palabra que dijiste! -La tía Laura parecía'; curiosamente molesta por algo.

-¿Qué? ¿Qué tiene de malo maldito? preguntó Emily, asombrada-. El primo Jimmy lo usa siempre cuando se enoja por alguna cosa. Hoy lo dijo, dijo esa maldita vaquillona se había escapado otra vez de la pastura del cementerio.

-Emily -dijo la tía Elizabeth con aire de quien se empala en el cuerno más fácil de un dilema-, tu primo Jimmy es hombre, y los hombres a veces usan ciertas expresiones, cuando están enojados, que no son apropiadas para las niñas pequeñas.

-Pero, ¿qué tiene de malo maldito? -insistió Emily-. No es una mala palabra, ¿no? Y si no lo es, ¿por qué no puedo decirla? -No es una... una palabra propia de una dama -dijo la tía Laura.

-Está bien, entonces no voy a decirla nunca más -dijo Emily, resignada-, pero John el Altivo es un maldito.

La tía Laura se rió tanto después de que Emily se había ido arriba que la tía Elizabeth le dijo que una mujer de sus años debería tener más criterio.

-Elizabeth, no me niegues que fue divertido -protestó Laura. Con Emily fuera de la habitación, Elizabeth se permitió una '~ sonrisa algo agria.

-Le canté unas cuantas verdades a John el Altivo; te aseguro que lo va a pensar dos veces antes de volver a decirle a una criatura que está envenenada. Lo dejé bailando de rabia.

Agotada, Emily se quedó dormida apenas se metió en la cama, pero se despertó una hora después. La tía Elizabeth aún no había ido a acostarse, de modo que la persiana todavía estaba levantada y Emily vio una estrella amistosa que le hacía guiños. A lo lejos, el mar gemía, seductor. Ay, qué lindo era estar sola y viva. La vida volvía a tener un lindo gustito, "gustito a más", como decía el primo Jimmy. Podría tener la oportunidad de escribir más planillas, y poesía. Emily ya veía un metro de versos titulados Pensamientos de alguien condenado a una muerte súbita", y podría lugar con llse y Teddy, recorrer los graneros con Saucy Sal, observar a la tía Laura espumando la crema en el tambo y ayudar al primo Jimmy en el jardín, leer libros en la Morada de Emily y caminar por el Camino del Hoy, pero no visitar el taller de John el Altivo. Decidió que nunca más tendría nada que ver con John el Altivo, después de su diabólica crueldad. Estaba tan indignada con él por haberla asustado, después de haber sido tan buenos amigos, además, que no pudo volver a dormirse hasta que no compuso un relato de su muerte por envenenamiento, en el que John el Altivo era juzgado por su asesinato y condenado a muerte, luego colgado de una horca tan alta como él, en una escena que Emily presenciaba, a pesar de haber muerto por culpa de él. Cuando por fin cortó la soga y lo enterró en una ceremonia infamante (mientras a ella le corrían las lágrimas ponlas mejillas por la pena que sentía por la esposa del muerto), entonces lo perdonó. Después de todo, no era tan maldito.

Al día siguiente lo escribió todo en una planilla, en la buhardilla.

14
EL CALDERO DEL JARDÍN

En octubre, el primo Jimmy comenzó a hervir las papas para los cerdos (nombre poco romántico para una ocupación sumamente romántica, o así le parecía a Emily, cuyo amor por lo hermoso y lo pintoresco fue colmado como no lo había sido jamás en esos largos atardeceres frescos y estrellados hacia el final del año en Luna Nueva).

En un rincón del viejo jardín había un grupo de abetos rojos y bajo ellos se colgó una inmensa olla sobre un círculo de grandes piedras, una olla tan grande que cómodamente se podría haber hervido un buey en ella. Emily creía que era de los tiempos de los cuentos de hadas y que había sido la olla de algún gigante, pero el primo Jimmy le dijo que tenía apenas cien años y que el viejo Hugh Murray se la había hecho enviar desde Inglaterra.

-Desde entonces la hemos usado para hervir las papas para los cerdos de Luna Nueva -dijo-. La gente de Blair Water piensa que es anticuada, ahora todos tienen hervideros con calderas empotradas, pero mientras Elizabeth sea la jefa en Luna Nueva, aquí seguiremos utilizando esta olla.

Emily estaba segura de que ninguna caldera empotrada podía tener el encanto de la vieja olla. Ayudó al primo Jimmy a llenarla de papas después de regresar de la escuela y luego, cuando terminaron de comer, el primo Jimmy encendió el fuego debajo de la olla y estuvo dando vueltas alrededor toda la tarde. A veces avivaba el fuego -a Emily esa parte de la función le encantaba enviando gloriosas chispas hacia la oscuridad; a veces revolvía las papas con un palo largo y parecía, con su extraña barba gris y su pantalón enterizo con cinturón, un viejo gnomo u otro ser salido de una historia de las tierras del norte que revolvía el contenido de un caldero mágico, y a veces se sentaba junto a Emily sobre la piedra de granito, cerca de la olla, y le recitaba su poesía. A Emily eso era lo que más le gustaba pues la poesía del primo Jimmy era sorprendentemente buena, al menos en algunas partes, y el primo Jimmy tenía "un público apropiado, sin bien exiguo" en esa delgada jovencita de rostro pálido y ansioso y ojos fascinados.

Formaban una extraña pareja y eran perfectamente felices juntos. La gente de Blair Water consideraba que el primo Jimmy era un fracaso y un débil mental. Pero él vivía en un mundo ideal del cual nadie sabía nada. Había recitado sus poemas así miles de veces, mientras hervía las papas de los cerdos; para él, los fantasmas de muchos otoños se ocultaban en los troncos de los abetos. Era una figura muy rara, ridícula, inclinado, arrugado, descuidado, gesticulando con torpeza mientras recitaba. Pero era su hora: ya no era "el simplote de Jimmy Murray", sino un príncipe en su reino. Por un breve momento era fuerte, joven, espléndido y hermoso, un maestro acreditado de la canción, ante un mundo atento y extasiado. Ninguno de sus prósperos y sensatos vecinos de Blair Water había vivido jamás un momento igual. Él no se hubiera cambiado por ninguno de ellos. Emily, escuchándolo, sentía vagamente que, de no haber sido por ese desdichado empujón dentro del pozo de Luna Nueva, ese hombrecito extraño que estaba a su lado podría haberse erguido en la presencia de reyes.

Pero Elizabeth lo había empujado dentro del pozo de Luna Nueva y, como consecuencia, hervía papas para los cerdos y le recitaba a Emily, que también escribía poesía y adoraba tanto esos atardeceres que no podía dormirse cuando se iba a la cama sin antes haber compuesto una pequeña descripción de ellos. El destello venía casi todos los días por una cosa u otra. La Señora Viento danzaba o ronroneaba en las ramas que se movían sobre ellos; Emily nunca había estado tan cerca de verla. El aire fresco estaba lleno del agradable olor de las piñas de abeto que el primo Jimmy arrojaba dentro de la olla. El gatito peludo de Emily, Mike, saltaba y jugueteaba como un pequeño y encantador demonio de la noche. El fuego resplandecía con un hermoso rojo y embrujaba la oscuridad; había preciosos sonidos susurrantes en todas partes; la "gran oscuridad inmensa se extendía alrededor de ellos, llena de misterios que la luz del día no revelaba jamás y, sobre todo esto, el cielo púrpura se cubría de estrellas.

Algunos días también iban llse y Teddy. Emily siempre sabía cuando venía Teddy porque, cuando llegaba al viejo jardín, silbaba su "llamada" -1a que usaba sólo para ella, una llamada graciosa y querida, que era como tres claras notas de pájaros, la primera en tono medio, la segunda más alta y la tercera que se perdía, bajísima y muy dulce y muy sostenida, como los ecos en la Canción *del* clarín que era más clara y llegaba más lejos mientras moría. Esa llamada siempre producía en Emily un efecto extraño: le parecía que casi le quitaba el corazón del cuerpo, y tenía que seguirla. Estaba segura de que Teddy podía silbarle desde el otro lado del mundo con esas tres notas mágicas. Cada vez que lo oía, cruzaba corriendo el jardín y le decía a Teddy si el primo Jimmy quería que fuese o no, porque era sólo en ciertas noches que el primo Jimmy aceptaba a alguien más que ella. Jamás le recitaría su poesía a llse o a Teddy, pero les contaba cuentos de hadas, y cuentos de los Murray muertos y enterrados

en el cementerio junto al estanque que, a veces, eran tan escalofriantes como los cuentos de hadas. Ilse también recitaba, haciéndolo mejor allí que en cualquier otro lado. Y a veces Teddy se acostaba en el suelo junto a la gran olla y hacía dibujos a la luz del fuego, dibujos del primo Jimmy que revolvía las papas, dibujos de llse y Emily que bailaban de la mano alrededor de la olla como dos brujitas, dibujos de la carita vivaz y bigotuda de Mike que espiaba desde el otro lado de la olla, dibujos de rostros extraños y difusos que se arremolinaban en la oscuridad fuera de su círculo encantado. Pasaban unas veladas maravillosas, allí, esos cuatro niños.

-Ay, llse, ¿no te gusta el mundo de noche? -preguntó una vez Emily, extasiada.

Ilse miró, feliz, a su alrededor. La pobre y abandonada Ilse, que encontraba en la compañía de Emily lo que había buscado con ansia durante toda su corta vida y que, incluso en ese momento, se veía arrastrada, por el amor, a algo que era parte de lo que le correspondía por derecho.

-Sí -dijo-. Y siempre creo que sí hay Dios cuando estoy aquí, así.

Entonces las papas estuvieron hechas, y el primo Jimmy les dio una a cada uno de ellos, antes de agregarles el salvado. Ellos las partieron en pedazos en platos de corteza de abedul, las rociaron con sal que Emily había guardado en una cajita bajo las raíces del abeto más grande y las comieron regodeándose. No ha habido banquete de los dioses que fuera nunca tan delicioso como esas papas. Luego llegó la bondadosa voz argentina de la tía Laura llamándolos a través de la helada de la noche. Ilse y Teddy salieron disparados hacia sus casas y Emily agarró a Mike y lo encerró para pasar la noche en la seguridad de la perrera de Luna Nueva, que hacía años que no albergaba a ningún perro, pero que todavía se mantenía cuidada y se pintaba a la cal todas las primaveras. A Emily se le habría partido el corazón si le hubiera pasado algo a Mike .

Se lo había regalado el "Viejo Kelly", el vendedor ambulante de ollas. El Viejo Kelly hacía treinta años que, cada quince días, desde mayo a noviembre, recorría Blair Water, encaramado en el asiento de una carreta rojo brillante y detrás de un poni rojo, lleno de polvo, lento, con ese andar y ese aspecto tan peculiar de los ponis de los vendedores ambulantes; una dejadez plácida y sin prisa como si hubiera encontrado muchos problemas en su vida y los hubiera superado a pura paciencia y fuerza de voluntad. Desde la carreta rojo brillante se oía un cierto murmullo y un tintineo metálico, a medida que avanzaba, y dos inmensos nidos de ollas de hojalata sobre el techo chato rodeado de sogas reflejaba la luz del sol con tanta potencia que el Viejo Kelly parecía el sol radiante de un pequeño sistema planetario propio. Una escoba nueva que salía agresivamente en cada uno de los cuatro costados le daba a la carreta la apariencia de una carroza triunfal. Emily deseaba, en secreto, subir a la carreta del Viejo Kelly. Pensaba que tenía que ser una delicia.

El Viejo Kelly y ella eran grandes amigos. A ella le gustaba el rostro colorado y sin barba de él, bajo el sombrero hongo, los bondadosos ojos azules y traviesos, los cabellos hirsutos y rubios y esa boca como apretada, tan cómica, cuya forma se debía en parte a la naturaleza y en parte a tanto silbar. Siempre traía un cucurucho de papel con "gotas de limón" para ella o un palito de caramelo multicolor, que le metía en el bolsillo cuando la tía Elizabeth no estaba mirando. Y nunca se olvidaba de decirle que esperaba que pronto ella se pusiera a pensar en casarse, porque el Viejo Kelly creía que la mejor manera de complacer a una criatura del sexo femenino de cualquier edad era bromear con ella sobre el tema del matrimonio.

Un día, en lugar de caramelos, sacó del cajón trasero de la carreta un gatito gordo y gris y le dijo que era para ella. Emily recibió el obsequio fascinada pero, después de que el

Viejo Kelly se había ido con su tintineo, la tía Elizabeth le dijo que no hacían falta más gatos en Luna Nueva.

-Ay, por favor, déjame quedármelo, tía Elizabeth -rogó Emily-. No te va a molestar para nada. Yo tengo mucha experiencia en criar gatos. Y necesito tanto un gatito. Saucy Sal se está convirtiendo en una salvaje corriendo con los gatos del granero y no puedo estar con ella como antes, además, ella nunca fue muy mimosa. Por favor, tía Elizabeth.

La tía Elizabeth no tenía ganas de hacerle ningún favor a nadie. Además, ese día estaba de muy mal humor; nadie sabía por qué. Cuando estaba así era completamente irracional, No quiso escuchar razones; Laura y el primo Jimmy tuvieron que callarse la boca, y el primo Jimmy recibió la orden de llevar al gatito gris a Blair Water y ahogarlo. Emily se puso a llorar ante una orden tan cruel, lo cual ofuscó aún más a la tía Elizabeth. Estaba tan enojada, que el primo Jimmy no se animó a llevar al gatito de contrabando al granero, como había planeado al principio.

-Lleva ese animal al estanque, arrójalo y vuelve a decirme que ya lo hiciste -dijo Elizabeth, enojada-. Espero que se me obedezca. Luna Nueva no se va a convertir en un asilo para los gatos que le sobran al Viejo Jock Kelly.

El primo Jimmy hizo lo que le ordenaban y Emily no quiso comer. Después del almuerzo salió, triste, por el jardín viejo y cruzó la pradera hasta el estanque. Por qué iba allí, no lo sabía, pero sentía que debía ir. Al llegar a la orilla de la caleta donde el arroyito de John el Altivo desembocaba en el estanque Blair Water, oyó unos gritos lastimeros y allí, anclado sobre una islita de pasto seco en la caleta, había un desdichado animalito, con la piel empapada pegada a los flancos, temblando bajo el viento del fresco día otoñal. La vieja bolsa en la cual el primo Jimmy lo había metido flotaba hacia el estanque.

Emily no se detuvo a pensar, ni a buscar una madera, ni a considerar las consecuencias. Se metió en la caleta hasta las rodillas, vadeó el arroyo hasta el montón de pasto y agarró al gatito. Hasta tal punto ardía de indignación, que no sintió el frío del agua ni luego del viento cuando volvió corriendo a Luna Nueva. Un animal que sufría o era torturado siempre la inundaba de una compasión tan grande, que la sacaba de sí. Entró como una tromba en la cocina exterior donde la tía Elizabeth freía berlinesas.

-Tía Elizabeth -exclamó-, después de todo, el gatito no se ahogó, y *yo me lo voy a quedar*.

-Por supuesto que no -dijo la tía Elizabeth.

Emily miró a su tía a la cara. Volvió a sentir esa extraña sensación que sintió cuando la tía Elizabeth había traído la tijera para cortarle el pelo.

-Tía Elizabeth, este pobre gatito tiene frío y hambre y se siente muy desgraciado. Ha sufrido durante horas. No vas a hacer que lo arrojen otra vez al agua.

La mirada de Archibald Murray estaba en sus ojos y el tono de Archibald Murray en su voz. Esto sucedía sólo cuando lo más profundo de su ser se veía sacudido por una emoción especialmente intensa. En ese momento estaba llena de compasión y furia.

Cuando Elizabeth Murray vio a su padre mirándola desde la carita blanca de Emily, se rindió sin luchar, por más que luego se pusiera furiosa consigo misma por su debilidad. Era su único punto vulnerable. Tal vez el fenómeno no habría sido tan extraño si Emily se pareciera a los Murray. Pero ver la mirada de los Murray sobrepuesta de pronto como una máscara en rasgos extraños le provocaba una impresión a los nervios contra la que no podía luchar. Un fantasma salido de su tumba no la habría amilanado con mayor rapidez.

En silencio le dio la espalda a Emily, pero ésta supo que había ganado su segunda victoria. El gatito gris se quedó en Luna Nueva y engordó y se puso precioso y la tía Elizabeth nunca le prestó la menor atención, salvo para echarlo de la casa cuando Emily no andaba cerca. Pero pasaron semanas antes de que Emily fuera perdonada realmente y esto la hacía sentir muy incómoda. La tía Elizabeth podía ser generosa en la victoria, pero era muy desagradable en la derrota. Era una ventaja que Emily no pudiera convocar la mirada de los Murray a voluntad.

162
15 TRAGEDIAS VARIAS

Obedeciendo la orden de la tía Elizabeth, Emily había erradicado de su vocabulario la palabra "toro". Pero ignorar la existencia de los toros no los eliminaba a ellos, específicamente en el caso del toro inglés del señor James Lee, que habitaba la gran pradera al oeste de Blair Water y que tenía una fama terrible. Era por cierto un animal imponente, y a veces Emily tenía unos sueños horribles en los cuales el toro la perseguía y ella no podía moverse. Y un frío día de noviembre sus sueños se convirtieron en realidad.

Había un pozo al final de la pradera que despertaba la curiosidad de Emily porque el primo Jimmy le había contado un cuento terrible que tenía que ver con él. Hacía sesenta años, dos hermanos que vivían en una casita construida cerca de la costa habían cavado el pozo. Era un pozo muy profundo, considerado una curiosidad en esa tierra baja, cerca del estanque y el mar; los hermanos habían cavado treinta metros hasta encontrar un manantial. Entonces les pusieron piedras a las paredes del pozo. Pero el trabajo no continuó. Thomas y Silas Lee discutieron por una trivial diferencia de opinión sobre qué tipo de brocal debían ponerle y en el calor de la discusión Silas le pegó a Thomas con el martillo y lo mató.

El brocal no se construyó nunca. Silas Lee fue a parar a la cárcel por homicidio y allí murió. La granja pasó a otro hermano, el padre del señor James Lee, que cambió la casa al otro extremo de la pradera y tapó el pozo. El primo Jimmy agregó que se suponía que el fantasma de Tom Lee se aparecía en el escenario de su trágica muerte, pero él no podía asegurarlo, aunque había escrito un poema sobre el tema. Y era un poema muy tétrico, que le congeló la sangre en las venas a Emily con un deleite lleno de pavor cuando él se lo recitó una noche neblinosa junto a la gran olla de papas. Desde entonces, Emily había querido ver el viejo pozo.

La oportunidad le llegó un sábado en que estaba merodeando sola en el viejo cementerio. Más allá del cementerio estaba la pradera de los Lee y al parecer no había señales del toro ni adentro ni cerca. Emily decidió hacerle una visita al viejo pozo y se echó a andar por la pradera contra el viento norte que soplaba desde el golfo. La Señora Viento era una gigante ese día y levantaba poderosos remolinos a lo largo de la costa, pero, a medida que Emily se acercaba a las grandes dunas, éstas formaban un pequeño puerto de calma alrededor del viejo pozo.

Emily levantó con serenidad una de las maderas que lo cubrían, se arrodilló sobre las otras y miró hacia abajo. Por suerte, las planchas de madera eran fuertes y comparativamente nuevas, de lo contrario la joven doncella de Luna Nueva podría haber explorado el pozo más exhaustivamente de lo que deseaba. Como estaban las cosas, poco pudo ver de él, pues unos inmensos helechos crecían en las ranuras entre las piedras de las paredes de los costados y se cerraban, ocultando a la vista sus tenebrosas profundidades. Algo decepcionada, Emily puso la

madera en su lugar y comenzó a volver a su casa. No había dado diez pasos cuando se detuvo en seco. El toro del señor James Lee se dirigía derechito a ella y estaba a menos de veinte metros de distancia.

El cerco de la costa no estaba lejos a espaldas de Emily, que, de haber salido corriendo, podría haberlo alcanzado a tiempo. Pero era incapaz de correr, como escribió esa noche en una carta a su padre, estaba "paralizada" de terror y no podía moverse, como no había podido moverse en sus sueños sobre este mismo hecho. Es posible que algo terrible hubiera ocurrido en ese momento y lugar, *de* no ser por cierto muchacho que estaba sentado sobre el cerco de la costa. Había estado sentado allí todo el tiempo, mientras Emily miraba dentro del pozo, sin que ella lo viera, y ahora bajó de un salto.

Emily vio, o sintió, un cuerpo robusto que pasaba a su lado a toda velocidad. El dueño de éste corrió hasta a tres metros del toro, arrojó una piedra certera a la cara peluda del monstruo y salió corriendo a toda velocidad y en ángulo recto hacia el cerco. El toro, ofendido, se Volvió con un rugido amenazador y arremetió contra el intruso.

-¡Corre! -le gritó el muchacho a Emily por encima del hombro.

Emily no corrió. A pesar del terror, hubo algo en ella que no le permitía correr hasta no cerciorarse de que su galante salvador había logrado escapar. Él llegó al cerco justo a tiempo. Entonces y no antes, Emily también corrió y saltó el cerco justo cuando el toro corría por la pradera hacia ella, evidentemente decidido a agarrar a alguien. Temblando, Emily caminó por entre los altos pastos de las dunas de arena y se encontró con el muchacho en la esquina del cerco. Se detuvieron y se miraron un momento.

El muchacho era un desconocido para Emily. Tenía una cara alegre, descarada, de rasgos nítidos, con agudos ojos grises y muchos rulos oscuros. Tenía tan poca ropa como lo permitía la decencia y algo en la cabeza que aspiraba a ser un sombrero. A Emily le gustó; no había en él nada del sutil encanto de Teddy, pero poseía una fuerte atracción y acababa de salvarla de una muerte espantosa.

-Gracias -dijo Emily, tímida, mirándolo con esos grandes ojos grises que parecían azules bajo las largas pestañas. Era una mirada muy efectiva que no perdía nada de su eficiencia por el hecho de ser absolutamente inconsciente. Nadie le había dicho todavía a Emily qué seductora era esa mirada suya, súbita y tímida.

-¿No es tremendo? -dijo el muchacho, muy suelto de cuerpo. Se metió las manos en los bolsillos rotosos y miró a Emily tan fijo, que ella bajó los ojos, confusa, provocando de esa manera un daño mayor con esos párpados modestos y las pestañas sedosas.

-Es espantoso -dijo ella, estremeciéndose-. Y me dio mucho miedo.

-¿En serio? Y yo que pensaba qué coraje tenías de quedarte parada ahí, mirándolo fresca como una lechuga. ¿Cómo es tener miedo?

-¿Tú nunca tuviste miedo? -preguntó Emily.

-No, no sé lo que es -dijo el muchacho con indiferencia y algo de orgullo-. ¿Cómo te llamas?

--Emily Byrd Starr. -¿Vives por aquí? -En Luna Nueva. -¿Donde vive Jimmy Murray el Simplón?

-No es un simplón -exclamó Emily, indignada.

-Ah, está bien. Yo no lo conozco. Pero voy a conocerlo. Voy a pedirle empleo como ayudante para el invierno.

-No sabía -dijo Emily, sorprendida-. ¿En serio?

-Sí. Yo tampoco lo sabía, hasta ahora. La semana pasada él se lo pidió a la tía Tom, pero entonces yo no quería. Pero ahora creo que sí. ¿Quieres saber cómo me llamo?

-Claro.

-Perry Miller. Vivo con la vieja bruja de mi tía Tom en Stovepipe Town. Papá era capitán de un barco y yo navegaba con él antes de que se muriera, navegué a todos lados. ¿Vas a la escuela?

-Sí.

-Yo no, no fui nunca. La tía Tom vive tan lejos. Además, creo que no me gustaría. Pero ahora creo que voy a ir.

--'¿No sabes leer? -preguntó Emily, curiosa.

-Sí, un poco, y sé hacer cuentas. Papá me enseñaba cuando vivía. Después no me preocupé mucho, prefiero andar por el puerto. Es muy divertido. Pero si me decido a ir a la escuela aprenderé en un abrir y cerrar de ojos. Supongo que tú eres muy inteligente.

-No, no mucho. Mi padre decía que yo era un genio, pero la tía Elizabeth dice que soy rara, nada más.

-¿Qué es un genio?

-No sé muy bien. A veces es una persona que escribe poesía. Yo escribo poesía.

Perry se la quedó mirando.

-Caramba. Entonces yo también voy a escribir poesía.

-No creo que puedas -dijo Emily, algo desdeñosa, debe admitirse-.Teddy no puede, y él es muy inteligente.

-¿Quién es Teddy?

-Un amigo mío. -Había un dejo de altivez en la voz de Emily.

-Entonces -dijo Perry, cruzando los brazos sobre el pecho y frunciendo el entrecejo-, voy a darle un coscorrón en la cabeza a ese amigo tuyo.

-No vas a hacer tal cosa -dijo Emily. Estaba muy indignada y casi olvidó por un momento que Perry la había rescatado del toro. Hizo un gesto con la cabeza y comenzó a dirigirse a su casa. Perry también se volvió.

-Voy a ir a ver a Jimmy Murray por lo del empleo antes de irme a mi casa -dijo-. No te enojes. Si no quieres que le dé un coscorrón, no se lo daré. Pero tienes que decirme que yo también te gusto.

-Claro que me gustas -dijo Emily, como si no pudiera cuestionarse. Le dirigió a Perry su lenta sonrisa floreciente y así lo redujo a una servidumbre sin esperanzas.

Dos días más tarde, Perry Miller estaba instalado como ayudante en Luna Nueva y en quince días Emily sentía que había estado allí desde siempre.

"La tía Elizabeth no quería que el primo Jimmy lo contratara" le escribió a su padre, "porque él es uno de los muchachos que una noche del otoño pasado hicieron una cosa malísima. Cambiaron todos los caballos que estaban atados al cerco un domingo de noche durante una reunión de oración, v cuando salió toda la gente la confusión fue terrible. La tía Elizabeth dijo que no era seguro tenerlo en casa. Pero el primo Jimmy dijo que era muy difícil conseguir ayudante y que le debíamos algo a Perry por haberme salvado la vida del toro. Entonces la tía Elízabeth sedió y le permite sentarse a la mesa con nosotros pero al atardecer tiene que quedarse en la cocina. El resto de nosotros estamos en la salita de estar pero a mí me dejan ir a ayudar a Perry con sus lecciones. Le dejan usar sólo una vela y la luz es muy escasa. Tenemos que cortar el pabilo todo el tiempo. Es muy divertido cortarle el pabilo a las velas. Perry ya es el primero de su clase. Está en el tercer libro, aunque

tiene casi doce años. El primer día de clase la señorita Brownell le dijo algo sarcástico y él echó la cabeza hacia atrás y largó una risa larga y fuerte. La señorita Brownell le pegó pero no volvió a ser sarcástica con él. No le gusta que se rían de ella, me doy cuenta. Perry no le tiene miedo a nada. Yo creí que no iba a ir más a la escuela cuando ella le pegó pero él dijo que una pequeñez como esa no va a impedirle tener una educación, ya que lo tiene decidido. Es muy decidido.

"La tía Elizabeth también es muy decidida. Pero ella dice que Perry es empesinado. Le estoy enseñando gramática a Perry. Dice que quiere aprender a hablar bien. Le dije que no tiene que llamar vieja bruja a su tía Tom pero él dice que sí porque ella no es una joven bruja. Dice que el lugar donde vive se llama Stovepipe Town' porque las casas no tienen chimeneas sino tubos que salen de los techos, pero que algún día va a vivir en una mancíón. La tía Elízabeth dice que yo no tendría que ser tan amiga de un muchacho contratado. Pero Perry es bueno, aunque sus modales son rudos. La tía Laura dice que son rudos. Yo no sé lo que quiere decir pero supongo que quiere decir que siempre dice lo que piensa y que come las habas con el cuchillo. A mí me gusta Perry, pero distinto de como me gusta Teddy. ¿No es extraño, querido papá, cuántas maneras hay de que a uno le guste la gente? Me parece que a Ilse no le gusta. Se burla de su ignorancia y lo mira con la nariz levantada porque tiene remiendos en la ropa, aunque la ropa de ella no está mucho mejor. A Teddy no le gusta mucho; hizo un dibujo muy gracioso de Perry colgado de los tobillos de un patíbulo. La cara parecía la de Perry pero no del todo. El primo Jimmy dice que es una caricatura y se rió, pero yo no me animé a mostrárselo a Perry porque me da miedo de que le dé un coscorrón a Teddy. Se lo mostré a llse, que se puso furiosa y lo partió en dos'. No entiendo por qué.

“Perry dice que puede recitar tan bien como llse y que podría hacer dibujos también, si quisiera. Me parece que no le gusta que alguien pueda hacer nada mejor que él. Pero no puede ver el empapelado en el aire, como yo, aunque lo intenta hasta que a mí me da miedo de que se lastime los ojos. Puede hacer discursos mejor que ninguno de nosotros. Dice que quería ser marino como el padre pero que ahora cree que cuando sea grande va a ser abogado y va a ir al parlamento. Teddy va a ser artista si la madre lo deja, e llse va a ser una recitadora de conciertos, eso tiene otro nombre pero no sé cómo se escribe, y yo voy a ser poetisa. Creo que somos un grupo muy talentoso. Tal vez es una banidad decir eso, querido papá.

"Antes de ayer pasó algo horrible. El sábado de mañana estábamos diciendo nuestras oraciones, todos arrodillados muy solemnes en la cocina. Yo miré una vez a Perry y él me hizo una cara tan cómica que me reí alto, no lo pude evitar. (Pero lo terrible no fue eso). La tía Elizabeth se enojó mucho. Yo no dije que Perry me había hecho reír porque tenía miedo de que, si lo decía, lo echaran. Entonces la tía Elizabeth dijo que debía castigarme y que no me iba a dejar ir a la fiesta de Jennie Strangs esa tarde. (Fue una desilusión muy grande pero eso tampoco fue lo terrible). Perry estuvo afuera todo el día con el primo Jimmy y cuando volvió a casa a la noche me dijo, con una cara feroz, Quién te hizo llorar. Yo le dije que había estado llorando -un poquito, no mucho porque no me dejaban ir a la fiesta porque me había reído en medio de las oraciones. Y Perry se fue derecho a hablar con la tía Elizabeth y le dijo que había sido por culpa suya que yo me reí. La tía Elizabeth dijo que igual yo no tendría que haberme reído, pero la tía Laura se molestó mucho y dijo que mi castigo había sido demasiado severo, y dijo que me iba a dejar llevar su anillo de la perla a la escuela, el lunes, como compensación. Yo me puse muy contenta, porque es un anillo precioso y ninguna de las otras niñas tiene uno igual. El lunes de mañana, apenas se terminó de pasar lista, levanté la mano para hacerle una pregunta a la señorita Brownell pero en realidad era para mostrar el anillo. Fue un orgullo

asqueroso y fui castigada. En el recreo Cora Lee, una de las niñas grandes de sexto, vino y me pidió prestado el anillo por un ratito. Yo no quería prestárselo pero ella me dijo que si no se lo prestaba le iba a decir a todas las niñas de mi clase que me mandaran a destierro (que es algo horrible, querido papá, porque uno se siente como un paria). Entonces se lo presté y ella lo tuvo hasta el recreo de la tarde y entonces vino y me dijo que lo había perdido en el arroyo. (Esto es lo terrible). Ay, papá querido, me puse como loca. No me animaba a volver a casa y enfrentar a la tía Laura. Le había prometido que iba a tener tanto cuidado con el anillo. Pensé en ganar algo de dinero para comprarle otro pero cuando hice cuentas en mi pizarra me di cuenta de que tendría que lavar platos durante veinte años para reunir el dinero. Lloré de desesperación. Perry me vio y después de clase fue a hablar con Cora Lee y le dijo O entregas ese anillo o le cuento a la señorita Brownell. Y Cora me lo entregó, muy mansa y dijo Yo se lo iba a dar después. Era una broma y Perry le dijo No le hagas más bromas a Emily porque si no yo te voy a hacer una broma a ti. ¡Es muy reconfortante tener un paladín así! Tiemblo de sólo pensar lo que habría pasado si hubiera vuelto a casa y le hubiera dicho a la tía Laura que había perdido el anillo. Pero fue una crueldad de Cora Lee decirme que lo había perdido, siendo mentira, y atormentarme así. Yo no sería tan cruel con una niña huérfana.

"Cuando llegué a casa me miré en el espejo para ver si se me había vuelto el pelo blanco. Me dijeron que a veces pasa. Pero no. "Perry sabe más geografía que cualquiera de nosotros porque ha estado en casi todo el mundo con el padre. Después de terminar con sus lecciones me cuenta unas historias fasinantes. Habla hasta que se consume la vela hasta el final y entonces con ese pedacito sube al altillo de la cocina, por el agujero negro, porque la tía Elizabeth no quiere darle más de una vela por noche. "Ayer llse y yo nos peleamos sobre si preferíamos ser Juana de Arco o Frances Willard. No empezamos como una pelea sino como un debate, pero terminó en pelea. Yo prefería ser Frances Willard, porque está viva.

"Ayer tuvimos la primera nevada. Yo le hice un poema. Aquí va.

Por la nieve los rayos del sol se desusaban
La tierra es una novia sin par, deslumbrante.
Derramando diamantes, de blanco ataviada,
No hubo nunca novia tan hermosa y brillante.

"Se la leí a Perry y él me dijo que podía escribir poesía igual de buena y me dijo una ahí no más.

Mike ha dejado una larga hilera
de huellas sobre la nieve lijera.

No parece tan buena como la tuya. A mí no me pareció, porque uno puede decirlo igual en prosa. Pero cuando uno habla de novias sin par y deslumbrantes en prosa, suena raro. Mike había dejado una hilera de pequeñas huellas atravesando el patio del granero y eran presiosas, pero no tan presiosas como las huellas que dejaron los ratones sobre un poco de harina que se le había caído al primo Jimmy en el suelo. Eran unas cositas presiosas. *Parecían* poesía.

"Lamento que haya llegado el invierno porque llse y yo no, podemos jugar más en nuestra casa en el bosque de John el Altivo hasta la primavera ni afuera, en Tansy Patch. A veces jugamos adentro en Tansy Patch, pero la señora Kent nos hace sentir raras. Se sienta a

mirarnos, todo el tiempo. Entonces no vamos, a menos que Teddy nos lo pida mucho. Y mataron a los cerdos, pobrecitos, así que el primo Jimmy ya no les hierve nada más.

Pero hay un consuelo porque ahora no tengo que ponerme cofia para el sol para ir a la escuela. La tía Laura me hizo una caperuza roja tan preciosa, con cintas, que la tía Elizabeth miró con despresio y dijo que eran una extravagancia. La escuela me gusta cada día más pero no me gusta la señorita Brownell. No es justa. Nos dijo que al que escribiera la mejor composición le regalaría una cinta rosada para usar desde el viernes de noche hasta el lunes. Yo escribí La Historia de los Arroyos sobre el arroyo en el bosque de John el Altivo, todas sus aventuras y sus pensamientos, y la señorita Brownell dijo que seguramente la había copiado y le dio la cinta a Rhoda Stuart. La tía Elizabeth dijo Desperdicias tanto tiempo escribiendo tonterías bien podrías haberte ganado esa cinta. Estaba mortificada (creo) porque yo deshonré Luna Nueva por no ganarme la cinta pero yo no le dije lo que había pasado. Teddy dice que un *buen deportista* nunca se queja por perder. Yo quiero ser una buena deportista. Ahora Rhoda me resulta tan odiosa. Dice que le llama la atención que una niña de La Luna Nueva esté de novia con un muchacho contratado. Eso es una tontería porque Perry no es mi novio. Perry le dijo que tenía la lengua más larga que el sentido común. No fue algo muy amable pero es cierto. Un día en clase Rhoda dijo que la Luna estaba al este de Canadá. Perry se rió fuerte y la señorita Brownell lo hizo quedarse en el recreo, pero no le dijo nada a Rhoda por decir una cosa tan ridícula. Pero lo peor que dijo Rhoda era que me había perdonado por como la había tratado. Eso me hizo arder la sangre en las venas porque yo no le hice nada que mereciera perdón. A quién se le ocurre.

"Comenzamos a comer el gran jamón que estaba colgado en el rincón sudoeste de la cocina.

"El otro miércoles de noche Perry y yo ayudamos al primo Jimmy a hacer un caminito entre los rabanitos, en el primer sótano. Tenemos que -ir por él hasta el segundo sótano porque ahora la puerta de afuera está bloqueada. Fue muy divertido. Pusimos una vela en un agujero de la pared que hacía unas sombras tan preciosas, y podíamos comer todas las manzanas que quisiéramos del barril grande que está en el rincón y el espíritu le pidió al primo Jimmy que recitara algunos de sus poemas mientras sacaba los rabanitos.

"Estoy leyendo La Alhambra. Pertenece a nuestra biblioteca. A la tía Elizabeth no le gusta decir que no es un libro apropiado para que lo lea yo porque era del padre, pero no creo que le guste que lo lea porque teje con mucha furia y me mira por encima de los anteojos. Teddy me prestó los cuentos de Hans Anderson. Me encantan, aunque a mí siempre se me ocurre un final diferente para la Doncella de Hielo y salvar a Rudy.

"Dicen que la señora de John Killegrew se tragó el anillo de bodas. Me pregunto por qué lo habrá hecho.

"El primo Jimmy dice que va a haber un eclipce de Sol en diciembre. Espero que no interfiera con la Navidad.

"Tengo las manos agrietadas. La tía Laura me las refriega con grasa de cordero todas las noches cuando me voy a la cama. Es difísil escribir poesía con las manos agrietadas. Me pregunto si la señora Hemans habrá tenido alguna vez las manos agrietadas. La biografía no dice nada.

"Jimmy Ball tiene que ser ministro cuando sea grande. Su madre le dijo a la tía Laura que lo consagró cuando estaba en la cuna. Cómo lo habrá hecho.

"Ahora desayunamos a la luz de las velas y me gusta.

"Ilse estuvo en casa el domingo a la tarde y fuimos a la buhardilla y hablamos de Dios, porque es apropiado para los domingos. Tenemos que tener mucho cuidado con lo que hacemos los domingos. Es una tradición de Luna Nueva que los domingos son muy sagrados. El abuelo Murray era muy estricto. El primo Jimmy me contó una historia sobre él. Siempre cortaban leña para el domingo los sábados de noche, pero una vez se olvidaron y el domingo no tenían leña para preparar la comida, así que el abuelo Murray dijo no se puede cortar leña los domingos, muchachos, pero se puede romper un poquito con la parte de atrás del hacha. Ilse tiene mucha curiosidad de Dios aunque no cree en Él la mayor parte del tiempo y no le gusta hablar de Él pero igual quiere averiguar cosas sobre Él. Dice que le parece que lo querría si lo conociera. Ahora escribe Su nombre con D mayúscula porque es mejor asegurarse. Yo creo que Dios es como mi destello, sólo que el destello dura un segundo y Dios dura siempre. Hablamos tanto que nos dio hambre y yo bajé al armario de la salita de estar y agarré dos berlinesas. Me olvidé de que la tía Elizabeth me había dicho que no podía comer berlinesas entre las comidas. No fue robar, fue olvidarme. Pero Ilse al fin se enojó y dijo que yo era una jacobita (qué será eso) y una ladrona y que una cristiana no le robaría berlinesas a una pobre tía anciana. Así que fui y le confesé a la tía Elizabeth y ella me dijo que no iba a darme ninguna berlinesa con la comida. Fue difícil ver a los demás comiéndolas. Me pareció que Perry comía la suya muy rápido pero después del almuerzo me llamó afuera y me dio la mitad de la suya, que me había guardado. La había enbuelto en el pañuelo, que no estaba muy limpio, pero me la comí porque no quise herir sus sentimientos.

"La tía Laura dice que Ilse tiene una sonrisa muy linda. Me pregunto si yo tendré una sonrisa linda. Me miré al espejo en el cuarto de Ilse y sonreí pero a mí no me pareció demasiado linda.

"Ahora que las noches están frías la tía Elizabeth siempre pone un porrón de ginebra lleno de agua caliente en la cama. A mí me gusta apoyar los dedos contra el porrón. Para eso es lo único para lo que usamos el porrón de ginebra ahora. Pero el abuelo Murray lo usaba para guardar ginebra de verdad en él.

"Ahora que llegó la nieve el primo Jimmy ya no puede trabajar en el jardín y se siente muy solo. A mí el jardín me parece tan bonito en invierno como en verano. Hay unos hoyuelos y unas colinas diminutas tan bellas donde la nieve cubrió los canteros. Y los atardeceres son rosados y a la luz de la Luna es como una tierra de ensueños. A mí me gusta mirar por la ventana de la salita de estar y ver las "velas de los conejos" flotando en el aire y me pregunto en qué pensarán las raicitas y las semillitas que están debajo de la nieve. Y me da una lindísima sensación de miedo mirar a través del cristal rojo de la puerta del frente.

"Hay un hermoso flequillo de caránvanos en el techo de la cocina exterior. Pero en el cielo tiene que haber cosas mucho más hermosas. Hoy estuve leyendo la historia de Anzonetta y me hizo sentir relijiosa. Buenas noches para el más querido de los padres. Emily.

P.D. Eso no quiere decir que yo tenga otro padre. Es sólo una manera de decir muy muy querido.

E. B. S. "

16
JAQUE A LA SEÑORITA BROWNELL

Emily e llse estaban sentadas en un banco lateral, en la escuela de Blair Water, escribiendo poesía sobre sus pizarras, es decir, Emily escribía poesía e llse la leía a medida que la otra la escribía y de vez en cuando sugería una rima cuando Emily quedaba atascada. A decir verdad, hay que admitir que no tenían por qué estar haciendo eso. Tendrían que estar "haciendo sumas", que es lo que la señorita Brownell suponía que hacían. Pero Emily nunca hacía sumas cuando en su cabecita morena se le metía la idea de escribir poesía, e llse odiaba la aritmética por una cuestión de principios. La señorita Brownell estaba tomando la clase de geografía del otro lado del aula, la agradable luz del Sol las bañaba a través del ventanal y todo parecía propicio para volar con las musas. Emily estaba escribiendo un poema sobre la vista desde la ventana de la escuela.

Hacía mucho tiempo que no se les permitía sentarse en el banco lateral. Ése era un privilegio reservado a aquellos alumnos que se habían ganado el favor de los ojos fríos de la señorita Brownell. Pero esa tarde Ilse lo pidió para ella y Emily, y la señorita Brownell las había dejado, por no ocurrírsele ninguna razón válida para permitírselo a llse y negárselo a Emily, que era lo que le habría gustado, pues tenía una de esas naturalezas mezquinas que no olvidan ni perdonan una ofensa. El primer día de escuela Emily había sido culpable, o al menos así lo veía la señorita Brownell, de impertinencia y desacato, y había tenido éxito, además. Eso seguía atormentando a la señorita Brownell y Emily sentía el veneno enquistado en varios gestos sutiles. Nunca se la elogiaba, era continuamente blanco del sarcasmo de la señorita Brownell, y los pequeños favores que recibían otras niñas nunca le tocaban a ella. De modo que esa oportunidad de sentarse en el banco lateral era una agradable novedad.

Había ventajas en eso de sentarse en el banco lateral. Se veía toda la escuela sin tener que volver la cabeza, y la señorita Brownell no podía acercarse sigilosamente por detrás para ver en qué andaba una, pero a ojos de Emily lo más lindo era que uno podía mirar "el bosque de la escuela" y contemplar los viejos abetos rojos donde jugueteaba la Señora Viento, los largos flecos de musgo gris verdoso que colgaban de las ramas, como banderas de la Tierra de los Duendes, las ardillitas rojas que corrían por el cerco, y las maravillosas sendas de nieve blanca donde caían manchas de luz solar como charcos de vino dorado. Y había un claro entre los árboles por donde podía verse, más allá del valle de Blair Water, las dunas y el golfo más atrás. Hoy las dunas estaban suavemente redondeadas y relucían en su blancura bajo la nieve, pero más allá de ellas el golfo era de un azul oscuro y profundo donde resplandecían masas blancas de hielo, como iceberg bebés, flotando. Mirar le provocaba a Emily un placer tan emotivo que era inexpresable, pero que ella debía intentar expresar. Comenzó su poema. Se olvidó por completo de los quebrados: ¿qué tenían que ver los numeradores y los denominadores con esos regazos curvos de nieve blanca, ese azul celestial, esas copas oscuras de los abetos contra un cielo perlado, esas etéreas sendas boscosas de perlas y oro? Emily se perdió en su propio mundo, hasta tal punto que no se enteró de que los alumnos de geografía se habían ido cada uno a su asiento y que la señorita Brownell, al ver la absorta mirada de Emily clavada en el cielo mientras buscaba una rima, se acercaba suavemente a ella. Ilse estaba dibujando en la pizarra y no la vio, de lo contrario le habría avisado a Emily. Ésta sintió de pronto que le quitaban la pizarra de las manos y oyó a la señorita Brownell que decía:

-Supongo que terminaste las sumas, Emily.

Emily no había terminado ni una sola suma, sino que había cubierto su pizarra con versos, versos que la señorita Brownell no debía ver, ¡no *debía ver!* Emily se puso de pie de un

salto e intentó aferrar desesperada, su pizarra. Pero, con una mirada de maliciosa satisfacción en los labios delgados, la señorita Brownell la levantó fuera del alcance de la niña.

-¿Qué es esto? No parece ser... exactamente... quebrados. "Versos sobre la bista -vista con b larga- desde la ventana de la escuela de Blair Water". Caramba, niños, al parecer tenemos una floreciente poetisa entre nosotros.

Las palabras eran inofensivas pero ¡ay, esa odiosa sonrisa despectiva en el tono, el desprecio, la burla que escondían! A Emily le cruzaron el alma como un latigazo. Para ella, no había nada más terrible que la idea de que sus queridos "poemas" fueran leídos por ojos extraños, ojos fríos, despiadados, desdeñosos... y extraños.

-Por favor, por favor, señorita Brownell -tartamudeó, sintiéndose muy desgraciada-, por favor no los lea, los borraré, haré las sumas en seguida. Pero por favor no los lea. No... no es nada.

La señorita Brownell rió con crueldad.

-Eres demasiado modesta, Emily. Es una pizarra llena de *poesía.* Fíjense en eso, niños, *poesía.* Tenemos una alumna en esta escuela que escribe *poesía. Y* no quiere que nosotros leamos esta *poesía.* Me temo que Emily es muy egoísta. Estoy segura de que todos vamos a disfrutar de esta *poesía.*

Emily se encogía cada vez que la señorita Brownell decía *poesía* con ese énfasis de desprecio y esa odiosa pausa antes de pronunciar la palabra. Muchos de los niños rieron, en parte porque disfrutaban viendo a una "Murray de Luna Nueva" en una situación difícil y, en parte, porque se daban cuenta de que la señorita Brownell quería que se rieran. Rhoda Stuart se reía más alto que nadie, pero Jennie Strang, que había atormentado a Emily el primer día de clase, se negó a reír y en cambio miraba a la señorita Brownell con el entrecejo fruncido.

La señorita Brownell sostuvo en alto la pizarra y leyó para todos el poema de Emily, con un sonsonete nasal, con entonaciones y gestos absurdos que lo hacían sonar muy ridículo. Los versos que a Emily le habían parecido hermosísimos sonaban muy ridículos. Los otros alumnos se rieron más que nunca y Emily sintió que el dolor de ese momento no se le borraría jamás del corazón. Las fantasías que le parecieron tan hermosas cuando las pensaba, mientras escribía, estaban siendo destrozadas y pisoteadas, como mariposas lastimadas y mutiladas. "Vistas en un sueño de hadas" canturreó la señorita Brownell, cerrando los ojos y sacudiendo la cabeza de un lado a otro. Las risitas se convirtieron en sonoras carcajadas.

"¡Ay!", pensó Emily, apretando los puños. "Ojalá... ojalá que los osos que se comieron a los niños malos en la Biblia vinieran y la comieran a usted."

Pero no había buenos osos reparadores de injusticias en el bosque de la escuela y la señorita Brownell leyó todo el "poema" hasta el final. Se estaba divirtiendo de lo lindo. Ridiculizar a sus alumnos siempre le proporcionaba un gran placer y cuando el alumno era Emily, de Luna Nueva, en cuyo corazón y alma ella siempre había percibido algo fundamentalmente diferente de ella misma, el placer era exquisito.

Al llegar al final le devolvió la pizarra a una Emily de mejillas rojas.

-Toma tu... "poesía", Emily -dijo.

Emily agarró la pizarra. No tenía a mano ningún borrador, pero se pasó la lengua con furia por la palma de la mano y borró parte de la pizarra. Otra lamida y el resto del poema desapareció. Había sido deshonrado, degradado, debía desaparecer de la faz de la Tierra. Hasta el fin de sus días Emily no olvidó jamás el dolor y la humillación de esa experiencia.

La señorita Brownell volvió a reír.

-Qué pena borrar tanta poesía, Emily-dijo-. Qué te parece si ahora haces las sumas. No son poesía, pero yo estoy en esta escuela para enseñar aritmética, no estoy aquí para enseñar el arte de escribir poesía. Ve a tu asiento. ¿Sí, Rhoda?

Pues Rhoda Stuart había levantado la mano y chasqueaba los dedos.

-Perdóneme, señorita Brownell -dijo, con una clara nota de triunfo en la voz-, pero Emily Starr tiene una cantidad de poesía en el escritorio. Esta mañana se la estuvo leyendo a llse Burnley mientras usted creía que estudiaban historia.

Perry Miller se volvió y un delicioso misil compuesto de papel mascado y conocido como "píldora escupida" voló por el aire y le dio a Rhoda en el medio de la cara. Pero la señorita Brownell ya estaba junto al pupitre de Emily, adonde llegó de un salto, antes que la misma Emily.

-¡No los toque, no tiene derecho! -balbuceó Emily, desesperada.

Pero la señorita Brownell tenía el "montón de poesía" en las manos. Se volvió y caminó hasta el frente de la clase. Emily la siguió. Esos poemas eran muy queridos para ella. Los había compuesto durante los diversos recreos lluviosos cuando había sido imposible salir a jugar y estaban escritos en los pedacitos de papel que les sobraban a sus compañeros. Iba a llevárselos a casa ese mismo día para copiarlos en las planillas. Y ahora esta mujer odiosa iba a leérselos a toda esta clase burlona y desdeñosa.

Pero la señorita Brownell se dio cuenta de que no tenía tiempo para tanto. Debía contentarse con leer los títulos, con algunos comentarios apropiados.

Entretanto, Perry Miller aliviaba sus sentimientos bombardeando a Rhoda Stuart con píldoras escupidas, lanzadas con tanta habilidad que Rhoda no podía adivinar de qué parte de la clase provenían y no podía por ende acusar a nadie. Las píldoras interfirieron en gran medida en su disfrute del apuro que estaba pasando Emily. En cuanto a Teddy Kent, que no hacía la guerra con píldoras escupidas sino que prefería métodos de venganza más sutiles, estaba ocupado dibujando algo en un pedazo de papel. Rhoda encontró la hoja sobre su pupitre a la mañana siguiente. En él se veía un mono pequeño y flaco, colgado de la cola de la rama de un árbol, y la cara del mono era la cara de Rhoda Stuart. Al verlo, Rhoda se puso furiosa pero, en aras de su propia vanidad, rompió el dibujo en pedacitos y no dijo nada. No sabía que Teddy había hecho un dibujo parecido, en el que la señorita Brownell era un murciélago con aire de vampiro y se lo había puesto en la mano a Emily cuando salían de la escuela.

- El diamante perdido: un cuento romántico", leía la señorita Brownell. "Versos para un abedul", a mí más bien me parecen versos sobre un papel muy sucio, Emily; "Versos escritos sobre un reloj de sol en nuestro jardín"; lo dicho, "Versos a mi gato preferido", otro ronroneo romántico, supongo; "Oda a llse", "Tu cuello es de un prodigioso resplandor perlado", difícil, yo diría que el cuello de llse está muy quemado por el sol; "Descripción de nuestra sala", "El canto de las violetas", espero que las violetas canten con menos faltas de ortografía que tú, Emily; "La casa desilusionada"...

Los lirios levantan sus copas blancas
para que beeeeeban las abeeeeejas.

-¡Yo no lo escribí así! -gritó la torturada Emily.

-"Versos a un pedazo de brocato en el cajón de la cómoda de la tía Laura", "Un adiós al irme de casa", "Versos para un abeto rojo", `Aleja el calor, el sol y el resplandor, Es

bondadoso el árbol que cavila"... ¿estás segura de que sabes lo que quiere decir "cavilar", Emily?; "Poema sobre el campo del señor Tom Bennett", "Poema a la bista desde la ventana de la tía Elizabeth", tienes puntos de "bistd" muy firmes, Emily; "Epitafio para un gatito ahogado", "Meditaciones ante la tumba de mi tatarabuela', pobre señora; "A mis pájaros del norte", "Versos compuestos en la orilla de Blair Water contemplando las estrellas", ajá...

Incrustadas con incontables gemas,
Esas estrellas tan distantes, tan frías, tan verdaderas.

No intentes hacer pasar por propios esos versos, Emily. No pudiste haberlos escrito tú.

-¡Sí, los escribí yo! -Emily estaba blanca de humillación. -Y escribí otros mucho mejores.

De pronto, la señorita Brownell estrujó los papelitos arrugados que tenía en la mano.

-Ya hemos perdido suficiente tiempo con estas tonterías -dijo-. Ve a tu asiento, Emily.

Se acercó a la estufa. Por un momento Emily no se dio cuenta de cuál era su propósito. Pero entonces, cuando la señorita Brownell abrió la puertecita de la estufa, Emily comprendió y se lanzó hacia adelante. Agarró los papeles, arrancándoselos de la mano a la señorita Brownell antes de que ésta pudiera agarrarlos con más fuerza.

-No los va a quemar... no los va a quemar -susurró Emily. Se guardó los poemas en el bolsillo de su "delantal de bebé" y miró a la señorita Brownell con una especie de serena ira. La mirada Murray estaba en sus ojos y, aunque a la señorita Brownell no la afectaba tanto como a la tía Elizabeth, le provocó de todas maneras una sensación desagradable, como de haber despertado fuerzas con las cuales no se animaba a seguir jugando. Esa niña atormentada parecía capaz de tirársele encima con dientes y uñas.

-Dame esos papeles, Emily-dijo, pero con cierta inseguridad. -No se los voy a dar -dijo Emily, tronando-. Son míos. No tiene derecho a sacármelos. Los escribí durante los recreos, no quebré ninguna regla. Usted... -Emily miró desafiante directo a los helados ojos de la señorita Brownell-, usted es una persona injusta y tiránica.

La señorita Brownell se dirigió a su escritorio.

Esta noche voy a Luna Nueva a contarle todo esto a tu tía Elizabeth -dijo.

Al principio, Emily estaba demasiado conmocionada por haber salvado su preciosa poesía como para prestarle demasiada atención a la amenaza. Pero a medida que la emoción fue desapareciendo, se vio inundada por un temor frío. Sabía que le esperaba un momento difícil. Pero, al menos, no le quitarían sus poemas, le hicieran a ella lo que le hiciesen. Apenas llegó a casa después de la escuela fue volando a la buhardilla y los escondió en el estante del viejo sofá.

Tenía unas ganas inmensas de llorar pero no quería. La señorita Brownell iba a venir y la señorita Brownell no *debía* verla con los ojos rojos. Pero le ardía el corazón. Habían profanado el templo sagrado de su ser y se sentía avergonzada. Y había más por venir, de eso estaba segura. Era inevitable que la tía Elizabeth se pusiera del lado de la señorita Brownell. Emily se encogió al pensar en la ordalía inminente con todo el temor de una naturaleza sensible y delicada que se enfrentaba a la humillación. No le habría temido a la justicia, pero sabía que en el tribunal de la tía Elizabeth y la señorita Brownell no se le harían justicia.

"Y no puedo escribirle a papá", pensó, suspirando. La vergüenza era demasiado honda e íntima para que pudiera escribir sobre ella, de modo que no halló alivio para su dolor.

En invierno, en Luna Nueva no se cenaba hasta que el primo Jimmy terminaba sus tareas y estaba listo para ya no moverse de la casa. Así que Emily pudo quedarse en la buhardilla, sin que nadie la interrumpiera.

Desde la ventana del gablete miraba una escena de cuento de hadas que en otro momento le habría encantado. Había un crepúsculo rojo detrás de las blancas colinas lejanas, que brillaba entre los árboles oscuros como una gran fogata; había un delicado encaje azul hecho de las sombras de los árboles en todo el jardín cubierto de nieve; había un resplandor rojizo, pálido, etéreo en todo el cielo del sudeste; y al fin hubo una preciosa lunita nueva hecha un arco plateado por encima del bosque de John el Altivo. Pero Emily no encontraba placer en nada de todo eso.

Al fin, vio a la señorita Brownell que se acercaba por el sendero, bajo las ramas blancas de los abedules, con su andar masculino. -Si viviera mi padre -dijo Emily, mirándola-, te irías de este lugar con los oídos ardidos.

Pasaron los minutos, y cada uno-de ellos le pareció muy largo a Emily. Por fin, subió la tía Laura.

-Emily, tu tía Elizabeth quiere que bajes a la cocina.

La voz de la tía Laura sonaba bondadosa y triste. Emily logró a duras penas contener un sollozo. Odiaba que la tía Laura pensara que se había portado mal, pero no podía confiar en sí misma, en ese momento, para explicar nada. La tía Laura iba a comprender y su comprensión la haría desmoronarse. Bajó despacio las dos largas escaleras delante de la tía Laura y entró en la cocina.

La mesa estaba puesta para la cena y habían encendido las velas. La gran cocina de vigas negras parecía tétrica y fantasmagórica, como siempre a la luz de las velas. La tía Elizabeth estaba sentada, muy rígida, junto a la mesa y tenía una expresión muy dura en el rostro. La señorita Brownell estaba sentada en la mecedora; sus ojos pálidos relumbraban de malicioso triunfo. Parecía haber algo funesto y venenoso en su mirada. Tenía, además, la nariz muy colorada, lo que no agregaba nada a sus encantos.

El primo Jimmy, con su pantalón enterizo gris, estaba sentado sobre el borde de una caja de madera, silbando, mirando hacia el cielo raso, y más parecido a un gnomo que nunca. Perry no estaba por ningún lado. Emily lo lamentó. La presencia de Perry, que estaba de su lado, habría sido un gran apoyo moral.

-Lamento decir, Emily, que he estado escuchando cosas muy malas sobre tu comportamiento en la escuela hoy -dijo la tía Elizabeth.

-No, no creo que lo lamentes -dijo Emily, muy seria. Ahora que había llegado el momento de la crisis, se sintió capaz de enfrentarla con serenidad, es más, capaz de interesarse con curiosidad por debajo de todo el temor y la vergüenza subterráneos, como si parte de ella se hubiera separado del resto y estuviera absorbiendo con interés las impresiones y analizando los motivos y describiendo las escenas. Sintió que, cuando escribiera esta escena más tarde, no debía olvidar describir las extrañas sombras que la vela, muy cerca y debajo de la nariz de la tía Elizabeth, arrojaba hacia el resto de su cara, produciendo un efecto bastante cadavérico. En cuanto a la señorita Brownell, ¿podía ella haber sido alguna vez un *bebé,* un bebé con hoyuelos, gordo, sonriente? Era inconcebible.

-A mí no me hables con impertinencia-dijo la tía Elizabeth. -Ya ve -dijo la señorita Brownell, significativamente. -No quiero ser impertinente, pero no lo lamentas –insistió

Emily-. Estás enojada porque piensas que he avergonzado a Luna Nueva, pero en parte te alegras porque hay alguien que está de acuerdo contigo en que soy mala.

-Qué niña tan *agradecida* -dijo la señorita Brownell, llevando los ojos al cielo raso, donde se encontraron con una visión sorprendente. La cabeza de Perry Miller, y no más, se asomaba por el "agujero negro" y en la cara dada vuelta de Perry Miller había una mueca muy irrespetuosa y traviesa. Cara y cabeza desaparecieron en un relámpago, dejando a la señorita Brownell mirando el cielo raso como una tonta.

-Te has estado portando mal en la escuela -dijo la tía Elizabeth, que no había visto la contra escena-. Me avergüenzo de ti.

-No me porté tan mal, tía Elizabeth -dijo Emily, con firmeza-. Fue así...

-No quiero saber más del asunto -dijo la tía Elizabeth. -Pero tienes que oírme -exclamó Emily-. No es justo escuchar sólo la versión *de ella.* Me porté un poquito mal, pero no tanto como ella dice.

-¡Ni una palabra más! Ya escuché toda la historia-dijo la tía Elizabeth, severa.

-Escuchó un montón de mentiras -dijo Perry, sacando súbitamente la cabeza otra vez por el agujero negro.

Todos saltaron, hasta la tía Elizabeth, que de inmediato se enojó más todavía... por haber saltado.

-¡Perry Miller, baja inmediatamente de ese altillo! -ordenó. -No puedo -dijo Perry, lacónico.

-¡En seguida, te digo!

-No puedo -repitió Perry, haciéndole un guiño audaz a la señorita Brownell.

-¡Perry Miller, baja! A mí me vas a obedecer. Todavía soy la dueña de casa aquí.

-Está bien -dijo Perry, jovial-. Si no tengo más remedio. Se balanceó hasta tocar con los dedos de los pies la escalera. La tía Laura pegó un gritito. Todos los demás quedaron mudos. -Acababa de sacarme la ropa mojada -decía Perry, riendo, hamacando las piernas para encontrar un apoyo en la escalera, mientras se apoyaba en los costados del agujero negro con los codos-. Me caí en el arroyo mientras les daba agua a las vacas. Iba a ponerme algo seco, pero... como usted me dijo que bajara... Jimmy-imploró la pobre Elizabeth Murray, rindiéndose a la discreción. Ella no podía manejar esta situación.

-¡Perry, sube a ese altillo y ponte la ropa inmediatamente! -ordenó el primo Jimmy.

Las piernas desnudas subieron y desaparecieron. Desde el fondo del agujero negro se oyó una risita tan alegre y maliciosa como la de un búho. La tía Elizabeth exhaló un suspiro compulsivo de alivio y se volvió a Emily. Estaba decidida a recuperar el dominio y había que hacerle bajar la cabeza a Emily.

-Emily, arrodíllate aquí, delante déla señorita Brownell y pídele perdón por tu conducta de hoy -dijo.

Las pálidas mejillas de Emily se pusieron rojas. Eso no podía hacerlo, le pediría perdón a la señorita Brownell, pero no de rodillas. Arrodillarse ante esta mujer cruel que la había lastimado tanto, no iba a hacerlo, no podía hacerlo. Toda su naturaleza se elevó en protesta contra semejante humillación.

-Arrodíllate -repitió la tía Elizabeth.

La señorita Brownell estaba complacida y expectante. Sería muy satisfactorio ver a esta niña que la había desafiado arrodillada ante ella como una penitente. Nunca más, pensaba la señorita Brownell, podría Emily mirarla directo a los ojos con esa temeraria mirada suya que hablaba de un alma indomable y libre, cualquiera fuese el castigo que se

infligiera a su cuerpo o a su mente. El recuerdo de ese momento no abandonaría jamás a Emily, nunca podría olvidar que se había arrodillado, rebajándose. Emily lo sintió con tanta claridad como la señorita Brownell y permaneció empecinadamente de pie.

-Tía Elizabeth, por favor déjame que te cuente mi versión de (a historia -rogó.

-Ya he oído todo lo que quería oír sobre este asunto. Harás lo que te ordeno, Emily, o serás una paria en esta casa hasta que lo hagas. Nadie te dirigirá la palabra, ni jugará contigo, ni comerá contigo, ni tendrá nada que ver contigo hasta que me hayas obedecido.

Emily se estremeció. Ése era un castigo que no podría soportar. Ser aislada de su mundo, sabía que antes de mucho tendría que claudicar. Bien podía claudicar en ese momento pero, ¡ay, qué dolor, qué vergüenza!

-Un ser humano no debe arrodillarse ante nadie que no sea Dios-dijo el primo Jimmy, inesperadamente, sin dejar de mirar el cielo raso.

Un cambio súbito y extraño se produjo en el rostro orgulloso y enojado de Elizabeth Murray. Se quedó muy quieta, mirando al primo Jimmy, tanto tiempo que la señorita Brownell hizo un gesto de irritada impaciencia.

-Emily -dijo la tía Elizabeth, en un tono diferente-, me equivoqué, no voy a pedirte que te arrodilles. Pero debes pedirle disculpas a tu maestra; yo te castigaré después.

Emily llevó las manos a la espalda y volvió a mirar a la señorita Brownell a los ojos.

-Lamento cualquier cosa mala que haya hecho hoy -dijo-, y le pido que me perdone.

La señorita Brownell se puso de pie. Se sentía despojada de un legítimo triunfo. Fuera cual fuese el castigo a Emily, ella no tendría la satisfacción de presenciarlo. Tenía ganas de pegarle a "Jimmy Murray el simplón". Pero no debía dejar ver todo lo que sentía. Elizabeth Murray no era del consejo de la escuela, pero era la contribuyente más importante y tenía mucha influencia con el consejo.

-Te perdonaré si en el futuro te portas bien, Emily -dijo con frialdad-. Yo considero que no he hecho otra cosa que cumplir con mi deber exponiendo el asunto ante tu tía. No, gracias, señorita Murray, no puedo quedarme a cenar, quiero llegar a casa antes de que oscurezca.

-Dios guarde a todos los viajeros -dijo Perry, contento, bajando la escalera, esta vez con la ropa puesta.

La tía Elizabeth lo ignoró; no iba a tener una escena con un muchacho contratado ante la señorita Brownell. Esta última salió y la tía Elizabeth miró a Emily.

Emily, esta noche vas a cenar sola, en la despensa, y sólo pan y leche. Y no hablarás una palabra hasta mañana de mañana. ¿Pero no me prohíbes pensar? -dijo Emily, ansiosa.

La tía Elizabeth no respondió, sino que se sentó, altiva, a la mesa de la cena. Emily fue a la despensa a comer su pan con leche, con el olor de las deliciosas salchichas que comían los otros como consuelo. A Emily le gustaban las salchichas y las salchichas de Luna Nueva eran lo máximo en salchichas. Elizabeth Burnley había traído la receta de Inglaterra y su secreto había sido cuidadosamente guardado. Y Emily tenía hambre. Pero había escapado de lo insoportable, y las cosas podrían haber sido peores. De pronto se le ocurrió que escribiría un poema épico a imitación de El plan del último juglar. El primo Jimmy se lo había leído el sábado anterior. Comenzaría el primer canto en seguida. Cuando Laura Murray entró en la despensa, Emily estaba, con el pan y la leche sin terminar y los codos apoyados en el armario, mirando hacia la nada, moviendo apenas los

labios y con una luz que nunca había existido en tierra ni en mar en los ojos. Hasta el aroma de las salchichas se había olvidado, ¿no estaba bebiendo de una fuente de Castalia?

-Emily -dijo la tía Laura, cerrando la puerta y mirando con amor a Emily con sus bondadosos ojos azules-, a mí puedes contarme lo que quieras. A mí la señorita Brownell no me gusta y no creo que no falte razón, aunque es claro que no deberías escribir poesía cuando tienes que hacer cuentas. Y en esa caja hay unas galletitas de jengibre.

-No quiero hablar con nadie, querida tía Laura, soy demasiado feliz-dijo Emily, soñadora-. Estoy componiendo una epopeya, se va a llamar *La dama blanca y* ya hice veinte versos, y dos son bellísimos. La heroína quiere ingresar en un convento y el padre le dice que, si lo hace, nunca podrá

De la vida volver a abrir la puerta
Si te encierras, como en vida muerta.

"Ay, tía Laura, cuando compuse esos versos me vino el destello. Y ya no me interesan las galletitas de jengibre.

La tía Laura volvió a sonreír.

-Tal vez no ahora, querida. Pero cuando se te haya pasado el momento de inspiración, no estará de más que recuerdes que las galletitas de esa caja no están contadas y que son tan mías como de Elizabet.

17
EPÍSTOLAS VIVIENTES

"Querido padre:

"Tengo algo muy emocionante que contarte. He sido la heroína de una aventura. Un día de la semana pasada Ilse me pidió que fuera a quedarme toda la noche con ella porque el padre no estaba y no podía regresar hasta muy tarde e Ilse me dijo que no tenía miedo pero que se sentía muy sola. Entonces le pedí a la tía Elizabeth si podía ir. No tenía muchas esperanzas, querido papá, de que me dejara ir, porque no le parece bien que las niñas pequeñas pasen la noche fuera de sus casas pero, para mi sorpresa, me dijo, con mucha bondad, que sí. Y después la oí decir en la despensa: Es una vergüenza que el doctor deje a esa criatura tantas veces sola de noche. Es una maldad de su parte. Y la tía Laura dijo Ese pobre hombre está desbiado. Acuérdate de que no era así antes, con la esposa...y justo cuando se estaba poniendo interesante la tía Elizabeth le dio un codazo a la tía Laura y le dijo Shh, las paredes oyen. Yo sé que se refería a mí aunque yo no soy una pared. Como me gustaría averiguar lo que hizo la madre de llse. No dejo de pensar en eso cuando me acuesto. Me quedo despierta un rato largo pensando. Ilse no tiene idea. Una vez le preguntó al padre y él le dijo (con voz *de trueno)* que no volviera a mencionar a esa *mujer* en su presencia. Y hay otra cosa que me preocupa, además. No dejo de pensar en Silas Lee, el que mató al hermano en el viejo pozo. Qué mal a de haberse sentido ese pobre hombre. Y qué quiere decir desbiado.

"Fui a lo de llse y jugamos en la buhardilla. A mí me encanta jugar allá porque no tenemos que tener cuidado y ser prolijas como en nuestra buhardilla. La buhardilla de llse está

Librodot

muy revuelta y me parece que hace años que no se limpia. El cuarto de los trastos es peor que el resto. Está cerrado con maderas, en un extremo de la buhardilla, y está lleno de ropa vieja y bolsas y trapos y muebles rotos. No me gusta el olor que tiene. La chimenea de la cocina sube por ahí y tiene cosas colgadas alrededor (o tenía). Porque todo esto es en el pasado, querido papá.

"Cuando nos cansamos de jugar nos sentamos en un viejo baúl y nos pusimos a charlar. Esto es presioso durante el día le dije pero tiene que ser terrible de noche. Hay ratones, dijo llse, arañas y fantasmas. Yo no creo en los fantasmas, le dije despectiva. No existen. (Aunque tal vez sí haya, querido papá). Yo creo que esta buhardilla está embrujada, dijo llse. Tonterías, dije yo. Tú sabes, querido papá, que una persona de Luna Nueva no puede creer en fantasmas. Pero yo me sentía muy rara. Hablar es fácil dijo llse empezando a enojarse (aunque yo no estaba hablando mal de su buhardilla) pero tú no eres capaz de quedarte sola aquí de noche. No me molestaría para nada le dije yo. Entonces te desafío a que lo hagas dijo llse. Te desafío a que subas aquí a la hora de dormir y que duermas aquí toda la noche. Ahí me di cuenta de que estaba en un aprieto querido papá. Es una tontería alardear. No supe qué hacer. Era horrible pensar en dormir sola en esa buhardilla pero si no lo hacía llse me lo iba a enrostrar siempre cada vez que nos peleáramos y peor todavía iba a contárselo a Teddy y él iba a creer que soy una cobarde. Entonces dije, con orgullo, Lo haré llse Burnley y además no me da nada de miedo. (Pero sí me daba, por dentro). Los ratones te van a caminar por arriba dijo llse. Ah, yo no estaría en tu lugar por nada del mundo. Fue una mezquindad de parte de llse hacer las cosas peor de lo que eran. Pero me di cuenta de que me admiraba y eso me ayudó mucho. Sacamos una vieja cama de plumas del cuarto de los trastos y llse me dio una almohada y la mitad de su ropa. Ya estaba oscuro y llse no quiso volver a subir a la buhardilla. Entonces yo dije mis oraciones con mucho cuidado y agarré una lámpara y subí. Ahora estoy tan acostumbrada a las velas que la lámpara me puso nerviosa. Ilse dijo que se me veía muerta de miedo. Me temblaban las rodillas, querido papá, pero por el honor de los Starr (y de los Murray) continué. Me había desvestido en la habitación de llse, así que en seguida me metí en la cama y apagué la lámpara. Pero no pude dormirme por un largo rato. La luz de la luna hacía que la buhardilla se viera tétrica. Yo no sé exactamente lo que quiere decir ' tétrico pero me parece que así estaba la buhardilla. Las bolsas y la ropa que colgaban de las vigas parecían criaturas. Pensé que no tenía por qué asustarme. Los ángeles están aquí. Pero después me pareció que podía tenerles tanto miedo a los ángeles como a cualquier otra cosa. Y oía a las ratas y los ratones trepándose a las cosas. Pensé Y si una rata me pasa por encima y entonces pensé que al día siguiente escribiría una descripsión de la buhardilla a la luz de la luna y de mis sentimientos. Al fin oí llegar al doctor y después lo oí en la cocina y me sentí mejor y no había pasado mucho rato cuando me quedé dormida y soñé un sueño espantoso. Soñé que se abría la puerta del cuarto de los trastos y un diario grandote salía y me perseguía por toda la buhardilla. Y después se prendía fuego y yo olía el olor del fuego clarito clarito y justo entonces grité y me desperté. Estaba sentada en la cama y el diario no estaba pero yo seguía sintiendo olor a humo. Miré hacia el cuarto de los trastos y salía humo y vi fuego por entre las rajaduras de la madera. Grité con todo lo que me daban los pulmones y salí corriendo a la habitación de llse y ella fue corriendo a despertar al padre. Él dijo mierda pero se levantó en seguida y entonces los tres nos pusimos a subir y bajar corriendo las escaleras de la buhardilla con baldes de agua hicimos un enchastre tremendo pero apagamos el incendio. Eran las bolsas de lana que estaban colgadas cerca de la chimenea que se habían prendido fuego. Cuando terminó todo el doctor se secó la transpiración de su masculina frente y dijo Qué a tiempo. Unos minutos más y habría sido demasiado tarde. Hice fuego

cuando llegué para prepararme una taza de té y supongo que una chispa les prendió fuego a las bolsas.

Aquí veo que hay un agujero donde se cayó el yeso. Tendría que hacer limpiar todo este lugar. Cómo descubriste el fuego, Emily. Estaba durmiendo en la buhardilla dije. Durmiendo en la buhardilla dijo el doctor, como... qué... qué hacías ahí. Ilse me desafió dije. Me dijo que me iba a dar mucho miedo quedarme de noche y yo le dije que no. Me quedé dormida y me desperté y sentí olor a humo. Pequeño diablito, dijo el doctor. Yo creo que es muy feo que á uno le digan diablo pero el doctor me miró con tanta admiración que me pareció que era un cumplido. Él habla raro. llse dice que la única vez que le dijo una cosa linda fue una vez cuando a ella le dolía la garganta y él le dijo "pobre bichito" y parecía que le tenía pena. Yo estoy segura de que llse se siente muy pero muy mal porque el padre no la quiere aunque se hace como que no le importa. Pero, ay, papá, tengo más para contarte. Ayer salió el *Weekly Times* de Shrewsbury y en las Notas de Blair cuentan todo lo del incendio en lo del doctor y dice que fue afortunadamente descubierto a tiempo por la señorita Emily Starr. No puedo decirte lo que sentí cuando vi mi nombre en el diario. Me sentí famosa. Y nunca antes me habían llamado señorita en serió.

"El sábado pasado la tía Elizabeth y la tía Laura fueron a pasar el día a Shrewsbury y nos dejaron al primo Jimmy y a mí cuidando de la casa. Nos divertimos tanto y el primo Jimmy me dejó espumar todas las ollas de leche. Pero después de comer vinieron visitas inesperadas y no había ninguna torta en la casa. Era horrible. Nunca antes había pasado en los anales de Luna Nueva. Ayer a la tía Elizabeth le dolió una muela todo el día y la tía Laura había ido a Priest Pond a visitar a la tía abuela Nancy, así que no se hizo torta. Yo recé, me puse a cocinar y preparé una torta con la reseta de la tía Laura y salió bien. El primo Jimmy me ayudó a tender la mesa y servir la comida, y yo serví el té y no derramé ni una gota en los platillos. Habrías estado orgulloso de mí, papá. La señora Lewis se sirvió una segunda porción de torta y dijo Reconocería las tortas de Elizabeth Murray aunque me las sirvieran en plena África. Yo no dije nada por el honor de la familia. Pero me sentí muy orgullosa. Había salvado a los Murray de la deshonra. Cuando la tía Elizabeth llegó a casa y se enteró puso cara rara y probó un pedazo que había quedado y dijo Bueno, tienes algo de los Murray en ti. Es la primera vez que la tía Elizabeth me elogia. Le sacaron tres muelas así que no le van a doler más. Me alegro por ella. Antes de irme a dormir agarré el libro de resetas y elegí todas las cosas que me gustaría hacer. Budín real, Salsa espuma, Susanas de ojos negros, Cerdo en carroza. Suenan preciosas.

"Veo unas nubes blancas tan vaporosas y tan bellas encima del bosque de John el Altivo. Me gustaría volar y caer ensima de ellas. No puedo creer que sean húmedas y fofas como dice Teddy. Teddy grabó mis iniciales con las suyas en el Monarca de la Floresta pero alguien las tachó. No sé si fue Perry o llse.

"La señorita Brownell ahora casi no me da buenas notas de buen comportamiento y los viernes de noche la tía Elizabeth se molesta mucho pero la tía Laura entiende. Escribí un informe de la tarde cuando la señorita Brownell se burló de mis poemas y lo puse en un sobre viejo y escribí el nombre de la tía Laura en el sobre, que guardé entre mis papeles. Si me muero de tuberculosis la tía Elizabeth lo encontrará y sabrá la verdad y se lamentará de haber sido tan hinjusta conmigo. Pero no creo que me vaya a morir porque estoy mucho más gorda y llse me dijo que oyó que su padre le decía a la tía Laura que yo sería linda si tuviera más colores. Es malo querer ser linda, querido papá. La tía Elizabeth dice que sí y cuando yo le pregunté a ella A ti te gustaría ser linda, tía Elizabeth, pareció molesta.

"La señorita Brownell le tiene rabia a Perry desde aquella vez y lo trata muy mal pero él es dócil y dice que no quiere hacer lío en la escuela porque quiere aprender y progresar. Insiste que sus rimas son tan buenas como las mías y yo sé que no y eso me ecsaspera. Si en la escuela no presto atensión todo el tiempo la señorita Brownell dice Supongo que estás componiendo... poesía, Emily y entonces todos se ríen. No, no todos. No debo exajerar. Teddy, Perry, llse y Jennie no se ríen nunca. Es gracioso que ahora me guste tanto Jennie cuando la odié tanto el primer día de clase. Después de todo, no tiene ojos de cerdito. Tiene ojos chiquitos pero son divertidos y brillantes. Es muy querida en la escuela. Al que odio es a Frank Barker. Me sacó el libro nuevo de lectura y escribió grandote en la primera página

No oses robar este librito
Pues el nombre de su dueña tiene escrito.
Y cuando mueras el Señor dirá:
El libro que robaste, ¿dónde está?
Y cuando digas "No lo recuerdo".
El Señor te dirá: "Vete al infierno".

"No es un poema refinado y además no se habla así de Dios. Yo arranqué la hoja y la quemé y la tía Elizabeth se enojó y ni siquiera cuando le expliqué se aplacó su enojo. Ilse dice que después de esto a Dios lo va a llamar Alá. A mí me parece un nombre más lindo. Es muy suave y no suena tan severo. Pero me parece que no es muy relijioso.

"Mayo 20.

"Ayer fue mi cumpleaños, querido papá. Pronto hará un año que vine a Luna Nueva. Me parece como si hubiera vivido siempre aquí. Crecí cinco centímetros. El primo Jimmy me midió con una marca en la puerta del tambo. Mi cumpleaños fue muy lindo. La tía Laura hizo una torta riquísima y me regaló una nueva camisita blanca preciosa con un volado bordado. Le había pasado una cinta azul pero la tía Elizabeth se la hizo sacar. Y la tía Laura me regaló también ese pedacito de brocato de satén rosado que tenía en el cajón de su cómoda. Yo lo quería desde que lo vi pero nunca pensé que pudiera ser mío. llse me preguntó qué iba a hacer con él pero no voy a hacer nada. Sólo lo voy a tener en la buhardilla con mis tesoros y lo voy a mirar, porque es hermoso. La tía Elizabeth me regaló un dicsionario. Fue un regalo útil. Creo que me tiene que gustar. Pronto vas a ver cómo mejoro la ortografía, espero. El único problema es que cuando estoy escribiendo algo interesante me entusiasmo tanto que es espantoso tener que parar para buscar una palabra y ver cómo se escribe. Miré cavilar y la señorita Brownell tenía razón. Yo no sabía lo que quería decir. Rimaba tan bien y yo pensaba que quería decir contemplar o ver pero quiere decir pensar. El primo Jimmy me regaló un cuaderno grandote y grueso. Estoy tan orgullosa de él. Será tan lindo escribir en él. Pero seguiré usando las planillas para escribirte a ti, querido papá, porque puedo doblarlas de a una y hacer como que son cartas de verdad. Teddy me regaló un dibujo de mí. Lo pintó con acuarelas y le puso de título La Niña Sonriente. Parezco como si estuviera escuchando algo que me hace muy feliz. Ilse dice que me favorece. Me hizo más linda de lo que soy pero no más linda de lo que sería si pudiera dejarme el flequillo. Teddy dice que cuando crezca va a hacer una verdadera pintura de mí. Perry se fue caminando hasta Shrewsbury para comprarme un collar de perlas y lo perdió. No tenía más dinero así que se fue a su casa a Stovepipe Town, le pidió una gallinita a su tía Tom y me regaló eso. Es un muchacho muy persistente. Todos los huevos que ponga la gallina son pára

mí y podré vendérselos al vendedor ambulante. llse me regaló una caja de caramelos. Voy a comer uno solo por día para que me dure más. Yo quería que llse comiera pero dijo que no porque sería mezquino ayudar a comer un regalo que hizo uno y yo insistí y entonces nos peleamos. Ilse me dijo que era un cuadrúpedo maullador (que es ridículo), tan tonta que no me daba cuenta ni de que tenía que entrar en mi casa cuando empezaba a llover. Y yo le dije que no era tan tonta como para no tener modales, por lo menos. Ilse se puso tan furiosa que se fue a su casa pero después se le pasó y volvió a cenar.

18
EL PADRE CASSIDY

La consternación se había apoderado de Luna Nueva. Todos estaban desesperadamente tristes. La tía Laura lloraba. La tía Elizabeth andaba tan pendenciera que era imposible vivir con ella. El primo Jimmy andaba como distraído y Emily dejó de preocuparse por la madre de llse y el fantasma arrepentido de Silas Lee cuando se iba a la cama y se dedicaba ahora a ese nuevo problema. Pues todo se había originado en su falta de obediencia a la tradición de La Luna Nueva de no visitarse con John el Altivo, y la tía Elizabeth no tenía pelos en la lengua para reprochárselo. Si ella, Emily Byrd Start, no hubiera ido nunca a lo de John el Altivo, nunca habría comido esa manzana dulce y, si no hubiera comido esa manzana, John el Altivo no le habría hecho ninguna broma y, si él no le hubiera hecho una broma, la tía Elizabeth jamás habría ido a decirle cosas duras, típicamente Murray y, si la tía Elizabeth no le hubiera dicho cosas duras, típicamente Murray John el Altivo no se habría ofendido ni habría querido vengarse y, si John el Altivo no se hubiera ofendido ni hubiera querido vengarse nunca se le habría metido en la altiva cabeza cortar el hermoso bosque ubicado al norte de Luna Nueva.

Pues a ese punto exacto era adonde los había llevado a todos esta progresión de juego infantil tipo "La rana que estaba jugando en el agua". John el Altivo había anunciado públicamente, en lo del herrero de Blair Water, que apenas terminara la cosecha iba a cortar el bosque, se talaría cada árbol y cada brote. La noticia llegó en seguida a Luna Nueva y conmocionó a sus habitantes como hacía años que no los conmocionada nada. A sus ojos era toda una catástrofe.

Elizabeth y Laura apenas podían creerlo. Era inconcebible. Ese gran bosque espeso y protector, de abetos rojos y árboles de madera dura, había estado *siempre* ahí, *moralmente* pertenecía a Luna Nueva, ni siquiera John el Altivo podría osar cortarlo. Pero John el Altivo tenía la incómoda reputación de hacer lo que decía que iba a hacer, eso era parte de su altivez y, si decía algo, lo hacía.

-Luna Nueva será una ruina -gemía la pobre tía Laura-. Quedará hecha un espanto; toda su belleza desaparecerá, y quedaremos expuestos al viento del norte y a las tormentas del mar, siempre hemos estado protegidos y resguardados aquí. Y el jardín de Jimmy también se arruinará.

-Eso es lo que resulta de traer aquí a Emily -dijo la tía Elizabeth.

Era una crueldad decir eso, aun siendo indulgente con ella, una crueldad y una injusticia, pues su lengua mordaz y su sarcasmo estilo Murray habían tenido tanto que ver en el asunto como Emily. Pero lo dijo y para Emily fue como una puñalada que le atravesó el pecho

Librodot

y dejó su marca durante años. La pobre Emily ya estaba suficientemente angustiada. Ya se sentía tan desgraciada, que no podía comer ni dormir. Elizabeth Murray, a pesar de su furia y su tristeza, dormía como un tronco todas las noches pero, junto a ella en la oscuridad, con miedo de moverse o darse vuelta, yacía una delgada criaturita cuyas lágrimas, que le corrían en silencio por las mejillas, no aliviaban un corazón hecho pedazos. Porque Emily sentía que tenía el corazón hecho pedazos, que no podía seguir viviendo y sufriendo así. Nadie podía.

Emily había vivido lo suficiente en Luna Nueva para que se le hubiera metido en la sangre. Tal vez hasta había nacido con ella. De todos modos, cuando llegó a la casa, se adaptó a su atmósfera como una mano al guante. La quería como si hubiera vivido en ella toda su breve vida, amaba cada palito y piedrita, cada árbol y cada brizna de hierba, cada clavo en el piso de la cocina, cada montoncito de musgo verde en el techo del tambo, cada aguileña rosada y blanca que crecía en el jardín viejo, cada "tradición" de su historia. Pensar en que, en gran medida, tirarían abajo toda esa belleza era una agonía para ella. ¡Y pensar en que se estropearía el jardín del primo Jimmy! Emily adoraba ese jardín casi tanto como él; era el orgullo de la vida del primo Jimmy poder hacer crecer esas plantas y esos arbustos que no soportaban el invierno en ningún otro lugar de la Isla Príncipe Eduardo: si quitaban el amparo de la pared norte, todo moriría. Y pensar en el bosque mismo, talado, el Camino del Hoy, el Camino del Ayer y el Camino del Mañana borrados de la faz de la Tierra, el imponente Monarca de la Floresta sin su corona, la casita de juegos donde ella e Ilse habían pasado momentos tan maravillosos, destruida, todo ese hermoso lugar, íntimo, lleno de helechos, arrancado de su vida de un ramalazo.

¡Ay, John el Altivo había elegido y planeado muy bien su venganza!

¿Cuándo caería sobre ellos el golpe? Todas las mañanas Emily prestaba atención, angustiada, de pie en el escalón de piedra de la cocina, para ver si oía el sonido de las hachas en el claro aire de septiembre. Todos los atardeceres cuando regresaba de la escuela temía ver que la obra de destrucción había comenzado. Sufría y se angustiaba. Por momentos, le parecía que no podría ya soportar la vida. Todos los días la tía Elizabeth le decía algo imputándole a ella toda la culpa y la pobre niña se puso muy susceptible con el tema. Casi deseaba que John el Altivo comenzara de una buena vez y terminara con todo. Si Emily hubiera oído alguna vez la historia clásica de Damocles se hubiera solidarizado con él de todo corazón. Si hubiera tenido alguna esperanza de que pudiera servir de algo se habría tragado el orgullo de los Murray y el orgullo de los Starr y cualquier otro tipo de orgullo y habría ido de rodillas a rogarle a John el Altivo que detuviera su mano vengativa. Pero estaba segura de que no serviría de nada. John el Altivo no había dejado duda alguna en nadie de su amarga determinación en lo que hacía al hecho. Se hablaba mucho del tema en Blair Water y algunos se alegraban mucho de este golpe que se descargaría sobre el orgullo y el prestigio de Luna Nueva y algunos sostenían que era una conducta baja y sucia de parte de John el Altivo, y todos estaban de acuerdo en que esto era lo que todos habían profetizado que sucedería, tarde o temprano, cuando la vieja enemistad entre los Murray y los Sullivan, alimentada durante tres generaciones, llegara a su fin inevitable. Lo único sorprendente era que John el Altivo no lo hubiera hecho antes. Siempre había odiado a Elizabeth Murray, desde que iban a la escuela, cuando la mordacidad de ella no lo había exceptuado.

Un día, Emily se sentó a llorar en la orilla del estanque de Blair Water. La habían mandado a cortar las rosas marchitas de la tumba de la abuela Murray y, luego de terminar su tarea, no tuvo coraje para volver a la casa, donde la tía Elizabeth estaba amargándole la vida a

todo el mundo porque ella misma estaba amargada. Perry había dicho que el día anterior, en lo del herrero, John el Altivo había afirmado que el lunes de mañana comenzaría a talar el bosque.

-¡No puedo soportarlo! -sollozaba Emily, hablándoles a los rosales.

Unas pocas rosas tardías asintieron; la Señora Viento peinaba, agitaba y sacudía los altos pastos verdes donde los orgullosos Murray, hombres y mujeres, dormían serenos, impasibles a viejas enemistades y pasiones. El sol de septiembre brillaba con una luz suave y serena sobre los viejos campos labrados y el agua azul del estanque de Blair Water ronroneaba y lamía suavemente las orillas bordeadas de arbustos verdes.

-No entiendo cómo Dios no detiene la mano de John el Altivo-dijo Emily, con pasión. Sin duda los Murray de Luna Nueva tenían derecho a esperar eso de la Providencia.

Teddy venía silbando por la pradera y las notas de su tonada soplaban por encima del estanque de Blair Water como gotas feéricas de sonido. Saltó el cerco del cementerio y encaramó su cuerpo delgado y grácil, irreverentemente, sobre la losa plana del "Aquí me quedo" de la tatarabuela Murray.

-¿Qué pasa? -preguntó.

-Todo -dijo Emily, algo enojada. Teddy no tenía por qué estar tan contento. Ella estaba acostumbrada a recibir más solidaridad de parte de Teddy y la irritaba no recibirla. -¿No sabes que John el Altivo va a empezar a talar el bosque el lunes?

Teddy asintió.

-Sí. Me lo contó Ilse. Pero, escúchame, Emily, se me ocurrió una cosa. John el Altivo no se va a animar a cortar el bosque si el cura le dice que no lo haga, ¿verdad?

-¿Por qué?

-Porque los católicos tienen que hacer lo que los curas les dicen, ¿no?

-No lo sé. Yo no sé nada de los católicos. Nosotros somos presbiterianos.

Emily sacudió la cabeza. Se sabía que la señora Kent era de la "iglesia anglicana" y, aunque Teddy iba a la Escuela Dominical Presbiteriana, ese hecho no le daba un lugar muy prominente entre los círculos de los "presbiterianos natos".

-Si tu tía Elizabeth va a hablar con el padre Cassidy en White Cross y le pide que detenga a John el Altivo, tal vez lo haga - insistió Teddy.

-La tía Elizabeth jamás haría semejante cosa --dijo Emily, convencida-. Estoy segura. Es demasiado orgullosa.

-¿Ni siquiera para salvar el bosque? -Ni siquiera para eso.

-Entonces supongo que no hay nada que hacer -dijo Teddy, algo alicaído-. Mira, mira lo que hice. Un dibujo de John el Altivo en el Purgatorio, con tres diablitos que le clavan tridentes al rojo vivo. Lo copié de uno de los libros de mi madre, el Infierno del Dante, creo que era, pero puse a John el Altivo en lugar del hombre del dibujo. Te lo regalo.

-No lo quiero. -Emily estiró las piernas y se levantó. Estaba más allá del estadio en el que infligir torturas imaginarias a John el Altivo pudiera consolarla. Ya lo había matado de varias maneras terribles durante sus vigilias nocturnas. Pero se le había ocurrido una idea, una idea audaz. -Ahora me tengo que ir a casa, Teddy, es la hora del almuerzo.

Teddy se guardó el dibujo rechazado, que en realidad era un trabajo magnífico, si alguno de los dos hubiera tenido la capacidad de darse cuenta, en el cual la expresión de angustia en la cara de John el Altivo en el momento en que un diablito travieso lo tocaba con un tridente habría sido el dolor de cabeza de más de un artista consumado. Se fue a su casa deseando poder ayudar a Emily; era un disparate que una niña como Emily, con esos suaves ojos color gris purpúreo y una sonrisa que le hacía pensar a uno en cosas hermosas que no

podían expresarse con palabras, sufriera. Teddy estaba tan preocupado que le agregó más diablos al dibujo de John el Altivo en el Purgatorio y alargó considerablemente los dientes de los tridentes.

Emily se fue a su casa con un rictus de determinación en la boca. Comió lo que pudo tragar -que no fue mucho, porque la cara de la tía Elizabeth habría echado por tierra con su apetito, de haberlo tenido- y se escurrió de la casa por la puerta del frente. El primo Jimmy trabajaba en el jardín pero no la llamó. Ahora el primo Jimmy andaba siempre triste. Emily se detuvo un segundo en el porche griego y miró hacia el bosque de John el Altivo, verdísimo, meciéndose, hermoso. ¿Para el lunes de noche sería un terreno profanado de tocones de árbol? Impulsada por esta idea, Emily arrojó el miedo y la duda al viento y comenzó a caminar con determinación por el sendero. Al llegar al portón, tomó a la izquierda por el largo camino rojo y misterioso que subía la Montaña Despreciable. Nunca antes había tomado ese camino, que iba derecho a White Cross. Emily iba a la casa de la iglesia a ver al padre Cassidy. Eran unos tres kilómetros hasta White Cross y Emily sintió que los había cubierto rápidamente, no porque fuera un hermoso camino con vientos y helechos silvestres, lleno de conejitos, sino porque temía lo que la esperaba al llegar. Había tratado de pensar lo que diría, cómo lo diría, pero le fallaba la inventiva. No sabía cómo eran los curas católicos, y no tenía idea de cómo dirigirse a ellos. Eran más misteriosos y enigmáticos que los pastores. ¿Y si el padre Cassidy se enojaba con ella por atreverse a ir a pedirle un favor? Tal vez era algo muy malo de hacer, desde cualquier punto de vista. Y probablemente no sirviera de nada. Probablemente el padre Cassidy se negara a interferir con John el Altivo, que era un buen católico, mientras que ella, en opinión del cura, era una hereje. Pero, por la menor posibilidad, por remota que fuese, de impedir la calamidad que se cernía sobre Luna Nueva, Emily se habría enfrentado a todo el Colegio de Cardenales Con un miedo espantoso, nerviosísima, la idea de regresar ni se le pasó por la cabeza. Sólo lamentaba no haberse puesto el collar de cuentas venecianas. Podrían haber impresionado al padre Cassidy.

Aunque Emily no había estado nunca en White Cross, reconoció la casa del cura cuando la vio. Era una linda residencia rodeada de árboles cerca de la gran capilla blanca con una resplandeciente cruz dorada en la aguja y los cuatro ángeles dorados, uno sobre cada una de las agujas más pequeñas de las esquinas. A Emily le parecieron preciosos, relucientes a la luz del Sol que caía, y deseó que ellos pudieran tener algunos ángeles en la sencilla iglesia blanca de Blair Water. No entendía por qué los católicos tenían todos los ángeles. Pero no había tiempo para pensar en esto pues, en ese momento, se abría la puerta y la prolija mucama esperaba.

-¿Está... el padre... Cassidy? -preguntó Emily, algo temblorosa.

-Sí.

-¿Puedo... verlo?

-Adelante -dijo la mucama. Evidentemente, no había dificultad en ver al padre Cassidy ninguna ceremonia misteriosa, como había esperado Emily, para que le permitieran verlo. La hicieron pasar a una habitación llena de libros y la dejaron allí, mientras la mucama iba a buscar al padre Cassidy que, según le dijo, estaba trabajando en el jardín. Eso sonaba muy natural y alentador. Si el padre Cassidy trabajaba en el jardín no podía ser tan terrible.

Emily miró a su alrededor con curiosidad. Estaba en una habitación muy bonita, con sillas acogedoras, cuadros y flores. No había nada alarmante ni extraño en ella, a excepción de un inmenso gato negro sentado sobre una de las bibliotecas. Era un animal de veras enorme. Emily adoraba a los gatos y siempre se había sentido cómoda con cualquier gato. Pero jamás había visto uno como éste. Con ese tamaño y los ojos dorados, insolentes, colocados como

gemas vivas en la cara de terciopelo negro, no parecía pertenecer a la misma especie que los gatitos bonitos, mimosos, respetables. El señor Dare nunca tendría en la rectoría un animal como ése. Todo el miedo al padre Cassidy volvió a apoderarse de Emily.

Y, entonces, entró el padre Cassidy con la sonrisa más encantadora del mundo. Emily lo observó con esa mirada franca que era su costumbre -o su don- y no volvió a tener miedo. El padre Cassidy era un hombre grande, de espalda ancha, ojos y cabellos castaños y con la cara tan bronceada debido a su inveterada costumbre de andar sin sombrero bajo el sol más inclemente, que la tez también era castaña. Emily pensó que parecía una gran nuez, una grande, castaña, saludable.

El padre Cassidy la miró mientras le estrechaba la mano y Emily estaba en uno de esos momentos en que la belleza se apoderaba de ella. La ansiedad había dado a sus mejillas la tonalidad de las rosas silvestres, la luz del Sol le había dejado los cabellos negros resplandecientes y sedosos, los ojos eran suavemente oscuros y límpidos, pero fueron las orejas lo que el padre Cassidy se inclinó a observar. Emily experimentó un momento de pavor pensando si las tendría limpias.

-Tiene las orejas puntiagudas -dijo el padre Cassidy, en un susurro de entusiasmo-. ¡Orejas puntiagudas! Yo sabía que venía de la tierra de las hadas apenas la vi. Siéntate, elfo, si es que los elfos se sientan, siéntate y dame las últimas noticias de la corte de Titania.

Emily se sentía ahora en terreno conocido. El padre Cassidy hablaba su idioma y lo hablaba con una voz tan suave y gutural, redondeando las vocales apenas, como correspondía a un verdadero irlandés. Pero ella sacudió la cabeza con pena. Con la carga de su diligencia en el alma no podía jugar el papel de embajadora del Reino de los Elfos.

-Soy sólo Emily Starr, de Luna Nueva --dijo, respiró hondo y se apresuró a decir, pues no debía haber engaño, no debía llevar banderas falsas-, y soy protestante.

--Y una protestante muy bonita --dijo el padre Cassidy-. Pero me desilusionas. Estoy acostumbrado a los protestantes, los bosques de los alrededores están llenos de ellos, pero hace cien años de la visita del último elfo.

Emily se quedó mirándolo. El padre Cassidy no podía tener cien años. No parecía tener más de cincuenta. Aunque tal vez los curas católicos vivieran más que el resto de la gente. No supo exactamete qué responder, y entonces, dijo, insegura:

-Veo que tiene un gato.

-Inexacto -dijo el padre Cassidy, negando con la cabeza, y gimió=-. El gato me tiene a mí.

Emily renunció a intentar comprender al padre Cassidy. Era agradable, pero incomprensible. Lo dejó así. Y debía abocarse a su diligencia.

-Usted es una especie de pastor, ¿no? -preguntó, tímida. No sabía si al padre Cassidy le gustaría que lo llamara pastor. -Algo parecido -asintió el cura, con afabilidad--. Y te darás cuenta de que los pastores y los curas no pueden decir malas palabras. Tienen que tener gatos para que lo hagan por ellos. Nunca conocí a un gato que supiera decir malas palabras con tanta delicadeza y eficacia como el Chico.

-¿Así se llama? -preguntó Emily, mirando al gato negro con respeto. No parecía muy seguro hablar de él en su presencia. -Así se llama él a sí mismo. Mi madre no lo quiere porque le roba la crema. A mí no me molesta que lo haga, no, lo que no soporto es cómo se lava la cara después de comérsela. Ah, Chico, tenemos un hada de visita. Entusiásmate por algo, alguna vez, te lo suplico, sé buenito.

El Chico se negaba a entusiasmarse. Le hizo un guiño insolente a Emily.

-¿Tienes idea de qué cosas se le pasan por la cabeza a un gato, elfo?

Qué preguntas extrañas hacía el padre Cassidy. Pero Emily pensé que sus preguntas le gustarían más si no fuera porque estaba tan preocupada. De pronto, el padre Cassidy se inclinó por encima de la mesa y dijo:

-Ahora bien, ¿qué te preocupa?

-Soy muy desgraciada -dijo Emily, conmovedoramente. -Lo mismo le sucede a muchísima gente. Todo el mundo es desgraciado en algún momento. Pero las criaturas que tienen orejas puntiagudas no deberían ser desdichadas. Sólo debería sucederles a los mortales.

-Ay, por favor... por favor -Emily se preguntó cómo debía dirigirse a él. ¿Se ofendería si un protestante lo llamaba "padre"? Pero debía arriesgarse. -Por favor, padre Cassidy, tengo un problema muy grande y vine a pedirle un favor inmenso.

Emily le contó toda la historia desde el principio al fin, la vieja enemistad entre los Murray y los Sullivan, su interrumpida amistad con John el Altivo, la manzana dulce, la desdichada consecuencia y la amenaza de venganza de John el Altivo. El Chico y el padre Cassidy la escucharon con idéntica gravedad hasta que terminó. Entonces el Chico le hizo un guiño, pero el padre Cassidy juntó sus largos dedos.

-Ajá -dijo.

("Es la primera vez", reflexionó Emily, "que oigo a alguien decir Ajá' fuera de un libro").

-Ajá -volvió a decir el padre Cassidy-. ¿Y tú quieres que yo impida ese acto inicuo?.

-Si puede -dijo Emily-. Ay, sería tan maravilloso que pudiera. ¿Lo hará? ¿Lo hará?

El padre Cassidy juntó los dedos aún con más cuidado. -Me temo que no puedo invocarla fuerza de la llave para impedir a John el Altivo que disponga de su propiedad legal, ¿sabes, elfo? 206

Emily no entendió la alusión a las llaves pero sí entendió que el padre Cassidy se negaba a utilizar el poder de la Iglesia sobre John el Altivo. Entonces, no había esperanza. No pudo evitar que las lágrimas de la decepción le bañaran los ojos.

-Ay, vamos, querida, no llores -imploró el padre Cassidy-. Los elfos no lloran, no pueden llorar. Me partiría el corazón descubrir que no perteneces a la raza de las Personitas Verdes. Puedes decir que eres de Luna Nueva y declararte de la religión que desees, pero eso no quita que pertenezcas a la Edad de Oro y a los antiguos dioses. Por eso debo salvar ese bosque verde para ti. Emily lo miró.

-Creo que es posible -continuó el padre Cassidy . Creo que si voy a hablar con John el Altivo, en una charla franca con él, puedo hacerlo entrar en razones. John el Altivo y yo somos buenos amigos. Es una persona razonable, si uno sabe cómo encararlo, que es halagando adecuadamente su vanidad. Le plantearé, no como el cura a un miembro de su grey, sino de hombre a hombre, que un irlandés de buena cepa no se empecina en una pelea con mujeres y que ninguna persona sensata destruiría por ninguna otra razón que el resentimiento esos árboles hermosos y antiguos que han demorado medio siglo en crecer y que no pueden ser repuestos. El hombre que corta un árbol así no siendo absolutamente necesario debe ser colgado tan alto como Haman en una horca hecha de la madera de ese mismo árbol.

(Emily pensó que escribiría esa última frase del padre Cassidy en el cuaderno del primo Jimmy cuando llegara a casa.)

-Pero no voy a decirle eso a John el Altivo -terminó diciendo el padre Cassidy-. Sí, Emily de Luna Nueva, creo que podemos dar por hecho que tu bosque no será talado.

De pronto, Emily se sintió muy contenta. Por alguna razón tenía una confianza absoluta en el padre Cassidy. Estaba segura de que él haría bailar a John el Altivo con un dedo.

-¡Ay, nunca terminaré de agradecérselo! -dijo, honestamente. -Es cierto, así que no desperdicies aliento. Y ahora cuéntame cosas. ¿Hay más de tu especie? ¿Cuánto hace que eres quien eres?

-Tengo doce años, y no tengo hermanos. Y creo que es hora de que me vaya a mi casa.

-No sin antes comer algo. -Ah, gracias, ya comí.

-Hace dos horas y luego hiciste una caminata de tres kilómetros. No me digas nada. Lamento no tener néctar ni ambrosía a mano, esa comida de los elfos, y ni siquiera una platito de luz de luna, pero mi madre hace la mejor torta de ciruelas de la Isla Príncipe Eduardo. Y tenemos una vaca para que nos dé crema. Espera aquí un momento. No le tengas miedo al Chico. A veces come protestantes pequeños, si son tiernitos, pero nunca se mete con los duendes.

Cuando el padre Cassidy regresó, lo acompañaba su madre, con una bandeja. Emily esperaba a una señora grande y castaña también, pero la madre era una señora de lo más diminuta que es posible imaginar, con sedosos cabellos blancos, bondadosos ojos azules y mejillas sonrosadas.

-¿No es lo más dulce en el rubro madres? -preguntó el padre Cassidy-. La tengo para mirarla. Claro que -el padre Cassidy bajó la voz hasta un susurro- hay algo extraño en ella. Yo he visto a esta mujer interrumpirse en el medio de la limpieza de la casa y salir y pasar la tarde en el bosque. Como tú, creo que tiene trato con las hadas.

La señora Cassidy sonrió, le dio un beso a Emily, dijo que tenía que ir a terminar sus conservas y salió.

-Ahora siéntate aquí, elfo, sé humana por diez minutos y comeremos como dos amigos.

Emily tenía hambre, una sensación familiar, agradable, que hacía quince días que no experimentaba. La torta de ciruelas de la señora Cassidy era lo que había anunciado su reverendo hijo, y la vaca que daba crema no era ningún mito.

-¿Ahora qué piensas de mí? -preguntó súbitamente el padre Cassidy, al encontrar los ojos de Emily clavados en él, examinándolo.

Emily se sonrojó. Estaba preguntándose si podría pedirle otro favor al padre Cassidy.

-Creo que usted es muy bueno -dijo.

-Soy muy bueno -dijo el padre Cassidy-. Soy tan bueno que haré cualquier cosa que me pidas, porque me parece que hay otra cosa que quieres que haga.

-He estado en un aprieto durante todo el verano. El asunto -dijo Emily, con mucha sobriedad- es que soy poetisa. -¡Dios santo! Eso sí que es serio. No sé si puedo ayudarte. ¿Cuánto hace que estás afectada?

-¿Se está burlando de mí? -preguntó Emily, seria.

El padre Cassidy tragó algo que no era torta de ciruelas. -¡Que los santos no me lo permitan! Es que me impresionaste. Recibir la visita de una dama de Luna Nueva, un elfo y una poetisa todo en una sola persona es un poco demasiado para un pobre sacerdote como yo. Sírvete otra porción de torta y cuéntamelo todo.

-El asunto es el siguiente. Estoy escribiendo una epopeya. De pronto el padre Cassidy se inclinó hacia adelante y le dio un pellizconcito a Emily.

-Quería saber si eres de verdad -explicó-. Sí, sí, estás escribiendo una epopeya, continúa. Creo que me he recuperado. -La empecé la primavera pasada. Le puse de título *La*

dama blanca, al principio, pero ahora se lo cambié a *La hija del mar*. ¿No le parece un título mejor?

-Mucho mejor.

-Ya terminé tres cantos, y no puedo avanzar porque hay algo que no sé y no puedo averiguar. Me tiene muy preocupada. -¿Qué es?

-Mi epopeya-dijo Emily, devorando con diligencia la torta de ciruelas- trata de una muchacha de alta alcurnia y hermosísima que fue robada a sus padres verdaderos cuando era pequeñita y criada en la choza de un leñador.

-Uno de los siete argumentos capitales del mundo -murmuró el padre Cassidy.

-¿Qué?

-Nada. Una mala costumbre de pensar en voz alta. Continúa.

-Tiene un enamorado de alto linaje, pero la familia de él no quiere que se case con ella porque ella no es más que la hija de un leñador...

-Otro de los siete argumentos... discúlpame.

.. entonces lo mandan a Tierra Santa en una cruzada y llega la noticia de que lo mataron y entonces Editha -el nombre de ella es Editha- se mete en un convento.

Emily se interrumpió para comer un bocado de torta de ciruelas y el padre Cassidy retomó la historia.

-Y ahora su enamorado regresa vivito y coleando, aunque cubierto de cicatrices de heridas hechas por los infieles, y se descubre el secreto del nacimiento de ella por la confesión que hace en su lecho de muerte la vieja nodriza y por una marca de nacimiento que ella tiene en el brazo.

-¿Cómo lo sabía? -preguntó Emily, azorada.

Ah, lo adiviné, soy bueno para adivinar cosas. Pero, ¿cuál es tu preocupación?

-No sé cómo sacarla del convento -confesó Emily . Pensé que usted podía saber cómo puedo sacarla.

El padre Cassidy volvió a juntar los dedos.

-Bueno, vamos a ver. No es sencilla la tarea que te has impuesto, jovencita. ¿Cómo están las cosas? *Editha* ha tomado los hábitos no por su vocación religiosa sino porque cree que se le ha partido el corazón. La Iglesia Católica no libera a las monjas de sus votos porque ellas crean que han cometido un error. No, no, tenemos que tener una razón mejor. ¿Editha es la única hija de sus padres verdaderos?

-Sí.

-Ah, entonces la salida es clara. Si hubiera tenido hermanos, habrías tenido que matarlos, lo cual es complicado. Bueno, entonces, ella es hija única y heredera de una familia noble que durante años ha mantenido una enemistad a muerte con otra familia noble, la familia del enamorado. ¿Tú sabes lo que es una enemistad de ese tipo?

-Por supuesto -dijo Emily, desdeñosa-. Eso ya lo tengo en el poema.

-Mucho mejor. Esa enemistad ha partido al reino en dos y solo puede remediarse mediante una alianza entre los Capuleto y los Montesco.

-Esos no son los nombres.

-No importa. Entonces, se trata de un asunto nacional, con consecuencias de largo alcance, por lo tanto, puede apelarse al Sumo Pontífice. Lo que necesitas -dijo el padre Cassidy, asintiendo con gravedad-, es una dispensa de Roma.

-Dispensa no es una palabra bonita para poner en un poema -dijo Emily.

-Sin duda. Pero las jovencitas que quieren escribir poemas épicos y que sitúan las escenas de éstos en épocas y costumbres de hace cientos de años, y que eligen heroínas de una religión desconocida para ellas, tienen que estar preparadas para toparse con algunos obstáculos.

-Ah, creo que podré arreglármelas -dijo Emily contenta-. Y se lo agradezco tanto. No sabe qué alivio es para mí. Ahora terminaré el poema en unas semanas. En todo el verano no escribí una línea. Claro que estuve muy ocupada. Ilse Burnley y yo estamos haciendo un idioma nuevo.

-Haciendo un... perdóname. ¿Dijiste idioma? -Sí.

-¿Qué tiene el inglés de malo? ¿No te es suficiente, criatura incomprensible?

-Ah, sí. Por eso estamos haciendo uno nuevo. En primavera, el primo Jimmy trajo a una cantidad de muchachos franceses a ayudarlo a plantar papas. Yo también tenía que ayudar, e Ilse venía a acompañarme. Y era tan molesto escuchar a esos muchachos hablando francés y no entender ni una palabra. Lo hacían para molestarnos. ¡Eran trabalenguas! Entonces Ilse y yo decidimos que inventaríamos un idioma nuevo que ellos no iban a comprender. Hemos progresado mucho y cuando llegue la cosecha de la papa vamos a poder hablar entre nosotras y los muchachos no van a poder entender ni una sola palabra de lo que digamos. ¡Va a ser muy divertido!

-No me cabe la menor duda. Pero dos niñas que se toman todo el trabajo de inventar un idioma nuevo sólo para vengarse de unos pobres muchachitos franceses... me superas -dijo el padre Cassidy, impotente-. Sólo Dios sabe lo que harás cuando crezcas. Serás una Revolucionaria Roja. Tiemblo por Canadá.

-Ah, pero no es un trabajo, es divertido. Y todas las niñas de la escuela están furiosas porque nos oyen hablar y no pueden entender nada. Podemos contarnos secretos delante de ellas.

-Siendo lo que es la naturaleza humana, me doy cuenta de en qué consiste la diversión. A ver, un ejemplo de tu idioma.

-Nat millan o ste dolman bote ta Shrewsbury fernas ta poo litanos -dijo Emily, muy suelta de lengua-. Eso significa: "El verano próximo voy a ir a los bosques de Shrewsbury a recoger frutillas". El otro día, en el recreo, se lo grité a llse en el campo de juegos y ¡ah! se quedaron todos mirándonos.

-¿Mirándolas? Me imagino. A mí mismo se me salen los ojos de las órbitas. A ver, un poquito más.

-Mo tral li muerto seb ad li mo trene. Mo bertral seb mo bertrene das sten muertos e ting setra. Eso quiere decir: "Mi padre está muerto y mi madre también. Mis abuelos hace mucho que están muertos". Todavía no inventamos una palabra para "muerto". Creo que pronto podré escribir mis poemas en mi idioma y entonces la tía Elizabeth no podrá leerlos si los encuentra. -¿Has escrito otros poemas además de tu épica?

-Ah, sí, aunque poemas cortos, pero tengo docenas.

-Ajá. ¿Tendrías la gentileza de deleitarme con alguno de ellos? Emily se sintió muy halagada. Y no le molestaba que el padre Cassidy oyera su querida obra.

-Le recitaré mi último poema -dijo, aclarándose la garganta con aire de importancia-.Se llama *Sueños de la noche.*

El padre Cassidy escuchó con atención. Después del primer verso hubo un cambio en su carota bronceada y comenzó a juntar los dedos. Cuando terminó, Emily bajó las pestañas y

esperó, temblando. ¿Y si el padre Cassidy decía que era malo? No, no podía ser tan descortés. Pero si se burlaba como había hecho con la epopeya, ella sabría lo que eso querría decir.

El padre Cassidy no habló de inmediato. El prolongado suspenso fue terrible para Emily. Tenía miedo de que no pudiera elogiarlo y no quisiera herir sus sentimientos hablando mal de él. De pronto *Sueños de la noche* le pareció un mamarracho y se preguntó cómo podía haber sido tan tonta como para recitárselo al padre Cassidy. .

Claro que sí era un mamarracho. El padre Cassidy lo sabía. Pero de todas maneras, para una niña tan pequeña... la rima y el ritmo eran impecables, y había un verso, sólo un verso, "la luz de estrellas débilmente doradas", y por ese solo verso el padre Cassidy de pronto dijo:

-Sigue, sigue escribiendo poesía.

-¿Eso qué quiere decir? -preguntó Emily, sin aliento. -Quiere decir que con el tiempo vas a lograr hacer algo. Algo, no sé cuánto, pero sigue, sigue.

Emily estaba tan contenta que tenía ganas de llorar. Eran las primeras palabras de aliento que recibía de alguien, sin contar a su padre, y un padre puede tener una opinión demasiado alta de una. Eso era diferente. Hasta el final de su lucha por ser reconocida, Emily jamás olvidó el "Sigue" del padre Cassidy y el tono en el que lo dijo.

-La tía Elizabeth me reprende por escribir poesía -dijo, pensativa-. Dice que la gente va a pensar que soy tan simple como el primo Jimmy.

-E.1 camino de la genialidad nunca es fácil. Pero, come otro pedazo de torta, come, para demostrarme que hay algo humano en ti.

-Ve, merry ti. O del re dolman cosey aman ti sen ritter. Eso significa "No, gracias. Tengo que irme, a casa antes de que oscurezca".

-Te llevaré a tu casa.

-Ay, no, no. Es muy amable -ahora el inglés le era suficiente a Emily-, pero prefiero caminar. Es... es un buen ejercicio. -Eso quiere decir-dijo el padre Cassidy con un brillo en los ojos- que debemos cuidarnos de la anciana señora. Adiós, ¡y que siempre veas un rostro feliz en tu espejo!

Emily estaba demasiado feliz como para sentir cansancio en el camino de regreso. Parecía sentir burbujas de alegría en el corazón, burbujas relucientes y prismáticas. Cuando llegó a la cima de la gran colina y miró hacia Luna Nueva, sus ojos estaban satisfechos y llenos de amor. Qué hermosa era la casa, envuelta en las luces de los viejos árboles. Las puntas de los abetos más altos recortaban sus siluetas púrpura contra el rosado y el ámbar del cielo noroccidental. Atrás, Blair Water soñaba en plateado. La Señora Viento había plegado sus neblinosas alas de murciélago en un valle de crepúsculo y el silencio cubría al mundo como una bendición. Emily estaba segura de que todo saldría bien. El padre Cassidy lo arreglaría de alguna manera.

Y le había dicho que "siguiera".

19
AMIGOS OTRA VEZ

El lunes a la mañana, Emily escuchó con miedo, pero "ni el ruido del hacha o del martillo poderoso sonaron" en el bosque de John el Altivo. Esa tarde, de regreso a casa

después de la escuela, el mismo John el Altivo la alcanzó en su carro y por primera vez desde la noche de la manzana, se detuvo y la encaró.

-¿Me permite que la alcance, señorita Emily de Luna Nueva? -dijo, afable.

Emily subió, sintiéndose algo tonta. Pero John el Altivo parecía muy amistoso, mientras le hablaba a su caballo.

-Así que le robaste por completo el corazón al padre Cassidy -dijo-. "La niña más encantadora que he visto en mi vida", me dice. Bien podrías dejar tranquilos a los pobres curas.

Emily miró a John el Altivo por el rabillo del ojo. No parecía enojado.

-Y a mí me pusiste en un buen aprieto -continuó-. Soy tan orgulloso como cualquier Murray de Luna Nueva y tu tía Elizabeth me dijo muchas cosas que se me metieron en la sangre. Tengo muchas deudas viejas que saldar con ella. De manera que decidí saldarlas talando el bosque. Y allá tuviste que ir tú y hablar con mi cura y ahora seguro que no me voy a animar a cortar ni una ramita para prender una estufita en invierno sin pedirle permiso al Papa.

-Ay, señor Sullivan, ¿no va a cortar el bosque?

-Todo depende de usted, señorita Emily de Luna Nueva. No le exija a John el Altivo que sea demasiado humilde. No me pusieron ese apodo por mi docilidad.

¿Qué quiere que haga?

-Bien, primero quiero que, con ese asunto de la manzana, lo pasado, pisado. Y que, para demostrármelo, de vez en cuando vengas a charlar conmigo, como el verano pasado. Caramba, que te extrañé, a ti y a esa chiflada de llse que tampoco vino más porque está convencida de que te traté mal.

-Claro que iré -dijo Emily, dubitativa-, si la tía Elizabeth me lo permite.

-Dile que si no te lo permite cortaré el bosque, hasta la última ramita. Eso la convencerá. Y hay una cosa más. Tienes que pedirme formalmente y con mucha amabilidad que por favor te haga el favor de no cortar el bosque. Si lo haces bien no tocaré ni un árbol. Pero si no, abajo con todos, diga lo que diga el cura -concluyó John el Altivo.

Emily convocó en su ayuda todos sus encantos. Juntó las manos, miró por entre las pestañas a John el Altivo y sonrió tan lenta y seductoramente como sabía, y Emily tenía una considerable sabiduría instintiva al respecto.

-Por favor, señor John el Altivo -urgió-, ¿no querría dejarme ese querido bosque que quiero tanto?

John el Altivo se quitó el sombrero de fieltro viejo y arrugado. -Cómo no. Un irlandés que se precie de tal siempre hace lo que le pide una dama. Claro que eso es lo que nos arruina la vida. Estamos a merced de las faldas. Si hubieras venido antes y me hubieras dicho eso, no habrías tenido que ir caminando hasta White Cross. Pero cuidado que tienes que cumplir con tu parte del trato. Las rojas están maduras y a las cara sucia no les falta mucho, y todas las ratas se han ido al cielo.

Emily entró en la cocina de Luna Nueva volando como un remolino.

-Tía Elizabeth, John el Altivo no va a cortar el bosque, me dijo que no lo va a cortar, pero tengo que ir a verlo de vez en cuando, si tú no te opones.

-Supongo que a ti te daría lo mismo que me oponga o no -dijo la tía Elizabeth, pero su voz no sonaba tan cortante como de costumbre. No iba a admitir cuánto la aliviaba la noticia

de Emily, pero su actitud se suavizó de manera considerable-. Hay una carta para ti. Quiero saber lo que quiere decir.

Emily tomó la carta. Era la primera vez que recibía una carta de verdad por correo y se estremeció de entusiasmo. Estaba dirigida, en gruesas letras negras, a la "Señorita Emily Starr, Luna Nueva, Blair Water". Pero...

-¡La abriste! -exclamó, indignada.

-Claro que la abrí. Usted no va a recibir ninguna carta que yo no vea, señorita. Lo que quiero saber es, ¿por qué te escribe el padre Cassidy, y por qué te escribe esas tonterías?

-El sábado fui a verlo -confesó Emily, dándose cuenta de que no podía guardar el secreto-. Y le pedí que impidiera que John el Altivo talara el bosque.

-¡Emily... Byrd... Starr!

-Yo le *dije* que era protestante-exclamó Emily-. Él lo sabe. Y es como cualquier otra persona. A mí me gusta más que el señor Dare.

La tía Elizabeth no dijo mucho más. No parecía que hubiera mucho que decir. Además, no iban a talar el bosque. Mucho se le perdona al mensajero de buenas noticias. Se conformó con mirar severamente a Emily, que estaba demasiado contenta y entusiasmada como para molestarse por mirada más o mirada menos. Se llevó la carta a la ventana del gablete de la buhardilla y se deleitó con la estampilla y el sello, antes de sacar el contenido.

"Querida Perla de las Emilys", escribía el padre Cassidy. "Vi a nuestro altivo amigo y estoy seguro de que tu morada verde en el país de las hadas quedará a salvo para sus sueños iluminados a la luz de la Luna. Yo sé que tú danzas allí a la luz lunar, cuando los mortales roncan. Creo que tendrás que cumplir la formalidad de pedirle al señor Sullivan que perdone a esos árboles, pero lo encontrarás una persona muy razonable. Todo está en saber cómo y cuándo. ¿Cómo van la epopeya y el idioma? Espero que no tengas problemas en liberar a la *Hija del mar* de sus votos. Sigue siendo amiga de todos los elfos buenos y de tu

Amigo que te admira

James Cassidy. .

P D. El Chico te manda sus respetos. ¿Cómo se dice `gato' en tu idioma? Aunque será difícil encontrar algo más gatuno que gato, ¿no?"

John el Altivo diseminó por todas partes la historia del pedido de Emily al padre Cassidy, disfrutándolo como una buena broma a sus expensas. Rhoda Stuart dijo que ella siempre había sabido que Emily Starr era muy temeraria y la señorita Brownell dijo que *nada* de lo que hiciera Emily Starr podía sorprenderla, y el doctor Burnley la llamó Diablito con más admiración que nunca y Perry dijo que ella tenía coraje y Teddy recibió el crédito por haberlo sugerido, y la tía Elizabeth lo soportó y la tía Laura pensó que podría haber sido peor. Pero el primo Jimmy la hizo sentir muy feliz a Emily.

-El jardín se habría estropeado y a mí se me habría partido el corazón, Emily -le dijo-. Estuviste maravillosa.

Un día, un mes después, cuando la tía Elizabeth había llevado a Emily a Shrewsbury a comprarle un abrigo de invierno, se encontraron con el padre Cassidy en una tienda. La tía Elizabeth le hizo una inclinación de cabeza con gran señorío, pero Emily tendió la manito delgada.

-¿Qué pasó con la dispensa de Roma? -susurró el padre Casidy.

Una Emily se horrorizó de miedo de que la tía Elizabeth escuchara y pensara que ella estaba en tratativas ocultas con el Papa, lo cual estaba vedado para cualquier presbiteriano medio Murray de La Luna Nueva. La otra Emily se estremeció de placer con el encanto dramático de tener un entendimiento secreto de misterio e intriga. Asintió con gravedad, y sus ojos hablaron con elocuencia.

-La obtuve sin problemas -susurró, a su vez.

-Bien -dijo el padre Cassidy-. Te deseo buena suerte, y te la deseo de todo corazón. Adiós.

-A Dios os encomiendo -dijo Emily, considerando este saludo más apropiado con los oscuros secretos que "adiós". Todo el camino de regreso a casa saboreó esa entrevista robada a medias, sintiéndose como si ella misma estuviera viviendo una epopeya. No volvió a ver al padre Cassidy en años, pues pronto lo cambiaron a otra parroquia, pero siempre pensó en él como en una persona muy agradable y muy comprensiva.

20
POR CORREO AÉREO

"Queridísimo padre:

"Esta noche me duele mucho el corazón. Esta mañana se murió Mike. El primo Jimmy dice que tienen que haberlo envenenado. Ay, papá querido, qué mal me siento. Era un gatito tan precioso. Lloré muchísimo. La tía Elizabeth se enojó. Me dijo `No hiciste tanto lío cuando se murió tu padre'. Qué crueles palabras. La tía Laura estuvo más buena, pero cuando me dijo: `No llores, querida. Te voy a conseguir otro gatito', me di cuenta de que ella tampoco me entendía. Yo no quiero otro gatito. Aunque tuviera millones de gatitos, no me compensarían por la falta de Mike.

"llse y yo lo enterramos en el bosque de John el Altivo. Agradezco tanto que la tierra todavía no se congeló. La tía Laura me dio una caja de zapatos para usar de cajón, y un poco de papel tisú rosado para envolver el cuerpecito. Y pusimos una piedra sobre la tumba y yo dije `Benditos los muertos que mueren en el Señor'. Cuando se lo conté, la tía Laura se horrorizó y me dijo: `Ay, Emily, eso es muy malo. No tendrías que haber dicho eso por un gato'. Y el primo Jimmy dijo: ` ¿No te parece, Laura, que un animalito inocente también es parte de Dios? Emily lo amaba y todo el amor es parte de Dios'. Y la tía Laura dijo: `Tal vez tengas razón, Jimmy. Pero me alegro de que Elizabeth no lo sepa'.

"Al primo Jimmy puede fallarle algo, pero lo que no le falla es muy bueno.

"Pero, papá, esta noche me siento muy sola sin Mike. Anoche estaba acá jugando conmigo, tan inteligente, tan bonito, y tan esmito y ahora está frío y muerto en el bosque de John el Altivo."

"18 de diciembre.

"Querido papá:

"Estoy aquí en la buhardilla. La Señora Viento está muy triste por algo esta noche. Suspira con tanta tristeza alrededor de la ventana. Sin embargo, la primera vez que la oí esta noche me vino el destello, sentí como si estuviera viendo algo que sucedió hace muchísimo tiempo, algo tan hermoso que hasta dolía.

"El primo Jimmy dice que esta noche va a haber una tormenta de nieve. Me alegro. Me gusta oír las tormentas de nieve de noche. Es tan lindo arrellanarse en las cobijas y saber que a una no la pueden alcanzar. Aunque cuando me arrellano la tía Elizabeth dice que me muebo. Qué cosa que alguien no sepa la diferencia entre arrellanarse y moberse.

"Me alegro porque pronto tendremos nieve para Navidad. Este año la cena de los Murray es en Luna Nueva. Nos toca a nosotros. El año pasado fue en lo del tío Oliver, pero el primo Jimmy tuvo gripe y no pudo ir, así que yo me quedé en casa con él. Este año voy a estar en toda la fiesta y me parece emocionante. Después te lo contaré todo, papito.

"Quiero contarte algo, papá. Me da vergüenza, pero me sentiré mejor si te lo cuento. El sábado pasado Ella Lee dio una fiesta por su cumpleaños y yo estaba invitada. La tía Elizabeth me dejó ponerme mi nuevo vestido de cachmira azul. Es un vestido precioso, La tía Elizabeth quería comprarme uno castaño oscuro, pero la tía Laura insistió en que fuera azul. Me miré en el espejo y me acordé de que Ilse me había dicho que su padre le había dicho que yo sería bonita si tuviera más color. Así que me pellizqué lo cachetes para que se me pusieran rojos. Quedé mucho más linda pero no duró mucho. Entonces tomé una vieja flor de terciopelo rojo que antes la tía Laura tenía en el sombrero, la mojé y me la pasé por las mejillas. Fui a la fiesta y todas las niñas me miraban, pero nadie dijo nada, sólo Rhoda Stuart no paraba de reírse. Yo iba a lavarme la cara apenas llegara a casa antes de que me viera la tía Elizabeth. Pero a ella se le ocurrió pasar a buscarme cuando regresaba de la tienda. No dijo nada, pero cuando llegamos a casa me dijo: "Emily, ¿qué te hiciste en la cara?" Se lo dije y esperé un gran rezongo pero todo lo que dijo fue: "¿No sabes que te has hecho vulgar?" Yo lo sabía. Lo había sentido todo el tiempo aunque no podía encontrar la palabra adecuada. "No voy a hacerlo nunca más, tía Elizabeth", le dije. "Será mejor que no lo hagas", dijo ella. "Ve a lavarte la cara en seguida". Me lavé y no quedé ni la mitad de linda, pero me sentí mucho mejor. Lo extraño, querido papá, es que después oí a la tía Elizabeth que se reía de eso, en la despensa con la tía Laura. Es imposible saber qué puede hacer reír a la tía Elizabeth. Estoy segura de que mucho más gracioso fue lo que pasó el miércoles pasado de noche cuando Saucy Sal me siguió a la reunión de oración, pero la tía Elizabeth no se rió para nada. Yo no voy seguido a la reunión de oraciones pero esa noche la tía Laura no podía ir y entonces la tía Elizabeth me llevó porque no le gusta ir sola. Yo no sabía que Sal nos seguía hasta que la vi cuando entramos en la iglesia. La eché pero supongo que después ella se escabulló cuando alguien abrió la puerta y subió a la galería. Y justo cuando el señor Dare empezó a orar, Sal se puso a maullar. Se oía espantoso en esa inmensa galería vacía. Me sentí muy culpable y desdichada. Ahí no tuve necesidad de pintarme la cara. Me puse roja. Y a la tía los ojos le relampagueaban de ira. El señor Dare oró un largo rato. Es sordo, así que no oía a Sal, como la oyó aquella vez cuando se le sentó encima. Pero todo el mundo la oía y los varones se reían. Después de la oración, el señor Morris subió a la galería y se puso a correr a Sal. La oíamos saltando por encima de los asientos con el señor Morris atrás. Yo tenía pánico de que la lastimara. Yo pensaba castigarla al día siguiente pero no quería que él le diera una patada. Después de un rato pudo sacarla de la galería y ella bajó las escaleras corriendo, corrió por uno y otro pasillo de la iglesia a toda velocidad con el señor Morris siguiéndola con una escoba. Ahora me hace muchísima gracia pero en ese

momento no me pareció tan gracioso porque estaba avergonzada y además tenía miedo de que lastimara a Sal.

"Por fin el señor Morris la sacó. Cuando se sentó le hice una mueca por detrás de mi libro de himnos. En el camino a casa, la tía Elizabeth me dijo: `Supongo que por esta noche ya nos has avergonzado bastante, Emily Starr. No volveré a traerte a las reuniones de oración'. Yo lamento haber avergonzado a los Murray pero no entiendo qué culpa tuve yo. Además, las reuniones de oración no me gustan porque son aburridas.

"Pero esa noche no fue nada aburrida, querido papá.

"¿Viste que mejoré la ortografía? Se me ocurrió un buen plan. Primero escribo la carta y después busco todas las palabras de las que no estoy segura y las corrijo. A veces, sin embargo, me parece que una palabra es correcta y no lo es.

"llse y yo hemos abandonado nuestro idioma nuevo. Nos peleamos por los verbos. Ilse no quería tiempos para los verbos. Sólo quería una palabra completamente diferente para cada tiempo. Yo le dije que si voy a hacer un idioma lo voy a hacer bien y ella dijo que la gramática ya era una complicación en inglés y que, si quería, que siguiera sola con mi bendito idioma. Pero eso no tiene gracia, así que lo dejé. Me dio lástima porque era interesante y además muy divertido intrigar a las otras niñas en la escuela. No pudimos cobrarnos de los muchachos franceses, después de todo, porque a llse le dolió la garganta durante toda la temporada de la cosecha de la papa y no pudo venir. Me parece que la vida está llena de desilusiones.

"Esta semana tuvimos exámenes en la escuela. Me fue muy bien en todo menos en aritmética. La señorita Brownell explicó algo sobre las preguntas pero yo estaba ocupada escribiendo una historia mentalmente y no la oí, así que saqué mala nota. La historia se llama El *secreto de Madge MacPherson. Voy* a comprar cuatro hojas oficio con el dinero de mis huevos y voy a coserlas en forma de cuaderno para escribir en él mi historia. Con el dinero de los huevos puedo hacer lo que yo quiera. Creo que cuando sea grande tal vez escriba novelas además de poesía. Pero la tía Elizabeth no me deja leer novelas, ¿entonces cómo voy a poder escribirlas? Otra cosa que me preocupa: si crezco y escribo un poema maravilloso, puede ser que la gente no se dé cuenta de lo maravilloso que sea.

"El primo Jimmy dice que un hombre de Priest Pond dice que el fin del mundo vendrá pronto. Espero que no hasta que yo haya visto todo lo que haya que ver.

"El pobre Elder McKay tiene paperas.

"La otra noche me quedé a dormir en lo de llse porque el padre no estaba. Ilse ahora reza sus oraciones y me dijo que apostaba cualquier cosa a que puede rezar más largo que yo. Le dije que no podía y recé tanto sobre todas las cosas que se me ocurrieron y cuando ya no se me ocurría nada pensé en empezar otra vez desde el principio. Pero entonces pensé: `No, eso no es onesto. Una Starr tiene que ser onesta. Así que me levanté y le dije: `Ganaste tú' pero llse no me contestó. Fui por el otro lado de la cama y ahí estaba, dormida de rodillas. Cuando la desperté me dijo que teníamos que cancelar la apuesta porque si no se hubiera quedado dormida ella habría podido seguir rezando toda la vida.

"Después de meternos en la cama le conté muchas cosas de las que después me arrepentí. Secretos.

"El otro día en la clase de historia la señorita Brownell leyó que Sir Walter Raleigh tuvo que yacer en la Torre durante catorce años. Perry dijo: "¿Nunca lo dejaban levantarse?" Entonces la señorita Brownell lo castigó por impertinencia, pero Perry había preguntado en serio. Ilse se enfureció con la señorita Brownell por pegarle a Perry y con Perry por hacer una

pregunta tan tonta como si no supiera nada. Pero Perry dice que va a escribir un libro de historia algún día sin cosas tan raras.

"Estoy terminando la Casa desilusionada mentalmente. Estoy amueblando las habitaciones con flores. Tengo un cuarto de las rosas todo rosado y un cuarto lirio todo blanco y plateado y un cuarto pensamiento azul y dorado. Ojalá la Casa desilusionada pudiera celebrar la Navidad. Nunca tiene Navidades.

"Ay, papá, acaba de ocurrírseme una cosa linda. Cuando crezca y escriba una gran novela y gane mucho dinero voy a comprar la Casa desilusionada y terminarla. Entonces ya no estará desilusionada.

"La maestra de la Escuela Dominical de llse, la señorita Willeson, le regaló una Biblia por aprenderse doscientos versos. Pero cuando ella la llevó a su casa el padre la puso en el suelo y de una patada la mandó al patio. La señora Simms dice que el juicio caerá sobre él, pero todavía no pasó nada. El pobre hombre está desviado. Por eso hizo una cosa tan malvada.

"La tía Laura me llevó al funeral de la anciana señora Mason el miércoles pasado. A mí me gustan los funerales. Son tan dramáticos.

"La semana pasada se me murió mi cerdo. Fue una gran pérdida finansiera para mí. La tía Elizabeth dice que el primo Jimmy le daba demasiado de comer. Supongo que no tendría que haberle puesto el nombre de John el Altivo.

"Ahora tenemos que dibujar mapas en la escuela. Rhoda Stuart siempre saca las mejores notas. La señorita Brownell no sabe que Rhoda pone el mapa contra el vidrio de una ventana, el papel encima y lo calca. A mí me gusta dibujar mapas. Noruega y Suecia parecen un tigre con montañas de rayas e Irlanda parece un perrito de espaldas a Inglaterra y las patitas arrolladas contra el pecho. Y África parece un inmenso jamón. Australia es un mapa precioso para dibujar.

"Ahora a Ilse le va muy bien en la escuela. Dice que no va a permitir que yo le gane. Puede aprender en un santiamén, dice Perry, cuando quiere, y ganó la Medalla de Plata del Condado de Queen. La otorgó la Unión Femenina de Templanza Cristiana de Charlottetown a la mejor recitadora. El concurso fue en Shrewsbury y la tía Laura llevó a Ilse porque el doctor Burnley no quería y Ilse lo ganó. La tía Laura le dijo al doctor Burnley cuando él vino aquí un día que tendría que darle una buena educación a Ilse. Él dijo: "No voy a desperdiciar dinero educando a una hembra". Y parecía lóbrego como una nube de tormenta. Ay, cómo quisiera que el doctor Burnley la quisiera a Ilse. Me alegro tanto de que tú me hayas querido, papá."

22 de diciembre.

"Querido papá:

Hoy tuvimos examen en la escuela. Fue una gran ocasión. Estaba casi todo el mundo, excepto el doctor Burnley y la tía Elizabeth. Todas las niñas se habían puesto sus mejores vestidos menos yo. Yo sabía que Ilse no tenía nada que ponerse más que un viejo vestido tableado del año pasado que le queda demasiado corto y entonces, para que no se sintiera mal, yo también me puse mí viejo vestido castaño. La tía Elizabeth no quería dejármelo poner al principio, porque los Murray de Luna Nueva tienen que andar bien vestidos, pero cuando le expliqué de Ilse miró a la tía Laura y entonces dijo que sí.

"Rhoda Stuart se burló de Ilse y de mí pero yo le arrojé carbones encendidos sobre la cabeza. (Eso se llama una metáfora). Se atascó en la mitad de su recitado. Había dejado el libro en la casa y nadie más sabía ese texto, sólo yo. Al principio la miré con expresión de triunfo.

Pero después me sentí rara y pensé: ` ¿Cómo me sentiría yo si estuviera atascada ante una cantidad de gente, como ella? Además, está en juego el onor de la escuela'. Entonces se lo susurré porque estaba cerca de ella. Después pudo seguir con el resto. Lo extraño, papá querido, es que ya no siento como que la odio. Me siento con ganas de ser buena con ella y es mucho más lindo. Es incómodo odiar a la gente."

28 de diciembre.
"Querido papá:

Terminó la Navidad. Fue muy linda. Nunca vi cocinar tantas cosas ticas todas al mismo tiempo. El tío Wallace, la tía Eva, el tío Oliver, la tía Addie y la tía Ruth estuvieron aquí. El tío Oliver no trajo a ninguno de sus hijos y para mí fue una desilusión. El doctor Burnley e Ilse también vinieron. Todos estaban vestidos de gala. La tía Elizabeth tenía puesto su vestido de satén negro con cuello y cofia de encaje de punto. Estaba linda y yo estaba orgullosa de ella. A uno le gusta que los parientes estén lindos aunque uno no los quiera mucho. La tía Laura se puso su vestido de seda castaña y la tía Ruth un vestido gris. La tía Eva estaba muy elegante. Su vestido tiene cola. Pero tenía olor a naftalina.

"Yo sólo me puse mi vestido de cachemira azul y el pelo atado con cintas azules, y la tía Laura me permitió ponerme el cinturón de seda azul con las margaritas rosadas de mamá, que tenía cuando era una nenita y vivía en Luna Nueva. La tía Ruth carraspeó al verme. Dijo: `Has crecido mucho, Emily. Espero que seas una niña más juiciosa'.

"Pero en realidad *espera que no.* Lo vi clarito. Después me dijo que tenía una bota desatada.

`Se la ve mejor', dijo el tío Oliver. `No me *sorprendería* que después de todo se convierta en una *muchacha* fuerte y sana.' "La tía Eva suspiró y sacudió la cabeza. El tío Wallace no dijo nada pero me estrechó la mano. Tiene la mano fría como un pescado. Cuando entramos en la sala para comer le pisé la cola del vestido a la tía Eva y oí que alguna costura se descosía en algún lado, La tía Eva me empujó y la tía Ruth dijo: `Qué niña tan torpe eres, Emily' Yo me puse detrás de la tía Ruth y le saqué la lengua, El tío Oliver hace ruido cuando toma la sopa. Sacamos todos los cubiertos de plata. El primo Jimmy trinchó los pavos y a mi me dio dos Tetas de la pechuga porque sabe que a mí me gusta más la parte blanca. La tía Ruth díjo: `Cuando yo era niña me conformaba con el ala' y el primo Jimmy me puso otra feta de pechuga en el plato. La tía Ruth no dijo nada más hasta que el primo Jimmy terminó de trinchar y entonces dijo: `Vi a tu maestra el sábado pasado en Shrewsbury, Emily, y no me dio informes muy buenos de ti, Si fueras hija mía exigiría un informe diferente'.

"`Me alegro mucho de no ser tu hija', dije mentalmente. No lo dije en voz alta por supuesto pero la tía Ruth dijo: `Por favor no pongas esa cara impertinente cuando te hablo, Emily'. Y el tío Wallace dijo: `Es una lástima que tenga una expresión tan poco atractiva'.

"` Tú eres engreído y dominante y tacaño' dije, siempre para mis adentros. `Se lo oí decir al doctor Burnley'.

"`Tiene una mancha de tinta en el dedo', dijo la tía Ruth. (Yo había estado escribiendo un poema antes del almuerzo).

"Y entonces sucedió una cosa asombrosa. Los parientes siempre lo sorprenden a uno. La tía Elizabeth dijo: Me *encantaría, Ruth, que tú y Wallace dejaran tranquila a la niña. Yo* no

podía creer lo que estaba oyendo. La tía Ruth pareció algo ofendida pero después de eso me dejó tranquila y sólo carraspeó cuando el primo Jimmy volvió a servirme pechuga.

"Después de eso el almuerzo fue lindo. Y cuando llegaron al budín se pusieron todos a hablar y era precioso escucharlos. Contaron historias y bromas de los Murray. Hasta el tío Wallace rió y la tía Ruth contó algunas cosas de la tía abuela Nancy. Eran cosas sarcásticas pero interesantes. La tía Elizabeth abrió el escritorio del abuelo Murray y sacó un viejo poema que *un enamorado* le escribió a la tía abuela Nancy cuando ella era joven y el tío Oliver lo leyó. La tía abuela Nancy tiene que haber sido muy hermosa. ¿Algún día alguien me escribirá un poema a mí? Si me dejaran dejarme el flequillo podría ser. Yo pregunté: ` ¿La tía abuela Nancy era tan bonita?' y el tío Oliver me dijo: `Dicen que hace setenta años lo era' y el tío Wallace dijo: `Se conserva bien, todavía va a llegar a los cien años' y el tío Oliver dijo: Ah, está tan acostumbrada a vivir que no se va a morir nunca'.

"El doctor Burnley contó una historia que no comprendí. El tío Wallace se rió a carcajadas y el tío Oliver se llevó la servilleta a la boca. La tía Addie y la tía Eva se miraron de soslayo, luego miraron sus platos y sonrieron apenas. La tía Ruth pareció ofenderse y la tía Elizabeth miró al doctor Burnley *con frialdad y* dijo: `Creo que te olvidas de que hay niños'. El doctor Burnley dijo: 'Te pido disculpas, Elizabeth' *muy* amablemente. Sabe hablar muy pomposamente cuando quiere. Es muy buen mozo cuando se viste bien y se afeita. llse dice que ella está orgullosa de él, aunque él la odie.

"Después del almuerzo se distrivuyeron los regalos. Es una tradisión Murray. No ponemos medias ni armamos arbolitos sino que hay un gran pastel de salvado con los regalos enterrados adentro, con cintas colgando con los nombres de todos, y lo hacen pasar. Fue divertido. Mis parientes me dieron todos regalos útiles, menos la tía Laura. Ella me regaló un frasco de perfume. Me encanta. Me encantan los olores ricos. A la tía Elizabeth los perfumes no le parecen bien. Ella me regaló un delantal nuevo pero me alegra decir que no es de bebé. La tía Ruth me regaló un Nuevo Testamento y me dijo: `Emily, espero que leas un fragmento todos los días hasta que lo termines' y yo le dije: `Pero tía Ruth, yo ya leí el Nuevo Testamento una docena de veces (y es cierto). *Me encanta* el Apocalipsis. Cuando leí el versículo `Y las doce puertas eran doce perlas' las vi y me vino el destello). `No hay que leer la Biblia como si fuera un libro de cuentos' dijo fríamente la tía Ruth. El tío Wallace y la tía Eva me regalaron un par de mitones negros y el tío Oliver y la tía Acidie me regalaron un dólar entero en moneditas de plata nuevas y el primo Jimmy me regaló una cinta para el pelo. Perry me había dejado un señalador de seda. Se había ido a la casa a pasar la Navidad con su tía Tom en Stovepipe Town pero yo le guardé una cantidad de nueces y pasas de uva. A él y a Teddy les regalé pañuelos (el de Teddy era un poquitito más lindo) y a Ilse una cinta para el pelo. Estos regalos los compré yo misma con el dinero de mis huevos. (Por un tiempo no voy a tener más dinero porque `mi gallina dejó de poner). Todos estaban contentos y una vez el tío Wallace me sonrió. Cuando me sonrió no me pareció tan feo.

"Después del almuerzo Ilse y yo jugamos en la cocina y el primo Jimmy nos ayudó a hacer caramelo. La cena era abundante pero nadie pudo comer mucho porque el almuerzo había sido tan copioso. A la tía Eva le dolía la cabeza y la tía Ruth dijo que no entendía por qué Elizabeth hacía las salchichas tan pesadas. Pero los demás estaban de buen humor y la tía Laura mantuvo todo agradable. Es estupenda para hacer que todo sea agradable. Y después de que terminó todo el tío Wallace dijo (otra de las tradisiones Murray): `Pensemos un momento en aquellos que se han ido'. Me gustó cómo lo dijo, solemne y suavecito. Fue uno de esos momentos en los que me alegro de que la sangre Murray corra por mis venas. Y yo pensé

en ti, papá querido, en el pobrecito Mike, en la tatarabuela Murray, en mi viejo cuaderno, que la tía Elizabeth me quemó, porque para mí era como una persona. Y después todos nos dimos la mano y cantamos *For Auld LangSyne* antes de que ellos se fueran a sus casas. Ya no me sentí como una extraña entre los Murray. La tía Laura y yo nos quedamos en el porche observándolos cuando se iban. La tía Laura me pasó el brazo por los hombros y me dijo: `Tu madre y yo siempre nos parábamos aquí, Emily, hace mucho tiempo, para ver cómo se iban los invitados que habían venido a pasar la Navidad'. La nieve crujía y las campanas repicaron por entre los árboles y la helada que había sobre el techo del chiquero resplandecía a la luz de la luna. Y todo era tan hermoso (las campanas, la helada y la gran noche blanca y reluciente) que me vino el destello y eso fue lo más lindo de todo.

21
"ROMÁNTICO PERO NO CÓMODO"

En Luna Nueva sucedió algo porque Teddy Kent le dijo un cumplido a llse Burnley un día y a Emily Starr no le gustó nada. Imperios han caído por la misma razón.

Teddy patinaba en el hielo del estanque de Blair Water y llevaba a llse y a Emily alternativamente "a dar una vueltita". Ni Use ni Emily tenían patines. Nadie estaba lo suficientemente interesado en llse como para comprarle patines y, en cuanto a Emily, a la tía Elizabeth no le gustaba que las niñas patinaran. La tía Laura era de la revolucionaria idea de que patinar sería un ejercicio sano para Emily y, además, impediría que gastara las suelas de las botas al deslizarse por el hielo. Pero ninguno de estos argumentos alcanzó para convencer a la tía Elizabeth, a pesar del legado de espíritu ahorrativo que le venía de los Burnley. Pero este espíritu la llevó, sin embargo, a decretar que Emily no debía "deslizarse". A Emily esto le cayó muy mal. Andaba cabizbaja y le escribió a su padre: "Odio a la tía Elizabeth. Es tan injusta. Nunca juega limpio". Pero un día el doctor Burnley asomó la cabeza en la cocina de Luna Nueva y dijo, con rudeza:

-¿Qué hay de eso que oí de que no la dejas "deslizarse" a Emily Elizabeth?

-Destroza las suelas de las botas -dijo la Elizabeth.

A la m... miércoles con las botas -dijo el doctor, recordando a tiempo que estaba en presencia de damas-. Deja que esa criatura se deslice todo lo que quiera. Tendría que estar al aire libre todo el tiempo. Tendría... -el doctor miró a Elizabeth con aire feroz-, tendría que dormir afuera.

Elizabeth tembló de miedo de que el médico insistiera con ese insólito procedimiento. Sabía que tenía ideas absurdas sobre el tratamiento apropiado para los tuberculosos y para aquellos que podían contraer la enfermedad. Se alegró de calmarlo permitiendo que Emily estuviera afuera durante el día e hiciera lo que le pareciera, con tal de que no dijera nada sobre que se quedara afuera también durante la noche.

-Se preocupa mucho más por Emily que por su propia hija -le dijo a Laura con desagrado.

Librodot

-llse es muy sana -dijo la tía Laura con una sonrisa-. Si fuera una niña delicada, Allan podría perdonarla por... por ser la hija de su madre.

Sshh -dijo la tía Elizabeth. Pero había chistado demasiado tarde. Emily, que entraba en la cocina, había oído a la tía Laura y estuvo todo el día en la escuela intrigada por lo que había oído. ¿Por qué tenían que perdonar a llse por ser la hija de su madre? todas las personas eran hijas de sus madres, ¿no? ¿En qué consistía el delito? Emily pensó tanto en este tema, que no pudo prestar atención a la clase y la señorita Brownell la bombardeó todo el tiempo con su sarcasmo.

Era hora de volver a Blair Water, donde Teddy traía a Emily de un giro glorioso por el inmenso círculo de hielo. Ilse esperaba su turno en la orilla. La nube dorada de sus cabellos formaba una aureola alrededor del rostro y caía en una onda resplandeciente sobre la frente por debajo de la boinita roja descolorida que tenía puesta. El beso cortante del viento le había ruborizado las mejillas y los ojos le relucían como estanques de ámbar con fuego en el corazón. La percepción artística de Teddy vio su belleza y se regodeó en ella.

--¿No es hermosa llse? -dijo.

Emily no era celosa. Nunca le había dolido oír elogiar a llse. Pero, por alguna razón, eso no le gustó. Teddy miraba a llse con *demasiada* admiración. Todo, creía Emily, por ese reborde resplandeciente en la frente blanca de llse.

"Si yo tuviera flequillo tal vez Teddy me encontraría hermosa, también", pensó, con resentimiento. "Claro que los cabellos negros no son tan lindos como los dorados. Pero mi frente es demasiado alta, lo dice todo el mundo. Y en el dibujo de Teddy estaba linda porque me dibujó unos rulos que me tapaban la frente."

El tema se enconó. Emily pensaba en él de regreso a casa por encima del lustre de la tierra cubierta de nieve que recibía la luz del atardecer de invierno y no pudo ni cenar porque no tenía flequillo. Su deseo de tener flequillo, tanto tiempo escondido, pareció volver por sus fueros. Sabía que no tenía sentido insistir con la tía Elizabeth. Pero, cuando se preparaba para acostarse esa noche, se paró sobre una silla para poder ver a la pequeña Emily, del espejo, levantó la cola enrulada de su larga trenza y se la puso sobre la frente. El efecto, al menos a ojos de Emily, era muy atractivo. De pronto pensó: ¿.y si se cortaba ella misma el flequillo? No llevaría más de un minuto. Y, una vez hecho, ¿qué podría hacer la tía Elizabeth? Se enojaría mucho y sin duda la castigaría de alguna manera. Pero el flequillo estaría allí, al menos hasta que volviera a crecer.

Con los labios apretados, Emily fue a buscar la tijera. Se destrenzó los cabellos y se peinó los bucles sobre la frente. Y la tijera entró en acción. Unos rulos relucientes cayeron a sus pies. En un minuto, Emily tenía el flequillo tan deseado. Justo sobre la frente le caía el lustroso flequillo, con su suave curva. Le cambiaba por completo el carácter a la cara. La hacía traviesa, provocativa, evasiva. Por una fracción de segundo, Emily miró su imagen con aire de triunfo.

Pero, entonces, el terror más espantoso se apoderó de ella. Ay, ¿qué había hecho? ¡Cómo se enojaría la tía Elizabeth! La conciencia despertó, de pronto, y agregó su cuota de tormento. Se había portado muy mal. Era muy malo cortarse el flequillo, sabiendo que la tía Elizabeth se lo había prohibido. La tía Elizabeth le había dado un hogar en Luna Nueva, ¿ese mismo día, en la escuela, Rhoda Stuart no había vuelto a burlarse de ella diciendo que "vivía de caridad"? Y ella le pagaba con la desobediencia y la ingratitud. Una Starr no tendría que haber hecho eso. En medio del pánico de miedo y remordimiento, Emily tomó la tijera y cortó el flequillo del todo, lo cortó contra el nacimiento del pelo. ¡Peor y peor! Emily contempló el resultado desolada. Cualquiera podía darse cuenta de que se había querido dejar el flequillo, de

modo que aún debía enfrentarse a la ira de la tía Elizabeth. Y había quedado hecha un mamarracho. Emily estalló en llanto, recogió los rulos caídos, los metió en la canasta de la basura, apagó la vela y se metió en la cama, justo en el momento en que la tía Elizabeth entraba.

Emily hundió la cara contra la almohada y fingió estar dormida. Tenía miedo de que la tía Elizabeth le preguntara algo e insistiera en que la mirara a la cara al responderle. Esa era una tradición Murray: mirar a la gente a la cara cuando uno hablaba con ella. Pero la tía Elizabeth se desvistió en silencio y se acostó. La habitación estaba a oscuras, una oscuridad espesa. Emily suspiró y se dio vuelta. Había un porrón caliente en la cama, lo sabía, y ella tenía los pies fríos. Pero no se creía merecedora del privilegio del porrón. Era una niña muy mala, muy desagradecida.

-¡Deja de moverte! -dijo la tía Elizabeth.

Emily no se movió más, al menos físicamente. Mentalmente siguió agitada. No podía dormir. Los pies o la conciencia -o ambos- la mantenían en vela. Y el miedo también. Temía la llegada de la mañana. La tía Elizabeth vería lo que había sucedido. Si ya hubiera pasado, si la revelación hubiera pasado... Emily se olvidó de quedarse quieta y se movió.

-¿Por qué estás tan inquieta esta noche? -preguntó la tía Elizabeth, muy irritada-. ¿Te estás enfriando?

-No, señora.

-Entonces duérmete. No soporto que te retuerzas así. Es como tener una anguila en la cama. ¡Ayy!

La tía Elizabeth, al moverse ella misma un poquito, había apoyado los pies contra los pies congelados de Emily.

-Dios santo, niña, tienes los pies helados. Toma, ponlos sobre el porrón.

La tía Elizabeth empujó el porrón hacia los pies de Emily. ¡Qué lindo, qué reconfortante era!

Emily acomodó los dedos contra el porrón, como un gato. Pero, de pronto, se dio cuenta de que no podía esperar hasta la mañana.

-Tía Elizabeth, tengo que confesarte una cosa.

La tía Elizabeth estaba cansada y con sueño y no tenía ganas de confesiones en ese preciso momento. Con no mucha gentileza, dijo:

-¿Qué estuviste haciendo?

-Me... me corté un flequillo, tía Elizabeth. -¿Un flequillo?

La tía Elizabeth se sentó en la cama.

-Pero me lo volví a cortar -exclamó Emily, de prisa-. Del todo, contra el borde del pelo.

La tía Elizabeth se bajó de la cama, encendió una vela y miró a Emily.

-Bueno, caramba que quedaste preciosa --dijo, severa-. Nunca vi a una niña tan fea como la que estoy viendo en este momento. Además te has portado muy solapadamente.

En esta ocasión, Emily se sintió obligada a estar de acuerdo con la tía Elizabeth.

-Lo siento -dijo, levantando los ojos plañideros. -Durante una semana cenarás en la despensa -dijo la tía Elizabeth-. Y la semana próxima, cuando yo vaya a lo del tío Oliver, no vendrás conmigo. Había prometido llevarte. Pero no voy a andar por ahí con nadie con el aspecto que tú tienes.

Esto era duro. Emily había estado esperando esa visita a lo del tío Oliver. Pero, en términos generales, se sintió aliviada. Lo peor había pasado y se le estaban calentando los

Librodot

pies. Pero quedaba otra cosa. Ya que estaba, bien podía quitarse todo lo que le pesaba en el corazón.

-Hay otra cosa que creo que debo decirte.

La tía Elizabeth volvió a meterse en la cama con un gruñido. Emily lo tomó por un permiso para continuar.

-Tía Elizabeth, ¿recuerdas aquel libro que encontré en la biblioteca del doctor Burnley, que traje a casa y te pregunté si podía leer? Se llamaba *La historia de Henry Esmond.* Tú lo miraste y me dijiste que no tenías la menor objeción de que leyera libros de historia. Entonces lo leí. Pero no era de historia, tía Elizabeth, era una novela. Y yo *lo sabía cuando lo traje a casa.*

-Sabes bien que te he prohibido leer novelas, Emily Starr. Son libros dañinos que han arruinado muchas almas.

-Era muy aburrido -rogó Emily, como si lo aburrido y lo malvado fueran absolutamente incompatibles-. Y me hizo sentir mal. Todos estaban enamorados de quien no debían. Yo ya tomé una decisión, tía Elizabeth, jamás me enamoraré. Es demasiado complicado.

-No hables de cosas que no puedes entender y que no son apropiadas para que los niños piensen en ellas. Ése es el resultado de leer novelas. Le diré al doctor Burnley que cierre su biblioteca con llave.

-Ay, no hagas eso, tía Elizabeth -exclamó Emily-. No hay más novelas. Pero estoy leyendo un libro tan interesante en su casa. Habla de todo lo que uno tiene por dentro. Llegué hasta el hígado y sus enfermedades. Los dibujos son tan interesantes. Por favor, déjame terminarlo.

Eso era peor que las novelas. La tía Elizabeth quedó verdaderamente horrorizada. Uno no debía leer sobre las cosas que tiene adentro.

-¿No tienes vergüenza, Emily Starr? Si tú no tienes, yo tengo vergüenza por las dos. Las niñas pequeñas no leen ese tipo de libros.

--Pero, tía Elizabeth, ¿por qué no? Yo *tengo* hígado, ¿no? y corazón, y pulmones, y estómago $_{y}$..

-Es suficiente, Emily. Ni una palabra más.

Emily se durmió apenada. Ojalá no hubiera dicho nada de "Esmond". Sabía que no tendría oportunidad de terminar ese otro libro fascinante. Y así fue. La biblioteca del doctor Burnley fue cerrada con llave y el doctor les ordenó a ella y a llse, con aspereza, que no entraran en su despacho. Se puso de muy mal humor con el incidente, porque tuvo un intercambio de palabras con Elizabeth Murray al respecto.

Emily no pudo olvidar su flequillo. Se burlaban de ella en la escuela y la tía Elizabeth se lo miraba cada vez que miraba a Emily y el desprecio que le aparecía en los ojos quemaba a Emily como una llama. Sin embargo, a medida que el cabello maltratado comenzó a crecer y a rizarse en suaves rulos, Emily halló consuelo. El flequillo quedaba tácitamente permitido y ella estaba segura de que la hacía mucho más linda. Claro que sabía que, apenas creciera un poco más, la tía Elizabeth se lo haría cepillar hacia atrás. Pero, por el momento, se consoló con su nueva belleza.

El flequillo estaba en lo mejor cuando llegó la carta de la tía abuela Nancy.

Estaba dirigida a la tía Laura -la tía abuela Nancy y la tía Elizabeth no se tenían mucho cariño- y en ella la tía abuela Nancy decía: "Si tienen una fotografía de esa niña Emily, envíenmela. No quiero verla a ella, sé que es una niña estúpida. Pero quiero saber cuál es el aspecto

de la hija de Juliet. Y la hija, también, de ese hombre fascinante, Douglas Starr. Qué fascinante era ese hombre. Qué tontos fueron todos ustedes por hacer tanto escándalo cuando Juliet se fue con él. Si tú y Elizabeth se hubieran ido las dos con alguien cuando tenían edad de hacerlo, habría sido mejor para las dos".

A Emily no le mostraron esa carta. La tía Elizabeth y la tía Laura tuvieron una larga conversación secreta y luego le dijeron a Emily que iban a llevarla a Shrewsbury a que le tomaran una fotografía para la tía Nancy. Emily se entusiasmó. La vistieron con el vestido de cachemira azul y la tía Laura le puso un cuello de encaje de punto y, sobre éste, el collar de cuentas venecianas. Y, para la ocasión, le compraron un par nuevo de botas abotonadas.

"Me alegro tanto de que esto haya sucedido cuando todavía tengo el flequillo", pensó Emily, contenta.

Pero, en el estudio del fotógrafo, la inflexible tía Elizabeth procedió a cepillarle el flequillo hacia atrás y a sujetárselo con horquillas.

-Ay, por favor, tía Elizabeth -rogó Emily- déjamelo sobre la frente. Sólo para la fotografía. Después me lo peinaré hacia atrás.

La tía Elizabeth fue inexorable. Primero le cepilló el flequillo hacia atrás y luego le tomaron la fotografía. Cuando la tía Elizabeth vio el resultado final quedó satisfecha.

-Está enfurruñada, pero prolija, y tiene un parecido con los Murray que nunca le había visto antes -le dijo a la tía Laura-. Eso le va a gustar a la tía Nancy. Es muy familiera detrás de todas sus extravagancias.

Emily habría querido arrojar al fuego cada una de las fotografías. Las detestaba. La hacían feísima. Su cara parecía toda una frente. Si le mandaban eso a la tía Nancy, la tía Nancy iba a pensar que era más estúpida todavía. Cuando la tía Elizabeth colocó la fotografía en un cartón y le dijo a Emily que la llevara al correo, Emily ya sabía lo que iba a hacer. Fue directo a la buhardilla y sacó de la caja la acuarela que Teddy le había hecho. Era del mismo tamaño que la fotografía. Emily sacó ésta de su envoltorio y la pisoteó. -

-Esa no soy yo -dijo-. Salí enfurruñada porque estaba enfurruñada por lo del flequillo. Pero nunca estoy enfurruñada, así que no es justo.

Envolvió el dibujo de Teddy en el cartón y se sentó a escribir una carta.

"Querida tía abuela Nancy:

"La tía Elizabeth me hizo sacar una fotografía para mandarle, pero quedé horrible y en su lugar he puesto otro dibujo. Me lo hizo un amigo artista. Es idéntico a mí cuando me sonrío y tengo flequillo. Se lo presto, no se lo regalo, porque lo baloro mucho. "Su obediente sobrina nieta

Emily Byrd Starr.

PD. No soy tan estúpida como usted piensa. E. B. S.

PD. 2. No soy estúpida *para nada."*

Emily puso la carta con el dibujo -estafando así, sin saberlo, al correo- y salió de la casa para despacharla. Una vez que el sobre estuvo a salvo en la oficina de correos, Emily exhaló un suspiro de alivio. El camino de regreso a casa le pareció precioso. Era un día suave a principios de abril y la primavera lo espiaba a uno desde todos los rincones. La Señora Viento reía y silbaba por sobre los dulces campos, unos cuervos saqueadores mantenían conferencias en las copas de los árboles, unos estanquecitos de sol se tendían en las depresiones húmedas, el mar relucía de zafiros más allá de las dunas doradas, los arces del bosque de John el Altivo hablaban de pimpollos rojos. Todo lo que Emily alguna vez había leído de ensueño, mito y

leyenda parecía parte del encanto de ese bosque. Se sintió plena de la fascinación de vivir hasta la yema de los dedos.

-¡Ah, siento olor a primavera! -exclamó, mientras bailoteaba por el sendero del arroyo.

Entonces se puso a componer un poema sobre la primavera. Cualquiera que haya vivido en el mundo y haya sido capaz de componer dos versos seguidos ha escrito un poema sobre la primavera. Es el tema más rimado del mundo, y lo será siempre, porque es la poesía encarnada. No se puede ser poeta de verdad si uno no ha hecho al menos un poema sobre la primavera.

Emily dudaba entre elegir elfos que bailaran junto al arroyo a la luz de la Luna o duendes que durmieran en un lecho de helechos para su poema cuando, en un recodo del sendero, se vio frente a algo que no era elfo ni duende, pero que igual parecía lo suficientemente extraño y feérico como para pertenecer a algunas de las tribus de la Gente Pequeña. ¿Era una bruja? ¿O un hada vieja de malas intenciones, el hada mala de todos los cuentos?

-Soy la tía Tom, la tía del muchacho -dijo la aparición, al ver que Emily estaba demasiado apabullada para hacer otra cosa que quedarse parada, mirándola.

-¡Ah! -dijo Emily, aliviada. Ya no tuvo miedo. Pero qué señora tan rara era la tía de Perry. Vieja, tan vieja que parecía bastante imposible que hubiera sido joven alguna vez; con una caperuza de color rojo brillante sobre unos rizos grises, rebeldes, de bruja; un rostro pequeño y surcado por mil arrugas entrecruzadas; nariz larga engrosada en la punta; ojos pequeños, grises, ávidos, debajo de las cejas hirsutas; un harapiento saco de hombre que la cubría del cuello a los pies; una canasta en una mano y un palo negro y nudoso en la otra.

-En mi época era mala educación quedarse mirando a la gente -dijo la tía Tom.

-¡Ah! -volvió a decir Emily-. Perdóneme. ¡Encantada! -agregó, logrando vagamente corregir sus malos modales. -Amable... y no demasiado orgullosa -dijo la tía Tom, escudriñándola con curiosidad-. Estuve en la casa grande con un par de medias para el muchacho, pero eras tú quien me interesaba.

-¿Yo? -preguntó Emily, curiosa.

-Sí. El muchacho ha hablado mucho de ti y se me ocurrió un plan. No me parece que sea mala idea. Pero quiero estar segura, antes de gastar el poco dinero que tengo. Tu nombre es Emily Byrd Starr y Murray es tu naturaleza. Si le doy una educación al muchacho, ¿te casarás con él cuando sean grandes?

-¡Yo! -repitió Emily. Parecía que no podía decir otra cosa. ¿Estaba soñando? Sí, seguramente.

-Sí, tú. Eres medio Murray y eso sería muy conveniente para el muchacho. Es inteligente; algún día será rico y gobernará este país. Pero no voy a gastar ni un centavo en él, si no me das tu promesa.

-La tía Elizabeth no me lo permitiría -exclamó Emily, demasiado asustada de la vieja como para negarse por sí misma. -Si tienes algo de los Murray en ti, harás tu propia elección -dijo la tía Tom, acercando tanto la cara a la de Emily que sus espesas cejas le hicieron cosquillas en la nariz a Emily-. Di que te casarás con el y lo mando a la universidad.

Emily pareció perder el don del habla. No se le ocurría nada para decir, ¡ay, si pudiera *despertar!* Ni siquiera podía salir corriendo.

-¡Dilo! -insistió la tía Tom, pegando con fuerza con el bastón sobre una piedra del sendero.

Emily estaba tan aterrorizada, que habría dicho cualquier cosa, cualquiera, para escapar. Pero en ese momento, saltando de entre los abetos, apareció Perry, blanco de rabia, y tomó a su tía Tom muy irrespetuosamente del hombro.

-¡Vete a casa! -dijo, furioso.

-Bueno, querido temblequeó la tía Tom, en tono de disculpa-. Sólo trataba de hacer algo por ti. Le estaba pidiendo que se casara contigo dentro de un tiempo y...

-¡Cuando quiera, yo me declararé! -Perry estaba más enojado que nunca. -Lo has estropeado todo. Vete a casa. ¡Vete a casa, te digo!

La tía Tom se marchó, arrastrando los pies y murmurando:

-Entonces no pienso derrochar mi dinero. Si no hay una Murray, no hay dinero, muchacho.

Cuando desapareció por el sendero del arroyo, Perry se volvió a Emily. De blanco se había puesto muy rojo.

-No le hagas caso, está loca -dijo- Claro que cuando crezca voy a pedirte que te cases conmigo pero...

-No podría, la tía Elizabeth...

Ah, pero para entonces va a aceptar. Algún día voy a ser Primer Ministro de Canadá.

-Pero yo no voy a querer, estoy segura de que no voy a querer. -Querrás cuando seas grande. llse es más bonita, por supuesto, y no sé por qué me gustas más tú, pero es así.

-¡No vuelvas a hablarme así! -ordenó Emily, comenzando a recuperarla dignidad.

-No, claro que no. No hasta que seamos grandes. A mí me da tanta vergüenza como a ti -dijo Perry con una sonrisita tímida-. Tenía que decir algo después de que la tía Tom se metió así.

Pero, yo no tengo la culpa, así que no te enojes conmigo. Y recuerda que algún día te lo voy a pedir. Y creo que Teddy Kent también.

Emily se alejaba con altivez pero, ante eso, se volvió y dijo por encima del hombro, fríamente.

-Si me lo pide, me casaré con él.

Si lo haces, le partiré la cabeza -gritó Perry, furioso otra vez.

Pero Emily siguió caminando directo a su casa y subió a la buhardilla a pensar.

"Fue romántico pero no cómodo", fue su conclusión. Y no terminó nunca su poema sobre la primavera.

22
WYTHER GRANGE'

No hubo respuesta ni acuse de recibo de parte de la tía abuela Nancy Priest sobre el dibujo de Emily. La tía Elizabeth y la tía Laura, conociendo bastante bien el carácter de la tía abuela Nancy, no se sorprendieron, pero Emily estaba bastante preocupada. Tal vez a la tía abuela Nancy no le había gustado lo que ella había hecho, o tal vez seguía considerándola demasiado estúpida para preocuparse por ella.

A Emily no le gustaba que la consideraran estúpida. Le escribió una mordaz epístola a la tía abuela Nancy en una planilla en la cual no escatimó opinión sobre el conocimiento de la anciana señora de las reglas de etiqueta epistolar. Dobló la carta y la guardó en el estante debajo del sofá, pero ésta sirvió su propósito de aliviar iras y Emily había dejado de pensar en el asunto cuando, en julio, llegó una carta de la tía abuela Nancy.

Librodot

Elizabeth y Laura hablaron del asunto en la cocina exterior, olvidándose o ignorando el hecho de que Emily estaba sentada en el escalón de la cocina, afuera. Emily estaba imaginándose entrando en la sala de recibo de la Reina Victoria. Vestida de blanco, con velo, plumas de avestruz y vestido con cola, acababa de inclinarse para besarle la mano a la Reina cuando la voz de la tía Elizabeth sacudió su ensueño como una piedra lanzada al agua que destruye la imagen de un hada.

-¿Qué opinas, Laura -decía la tía Elizabeth-, de dejar ir a Emily a visitar a la tía Nancy?

Emily paró la oreja. ¿Qué era eso?

-A juzgar por su carta, parece muy interesada en que la niña la visite -dijo Laura.

Elizabeth gruñó.

-Un capricho, un capricho. Ya sabes cómo son sus caprichos. Es probable que, para cuando Emily llegue a su casa, ya se le haya pasado y no tenga ganas de recibirla.

-Sí, pero, por otro lado, si no la dejamos ir se ofenderá mucho y no nos lo perdonará nunca, ni a nosotras ni a Emily. Hay que darle una oportunidad a Emily.

-No sé si vale tanto la pena. Si es cierto que la tía Nancy tiene dinero, además de su renta anual, y eso es algo que ni tú ni yo ni ninguna alma viviente sabe, a menos que lo sepa Caroline, lo más probable es que se lo deje todo a uno de los Priests, Leslie Priest es su preferido, según tengo entendido. A la tía Nancy siempre le gustó más la familia de su marido que la suya, aunque no deje de hablar mal de ellos. Pero podría encariñarse con Emily; las dos son tan raras que puede que se entiendan, pero tú ya sabes cómo habla, ella y esa odiosa Caroline.

-Emily es demasiado pequeña para entender -dijo la tía Laura.

-Entiendo más de lo que ustedes creen -exclamó Emily. La tía Elizabeth abrió para atrás la puerta de la cocina. -Emily Starr, ¿todavía no aprendiste que no tienes que escuchar las conversaciones de los demás?

-Yo no estaba escuchando. Pensé que ustedes sabían que estaba sentada aquí. No puedo evitar que mis oídos oígan. ¿Por qué no hablaron en susurros? Cuando hablan en susurros yo sé que hablan de secretos y no trato de escuchar. ¿Voy a ir de visita a lo de la tía abuela Nancy?

-No lo hemos decidido -dijo la tía Elizabeth con frialdad y eso fue todo lo que Emily supo por una semana. Ni ella misma sabía si quería ir o no. La tía Elizabeth había empezado a hacer queso -La Luna Nueva era famosa por sus quesos- y a Emily todo el procedimiento le parecía fascinante, desde el momento en que se ponía el cuajo en la leche fresca y tibiecita hasta que se ponía el requesón en los aros y luego, debajo de la prensa, en el jardín viejo, con una inmensa piedra redonda y gris, "la piedra del queso" para aplastarlo como venían aplastando los quesos de La Luna Nueva desde hacía cien años. Además, Ilse, Teddy, Perry y ella estaban abocados de cuerpo y alma a "escenificar" *Sueño de una noche de verano* en el bosque de John el Altivo y eso era fascinante. Cuando entraban en el bosque de John el Altivo, salían del reino de la luz del día y las cosas conocidas y entraban en el reino de la media luz, el misterio y el encantamiento. Teddy había pintado una escenografía hermosa en unas tablas viejas y pedazos de velas que Perry había conseguido en el puerto. llse había diseñado unas alas de hada deliciosas con papel tisú e hilo de metal y Perro había hecho una cabeza de asno para *Lanzadera* con una vieja piel de cordero que era muy realista. Emily había trabajado muy contenta durante varias semanas copiando los diferentes papeles y adaptándolos a las circunstancias. Había "cortado" la obra de una manera que habría atormentado el alma de

Shakespeare pero, después de todo, el resultado fue bastante bonito y coherente. No les preocupaba que cuatro pequeños actores tuvieran que adoptar seis personajes cada uno. Emily era *Titania y Hermia y* además una serie de otras hadas, y los varones eran cualquier cosa que el diálogo exigiera. La tía Elizabeth no sabía nada; en seguida habría puesto fin a todo el asunto, pues consideraba que la actuación era algo muy maligno, pero la tía Laura conocía el secreto y el primo Jimmy y John el Altivo ya habían asistido a un ensayo a la luz de la Luna.

Irse y dejar todo esto, aunque más no fuera por un tiempito, sería un duro desgarramiento pero, por otro lado, Emily tenía una ardiente curiosidad por ver a la tía abuela Nancy y Wyther Grange, su extraña y vieja casa de Priest Pond con los famosos perros de piedra en la entrada. En términos generales, pensó que tenía ganas de ir, y cuando vio a la tía Laura remendando sus enaguas almidonadas y a la tía Elizabeth en la buhardilla limpiando con gesto adusto un baúl pequeño, negro y tachonado, supo, antes de que se lo dijeran, que la visita a Priest Pond se realizaría, de modo que sacó la carta que le había escrito a la tía Nancy y agregó una postdata de disculpa.

Ilse decidió enfadarse porque Emily se iba. En realidad, Ilse estaba aterrada ante la perspectiva de un mes o más de soledad sin su inseparable compinche. Ya no más divertidas veladas de actuación en el bosque de John el Altivo, ya no más punzantes peleas. Además, Ilse nunca había ido de visita a ningún lado en toda su vida y esto le molestaba.

-Yo por nada del mundo iría a Wyther Grange -dijo-. Está embrujada.

-No es cierto.

-¡Sí! Está embrujada por un fantasma que uno puede *sentiry* oír, pero nunca *ver. Tu* tía abuela Nancy está completamente loca y la vieja que vive con ella es bruja. Te hechizará. Vas a consumirte hasta morir.

-¡No! ¡Y no es cierto!

-¡Sí! Todas las noches hace aullara los perros de piedra de la entrada si alguien se acerca a la casa. Hacen ¡Aúuuuu!

No en vano llse era una recitadora nata. Su "aúuuuu" fue en extremo aterrador. Pero era de día, y de día Emily era valiente como un león.

-Estás celosa -dijo, y se fue.

-Mentira, centípeda charlatana -le gritó Ilse-. ¡Te das aires porque tu tía tiene perros de piedra en la entrada de la casa! ¡Yo conozco a una mujer de Shrewsbury que tiene unos perros en la puerta diez veces más grandes que los de tu tía!

Pero a la mañana siguiente, llse fue a despedir a Emily y a rogarle que le escribiera todas las semanas. Emily iría a Priest Pond con el Viejo Kelly. Iba a llevarla la tía Elizabeth, pero la tía Elizabeth no se sentía bien ese día y la tía Laura no podía dejarla sola. El primo Jimmy tenía que trabajar con el heno. Pareció que no podría ir, y esto era muy serio, porque le habían dicho a la tía Nancy que la esperara ese día y a la tía Nancy no le gustaba que la decepcionaran. Si Emily no aparecía en Priest Pond el día fijado, la tía abuela Nancy era muy capaz de cerrarle la puerta en las narices cuando apareciera y de decirle que se volviera a su casa. Nada menos que esa convicción hubiera inducido a la tía Elizabeth a acceder al ofrecimiento del Viejo Kelly de llevar a Emily a Priest Pond con él. Su casa quedaba del otro lado de la ciudad y él iba a su casa.

Emily estaba encantada. Le caía bien el Viejo Kelly y pensaba que un viaje en su preciosa carreta roja sería toda una aventura. Pusieron el pequeño baúl negro en el techo, lo ataron y se fueron entre tintineos y relumbres, con gran estilo, por el camino de Luna Nueva.

La latería que llevaban en las entrañas del carro, a sus espaldas, ronroneaba como un incipiente terremoto.

-Fuerza, caballito, fuerza -dijo el Viejo Kelly-. Sí, a mí siempre me gustó llevar a niñas bonitas. ¿Y cuándo va a ser la boda?

-¿Qué boda?

-¡Qué disimulo el de la señorita! La tuya, por supuesto. -No tengo intenciones de casarme... por ahora-dijo Emily, en una buena imitación del tono y los modales de la tía Elizabeth. -Como no, de tal palo tal astilla. La señorita Elizabeth no pudo haberlo dicho mejor. Fuerza, caballito, fuerza.

-Quise decir -dijo Emily, temiendo haber ofendido al Viejo Kelly-, que soy demasiado joven para casarme.

-Cuanto más joven, mejor, menos daño harás con esos ojazos "te espero". Fuerza, caballito, fuerza. El pobre animalito está cansado. Lo dejaremos que vaya al paso que quiera. Aquí tienes una bolsa de caramelos para ti. El Viejo Kelly sabe cómo tratar a las damas. Vamos, cuéntame de él.

-¿De quién? -dijo Emily, pero sabía bien lo que el otro quería decir.

-De tu novio, por supuesto.

-No *tengo* novio, señor Kelly. No me gusta que me hable de esas cosas.

-Me imagino, y no hablaré más si el tema te molesta. Pero no te preocupes por no tener novio, ya tendrás pretendientes a patadas dentro de poco. Y si el elegido no sabe lo que le conviene, ven a ver al Viejo Kelly que te daré un poco de ungüento de sapo.

¡Ungüento de sapo! Qué horrible sonaba. Emily se estremeció. Pero prefería hablar de ungüento de sapo antes que de novios. -¿Y eso para qué sirve?

-Es un hechizo para el amor -dijo el Viejo Kelly, misterioso-. Le pones un poquito en los párpados y es tuyo para toda la vida. Nunca más va a poner los ojos en otra mujer.

-No suena muy agradable -dijo Emily-. ¿Cómo se hace? -Se hierven cuatro sapos vivos hasta que están tiernitos, después se los aplasta...

-¡Ay, basta, basta! -rogó Emily, llevándose las manos a los oídos-. No quiero oír más, ¡no puede ser tan cruel!

¿Cruel? Hoy estuviste comiendo langostas que fueron hervidas vivas.

-No lo creo. No lo creo. Y si es cierto, nunca más en toda mi vida volveré a comer langostas. ¡Ay, señor Kelly, yo pensaba que usted era un hombre bueno! ¡Pobres sapos!

-Niña, era una broma. Y tampoco vas a necesitar ungüento de sapos para ganarte el corazón de tu enamorado. Pero espera un poco, tengo algo en esa caja, un regalo para ti.

El Viejo Kelly atrajo hacia sí una caja y se la puso en la falda a Emily. Ella encontró un precioso cepillito de pelo.

-Mírale la parte de atrás -dijo el Viejo Kelly . Vas a ver algo muy bonito, el hechizo de amor que vas a usar cuando seas grande.

Emily lo dio vuelta. Su propio rostro la miró desde el espejito inserto en la parte de atrás, rodeado de un borde de rosas pintadas. -Ay, señor Kelly, qué belleza, las rosas, quiero decir, y el espejo -exclamó-. ¿De verdad es para mí? ¡Ay, gracias, muchas gracias! Ahora puedo tener a Emily la del espejo cuando quiera. Puedo tenerlo siempre conmigo. ¿De verdad lo de los sapos era mentira?

-Por supuesto. Fuerza, caballito, fuerza. ¿Así que vamos a visitar a la anciana señora de Priest Pond? ¿Estuviste alguna vez en su casa?

-No.

-Está llena de Priest. No puedes tirar una piedra sin que le des a alguno. Y, cuando se le pega a uno, se les pega a todos. Son tan orgullosos y altivos como los Murray. El único al que conozco es a Adam Priest, los otros no se tratan con nadie. Adam Priest es la oveja negra y es muy sociable. Pero si quieres saber cómo era el mundo el día después del Diluvio, ve a su granero un día de lluvia. Mira, pequeña -el Viejo Kelly bajó la voz misteriosamente-, nunca te cases con un Priest.

-¿Por qué no? -preguntó Emily, a quien nunca se le había ocurrido casarse con un Priest pero que, de inmediato, sintió curiosidad por saber por qué no debía hacerlo.

-Es malo casarse con ellos, y es malo vivir con ellos. Las esposas mueren jóvenes. La anciana señora de Wyther Grange luchó contra su esposo y logró enterrarlo, pero ella tenía la suerte de los Murray. Yo no confiaría demasiado en esa suerte. El único Priest decente es uno al que llaman el Giboso y es demasiado viejo para ti. -¿Por qué lo llaman el Giboso?

-Tiene un hombro un poco más alto que el otro. Tiene un poco de dinero y no necesita trabajar. Muy afecto a los libros, creo que es. ¿Tienes algún pedacito de hierro encima?

-No, ¿por qué?

-Tendrías que tener. La vieja Caroline Priest, que vive en la casa, es bruja, nadie lo ignora.

-Eso me dijo llse. Pero, en realidad, las brujas no existen, señor Kelly.

-Puede que sea cierto, pero es mejor asegurarse. Toma, ponte este clavo de herradura en el bolsillo y no te cruces con ella, si puedes evitarlo. ¿No te molesta que fume, verdad?

A Emily no le molestaba para nada. La dejaba libre para seguir sus propios pensamientos, que eran más agradables que la charla de sapos y brujas del Viejo Kelly. El camino desde Blair Water hasta Priest Pond era precioso: serpenteaba a lo largo de la costa del golfo, cruzaba ríos y arroyitos bordeados de abetos blancos y se encontraba, de cuando en cuando, con algunos de los estanques por los cuales esa parte de la costa del norte era conocida; Blair Water, Derry Pond, Long Pond, Three Ponds, donde tres lagos pequeños se sucedían como tres grandes zafiros sostenidos por un hilo de plata, y luego Priest Pond, el más grande de todos, casi tan redondo como Blair Water. A medida que avanzaban hacia él, Emily absorbía el paisaje con ojos ávidos; lo antes posible debía escribir una descripción de todo eso; había guardado el cuaderno de Jimmy en la caja para ese propósito.

El aire parecía colmado de polvo opalino, por encima del gran estanque y las emparradas casas de verano que lo rodeaban. Un cielo occidental de un rojo humeante se arqueaba por encima de la gran bahía Malvern Bay, más allá. Unas velas pequeñas, grises, se deslizaban junto a las costas festoneadas de abetos blancos. Un camino lateral apartado, espeso de jóvenes arces y abedules, llevaba a Wyther Grange. ¡Qué húmedo y fresco era el aire en las hondonadas! ¡Y el aroma de los helechos! Emily lo lamentó cuando llegaron a Wyther Grange y treparon entre el portal donde los grandes perros de piedra estaban sentados, muy pétreos y adustos a la luz del atardecer.

La amplia puerta del vestíbulo estaba abierta y un manantial de luz se derramaba sobre el parque. Había una viejecita de pie en la puerta. El Viejo Kelly pareció recordar, de pronto, que tenía prisa. Bajó a Emily y su baúl al suelo, le dio la mano apresuradamente y susurró:

-No pierdas ese pedacito de hierro que te di. Adiós. Te deseo que mantengas la cabeza fría y el corazón caliente -$_{y}$ desapareció antes de que la viejecita pudiera alcanzarlos.

-¡Con que ésta es Emily de Luna Nueva! J-Emily oyó una voz chillona y cascada. Sintió una mano flaca, como una garra, que tomaba la suya y la guiaba hacia la puerta. Las brujas no

existían, de eso Emily estaba segura, pero metió la mano en el bolsillo y tocó el clavo de herradura.

23
TRATO CON LOS FANTASMAS

Tu tía está en la sala de atrás -dijo Caroline Priest-. Ven por acá. ¿Estás cansada?

-No -dijo Emily, siguiendo a Caroline y observándola concienzudamente. Si era bruja, era una bruja muy pequeña. En realidad, no era más alta que Emily. Tenía un vestido de seda negra y una pequeña cofia de redecilla negra con un borde de voladitos sobre los cabellos blancos amarillentos. Tenía más arrugas en la cara de lo que Emily creía posible y extraños ojos verde grisáceos que, como supo Emily luego, abundaban en el clan Priest.

"Tal vez seas una bruja", pensó Emily, "pero creo que puedo vérmelas contigo",

Atravesaron el espacioso vestíbulo, y Emily pudo atisbar, a ambos lados, grandes habitaciones oscuras y espléndidas; luego pasaron par la cocina y salieron a una extraña salita. Era larga y estrecha y tenía poca luz. Sobre un lado había una hilera de cuatro ventanas cuadradas de vidrios pequeños y del otro lado había armarios del piso al techo, con puertas de una madera negra brillante. Emily se sintió corno una heroína en una novela gótica, vagando a la medianoche por una mazmorra subterránea con una guía malvada. Había lado *Los misterios de Udolfo y La novela del* bosque antes de que la biblioteca del doctor Burnley se volviera tabú. Se estremeció, Era espantoso, pero interesante.

Al final de la sala, una escalera llevaba a una puerta. Junto a la escalera había un inmenso reloj de pie que llegaba casi hasta el cielo raso.

-Ahí encerramos a las niñitas que se portan mal -susurró Caroline, haciéndole una seña con la cabeza a Emily, mientras abría la puerta que daba a la salita de atrás.

"Me cuidaré bien de que a mí me encierren ahí", pensó Emily. La salita de atrás era una antigua habitación muy bonita y cálida. Había una mesa tendida para la cena. Caroline llevó a Emily hasta otra puerta donde golpeó, usando un delicado llamador de bronce que tenía forma de gato de Cheshire con una sonrisa tan irresistible que a una también le daban ganas de sonreír al verlo. Alguien dijo:

-Adelante -y las dos bajaron otros cuatro escalones. ¿Habría otra casa más extraña que ésa?- y entraron en un dormitorio. Y allí, por fin, estaba la tía abuela Nancy Priest, sentada en su sillón, con el bastón negro apoyado contra una rodilla y las pequeñas manos blancas y aún bonitas, y resplandecientes de hermosos anillos, apoyadas sobre el delantal de seda púrpura.

Emily sintió una sacudida de decepción. Después de oír aquel poema sobre la belleza de Nancy Murray con sus cabellos castaños claros, sus resplandecientes ojos castaños y sus mejillas de satén rosado, Emily esperaba que la tía abuela Nancy, a pesar de sus noventa años, siguiera siendo hermosa. Pero la tía Nancy tenía los cabellos blancos y la piel amarilla, arrugada y encogida, si bien los ojos castaños seguían siendo resplandecientes y despiertos. En cierto sentido, parecía una vieja hada -una vieja hada traviesa y tolerante, que podría intempestivamente volverse mala si uno no la trataba como correspondía- aunque las hadas no usaban largos pendientes con borlas de oro que casi le tocaban los hombros ni gorras de encaje blanco con pensamientos color púrpura.

-¡Así que ésta es la hija de Juliet! -dijo, tendiéndole a Emily una de sus manos relucientes-. No tengas miedo, niña. No voy a darte un beso. No soy partidaria de infligirles

Librodot

besos a las criaturas indefensas, sencillamente porque tienen la desgracia de ser parientes míos. Bien, ¿a quién se parece, Caroline?

Emily hizo una mueca mental. Ahora se venía otra odisea de comparaciones, en las cuales se convocaban y colocaban en su rostro narices, ojos y frentes de muertos y enterrados. Estaba harta de que se hablara de sus facciones en cada reunión de familia.

-No es muy parecida a los Murray -dijo Caroline, escudriñándola tan de cerca que involuntariamente Emily dio un paso atrás-. No es tan hermosa como los Murray.

-Ni como los Starr, tampoco. Su padre era un hombre hermoso. Tan hermoso que yo me hubiera fugado con él de haber tenido cincuenta años menos. No hay nada de Juliet en ella, eso es claro. Juliet era bonita. Tú no eres tan linda como parecías en aquel dibujo, pero yo no esperaba que lo fueras. Jamás se debe confiar en los dibujos y en los epitafios. ¿Dónde quedó tu flequillo, Emily?

-La tía Elizabeth me lo peinó hacia atrás.

-Bueno, mientras estés en mi casa te lo peinas hacia adelante. Tienes algo de tu abuelo Murray en las cejas. Tu abuelo era un hombre bien parecido, pero con un carácter del diablo, casi tan malo como el carácter de los Priest, ¿no, Caroline?

-Por favor, tía abuela Nancy -dijo Emily, decidida-. No me gusta que me digan que me parezco a otras personas. Me parezco a mí misma.

La tía Nancy rió.

-Rebelde, eh. Bien. Nunca me gustaron los jóvenes dóciles. Así que no eres estúpida, ¿eh?

-No, no lo soy.

Esta vez la tía abuela Nancy sonrió. Los dientes postizos se le veían extrañamente blancos y jóvenes en la cara vieja y oscura. -Bien. Tener cerebro es mejor que tener belleza; el cerebro dura; la belleza, no. Como en mi caso. Caroline, por ejemplo, nunca tuvo ni cerebro ni belleza, ¿no es cierto, Caroline? Vamos, vamos a cenar. Gracias a Dios que mi estómago no me abandonó como la belleza.

Con la ayuda del bastón, la tía abuela Nancy subió cojeando los escalones y llegó a la mesa. Se sentó en una cabecera y Caroline se sentó en la otra. Emily quedó en el medio, sintiéndose bastante incómoda. Pero su pasión predominante seguía siendo fuerte y ya estaba componiendo una descripción de ellas para su cuaderno. "Me pregunto si alguien lo lamentará cuando te mueras", pensó, mirando el rostro viejo y curtido de Caroline.

-Bueno, cuéntame -dijo la tía Nancy-. Si no eres estúpida, ¿por qué me escribiste una carta estúpida aquella primera vez? ¡Dios, qué estúpida era! Cada vez que Caroline se porta mal se la leo, como castigo.

-No podía escribir otra cosa porque la tía Elizabeth me dijo que iba a leerla después.

-Típico de Elizabeth. Bueno, aquí puedes escribir lo que quieras, y decir lo que quieras, y hacer lo que quieras. Nadie interferirá contigo ni tratará de "educarte". Te invité a que me visitaras, no para darte clases de disciplina. Me pareció que en La Luna Nueva tendrías más que suficiente. Tienes la casa a tu disposición y puedes elegir el novio que te guste de entre los muchachos Priest, aunque los jóvenes no son lo que eran en mi juventud.

-No quiero ningún novio -replicó Emily. Se sentía bastante asqueada. El Viejo Kelly no había parado de hablar de novios durante la mitad del camino y ahora la tía Nancy empezaba otra vez con ese tema innecesario.

No me digas -dijo la tía Nancy, riendo hasta que le temblaron los aretes de borlas de oro-. Nunca hubo una Murray de Luna Nueva que no quisiera tener novio. A tu edad, yo tenía

Librodot

media docena. Todos los muchachitos de Blair Water se peleaban por mí. Caroline no, ella nunca tuvo novio, ¿verdad, Caroline? -Ni quise -exclamó Caroline.

-La de ochenta y la de doce dicen lo mismo y las dos mienten -dijo la tía Nancy-. ¿Qué sentido tiene ser hipócritas entre nosotras? No digo que no esté bien decirlo cuando hay hombres presentes. Caroline, ¿te diste cuenta de qué lindas manos tiene Emily? Tan lindas como las mías cuando era joven. Y codos como los de los gatos. La prima Susan Murray tenía codos así. Es raro, tiene más rasgos de los Murray que de los Starr y, sin embargo, se parece más a los Starr que a los Murray. Qué extrañas sumas somos todos; el resultado nunca es lo que uno espera. Caroline, qué pena que Giboso no esté en casa. A él le gustaría Emily, estoy segura de que a él le gustaría Emily. Giboso es el único Priest que va a ir al cielo, Emily. Muéstrame los tobillos, gatita.

De mala gana, Emily sacó el pie de debajo de la mesa. La tía Nancy asintió, aprobadora.

-Los tobillos de Mary Shipley. Sólo una persona de cada generación tiene esos tobillos. Los tobillos de los Murray son gruesos. Hasta los tobillos de tu madre eran gruesos. Mira el arco del pie, Caroline. Emily, no eres ninguna belleza pero, si aprendes a usar de manera adecuada tus ojos, tus manos y tus pies, pasarás por bella. Los hombres son fáciles de engañar y si las mujeres dicen que no eres bella, todos dirán que es envidia.

Emily decidió que ésa era una buena oportunidad para averiguar algo que la intrigaba.

-El Viejo señor Kelly dijo que yo tenía ojos "te espero", tía Nancy. ¿Es cierto? ¿Y qué son ojos "te espero"?

Jock Kelly es un viejo burro. No tienes ojos "te espero", no es una tradición Murray. -La tía Nancy rió. -Los Murray tienen ojos "ni te acerques", y tú también, aunque tus pestañas los contradicen un poco. Pero a veces unos ojos como los tuyos, combinados con otras cosas, son tan efectivos como los ojos "te espero". La mayoría de las veces los hombres se guían por los contrarios, si les dicen que ni se acerquen, ahí vienen. Mi Nathamel, por ejemplo, la única manera de conseguir que hiciera una cosa era conminarlo a que hiciera lo opuesto. ¿Te acuerdas, Caroline? ¿Otra galletita, Emily?

-Todavía no comí ninguna -dijo Emily, algo resentida. Las galletitas se veían muy tentadoras y ella estaba esperando a que las pasaran. No supo por qué tanto la tía Nancy como Caroline rieron. La risa de Caroline era desagradable, una risa seca, áspera, "sin regusto", pensó Emily. Decidió que en su descripción escribiría que Caroline tenía "una risa delgada y estrepitosa".

-¿Qué piensas de nosotras? -preguntó la tía Nancy-. Vamos, dinos, ¿qué piensas de nosotras?

Emily se sintió muy incómoda. Justo estaba pensando en escribir que la tía Nancy parecía "mustia y marchita", pero no se podía decir eso, sencillamente no se podía.

-Di la verdad y avergüenza al diablo -dijo la tía Nancy. -No es una pregunta justa -exclamó Emily.

-Piensas -dijo la tía Nancy, sonriente- que yo soy una arpía espantosa y que Caroline no es del todo humana. No lo es. Nunca lo fue, pero a mí tendrías que haberme visto hace setenta años. Era la más hermosa de las más hermosas de las Murray. Los hombres se volvían locos por mí. Cuando me casé con Nat Priest, sus tres hermanos le hubieran cortado el cuello. Uno se cortó su propio cuello. Ah, qué estragos hice en mi tiempo. Lo único que lamento es no poder vivirlo todo otra vez. Fue una vida maravillosa, mientras duró. Yo era la reina. Las mujeres me odiaban, por supuesto, todas, menos Caroline. Tú me idolatrabas, ¿verdad, Caroline? Caroline, cómo me gustaría que no tuvieras esa verruga en la nariz.

-A mí me gustaría que tú tuvieras una en la lengua -dijo Caroline, incisiva.

Emily comenzaba a sentirse cansada y apabullada. Era interesante, y la tía Nancy era buena, a pesar de sus excentricidades, pero en casa llse, Perry y Teddy estarían reuniéndose en el bosque de John el Altivo para la velada vespertina, y Saucy Sal estaría sentada en los escalones del tambo, esperando a que el primo Jimmy le diera la crema de la leche. De pronto, Emily se dio cuenta de que extrañaba Luna Nueva como había extrañado Maywood la primera noche que pasó en Luna Nueva.

-La niña está cansada -dijo la tía Nancy-. Llévala a la cama, Caroline. Dale el cuarto rosa.

Emily siguió a Caroline a través de la salita de atrás, atravesando la cocina y el vestíbulo del frente; luego subieron la escalera, atravesaron un gran salón y, luego, un saloncito lateral. ¿Adónde la llevaban? Por fin llegaron a una gran habitación. Caroline en tendió la lámpara y le preguntó a Emily si tenía camisón. -Claro que tengo. ¿Se imagina que la tía Elizabeth iba a dejarme venir sin camisón?

Emily estaba indignada.

-Nancy dice que puedes dormir hasta la hora que quieras de mañana -dijo Caroline-. Buenas noches. Nancy y yo dormimos en el ala vieja, por supuesto, y el resto de nosotros dormimos bien en nuestras tumbas.

Con ese comentario críptico, Caroline salió rápido y cerró la puerta.

Emily se sentó en una otomana bordada y miró a su alrededor. Las cortinas de las ventanas eran de un brocato rosado desleído y las paredes estaban cubiertas de papel rosado, decorado con diamantes formados con cadenas de rosas. Era un precioso papel de hadas, como pudo descubrir Emily mirándolo con los ojos entrecerrados. Sobre el piso había una alfombra verde, tan pródigamente cubierta de rosas que Emily casi tuvo miedo de caminar sobre ella. Decidió que la habitación era espléndida.

"Pero tengo que dormir aquí sola, así que debo decir con mucho cuidado mis oraciones", reflexionó.

Se desvistió bastante de prisa, apagó la lámpara y se metió en la cama. Se tapó hasta el mentón y se quedó boca arriba, mirando el cielo raso blanco y alto. Se había acostumbrado tanto a la cama con baldaquín de la tía Elizabeth, que se sentía extrañamente desprotegida en esa cama moderna, baja. Pero, al menos, la ventana estaba abierta para atrás; era evidente que la tía Nancy no compartía el horror de, la tía Elizabeth del aire de la noche. A través de la ventana, Emily veía los campos estivales bajo la magia de una luna amarilla que se levantaba en el cielo. Pero la habitación era grande y fantasmagórica. Emily se sintió horriblemente lejos de todo el mundo. Se sentía sola, y extrañaba. Pensó en el Viejo Kelly y su ungüento de sapos. Tal vez, después de todo, sí hervía a los sapos vivos. El horrendo pensamiento la atormentaba. Era espantoso pensar en un sapo, o en cualquier otro animal, hervido vivo. Nunca antes Emily había dormido sola. De pronto, sintió miedo. Qué ruido hacía la ventana. Hacía un ruido horrible, como si alguien -o algo - tratara de entrar. Pensó en el fantasma del que le había hablado llse, un fantasma que uno podía *oír y sentir,* pero no *ver* era algo especialmente tétrico. Pensó en los perros de piedra que hacían "aúuuu" a la medianoche. En algún lugar, un perro se puso a aullar de verdad. Emily sintió un sudor frío en la frente. ¿Qué había querido decir Caroline con eso de que el resto de ellos dormía bien en sus tumbas? El suelo crujió. ¿Había alguien -o algo-- caminando de puntillas del otro lado de la puerta? ¿No se había movido algo en aquel rincón? Se oyeron ruidos misteriosos en el largo corredor.

-No voy a tener miedo -dijo Emily-. No voy a pensar en esas cosas y mañana escribiré todo lo que siento ahora.

Pero entonces sí oyó algo, justo del otro lado de la pared, a la cabecera de su cama. No era su imaginación. Oyó con claridad un ruido extraño, un murmullo como de vestidos de seda que se rozaran entre sí, como alas que cortaban el aire, y otros ruidos suaves, bajos, ahogados, como gritos o gemidos de niños pequeños. Duraron un rato, y no cesaban. Por momentos se acallaban, pero volvían a comenzar.

Emily se arrebujó debajo de la ropa de cama, helada de terror. Antes, su miedo era un miedo superficial, ella sabía que no había nada que temer, aun cuando tuviera miedo. Algo en ella la obligaba a soportarlo. Pero esto no era un error, no era su imaginación. Los murmullos, los aleteos, los gritos y los quejidos eran demasiado reales. De pronto, Wyther Grange se convirtió en un lugar espantoso, sobrenatural. Ilse tenía razón: la casa estaba embrujada. Y ella estaba completamente sola allí, con kilómetros de habitaciones y corredores entre ella y el ser humano más cercano. Era una crueldad de parte de la tía Nancy haberle dado un cuarto embrujado. La tía Nancy seguramente sabía que estaba embrujado, la cruel tía Nancy con su orgullo truculento por los hombres que se habían matado por ella. Ay, si pudiera estar en Luna Nueva, con la tía Elizabeth al lado. La tía Elizabeth no era una compañera de cama ideal, pero era de carne y hueso. Y si las ventanas estaban herméticamente cerradas, al menos evitaban que, junto con el aire de la noche, entraran los fantasmas.

"Tal vez no será tan malo si vuelvo á decir mis oraciones", pensó Emily. .

Pero ni siquiera eso la ayudó mucho.

Hasta el final de sus días Emily nunca pudo olvidar esa primera noche espantosa en Wyther Grange. Estaba tan cansada que por momentos se quedaba dormida, pero a los pocos minutos se despertaba en medio del pánico, por los murmullos y los gemidos sofocados detrás de su cama. Cada fantasma y cada gemido, cada espíritu atormentado y monja sangrante de los libros que había leído alguna vez le vinieron a la mente.

"La tía Elizabeth tenía razón, es malo leer novelas", pensó. "Ay, me voy a morir aquí, me voy a morir de miedo, lo sé. Sé que soy una cobarde, no puedo ser valiente."

Cuando llegó la mañana, la habitación brillaba con la luz del sol y ya no había ruidos misteriosos. Emily se levantó, se vistió y halló el camino hasta el ala vieja. Estaba pálida y ojerosa, pero decidida.

-Bien, ¿cómo dormiste? -le preguntó la tía, bondadosa. Emily ignoró la pregunta.

-Quiero irme a casa hoy -dijo. La tía Nancy se la quedó mirando.

-¿A tu casa? ¡Qué tontería! ¿Eres una niñita tonta, de esas que extrañan?

-No extraño, no demasiado, pero tengo que irme a casa. -No puedes, no hay nadie para llevarte. No pensarás que Caroline puede llevarte hasta Blair Water, ¿no?

-Entonces me voy caminando.

La tía Nancy golpeó el bastón contra el piso con furia.

-Se quedará aquí hasta que yo decida que se va, señorita. No tolero otros caprichos que los míos. Caroline lo sabe, ¿verdad, Caroline? Siéntate a tomar el desayuno y come, ¡come!

La tía Nancy miró con dureza a Emily.

-No me quiero quedar aquí -dijo Emily-. No voy a pasar otra noche en esa habitación embrujada. Fue una crueldad suya ponerme ahí. Si... -Emily respondió a la mirada dura de la tía Nancy con otra mirada dura- si yo fuera Salomé, pediría su cabeza en una bandeja.

-¡Caramba! ¿Qué son esas tonterías de habitaciones embrujadas? No tenemos fantasmas en Wyther Grange. ¿No, Caroline? No nos parecen higiénicos.

-Tienen algo espantoso en esa habitación, estuvo toda la noche murmurando, gimiendo y llorando del otro lado de la pared de la cabecera de mi cama. No me voy a quedar, no.

A pesar de los esfuerzos de Emily por contenerlas, las lágrimas la ahogaron. Estaba tan alterada, que no pudo evitar llorar. Lo único que le faltaba era un ataque de histeria.

La tía Nancy miró a Caroline y Caroline miró a la tía Nancy. -Tendríamos que habérselo dicho, Caroline. Es culpa nuestra. Me olvidé por completo, hace tanto que nadie duerme en el cuarto tosa. Con razón se asustó. Emily, pobrecita querida, es una vergüenza. Me tendría bien merecido que me pusieran la cabeza en una bandeja, sinvergüenza vengativa. Tendríamos que habértelo dicho.

-¿Haberme dicho ... qué?

-De las golondrinas de la chimenea. Eso es lo que oíste. La gran chimenea central sube justo por la pared detrás de tu cama. No se usa nunca ahora, desde que pusimos hogares nuevos. Las golondrinas hicieron nido allí, son cientos. Y es cierto que hacen un ruido sobrecogedor, aletean todo el tiempo, y se pelean.

Emily se sintió tonta y avergonzada, excesivamente avergonzada, pues su experiencia había sido en realidad muy dura, y personas mayores que ella se habían asustado durante las noches en el cuarto rosa de Wyther Grange. En algunas ocasiones, Nancy Priest les había dado esa habitación a ciertas personas con el expreso propósito de asustarlas. Pero, para hacerle justicia, de verdad lo había olvidado en el caso de Emily y lo lamentaba.

Emily no habló más de irse a su casa. Caroline y la tía Nancy fueron muy buenas con ella ese día. Durante la tarde durmió una buena siesta y, cuando llegó la noche, fue directo al cuarto rosa y durmió profundamente toda la noche. Los murmullos y los gritos se oyeron con igual claridad toda la noche, pero las golondrinas y los espectros son cosas bien diferentes.

-Después de todo, creo que Wyther Grange me va a gustar

-dijo Emily.

24

UNA FELICIDAD DIFERENTE

"20 de julio.

"Querido papá:

"Hace quince días que estoy en Wyther Grange y todavía no te escribí ni una vez. Pero todos los días pensé en ti. Tuve que escribirle a la tía Laura, a llse, a Teddy, al primo Jimmy y a Perry y además me estoy divirtiendo tanto. La primera noche que pasé aquí creí que no lo iba a pasar nada bien. Pero soy feliz, aunque es una felicidad diferente de la de Luna Nueva.

"La tía Nancy y Caroline son muy buenas conmigo y me dejan hacer todo lo que quiero. Esto es muy agradable. Son muy sarcásticas entre ellas. Pero me parece que son un poco como llse y yo, que se pelean mucho pero se quieren mucho entre una pelea y otra. Estoy segura de que Caroline no es una bruja pero me gustaría saber en qué piensa cuando está sola. La tía Nancy ya no es bonita pero es muy aristocrática. No camina mucho por el reuma, así que casi todo el tiempo lo pasa sentada en la salita de atrás y lee, teje encaje o juega a las cartas con Caroline. Hablo mucho con ella porque dice que la divierte y le conté muchas cosas pero nunca le conté que escribo poesía. Si le cuento, sé que me va a hacer recitarle y me parece que no es la persona adecuada para recitarle la poesía de uno.

Librodot

Y con ella no hablo de ti ni de mamá, aunque ella quiere. Le conté de John el Altivo, de lo del bosque y de cuando fui a ver al padre Cassidy. Se rió mucho y me dijo que a ella siempre le había gustado hablar con los curas católicos por que son los únicos hombres en el mundo con los que una mujer puede hablar más de diez minutos sin que las otras mujeres digan que una se está echando en sus brazos.

"La tía Nancy dice muchas cosas así. Ella y Caroline hablan mucho entre ellas de cosas que sucedieron en las familias Priest y Murray. A mí me gusta sentarme a escucharlas. No se interrumpen justo cuando las cosas se están poniendo interesantes, como la tía Elizabeth y la tía Laura. Hay muchas cosas que no entiendo pero las recordaré para averiguarlas algún día. Escribí descripciones de la tía Nancy y de Caroline en el cuaderno que me regaló el primo Jimmy. Escondo el cuaderno detrás del guardarropa en mi cuarto porque un día encontré a Caroline revisando mi baúl. No debo decirle tía abuela a la tía Nancy. Dice que la hace sentir como Matusalén. Me cuenta de los hombres que estuvieron enamorados de ella. A mí me parece que todos se comportaron más o menos igual. A mí no me resulta nada divertido pero ella dice que lo era. Me cuenta de las fiestas y los bailes que había aquí hace mucho tiempo. Wyther Grange es más grande que Luna Nueva y los muebles son mucho más lindos pero es difícil acostumbrarse a ellos.

"Hay muchas cosas interesantes en esta casa. Me encanta mirarlas. Hay una copa jacobita sobre un soparte en la sala. Era una copa que *un antiguo ansestro* de los Priest tenía hace mucho tiempo en Escocia y tiene un cardo y una rosa y lo usaban para beber a la salud del príncipe Charlie y *para ningún otro propósito.* Es *un legado muy valioso y* la tía Nancy lo quiere mucho. También tiene una víbora en conserva en un jarro de vidrio en el armario de la porcelana. Es espantosa pero fascinante. Yo me estremezco cuando la veo pero voy a mirarla todos los días. Parece como que algo me atrae a mirarla. La tía Nancy tiene una cómoda en su habitación *con manijas de vidrio y* un florero con la forma de un pez verde sentado sobre la cola y un dragón chino con la cola enroscada y una cajita con unos preciosos picaflorcitos embalsamados y un reloj de arena para hacer huevos pasados por agua y una corona enmarcada hecha con cabellos de todos los Priest muertos y una cantidad de viejos daguerrotipos. Pero lo que más me gusta de todo es una gran bola plateada y brillosa que cuelga de la lámpara de la sala. Refleja todo como un pequeño mundo de hadas. La tía Nancy la llama la bola que mira y dice que cuando ella se muera va a ser para mí. Me encantaría que no hubiera dicho eso porque quiero tanto esa bola que no puedo evitar pensar cuándo se va a morir ella y eso me hace sentir muy malvada. También me va a dejar el llamador en forma de gato de Cheshire y sus aretes de oro. Esas cosas son erencia de los Murray. La tía Nancy dice que la erencia de los Priest tiene que ir a los Priest. El gato de Cheshire me gusta pero los aretes no. No me gustaría que la gente me mirara las orejas.

"Tengo que dormir sola. Me da miedo pero creo que si se me pasara el miedo me gustaría. Ahora las golondrinas no me molestan. El asunto es que estoy sola y tan lejos de cualquiera. Pero es lindísimo estirar las piernas como uno quiere sin que nadie te reprenda porque te mueves. Y cuando me despierto, en la mitad de la noche, y se me ocurre algún verso espléndido (porque las cosas que uno piensa así son siempre las mejores) puedo levantarme de la cama y escribirlo en mi cuaderno. En casa no podría hacerlo y para cuando llegara la mañana me olvidaría, es lo más probable. Anoche se me ocurrió un verso tan precioso. `Los lirios levantaban sus cálises perlados (un calis es una especie de copita sólo que más poético) donde las abejas se ahogaban en su dulzura' y me sentí muy feliz porque estoy segura de que son los dos mejores versos que escribí en mi vida.

"Aquí me dejan ir a la cocina a ayudar a Caroline a cocinar. Caroline es una buena cocinera pero a veces comete un error y eso irrita a la tía Nancy, porque a ella le encanta comer cosas ricas. El otro día Caroline preparó la sopa de cebada demasiado espesa y cuando la tía Nancy miró su plato, dijo: `Señor, ¿que es esto, una comida o bosta?'. Caroline dijo: `Es bueno para una Priest y lo que es bueno para una Priest es bueno para una Murray' y la tía Nancy dijo: `Mujer, los Priest comen las migajas que se caen de las mesas de los Murray' y Caroline se puso tan furiosa que se *puso a llorar*. Y la tía *Nancy* me d*ijo: Emily,* nunca te cases con un Priest', lo mismo que dijo el Viejo Kelly, y yo no tengo intención de casarme con ninguno de ellos. No me gusta mucho ninguno de los que vi, pero me parecen iguales a las demás personas. Jim es el mejor de todos pero es un descarado.

"Los desayunos de Wyther Grange me gustan más que los de Luna Nueva. Comemos tostadas con tocino y mermelada, mucho más rico que la avena.

"Aquí los domingos son más divertidos que en Luna Nueva pero no son tan sagrados. Es bueno para cambiar. La tía Nancy no puede ir a la iglesia ni tejer, así que ella y Caroline juegan todo el día a las cartas, pero ella dice que yo no debo hacer lo mismo, que ella es un mal ejemplo. A mí me encanta mirar la Biblia de la sala grande porque hay tantas cosas interesantes en ella: pedacitos de vestidos y de cabellos, poemas, ferrotipos y notas sobre muertes y bodas. Encontré una nota sobre mi propio nacimiento y me dio una sensación rara.

"Por la tarde algunos de los Priest vienen a ver a la tía Nancy y se quedan a cenar. Leslie Priest viene siempre. Es el sobrino preferido de la tía Nancy, dice Jim. Creo que es porque le dice cumplidos. Pero una vez lo vi hacerle un guiño a Isaac Priest mientras le hacía un cumplido a ella. A mí no me gusta Leslie. Me trata como si yo fuera una criatura. La tía Nancy les dice cosas espantosas a todos pero ellos se ríen. Cuando se van la tía Nancy se burla de ellos con Caroline. A Caroline no le gusta, porque ella es una Priest, y entonces ella y la tía Nancy siempre se pelean los domingos de noche y no se hablan hasta el lunes a la mañana.

"Puedo leer todos los libros de la biblioteca de la tía Nancy menos la hilera del último estante. ¿Por qué será? La tía Nancy me dijo que son novelas francesas pero yo espié una y estaba escrita en inglés. ¿La tía Nancy dirá mentiras?

"El lugar que más me gusta es la costa de la bahía. Algunas partes de la costa son muy profundas y hay, todo a lo largo, unos lugares tan lindos, con bosques, lugares *inesperados. Yo* salgo a caminar por allí y compongo poesía. Extraño mucho a Ilse, a Teddy, a Perry y a Saucy Sal. Hoy recibí carta de llse. Me escribe que no pueden seguir haciendo nada con *Sueño de una noche de verano* hasta mi regreso. Es lindo sentirse necesario.

"A la tía Nancy la tía Elizabeth no le gusta. Un día dijo que era una `tirana' y después dijo: `Jimmy Murray era un muchacho inteligente. Elizabeth Murray le mató el intelecto por una rabieta, y nadie la castigó. Si hubiera reatado su cuerpo habría sido una asesina. Lo otro fue peor, en mi opinión'. A mí por momentos tampoco me gusta la tía Elizabeth, pero sentí, papá querido, que tengo que defender *a mi familia y* le dije: `No quiero oír que se digan esas cosas de la tía Elizabeth'.

"Y le dirigí una *mirada* a la tía Nancy. Ella me dijo: `Caramba, niña insolente, mi hermano Archibald no estará muerto del todo mientras vivas tú. Si no quieres oír ciertas cosas no andes cerca cuando Caroline y yo hablamos. Me parece que hay muchas que sí te gusta oír'.

"Eso fue un sarcasmo, querido papá, pero igual yo creo que la tía Nancy me quiere, aunque no sé si me seguirá queriendo por mucho tiempo. Jim Priest dice que es voluble y que nunca quiso a nadie, ni siquiera a su esposo, durante mucho tiempo. Pero después de ser sarcástica conmigo siempre le dice a Caroline que me dé un pedazo de pastel así que a mí el

sarcasmo no me importa. También me permite tomar té de verdad. Me gusta. En Luna Nueva la tía Elizabeth no me da otra cosa que té con mucha leche porque es mejor para la salud. La tía Nancy dice que la mejor manera de estar sano es comer lo que uno tiene ganas y no pensar demasiado en el estómago. Pero ella nunca estuvo amenazada por la tuberculosis. Dice que yo no debo tener miedo de morir de tuberculosis porque tengo mucho espíritu. Es un pensamiento reconfortante. Las únicas veces en que no me gusta la tía Nancy es cuando empieza a hablar de las diferentes partes de mí y el efecto que tendrán en los hombres. Me hace sentir muy tonta.

`Ahora te voy a escribir más seguido, querido papá. Creo que te tenía un poco abandonado.

"P D. Me temo que hay algunas faltas de ortografía en esta carta. Me olvidé de traer el diccionario."

22 de julio.

"Ay, querido papá, estoy en un aprieto terrible. No sé qué voy a hacer. Ay, papá, rompí la copa jacobita de la tía Nancy. Me parece una horrible pesadilla.

"Hoy fui a la sala a mirar la víbora embalsamada y justo cuando me iba se me enganchó la manga en la copa jacobita, que se cayó al suelo y *se hizo añicos.* Al principio salí corriendo y dejé los pedazos ahí pero después volví, junté todo y lo escondí en una caja detrás del sofá. La tía Nancy ahora no va nunca a la sala y Caroline no con mucha frecuencia y tal vez no noten la falta de la copa hasta que yo me vaya a casa. Pero me *atormenta.* No puedo dejar de pensar en eso todo el día y no puedo disfrutar de nada. Sé que la tía Nancy se pondrá furiosa y no me lo perdonará nunca si se entera. Anoche no pude dormir en toda la noche de la preocupación. Hoy vino Jim Priest a jugar conmigo pero me dijo que yo estaba muy aburrida y se volvió a su casa. Los Priest casi siempre dicen lo que piensan. Claro que estuve aburrida. ¿Cómo voy a poder divertirme? Estaba pensando si serviría de algo rezar. Pero no me parece bien rezar porque estoy engañando a la tía Nancy"

24 de julio.

"Querido papá, este es un mundo muy extraño. Nada sucede nunca como uno lo espera. Anoche otra vez no pude dormir. Estaba tan preocupada. Pensé que era una cobarde, haciendo algo solapado y no viviendo de acuerdo con mis tradisiones. Al final me puse tan mal que no pude soportarlo. Puedo soportar que otras personas tengan una mala opinión de mí pero me duele mucho tener una mala opinión de mí misma. Así que me levanté de la cama y recorrí todas las habitaciones hasta la salita de atrás. La tía Nancy todavía estaba allí, sola, jugando al Solitario. Me preguntó que diablos estaba haciendo levantada a esa hora. Yo le dije, rápido para que pasara lo peor de una vez: Ayer rompí su copa jacobita y escondí los pedazos detrás del sofá'. Entonces esperé *a que estallara la tormenta.* La tía Nancy dijo: `Qué bendición. Tantas veces quise romperla yo misma pero nunca me animé. Todo el clan Priest está esperando a que yo me muera para quedarse con esa copa y pelearse por ella y me fascina pensar que ahora no va a ser para nadie y, por otro lado, no pueden acusarme de nada porque no la rompí yo. Ve a la cama y descansa para ponerte más linda'. Yo le dije: `¿No está furiosa conmigo, tía Nancy?' `Si hubiera sido una erencia de los Murray habría hecho volar los techos' dijo la tía Nancy. `Pero las cosas de los Priest no me importan un bledo.'

"Así que me volví a la cama, querido papá, sintiéndome muy alibiada, aunque no muy eroica.

"Hoy recibí carta de IIse. Dice que Saucy Sal por fin tuvo gatitos. Creo que yo tendría que estar en casa para verlos. Probablemente la tía Elizabeth los haga ahogar a todos antes de que yo regrese. También recibí carta de Teddy, como carta no es mucho pero está llena de dibujitos de llse, de Perry, de Tansy Patch y del bosque de John el Altivo. Me hicieron extrañar casa."

28 de julio.

"Ay, padre querido, averigüé todo lo del misterio de la madre de llse. Es tan terrible que no puedo escribirlo, ni siquiera a ti. Yo no puedo creerlo pero la tía Nancy dice que es verdad. No creo que haya cosas tan espantosas en el mundo. No, no puedo creerlo y no voy a creerlo aunque digan que es cierto. Yo sé que la madre de llse no pudo haber hecho algo así. Tiene que haber un error en alguna parte. Me puso tan triste que siento que nunca más voy a poder volver a ser feliz. Anoche lloré sobre la almoada, como las eroínas de las novelas de la tía Nancy.

5
"NO PUDO HABER HECHO ALGO ASÍ"

La tía abuela Nancy y Caroline Priest eran dadas a colorear sus días grises con el rojo del recuerdo de deleites y diversiones antiguos, que habían muerto hacía tiempo, pero iban más allá y hablaban delante de Emily de toda clase *de* historias familiares con total descuido por su corta edad. Amores, nacimientos, muertes, escándalos, tragedias, cualquier cosa que les viniera a las viejas cabezas. Y no escatimaban detalles. La tía Nancy se regodeaba con los detalles. No olvidaba nada, y los pecados y las debilidades que la muerte había cubierto y para con los cuales el tiempo había mostrado su misericordia eran cruelmente desenterrados *v* analizados por esta truculenta anciana.

Emily no estaba muy segura de que realmente le gustara. Era fascinante, alimentaba un apetito suyo, pero en cierto sentido la hacía sentir desdichada, como si hubiera algo muy espantoso escondido en la oscuridad del pozo que abrían ante sus ojos inocentes. Como había dicho la tía Laura, su juventud la protegía hasta cierto punto, pero no pudo salvarla de comprender, con tristeza, la lastimosa historia de la madre de llse en la tarde en que a la tía Nancy le pareció propicio resucitar esa historia de angustia y vergüenza.

Emily estaba arrollada en el sofá de la sala de atrás, leyendo Los *jefes escoceses* porque era una tarde de julio de un calor asfixiante, demasiado calor para pasear por la costa de la bahía. Emily estaba muy contenta. La Señora Viento correteaba por encima del gran bosque de arces, detrás de Wyther Grange, agitando las hojas hasta que todos los árboles parecieron cubrirse de extraños brotes pálidos y plateados; desde el jardín llegaban deliciosos aromas; el mundo era maravilloso. Había recibido una carta de la tía Laura en la cual le decía que le habían guardado uno de los gatitos de Saucy Sal para ella. Emily sintió cuando se murió Mike 11 que nunca querría otro gato. Pero ahora descubrió que sí quería. Todo estaba bien. Estaba tan contenta, que habría sacrificado su posesión más preciada a los celosos dioses, de haber sabido algo de esa creencia pagana.

La tía Nancy estaba cansada de jugar al Solitario. Apartó las cartas y tomó el tejido.

-Emily -dijo-, ¿tu tía Laura tiene intenciones de casarse con el doctor Burnley?

Emily, arrancada abruptamente del campo de batalla de Banncrckburn, puso cara de hastío. Los chismosos de Blair Water a menudo hacían o sugerían esa pregunta, y ahora la pregunta venía a buscarla a Priest Pond.

-No, seguro que no -dijo-. Además, tía Nancy, el doctor Burnley odia a las mujeres.

La tía Nancy lanzó una risita.

-Pensé que se le había pasado. Ya hace once años desde que su esposa se fugó. Pocos hombres se aferran así a una idea durante once años. Pero Allan Burnley siempre fue muy necio, en lo que fuere, amor u odio. Todavía ama a su esposa, por eso odia su recuerdo y a todas las otras mujeres.

-Nunca supe los detalles de esa historia -dijo Caroline-. ¿Quién era su esposa?

-Beatrice Mitchell, de los Mitchell de Shrewsbury. Tenía apenas dieciocho años cuando Allan se casó con ella. Él tenía treinta y cinco. Emily, nunca cometas la tontería de casarte con un hombre tanto mayor que tú.

Emily no dijo nada. Había olvidado *Los jefes escoceses*. Se le comenzaron a enfriar las yemas de los dedos, como le sucedía siempre en situaciones de emoción, y los ojos se le oscurecían.

Sintió que estaba a punto de resolver el misterio que la había preocupado e intrigado durante tanto tiempo. Temió desesperadamente que la tía Nancy pasara a otro tema.

-Oí decir que ella era toda una belleza -dijo Caroline. La tía Nancy gruñó.

-Depende de los gustos. Era bonita, sí, una de esas muñequitas rubias. Tenía una marquita de nacimiento en la ceja izquierda, un corazoncito rojo, y yo no podía verle más que la marca esa cuando la miraba. Pero sus admiradores le decían que era un lunar de belleza; la llamaban "el as de corazones". Allan estaba loco por ella. Ella era muy coqueta antes de casarse. Pero debo decir, porque la justicia entre las mujeres es rara de encontrar, Caroline, tú, por ejemplo, eres una vieja bruja injusta, que después de casarse no coqueteó con nadie, al menos abiertamente. Era una traviesa, siempre riendo, cantando y bailando, para nada la esposa ideal para Allan Burnley, claro. Y pensar que él pudo haber elegido a Laura Murray. Pero entre una tonta y una mujer sensata, ¿hay hombre que dude? Las tontas ganan siempre, Caroline. Por eso tú nunca encontraste marido. Eras demasiado sensata. Yo encontré el mío porque simulé ser tonta. Emily, recuerda eso. Si tienes cerebro, disimúlalo. Tus tobillos te van a servir más que tu cerebro. -Los tobillos de Emily no importan -dijo Caroline, entusiasmada con el chisme--. Sigue con lo de los Burnley.

-Bueno, ella tenía un primo, un tal Leo Mitchell, de Shrewsbury. Tú te acuerdas de los Mitchell, ¿no, Caroline? El Leo este era un hombre muy bien parecido, capitán de barco. Había estado enamorado de Beatrice, según decían las malas lenguas. Algunos decían que Beatrice lo habría aceptado, pero que la familia la obligó a casarse con Allan Burnley porque era mejor partido. ¿Quién lo sabe? Las malas lenguas mienten nueve veces de cada diez y cuando dicen la verdad es sólo una verdad a medias. De todas maneras, ella aparentaba estar enamorada de Allan, y él le creyó. Cuando Leo volvió después de un viaje y encontró a Beatrice casada, lo tomó con mucha calma. Pero se lo pasaba en Blair Water. Beatrice tenía muchas excusas. Leo era su primo, se habían criado juntos, eran como hermanos, ella estaba muy sola en Blair Water después de vivir en una ciudad, él no tenía casa, vivía con un hermano. Allan lo admitió todo, estaba tan enamorado que ella podría haberle hecho creer cualquier cosa. Ella y Leo estaban siempre juntos cuando Allan salía a ver a sus pacientes. Hasta que llegó la noche en

que el buque de Leo, *La dama de los vientos* zarpaba del puerto de Blair Water hacia América del Sur. Él se fue... y su dama Beatrice se fue con él.

Un extraño ruido ahogado provino del rincón donde estaba Emily. Si la tía Nancy y Caroline hubieran mirado en su dirección habrían visto que la niña estaba blanca como una muerta, con los ojos muy abiertos, llenos de terror. Pero ellas no la miraron. Siguieron tejiendo y hablando, divirtiéndose mucho.

-¿Cómo lo tomó el doctor?

-Como lo tomó, nadie lo sabe. Lo que todo el mundo sabe es el tipo de hombre que ha sido desde entonces, eso sí. Ese día volvió a su casa al anochecer. La bebita estaba dormida en la cuna y la sirvienta estaba cuidándola. Ella le dijo a Allan que la señora Burnley había ido al puerto con su primo a despedirlo y que regresaría a las diez. Allan la esperó con toda tranquilidad -nunca había dudado de ella- pero ella no regresó. Ya había decidido no regresar. A la mañana *La dama de los vientos* se había ido, zarpó la noche anterior. Beatrice había subido a bordo con él, eso era lo que todo el mundo sabía. Allan Burnley no dijo nada que no fuera prohibir que volviera a mencionarse el nombre de ella en su presencia. Pero *La dama de los vientos* se perdió con todos los que estaban a bordo al salir de Hatteras y ese fue el fin de la fuga, y el fin de Beatrice con su belleza, su risa y su As de Corazones. -Pero no fue el fin de la vergüenza y la desgracia que hizo caer sobre su casa -dijo Caroline, agudamente-. Yo exhibiría en una plaza pública a una mujer así.

-Tonterías, si un hombre no puede cuidar a su esposa, si se venda los ojos... Dios nos bendiga, niña, ¿qué pasa?

Pues Emily estaba de pie, con las manos extendidas como si quisiera apartar de sí algo espantoso.

-No lo creo -gritó, con una voz chillona y extraña-. No creo que la madre de llse haya hecho eso. No lo hizo, no pudo haber hecho algo así, la madre de llse no.

-¡Agárrala, Caroline! -gritó la tía Nancy.

Pero Emily, aunque por un segundo la habitación había girado a su alrededor, se había recuperado.

-¡No me toque! -exclamó, con pasión--. ¡No me toque! ¡Le encantó... le encantó escuchar esa historia!

Salió corriendo de la habitación. Por un momento la tía Nancy sintió vergüenza. Por primera vez se le ocurrió que su vieja lengua adoradora de escándalos ajenos había hecho algo malo. Pero en seguida se encogió de hombros.

-No puede ir por la vida envuelta en una nube de algodón. En algún momento tiene que aprender que las espadas son espadas. Yo hubiera dicho que había oído la historia hace mucho, si los rumores en Blair Water siguen siendo lo que eran. Pero si cuando vuelva a su casa cuenta esto, las indignadas vírgenes de Luna Nueva van a venir llenas del espanto divino a acusarme de corruptora de la juventud. Caroline, no me pidas que te cuente más horrores de la familia delante de mi sobrina nieta, vieja escandalosa. ¡A tu edad! ¡Me sorprendes!

La tía Nancy y Caroline retomaron el tejido y sus jugosas reminiscencias y arriba, en el cuarto rosa, boca abajo sobre la cama, Emily lloró durante horas. Era tan espantoso: la madre de llse se había fugado y la había abandonado cuando era pequeñita. Para Emily eso era lo espantoso, esa cosa extraña, cruel, despiadada que había hecho la madre de Ilse. No podía creerlo, había un error en algún lado, tenía que haberlo.

-A lo mejor la secuestró -dijo Emily, tratando con desesperación de encontrar una explicación-. Subió a bordo para mirar, y él levó el ancla y se la llevó. Ella no pudo haberse ido por voluntad propia y dejar a su hijita querida.

La historia atormentó a Emily. Durante días no pudo pensar en otra cosa. Se apoderó de ella, atormentándola y acosándola casi con un dolor físico. Temía volver a Luna Nueva y ver a llse con esa conciencia de un oscuro secreto que debía ocultarle. Ilse no sabía nada. Una vez ella le había preguntado dónde estaba enterrada su madre e Ilse había dicho: "Ah, no lo sé. En Shrewsbury, supongo, porque allí es donde entierran a todos los Mitchell".

Emily se restregaba las manos. Era tan sensible a la maldad y al dolor como a la belleza y al placer, y esto era espantoso y doloroso. Sin embargo, no podía dejar de pensar, día y noche. De pronto, la vida en Wyther Grange se echó a perder. La tía Nancy y Caroline dejaron súbitamente de contar historias familiares, incluso las inofensivas, en su presencia. Y como para ellas era una represión dolorosa, no la alentaban a que se quedara con ellas. Emily comenzó a sentir que se alegraban cuando ella estaba lejos, de modo que se mantenía aparte y pasaba la mayor parte del tiempo caminando por la costa de la bahía. No podía componer poesía, no podía escribir en su cuaderno, no podía ni siquiera escribirle a su padre. Algo parecía interponerse entre ella y sus viejos placeres. Había una gota de veneno en cada copa. Hasta las delicadas sombras de la gran bahía, el encanto de los acantilados llenos de abetos blancos y las pequeñas islitas color púrpura que parecían puestos de avanzada de la tierra de las hadas, no podían llevarla a "el éxtasis delicado y despreocupado". Temía no volver a ser feliz jamás, tan intensa había sido para ella la primera revelación del pecado y el dolor del mundo. Y, por debajo de todo, persistía la misma incredulidad-la madre de Ilse no podía haberlo hecho- y la misma ansia impotente de probar que no podía haberlo hecho. Pero, ¿cómo probarlo? No podía. Ella había resuelto un "misterio" pero se había topado con otro, más insondable: la, razón por la cual Beatrice Burnley jamás había regresado a su casa en aquel anochecer de verano de hacía tanto tiempo. Pues, a pesar de toda la evidencia en contrario de los hechos, Emily insistía en su secreto convencimiento de que, fuera cual fuese la razón, *no* era que se había escapado en La d*ama de los vientos* cuando la nave zarpó hacia la maravilla ilumina ama da por las estrellas que era el golfo, más allá de Blair Water.

26
EN LA COSTA DE LA BAHÍA

"Me pregunto", pensó Emily, "cuánto más me queda por vivir." Esa tarde se había aventurado más lejos que de costumbre por la costa de la bahía. Era una tarde cálida y ventosa; el aire olía a resina y a dulzura y la bahía era de un turquesa neblinoso. Esa parte de la costa donde se encontraba parecía solitaria y virgen, como si jamás hubiera sido hollada por pie humano, a excepción de un sendero diminuto y retozón, delgado como un cordón rojo y bordeado de grandes sábanas de musgo verde y aterciopelado, que serpenteaba entre grandes abetos blancos y maleza de abetos rojos. La orilla se hacía más escarpada y rocosa a medida que ella avanzaba y, al final, el pequeño sendero desapareció del todo en un matorral de helechos. Emily se volvía para regresar, cuando vio una mata esplendorosa de aster que crecía lejos, en el borde de la orilla. Tenía que arrancar una, nunca había visto ásteres de un color púrpura tan oscuro e intenso. Se estiró para alcanzarla, pero el traicionero terreno mohoso

Librodot

cedió ante sus pies y Emily se resbaló por la escarpada pendiente. Hizo un intento desesperado por subir pero, cuanto más lo intentaba, más rápido se deslizaba hacia abajo el moho, arrastrándola consigo. En un momento la pendiente se terminaba y empezaba el borde a pique de rocas que terminaba allá abajo, en la costa rocosa a diez metros. Emily experimentó un espantoso momento de terror y desesperación, pero entonces vio que el pedazo de tierra mohosa que se había desprendido se había enganchado en un estrecho saliente rocoso, colgado a medias, y ella estaba sobre el moho. Se dio cuenta de 9i el menor movimient$_o$ de su parte lo haría precipitar al vacío, d recto a las crueles rocas de la costa.

Permaneció inmóvil, tratando de pensar, tratando de no tepe miedo. Estaba muy lejos de cualquier casa, nadie la oiría si gritaba. Pero tampoco se animaba a gritar por temor a que el movimiento de su cuerpo desalojar$_a$ el fragmento de tierra sobre e, que se sostenía. ¿Cuánto tiempo podría soportar allí, sin moverse? Venía la noche. La tía Nancy se preocuparía cuando oscureciera y enviaría a Caroline a buscarla. Pero Caroline jamás la encontraría allí. A nadie se le ocurriría buscarla aquí, tan lejos de Wyther Grange, en los páramos de abetos. Permanecer allí sola toda la noche, pensar que la tierra comenzaba a deslizarse, esperar una ayuda que no llegaría nunca... Emily no pudo evitar un estremecimient$_o$ que pudo haber determinado su ruina.

Ya una vez se había enfrentado' a la muerte, o eso creyó, la noche en que John el Altivo le dijo que había comido una manzana envenenada, pero eso era más difícil. ¡Morir allí, sola, lejos de su casa! Tal vez no se supiera nunca lo que había sido de ella, tal vez no la encontraran nunca. Los cuervos o las gaviotas le arrancarían los ojos. Dramatizó tan vivamente la situación, que estuvo a punto de echarse a gritar de espanto. Desaparecería del mundo como había desaparecido la madre de Ilse.

¿Qué había sido de la madre de Ilse? Incluso en su desesperada situación, Emily se formuló esa pregunta. Y no volvería a ver nunca la querida Luna Nueva, Teddy, el tambo, Tansy Patch, el bosque de John el Altivo, el viejo reloj de sol mohoso, su preciado montoncito de manuscritos en el estante del sofá, en la buhardilla.

"Tengo qu$_e$ ser muy valiente y paciente", pensó. "Mi única oportunidad es si me quedo quieta. Y puedo rezar mentalmente, seguro que Dios puede oír los pensamientos igual qu$_e$ las palabras. Es bueno pensar que Él puede oírme, ya que los demás no.

Ay, Dios, Dios de mi padre, por favor haz un milagro y sálvame 1 a vida, porqu$_e$ no creo que deba morir ahora. Perdóname por no estar de rodillas, no puedo moverme. Y, por favor, si me muero, que la tía Elizabeth no encuentre nunca mis escritos. Por favor, que los encuentre la tía Laura. Y, por favor, que Caroline no mueva el guardarropa cuando limpie la casa, porque encontraría el cuaderno y leería lo que escribí de ella. Por favor perdóname todos mis pecados, en especial no ser agradecida y haberme cortado el flequillo, y por favor que papá no esté muy lejos. Amén.

Entonces, típicamente, pensó en una posdata: "Y que por favor alguien averigüe por qué la madre de llse hizo eso".

Se quedó muy quieta. La luz del agua comenzó a volverse de un cálido oro y rosado. Un gran pino sobre un farallón, frente a ella, se derramaba en una cresta de ramas oscuras contra el esplendor ámbar del fondo, parte de la belleza del hermoso mundo que se le escapaba. La fresca brisa vespertina del golfo comenzó a rodearla. En un momento, un pedacito de tierra se quebró a su lado y cayó: Emily oyó el ruido sordo de los terroncitos, sobre las rocas de allá abajo. La porción sobre la que apoyaba una pierna estaba bastante floja y pendía de un hilo. Ella sabía que, en cualquier momento, también podía desprenderse. Sería

horrible estar allí cuando oscureciera. Alcanzaba a ver la gran mata de aster, que la había atraído a su perdición, meciéndose incólume por encima de ella, maravillosamente púrpura y hermosa.

¡Entonces, junto a la flor, vio la cara de un hombre que la miraba!

Lo oyó decir:

-¡Dios mío! -en voz baja, para sí. Vio que era delgado y que tenía un hombro apenas más alto que el otro. Tenía que ser Dean Priest, el Giboso Priest. Emily no se animó a llamarlo. Se quedó quieta y sus inmensos ojos de un gris purpúreo decían: "Sálveme".

-¿Cómo puedo ayudarte? -dijo Dean Priest, ronco, como si hablara consigo mismo-. No puedo llegar a ti y me parece que el menor toque o roce va a hacer que ese pedazo de tierra se vaya por el borde. Tengo que ir a buscar una soga y dejarte aquí, así. ¿Puedes esperar, criatura?

-Sí -musitó Emily. Le sonrió para alentarlo, esa suave sonrisita que comenzaba en las comisuras de los labios y se le derramaba por toda la cara. Dean Priest nunca olvidó esa sonrisa y los ojos firmes de la niña que lo miraban desde esa carita tan peligrosamente cerca del borde.

-Vendré lo más rápido posible -dijo--. No puedo caminar demasiado rápido, soy un poquito cojo. Pero no tengas miedo, te salvaré. Dejaré a mi perro para que te haga compañía. Aquí, Tweed, Silbó y un inmenso perro castaño apareció.

-Quédate sentado aquí, Tweed, hasta que yo vuelva. No muevas una pata, no muevas la cola, háblale sólo con los ojos. Tweed se sentó, obediente, y Dean Priest desapareció. Emily se puso a dramatizar todo el incidente para su cuaderno. Seguía un poco asustada, pero no tanto como para no imaginarse escribiéndolo todo al día siguiente. Sería muy emocionante. Le gustaba saber que el perrazo estaba allí. No sabía tanto de perros como de gatos. Pero éste parecía tan humano y confiable, mirándola allí con sus grandes ojos buenos. Un gatito gris era algo adorable, pero un gatito gris no se habría quedado sentado allí alentándola. "Creo", pensó Emily, "que cuando uno está en problemas un perro es mejor que un gato."

Pasó media hora antes de que Dean Priest volviera. -Gracias a Dios que no te caíste - murmuró-. No tuve que ir tan lejos, después de todo, encontré una soga en un bote vacío en la costa y la tomé. Y ahora, si te tiro la soga, ¿tienes fuerza para sostenerte de ella aunque la tierra bajo tus pies se desmorone y luego podrás sostenerte mientras te subo?

-Trataré -dijo Emily.

Dean Priest hizo un lazo en un extremo y le deslizó la soga. Luego la ató alrededor del tronco de un grueso abeto.

-Ahora -dijo.

Emily dijo para sus adentros: "Ayúdame, Dios mío" y agarró la soga, que se balanceaba. Al segundo, todo el peso de su cuerpo colgaba de la soga, pues al primer movimiento que hizo la tierra rota que tenía bajo los pies se deslizó hacia abajo, se deslizó por el borde Dean Priest se estremeció. ¿Podría seguir aferrada a la soga mientras él la subía?

Entonces, vio que ella había encontrado un diminuto saliente donde apoyar la rodilla. Con cuidado, él subió la soga. Emily, llena de resolución, lo ayudaba hundiendo los dedos de los pies en el terreno flojo. En un instante estuvo al alcance del hombre. Él la agarró de los brazos y, levantándola, la puso a salvo. En el momento en que pasaba junto a la mata de aster, Emily estiró la mano y cortó la flor.

-La conseguí -dijo, contenta. Entonces se acordó de los buenos modales-. Se lo agradezco muchísimo. Me salvó la vida. Y... y... creo que me voy a sentar un ratito. Me tiemblan las piernas.

Emily se sentó, temblando mucho más que cuando estaba en peligro. Dean Priest se recostó contra el viejo abeto nudoso. Él también parecía temblar. Se secó la frente con el pañuelo. Emily lo miró con curiosidad. Sabía mucho de él por comentarios casuales de la tía Nancy, no siempre bien intencionados, pues la tía Nancy, al parecer, no lo quería mucho. Siempre lo llamaba "Giboso" con algo de desdén, mientras que Caroline escrupulosamente lo llamaba Dean. Emily sabía que él había estudiado, que tenía treinta y seis años -lo cual para Emily era una edad venerable- y mucho dinero, que tenía un hombro defectuoso y cojeaba apenas, que no le importaba ni nunca le había importado otra cosa que los libros, que vivía con un hermano mayor y viajaba mucho, y que todo el clan Priest le temía a su lengua mordaz. La tía Nancy lo había llamado "cínico". Emily no sabía qué era ser cínico, pero sonaba interesante. Lo miró con interés y vio que tenía rasgos delicados, pálidos, y cabellos castaños oscuros. Tenía labios finos y sensibles, con una curva graciosa. Le gustó su boca. De haber sido mayor, habría sabido por qué: porque denotaba fuerza, ternura y humor.

A pesar del hombro defectuoso, había en él una cierta distante dignidad de presencia que era característica de muchos de los Priest y que a menudo era tomada por orgullo. Los ojos verdes de los Priest, que eran agudos y extraños en el rostro de Caroline e insolentes en el de Jim Priest eran notoriamente soñadores y atractivos en el suyo -¿Te parezco buen mozo? -dijo él, sentándose en otra piedra y sonriéndole. La voz era hermosa, musical y acariciante. Emily se ruborizó. Sabía que observar a la gente no era cortés, no lo encontraba para nada buen mozo, por eso agradeció que él no insistiera con la pregunta sino que le formulara otra. -¿Sabes quién es tu galante paladín?

-Usted tiene que ser Gi... el señor Dean Priest. -Emily volvió a ruborizarse, muerta de vergüenza. Había estado a punto de hacer otro terrible agujero en sus buenos modales.

-Sí, Giboso Priest. No te preocupes por el apodo. Lo he oído muchas veces. Es la idea que tienen los Priest del sentido del humor. -Rió con una risa no muy agradable. -La razón para ese apodo es bastante obvia, ¿no? En la escuela nunca me llamaron de otra manera. ¿Cómo te caíste por el acantilado?

-Quería esto -dijo Emily, agitando su áster.

-¡Y lo tienes! ¿Siempre consigues lo que quieres, aunque la muerte te espere al alcance de la mano? Creo que naciste con suerte. Veo las señales. Si ese inmenso aster te arrastró al peligro, también te salvó, porque te vi por asomarme para observarlo. El tamaño y el color me llamaron la atención. De lo contrario habría pasado de largo y tú..., qué habría sido de ti? ¿De quién eres que te deja arriesgarte por estas peligrosas orillas ¿Cuál es tu nombre? ¡Si es que lo tienes! Empiezo a dudar de ti, veo que tienes orejas puntiagudas. Me he enredado en tratos con las hadas y dentro de un instante voy a descubrir que han pasado veinte años Y que soy un anciano perdido ya para la vida de este mundo, acompañado solamente por el esqueleto de mi perro?

-Soy Emily Byrd Starr de Luna Nueva -dijo Emily, con algo de frialdad. Comenzaba a ser susceptible con respecto a sus orejas. El padre Cassidy había hecho un comentario sobre ellas, ahora Giboso Priest también ¿Eran tan raras sus orejas?

Y sin embargo, había algo en Giboso que le gustaba, le gustaba mucho. Emily nunca dudaba mucho sobre la opinión que le merecía la gente que conocía. En pocos minutos siempre sabía si esa persona le gustaba, le disgustaba o le era indiferente. Tenía la extraña

sensación de que conocía a Giboso Priest desde hacía años, tal vez porque el tiempo había parecido eterno mientras estuvo sobre ese pedazo de tierra suelta, esperando su regreso. No era buen mozo, pero a ella le gustaba ese rostro delgado e inteligente con esos magnéticos ojos verdes.

-¡Así que eres la joven huésped de Wyther Grange! -dijo Dean Priest, bastante asombrado-. Entonces mi tía Nancy tendría que cuidarte mejor, mi muy *querida* tía Nancy.

-Ya veo que no le gusta la tía Nancy-dij$_o$ Emily, con frialdad.

-¿Por qué me va a gustar una señora a la que no le gusto? Probablemente ya hayas descubierto que me detesta.

Ah, no creo que sea para tanto -dijo Emily-. Seguramente tenga alguna buena opinión sobre usted. Dice que usted es el único de los Priest que va a ir al cielo.

-Eso no es ningún cumplido de parte de ella, aunque tú, en tu inocencia, creas que sí. ¿Así que eres la hija de Douglas Starr? Conocí a tu padre. Estudiamos juntos en la Queen's Academy. Nos separamos al egresar: él se dedicó al periodismo y yo me fui a McGill. Pero fue el único amigo que tuve en la escuela, el único de los muchachos que se tomó la molestia de hacerse amigo de Giboso Priest, que era cojo y jorobado y no podía jugar al fútbol ni al hockey. Emily Byrd Starr, Starr tendría que ser tu primer nombre.' Pareces una estrella, tienes una personalidad radiante que fluye de ti, tu casa tendría que ser el cielo del anochecer, justo luego del crepúsculo, o el cielo de la mañana, antes del alba. Sí. Te cabría más el cielo de la mañana. Creo que te voy a decir Estrella.

-¿Quiere decir que me encuentra bonita? -preguntó Emily, directamente.

-Bueno, no se me había ocurrido pensar si eres bonita o no, ¿Te parece que una estrella tiene que ser bonita?

Emily reflexionó.

-No -dijo por fin-, la palabra no encaja con una estrella. -Veo que eres una artista con las palabras. Claro que no. Las estrellas son prismáticas, palpitantes, evasivas. No siempre encontramos una hecha de carne y hueso. Creo que te esperaré.

-Ah, pero ya estoy lista, podemos irnos -dijo Emily, poniéndose de pie.

-Umm. No me refería a eso. No importa. Ven, Estrella, si no te molesta caminar despacio. Al menos te sacaré de estas soledades. No creo que me aventure a ir a Wyther Grange esta noche. No quiero que la tía Nancy te reprenda d ti. ¿Así que no te parezco buen mozo?

-Yo no dije eso -exclamó Emily.

-No en palabras. Pero puedo leerte los pensamientos. Estrella, no intentes nunca pensar algo que no quieras que yo sepa. Los dioses me han dado ese don, si bien me han negado todas las otras cosas que yo quería. No me encuentras buen mozo pero me encuentras agradable. ¿Tú te crees bonita?

-Un poquito, ahora que la tía Nancy me deja usar flequillo -dijo Emily, con franqueza.

Giboso Priest hizo una mueca.

-No lo llames con ese nombre. Es un nombre peor que polisón. Flequillo y polisones, hasta *duelen.* Me gusta esa onda negra que rompe sobre tu frente blanca, pero no lo llames flequillo, nunca.

-Sí, es una palabra fea. Yo nunca la uso en mis poesías, por supuesto.

Por lo cual Dean Priest descubrió que Emily escribía poesía. También descubrió casi todo lo que había que saber de ella en ese encantador camino de regreso a Priest Pond, en el atardecer con aroma a abetos, con Tweed caminando entre ellos, tocando a su amo con el

hocico, suavemente, de vez en cuando, mientras los petirrojos silbaban animadamente desde los árboles en la luz moribunda.

Con nueve de cada diez personas Emily era reservada, pero Dean Priest era francamente de su tribu y ella lo adivinó al instante. Él tenía derecho al santuario secreto y ella lo abrió sin reservas. Con él habló libremente.

Además, volvía a sentirse viva, volvía a sentir la emoción de vivir, después de ese espantoso momento en que pareció balancearse entre la vida y la muerte. Sintió, como más tarde le escribió a su padre, "como si un pajarito me cantara en el corazón". ¡Ah, qué lindo sentir la tierra verde bajo los pies!

Le contó todo sobre ella, lo que hacía y lo que era. Hubo sólo una cosa que no le contó: su preocupación por la madre de llse. *De eso* no podía hablarle a nadie. La tía Nancy no tenía por qué temer que fuera a llevar cuentos a Luna Nueva.

-Ayer, que estaba lloviendo y no pude salir, escribí un poema entero -dijo-. Comienza:

Estoy sentada junto a la ventana del oeste que da a Malvern Bay...

-¿No voy a escuchar todo el poema? - preguntó Dean, que sabía perfectamente bien que Emily ansiaba que se lo pidiera. Encantada, Emily repitió todo el poema. Cuando llegó a los dos versos que más le gustaban:

Tal vez en esas islas boscosas
Que coronan el pecho de la orgullosa bahía...

miró de reojo para ver si él los admiraba. Pero él caminaba con los ojos bajos y expresión abstraída. Ella se sintió algo decepcionada.

-Umm -dijo, cuando ella terminó-. ¿Me dijiste que tienes doce años, no? Cuando tengas diez años más... pero no pensemos en eso.

El padre Cassidy me dijo que continuara -exclamó Emily. -Estaba de más. Vas a continuar, de cualquier manera, naciste con la necesidad de escribir. Es incurable. ¿Qué piensas hacer? -Creo que seré una gran poetisa o una novelista distinguida -dijo Emily, reflexiva.

-Si no es más que cuestión de elegir -dijo Dean, secamente-, mejor sé novelista, tengo entendido que se gana más dinero. -Lo que me preocupa de escribir novelas -le confió Emily son las conversaciones amorosas. Estoy segura de que nunca podré escribir eso. Lo he intentado -concluyó, con candidez-, y no se me ocurre *nada.*

-De eso no te preocupes. Algún día yo te enseñaré.

-¿En serio? ¿Enserio? -Emily estaba muy entusiasmada-. Te lo agradeceré muchísimo. Creo que con todo lo demás podré arreglármelas muy bien.

-Entonces es un trato, no lo olvides. Y que no se te ocurra buscar otro maestro, ¿eh? ¿Qué haces en Wyther Grande, además de escribir poesía? ¿No te sientes sola con la única compañía de esas dos sobrevivientes?

-No. Disfruto de mi propia compañía -dijo Emily, con gravedad.

-No me extraña. Se dice que las estrellas viven apartadas, de todos modos, suficientes consigo mismas, envueltas en su propia luz. ¿De verdad te gusta la tía Nancy?

-Sí, de verdad. Conmigo es muy buena. No me obliga a ponerme cofia y a la mañana me deja andar descalza. Pero de tarde tengo que ponerme las botas abotonadas y yo odio las botas abotonadas.

-Es natural. Tendrías que calzar sandalias de luz de luna y llevar una chalina de niebla marina con algunas luciérnagas prendidas a ella sobre los cabellos. Estrella, no te pareces a tu padre, pero tienes tantas cosas de él. ¿Te pareces a tu madre? Yo no la conocí.

De inmediato, Emily sonrió con modestia. En ese momento nació en ella un verdadero sentido del humor. Ya nunca volvería a sentir de una manera exclusivamente trágica sobre nada.

-No -dijo-, sólo las pestañas y la sonrisa son como las de mamá. Pero tengo la frente de papá, el cabello y los ojos de la abuela Starr, la nariz del tío abuelo George, las manos de la tía Nancy, los codos de la prima Susan, los tobillos de la tatarabuela Murray y las cejas del abuelo Murray.

Dean Priest rió.

-Una bolsa de retazos, como lo somos todos - dijo-. Pero tu alma es sólo tuya, y recién forjada, eso te lo aseguro.

-Ah, me alegro tanto de que me gustes -dijo Emily, impulsiva-. Sería horrible pensar que alguien que no me gusta me salvó la vida. No me molesta para nada que me la hayas salvado tú.

-Me alegro. Porque de este momento en adelante tu vida me pertenece. Ya que la salvé, es mía. No lo olvides nunca.

Emily sintió una extraña sensación de rebelión. No le gustaba la idea de que su vida le perteneciera a nadie que no fuera ella misma, ni siquiera a alguien que le gustaba tanto como Dean Priest. Dean, que la observaba, lo vio y sonrió con esa sonrisa enigmática que siempre parecía ser mucho más que una mera sonrisa.

-No te hace mucha gracia, ¿eh? Ah, uno tiene que pagar cuando quiere algo fuera de lo común. Lleva tu magnífico aster a casa y manténlo todo lo que puedas. Te ha costado la libertad.

Reía -era todo una broma, por supuesto- pero Emily sintió que la habían encadenado con grillos de telaraña. Cediendo a un súbito impulso, arrojó la gran flor al suelo y la pisó.

Dean Priest la miró, divertido. Sus extraños ojos tenían una mirada muy bondadosa cuando se encontraron con los de ella. -¡Estrella difícil de encontrar, estrella vívida, estrella! Vamos a ser buenos amigos, somos buenos amigos. Mañana voy a Wyther Grange a ver esas descripciones que escribiste en tu cuaderno de Caroline y de mi venerable tía. Seguro que son una delicia. Tú sigues por ese camino; no te alejes demasiado otra vez de la civilización. Buenas noches, mi Estrella de la Mañana.

Se quedó parado en la encrucijada y la observó hasta que ella se perdió de vista.

-¡Qué criatura! -murmuró-. Jamás olvidaré sus ojos cuando estaba allí, al borde de la muerte, qué alma tan intrépida, jamás vi a nadie tan plena de la alegría de vivir. Es la hija de Douglas Starr; él nunca me llamó Giboso.

Se agachó y recogió la flor pisoteada. El talón de Emily la había pisado con saña y estaba aplastada. Pero, esa noche, él la guardó entre las hojas de un viejo tomo de *Jane* Eyre, donde había marcado un verso:

En toda su gloria se elevó
ante mi vista esa criatura

de llovizna y luz.

27
EL JURAMENTO DE EMILY

En Dean Priest, Emily encontró, por primera vez desde la muerte de su padre, un compañero completamente solidario. Siempre estaba del mejor de los humores cuando estaba con él, con la deliciosa sensación de ser comprendida. Amar es fácil y, por lo tanto, común, pero *comprender,* ¡qué poco común! Juntos vagaban por las tierras maravillosas de la fantasía en los mágicos días de agosto que siguieron a la aventura de Emily en la costa de la bahía, hablaban juntos de cosas exquisitas, inmortales, y se sentían cómodos con "las viejas felicidades de la naturaleza" de las que Wordsworth habla tan gozosamente.

Emily le mostró todas las poesías y las "descripciones" de su cuaderno, que él leía con gravedad y, exactamente como había hecho su padre, le hacía pequeñas críticas que no la lastimaban porque ella sabía que eran justas. En cuanto a Dean Priest, una cierta fuente de fantasía que parecía haberse secado hacía mucho en él comenzó a burbujear otra vez, resplandeciente.

-Me haces creer en las hadas, aunque no lo quiera-le dijo y eso significa juventud. Mientras uno crea en las hadas no puede envejecer.

-Pero yo no puedo creer en las hadas -rezongó Emily, apenada-. Me encantaría poder creer.

-Pero tú eres un hada, de lo contrario, no podrías encontrar la tierra de las hadas. No se puede comprar el pasaje para ir. O las hadas te dan un pasaporte cuando naces o no. Es así de sencillo.

-,"Tierra de las hadas" ¿no es una expresión *hermosísima?* -dijo Emily, soñadora.

-Porque significa todo lo que desea el corazón humano -dijo Dean.

Cuando él le hablaba, Emily se sentía como mirando un espejo encantado en el que sus propios sueños y esperanzas secretos se reflejaban sobre ella misma con un nuevo encanto. Si Dean Priest era un cínico, no mostraba cinismo alguno con Emily. Pero, en su compañía, él no era cínico; había hecho a un lado sus años y volvía a ser un niño con las visiones inmaculadas de los niños. Ella lo adoraba por el mundo que le abría.

En él había también tanto sentido del humor, un humor fino, sorprendente. Le contaba chistes, la hacía reír. Le contaba extrañas historias antiguas de dioses olvidados que eran muy hermosos, de festivales cortesanos y de bodas de reyes. Parecía tener la historia del mundo entero en la punta de los dedos. Describía las cosas con frases inolvidables, mientras caminaban por la costa de la bahía o estaban sentados en el viejo jardín descuidado y umbrío de Wyther Grange. Cuando él le hablaba de Atenas corno "la ciudad de la Corona Violeta", Emily se daba cuenta, una vez más, cómo surge la magia cuando se hace una correcta combinación de palabras; y a ella le encantaba pensar en Roma como "la ciudad de las Siete Colinas". Dean había estado en Roma y en Atenas, y casi en cualquier otro lado.

-No sabía que alguien, fuera de los libros, pudiera hablar como tú -le dijo ella.

Dean rió, con una cierta amargura que estaba presente tan a menudo en su risa, aunque era mucho menos frecuente con Emily que con otras personas. Era, en realidad, la

Librodot

risa lo que le había ganado a Dean su fama de cinismo. Con frecuencia la gente pensaba que se reía de ella y no con ella.

-Casi toda mi vida mis compañeros han sido los libros -dijo él-. ¿Es de extrañar que hable como ellos?

-Estoy segura de que ahora me va a gustar estudiar historia -dijo Emily-, excepto historia del Canadá. Esa no me va a gustar nunca, es tan aburrida. No al principio, cuando pertenecíamos a Francia y había muchas batallas, sino después, cuando no había más que política.

-Los países felices, como las mujeres felices, son los que no tienen historia -dijo Dean.

-Yo espero tener una historia -exclamó Emily-. Quiero tener una carrera *emocionante.*

-Todos queremos lo mismo, tontita mía. ¿Sabes qué es lo que hace la historia? El dolor, la vergüenza, la rebeldía, el derramamiento de sangre y el sufrimiento. Estrella, pregúntate cuántos corazones sufrieron, y se quebraron, para hacer esas páginas rojas y púrpuras de la historia que tú hallas tan emocionantes. El otro día te conté la historia de Leónidas y sus espartanos. Tenían madres, hermanas y novias. Si hubieran podido pelear una batalla sin derramamiento de sangre, en las urnas, habría sido mejor, si bien no tan dramático.

-No... no *puedo* estar de acuerdo -dijo Emily, confusa. No tenía la suficiente edad como para pensar o decir, como diría diez años después: "Los héroes de las Termópilas han sido fuente de inspiración para la humanidad durante siglos. ¿Qué juego alrededor de una urna podrá serlo?".

-Y, como todas las criaturas de tu sexo, formas tus opiniones sobre la base de la emoción. Bien, desea una carrera emocionante, pero recuerda que para que haya emoción en tu vida *alguien* deberá pagarle al flautista la moneda del sufrimiento. Si no eres tú, habrá de ser otra persona.

-Ah, no, eso no me gustaría.

-Entonces confórmate con menos emociones. ¿Te acuerdas del accidente en el acantilado? Eso estuvo a punto de ser una tragedia. ¿Y si yo no te hubiera encontrado?

-Pero me encontraste -exclamó Emily-. A mí me gusta el peligro, después que pasó agregó-. Si todo el mundo hubiera sido siempre feliz, no habría cosas que leer.

Tweed era el tercero en sus caminatas y Emily se encariñó mucho con él, sin perder lealtad hacia la raza gatuna.

-Con una parte de mi mente amo a los gatos y con la otra a los perros -decía.

-A mí me gustan los gatos pero nunca tuve uno -dijo Dean-. Son demasiado exigentes, piden demasiado. Los perros no quieren más que amor, pero los gatos exigen adoración. Nunca superaron la costumbre de ser dioses en Bubastis.

Emily comprendió el comentario. Él le había contado del antiguo Egipto y de la diosa Pasht, pero no estaba de acuerdo con él. -Los gatitos no quieren que los adoren -dijo-. Sólo quieren que uno los acaricie.

-Por sus sacerdotisas, sí. Si hubieras nacido en las orillas del Nilo hace cinco mil años, Emily, habrías sido una sacerdotisa de Pasht, habrías sido una adorable criatura de piel oscura, delgada, con una banda de oro en los cabellos negros y pulseras de plata en esos tobillos que la tía Nancy admira, y con docenas de diosecitos sagrados retozando a tu alrededor, bajo las palmeras, en los patios de los templos.

-Ay -exclamó Emily, extasiada-, eso me dio el destello. Y -agregó, intrigada- por un momento me hizo extrañar mi casa, también. ¿Por qué?

¿Por qué? Porque no tengo dudas de que en una encarnación anterior sí fuiste una sacerdotisa y mis palabras se lo recordaron a tu alma. ¿Crees en la doctrina de la transmigración de las almas, Estrella? Claro que no, criada por los fieles calvinistas de Luna Nueva...

-¿Qué significa eso? -preguntó Emily y cuando Dean se lo explicó a ella le pareció una creencia preciosa, pero estaba segura de que a la tía Elizabeth no le gustaría.

-Por eso no voy a creer en ella, por ahora -dijo, con gravedad.

Hasta que todo llegó a su fin de manera abrupta. Todos los involucrados habían dado por sentado que Emily se quedaría en Wyther Grange hasta fines de agosto. Pero a mediados de agosto, un día, la tía Nancy de pronto le dijo:

-Vete a tu casa, Emily. Me cansé de ti. Me gustas mucho, no eres estúpida, eres pasablemente bonita y te has portado espléndidamente bien, dile a Elizabeth que les das crédito a los Murray, pero me cansé de ti. Vete a tu casa.

Emily tenía sentimientos encontrados. Le dolía que la tía Nancy le dijera que estaba cansada de ella, a cualquiera le dolería. Quedó resentida varios días, hasta que se le ocurrió una respuesta tajante que podría haberle dicho a la tía Nancy y la escribió en el cuaderno. Se sintió tan aliviada entonces, como si de verdad se lo hubiera dicho.

Y lamentaba tener que dejar Wyther Grange; había llegado a querer esa casa vieja y hermosa, con su dejo de secretos ocultos, un dejo que era sólo un truco de su arquitectura, pues en ella nunca había habido nada más que las sencillas historias de nacimientos, casamientos, muertes y la vida de todos los días que tienen casi todas las casas. Lamentaba dejar la costa de la bahía, el precioso jardín, la bola que mira, el gato de Cheshire y el cuarto rosa de la libertad, pero más que nada lamentaba dejar a Dean Priest. Pero, por otro lado, era lindísimo pensar en volver a La Luna Nueva y a todos los que quería: Teddy y su querido silbido, llse y su estimulante camaradería, Perry con su resolución de llegar a cosas más elevadas, Saucy Sal y el gatito nuevo que ya estaría necesitando un poco de educación, y el mundo de hadas de *Sueño de una noche de verano.* El jardín del primo Jimmy estaría en pleno esplendor; las manzanas de agosto estarían maduras. De pronto, Emily estuvo ansiosa por irse. Guardó sus cosas en el pequeño baúl negro con alegría y halló una excelente ocasión para introducir con sentido de la oportunidad cierto verso de un poema que Dean hacía poco le había leído y que había cautivado su fantasía.

-"Adiós, mundo orgulloso, me vuelvo a casa" -declamó, con sentimiento, de pie en lo alto de la larga escalera oscura y reluciente, y apostrofando a la hilera de adustas fotografías de los Priest que colgaban de las paredes.

Pero hubo algo que la enojó mucho. La tía Nancy se negó a devolverle el dibujo que le había hecho Teddy.

-Me lo quedo -dijo la tía Nancy, sonriendo y sacudiendo los aretes de oro-. Algún día ese dibujo va a valer algo como uno de los primeros esfuerzos de un artista famoso.

-Yo sólo se lo presté, le dije que sólo se lo prestaba -dijo Emily, indignada.

-Soy un viejo demonio inescrupuloso -dijo la tía Nancy, sin alterarse-. Así me llaman todos los Priest a mis espaldas. ¿No es cierto, Caroline? Ya que me llaman así, bien puedo serlo. Sucede que me gusta ese dibujo, eso es todo. Voy a enmarcarlo y colgarlo aquí, en mi salita. Pero te lo dejaré en mi testamento, eso, el gato de Cheshire, la bola que mira y mis aretes de oro. Nada más, no voy a dejarte ni un centavo de mi dinero, con eso no cuentes.

-No lo quiero -dijo Emily, altiva-. Yo voy a ganar montones de dinero. Pero no es justo que se quede con mi dibujo. Me lo regalaron.

-Yo nunca fui justa-dijo la tía Nancy-. ¿Verdad, Caroline? -Nunca -dijo Caroline, de mal genio.

-¿Ves? Ahora, no hagas escándalo, Emily. Has sido una niña muy buena, pero creo que ya cumplí con mi deber por lo que hace a este año. Regresa a Luna Nueva y cuando Elizabeth no te deje hacer cosas dile que yo siempre te dejaba. No sé si servirá de algo, pero inténtalo. Elizabeth, como todos los que tienen algún parentesco conmigo, siempre se pregunta qué voy a hacer con mi dinero.

El primo Jimmy fue a buscar a Emily. ¡Cuánto se alegró ella de ver otra vez su rostro bondadoso con sus dulces ojos de elfo y la barba terminada en dos puntas! Pero se sintió muy mal cuando se volvió a Dean.

-Si quieres, te doy un beso de despedida -dijo, ahogada. A Emily no le gustaba dar besos. En realidad no tenía ganas de darle un beso a Dean, pero lo quería tanto que pensó que debía extenderle todas las cortesías.

Dean la miró sonriendo, con su juventud, con su pureza, con sus suaves curvas.

-No, no quiero que me beses... todavía. Y nuestro primer beso no debe tener el gusto de una despedida. Sería un mal presagio. Estrella de la Mañana, lamento que te vayas. Pero te veré pronto. Mi hermana mayor vive en Blair Water, ¿sabes? y siento un súbito acceso de cariño fraternal hacia ella. Creo que me veo visitándola muy a menudo, de ahora en adelante. Entretanto, recuerda que me prometiste escribirme todas las semanas. Y yo te escribiré a ti.

-Lindas cartas' muy gordas -lo urgió Emily . Me encantan las cartas gordas.

-¡Gordas! Serán verdaderamente obesas, Estrella. Ahora, ni siquiera voy a decir adiós. Hagamos un pacto, Estrella. Jamás nos diremos adiós. Sólo nos sonreiremos y nos iremos.

Emily hizo un valiente esfuerzo, sonrió y se fue. La tía Nancy y Caroline volvieron a la salita de atrás y a su juego de cartas. Dean Priest llamó a Tweed con un silbido y se fue a la costa de la bahía. Se sentía tan solo que se rió de sí mismo.

Emily y el primo Jimmy tenían tantas cosas de qué hablar, que el camino a casa pareció muy corto.

Luna Nueva estaba blanca al sol del atardecer que también brillaba con excesiva suavidad sobre los viejos graneros grises. Las Tres Princesas, que se erguían contra el cielo plateado, se veían tan remotas y principescas como siempre. El viejo golfo canturreaba detrás de los campos.

La tía Laura salió corriendo a recibirlos, con sus preciosos ojos azules brillando de placer. La tía Elizabeth estaba en la cocina, preparando la cena, y sólo le tendió la mano a Emily, pero se veía algo menos altiva y ceñuda que de costumbre, y para la cena había preparado las bombas de crema preferidas de Emily. Perry andaba por ahí, descalzo y tostado por el sol, esperándola para contarle todas las noticias sobre gatos, terneros, cerditos y la potrillita nueva Ilise vino corriendo y Emily descubrió que había olvidado lo vital que era Ilse, cuánto le brillaban los ojos ámbar, cuán dorada era su melena de cabellos de seda, más dorados que nunca bajo la boina de seda azul que la señora Simms le había comprado en Shrewsbury. Como artículo de vestir, esa boina estridente hacía que a Laura Murray le dolieran los ojos y la sensibilidad, pero el color resaltaba los maravillosos cabellos de llse. Ésta sumergió a Emily en un abrazo extasiado y se peleó ferozmente con ella diez minutos después, por el hecho de que Emily se negó a regalarle el único gatito sobreviviente de Saucy Sal.

-Tendría que ser mío, hiena tambaleante -tronó llse-. ¡Es tan mío como tuyo, cerdita! El padre es el viejo gato de nuestro granero.

-Ese tipo de conversación es indecente-dij$_o$ la tía Elizabeth, pálida de horror-. Y si ustedes se van a pelear por ese gato, lo haré ahogar, no lo olviden.

Por fin, llse se dejó apaciguar por el ofrecimiento de Emily de que ella le pusiera nombre al gatito y tuviera la mitad de los intereses sobre él. Ilse le puso Flor. A Emily no le pareció un nombre apropiado pues, como el primo Jimmy se había referido a él como "el gatito", sospechaba que pertenecía al sexo fuerte. Pero antes que volver a provocar la ira de la tía Elizabeth hablando de temas prohibidos, estuvo de acuerdo.

-Puedo llamarlo Floto -pensó-. Suena más masculino. El gatito era una cosita delicada, gris rayada, que a Emily le recordaba a su querido Mike perdido. Y tenía un olorcito tan lindo, a piel calentita y limpia, con un dejo del heno de trébol donde Saucy Sal había hecho su nidito de maternidad. Después de la cena, oyó el silbido de Teddy en el jardín viejo, el mismo llamado encantador. Emily salió corriendo a encontrarlo; después de todo, no había nadie como Teddy en el mundo. Fueron en una corrida de éxtasis hasta Tansy Patch, a ver el nuevo cachorrito que el doctor Burnley le había regalado a Teddy. La señora Kent no pareció alegrarse mucho de ver a Emily, estuvo más fría y distante que nunca, y se sentó a observar a los dos niños jugando con el cachorrito gordezuelo con un fuego tenebroso en los ojos oscuros que a Emily la hacía sentir vagamente incómoda cada vez que levantaba la mirada y se encontraba con esos ojos. Nunca antes había percibido el rechazo de la señora Kent hacia ella con tanta intensidad como esa noche.

-¿Por qué no le gusto a tu madre? -le preguntó a Teddy sin vueltas, cuando llevaban al pequeño Leo al granero, donde pasaba la noche.

-Porque me gustas a mí -dijo Teddy, conciso-. No le gusta nada de lo que me gusta a mí. Tengo miedo de que pronto envenene a Leo. Me gustaría... me gustaría que no me quisiera tanto -dijo él, en lo que era el comienzo de su rebeldía contra estos celos anormales de un amor que él sentía más que comprendía como una cadena que comenzaba a mortificarlo-. Dice que no me va a dejar tomar Latín y Álgebra este año; sabes que la señorita Brownell dijo que podía, porque no quiere que siga estudiando... Dice que no soporta estar lejos de mí, nunca. No me importa mucho por el latín, pero quiero aprender a ser un artista, algún día quiero ir a las escuelas donde enseñan eso. No me va a dejar, ahora odia mis dibujos porque piensa que los quiero más que a ella. No es cierto, yo quiero a mi madre, es muy dulce y muy buena conmigo en todo lo demás. Pero ella cree que no la quiero, y ya me quemó algunos. Estoy seguro. No están en la pared del granero y no puedo encontrarlos por ningún lado. Si le hace algo a Leo, la... la voy a odiar.

-Díselo -dijo Emily, ecuánime, con algo de la astucia de los Murray prevaleciendo en ella-. Ella no sabe que tú sabes que envenenó a Humo y a Botón de Oro. Dile que lo sabes y que si le hace algo a Leo no la querrás más. Tendrá tanto miedo de que no la quieras, que no le hará nada a Leo, estoy segura. Díselo con gentileza, no hieras sus sentimientos, pero díselo. Será mejor -concluyó Emily, con una imitación brillante de la tía Elizabeth cuando daba un ultimátum- para todos.

-Creo que lo haré -dijo Teddy, muy impresionado-. No puedo permitir que Leo desaparezca como desaparecieron mis gatos, es el primer perro que tengo, y siempre quise un perro. ¡Ay, Emily, cómo me alegro de que estés de vuelta!

Era muy lindo que le dijeran esto, especialmente que se lo dijera Teddy. Emily se fue a casa muy contenta. En la cocina vieja estaban encendidas las velas y sus llamas danzaban al viento de agosto que entraba por la puerta y la ventana.

-Supongo que no te gustarán mucho las velas, Emily, ahora que te acostumbraste a las lámparas en Wyther Grange -dijo la tía Laura con un suspiro. Era una de esas pequeñas amarguras de la vida de Laura Murray el que la tiranía de Elizabeth alcanzara hasta a las velas.

Emily miró a su alrededor, pensativa. Una vela chisporroteó y la llama se agitó, como saludándola. En otra, de pabilo muy largo, la llama subía y se achicaba como un diablito malhumorado. Una tenía una llama pequeñita: era una vela callada y meditativa. Una se agitaba con una gracia muy vital, sacudida por la brisa que entraba por la puerta. Una ardía con una llama firme y derecha, como un alma leal.

-No... no sé, tía Laura -respondió, despacio-. Uno puede... hacerse amigo de las velas. Creo que, después de todo, me gustan más las velas.

La tía Elizabeth, que venía de la cocina exterior, la oyó. Algo parecido al placer le resplandeció en los ojos azul golfo. -Tienes sentido común -dijo.

"Es el segundo cumplido que me hace", pensó Emily. -Creo que Emily está más alta desde que fue a Wyther Grange -dijo la tía Laura, mirándola con melancolía.

La tía Elizabeth apagó las velas y dirigió una mirada rápida por encima de los anteojos.

-A mí no me parece -dijo-. El vestido le queda del mismo largo.

-Yo estoy segura de que creció -insistió Laura.

Para resolver la disputa, el primo Jimmy midió a Emily con la puerta de la sala: tocó justo la marca anterior.

-¿Ves? -dijo la tía Elizabeth, triunfante, porque le encantaba tener razón, aun en un asunto insignificante.

-Está... diferente -dijo Laura, con un suspiro.

Laura, después de todo, tenía razón. Emily *había* crecido, estaba más alta y mayor en alma, si no en cuerpo. Era este cambio el que sentía Laura, pues el afecto intenso y tierno siempre percibe esas cosas. La Emily que volvió de Wyther Grange no era la Emily de antes. Ya no era sólo una niña. Las historias de familia de la tía Nancy sobre las que había reflexionado, su persistente angustia sobre la historia de la madre de Ilse, esa hora de horror en la que vio la muerte cara a cara en los acantilados de la costa de la bahía, su relación con Dean Priest, todo se había combinado para madurar su inteligencia y sus emociones. Cuando fue a la buhardilla a la mañana siguiente y sacó su precioso paquete de manuscritos para leerlos con amor se asombró y se sintió hasta decepcionada porque no eran ni la mitad de buenos de lo que ella había creído. Algunos eran una reverenda tontería, pensó; se avergonzaba de ellos, tanto que los llevó de contrabando a la cocina y los quemó, para gran enojo de la tía Elizabeth que, cuando fue a preparar el almuerzo, se encontró la caja del fuego llena de papeles chamuscados.

A Emily ya no le llamaba la atención que la señorita Brownell se hubiera burlado de ellos, aunque esto no apaciguaba para nada el resentimiento del recuerdo de esa señorita. El resto lo devolvió al estante del sofá, incluido "La hija del mar", que seguía pareciéndole bastante bueno, si bien ya no la magnífica composición que le pareciera en un tiempo. Sintió que muchos pasajes podían mejorarse. Entonces, comenzó de inmediato a escribir un nuevo poema, "Volviendo a casa después de semanas de ausencia". Como en ese poema debía mencionar todas las cosas y todas las personas relacionadas con Luna Nueva, prometía ser muy largo y proporcionarle una agradable ocupación para los rat9s libres durante muchas semanas. Era muy lindo estar otra vez en casa.

"No hay ningún lugar como la querida Luna Nueva", pensó. Algo que marcó su retorno -una de esas pequeñas "épocas" en una casa que hacen una impresión más fuerte en la memoria y la imaginación de lo que en realidad sugeriría su importancia real- fue el hecho de que le dieron una habitación para ella. La tía Elizabeth había descubierto que dormir sola era una delicia demasiado grande para volver a renunciar a ella. Decidió que ya no quería soportar una compañera de cama que no dejaba de moverse y hacía preguntas inconcebibles a cualquier hora de la noche en que le viniera en gana.

De modo que, luego de una larga conversación con Laura, se decidió que Emily dormiría en la habitación de su madre, el "mirador", como se la llamaba, aunque en realidad no era un mirador. Pero, en Luna Nueva, ocupaba el lugar encima de la puerta del frente y mirando el jardín, que en las otras casas de Blair Water ocupaban los miradores, de modo que se la conocía con ese nombre. La habían preparado para Emily en su ausencia y, la primera noche de su regreso, cuando llegó la hora de irse a la cama, la tía Elizabeth le dijo brevemente que iba a dormir en la habitación de su madre.

-¿Sola? -exclamó Emily.

-Sí. Esperamos que la mantengas ordenada y limpia. -Nadie ha dormido allí desde la noche antes de que tu madre... se fue -dijo la tía Laura, con un sonido raro en la voz, un sonido que la tía Elizabeth no aprobó.

-Tu madre -dijo, mirando a Emily con frialdad por encima de la llama de la vela, actitud que daba un aire tétrico a sus rasgos aguileños -se escapó, burlándose de su familia y destrozando el corazón de su padre. Fue una muchacha tonta, desagradecida y desobediente. Espero que tú nunca avergüences a tu familia con una conducta semejante.

-¡Ay, tía Elizabeth-dijo Emily, sin aliento-, cuando tienes la vela así, baja, tu cara parece una calavera! Ah, es tan interesante.

La tía Elizabeth se volvió y encabezó el camino subiendo por las escaleras en un adusto silencio. No tenía sentido desperdiciar buenos consejos en una niña como esa.

Cuando la dejaron sola en su mirador, apenas iluminado por una vela pequeña, Emily miró a su alrededor con un interés intenso y emocionado. No pudo acostarse hasta no haber inspeccionado cada rincón. La habitación era muy anticuada, como todas las de Luna Nueva. Las paredes estaban empapeladas con un diseño de delgados diamantes dorados que encerraban estrellas doradas y sobre el empapelado había colgadas frases y dibujos hechos en lana que habían sido "suplementos" en la niñez de sus tías. Uno de ellos, que colgaba sobre la cabecera de la cama, representaba a dos ángeles guardianes. En su época había sido muy admirado, pero Emily lo miró con desagrado.

-No me gustan las alas de plumas en los ángeles -dijo, con mucha seguridad-. Los ángeles tienen que tener alas de arco iris.

Sobre el piso había una bonita alfombra tejida a mano y otras alfombritas redondas trenzadas. Había una cama negra y alta con postes tallados, un colchón gordo, de plumas, y una colcha irlandesa hecha en punto cadena pero, para alegría de Emily, no había cortinas. Había una mesita, con unas graciosas patas en forma de garras y cajones con manijas de metal, junto a la ventana, que tenía cortinas con volados de muselina. Uno de los paneles de la ventana distorsionaba el paisaje de una manera graciosa, haciendo una colina donde no había ninguna. A Emily esto le gustaba, no sabía por qué, pero en realidad era porque le daba individualidad al panel. Sobre la mesa había un espejo oval en un marco dorado y descolorido. Emily quedó encantada al ver que podía mirarse en él -"toda, excepto las botas"- sin estirarse ni ladear el espejo. "Y no me deforma la cara ni me refleja verde", pensó, feliz. Dos sillas

Librodot

negras de respaldo alto y asiento de crin, un lavamanos con una palangana y una jarra azul y una otomana descolorida con unas rosas bordadas en lana en punto cruz completaban los muebles. Sobre la pequeña repisa del hogar había floreros con pastos secos y coloreados y un frasco fascinante de barriga ancha lleno de caracoles de las Indias Occidentales. A ambos lados, había unos preciosos armaritos con puertas de vidrio metalizado, como los de la salita de estar. Debajo, había un pequeño hogar.

"Me pregunto si la tía Elizabeth alguna vez me dejará prender un fuego aquí", pensó Emily.

La habitación rebosaba de ese indefinible encanto que se halla en todas las habitaciones donde los muebles, ya antiguos o modernos, se conocen bien entre sí y las paredes y los pisos congenian. Emily lo sintió a su alrededor, mientras iba de un lado a otro revisando todo. Esta era su habitación, y ya la quería; se sentía absolutamente cómoda.

-Este es mi lugar -susurró, feliz.

Se sentía deliciosamente *cerca* de su madre, como si de pronto Juliet Starr se le hubiera hecho real. La emocionaba pensar que probablemente su madre había tejido la tapita de encaje del alfiletero que había sobre la mesa. Y ese frasco gordo y negro de flores secas que había en la repisa del hogar tenía que haberlo compuesto su madre. Cuando Emily levantó la tapa, un aroma espeso se diseminó por la habitación. Las almas de todas las rosas que habían florecido a lo largo de tantos veranos dorados en Luna Nueva parecían estar prisioneras allí, en una especie de purgatorio para flores. Algo en ese aroma abarcador, místico, evasivo, le dio *el destello* a Emily, y su habitación quedó, así, consagrada.

Había una fotografía de su madre sobre la repisa del hogar, un gran daguerrotipo tomado cuando era niña. Emily la miró con amor. Ella tenía la fotografía de su madre que le había dejado su padre, tomada luego de la boda. Pero cuando la tía Elizabeth la trajo de Maywood a Luna Nueva, la colgó en la sala, donde Emily rara vez la veía. Esta fotografía de su habitación, esta fotografía de esa niña de cabellos dorados y mejillas sonrosadas, era toda suya. Podía mirarla y hablar con ella cuando quisiera.

-Ay, mamá -dijo-, ¿en qué pensabas cuando eras chica como yo? Cómo me habría gustado conocerte en esa época. Pensar que nadie ha dormido aquí después de aquella noche antes de que te escaparas con papá. La tía Elizabeth dice que te portaste mal escapándote, pero a mí no me parece. No te escapaste con un desconocido. Además, me alegro de que lo hayas hecho, porque si no yo no existiría.

Emily, muy contenta de existir, abrió la ventana de su mirador hasta lo más alto que pudo subirla, se metió en la cama y se quedó dormida, sintiendo una felicidad tan profunda, que resultaba casi dolorosa, mientras escuchaba el susurro sonoro del viento nocturno entre los grandes árboles del bosque de John el Altivo. Cuando, pocos días después, le escribió a su padre, comenzó la carta con "Queridos papá y mamá".

"Y de ahora en adelante, siempre te escribiré la carta también a ti, mamá. Perdóname porque te omití durante tanto tiempo. Pero no me parecías real hasta aquella noche en que volví a casa. A la mañana siguiente hice la cama muy prolijita-la tía Elizabeth no pudo encontrar el menor defecto- y le saqué el polvo a todo, y al salir me arrodillé y le di un beso al umbral. Yo creía que la tía Elizabeth no me había visto, pero me vio y dijo que me había vuelto loca. ¿Por qué la tía Elizabeth cree que uno está loco porque hace algo que ella no hace? Le dije: "No, es que quiero mucho mi habitación" y ella gruñó y dijo: "Sería mejor que quisieras a tu Dios". Pero yo lo quiero, querido papá -y mamá- y lo amo más desde que tengo mi querida habitación. Desde ella veo todo el jardín, hasta el bosque de John el Altivo y un

pedacito del estanque de Blair Water a través de un claro entre los árboles por donde pasa el Camino del Ayer. Ahora me gusta irme a la cama temprano. Me encanta quedarme acostada sola, en mi propia habitación y hacer poesía y pensar en descripciones de cosas mientras miro, por la ventana abierta, las estrellas y los árboles tan lindos, tan grandes y tan quietos, del bosque de John el Altivo.

"Ay, papá y mamá queridos, vamos a tener maestro nuevo. La señorita Brownell no regresará. Se va a casar e Ilse dice que cuando su padre se enteró dijo: "Dios ampare a ese pobre hombre". Y el nuevo maestro es un tal señor Carpenter. Ilse lo vio cuando él fue a ver a su padre por la escuela -porque el doctor Burnley es del consejo este año- y dice que tiene patillas y cabellos espesos y grises. Es casado y va a vivir en la vieja casita que queda en la hondonada, más allá de la escuela. Me parece tan gracioso pensar en un maestro con esposa y patillas.

"Me alegro de estar en casa. Pero extraño a Dean y la bola que mira. La tía Elizabeth puso cara de muy enojada cuando me vio el flequillo pero no dijo nada. La tía Laura dice que yo tampoco diga nada y que ¯siga usándolo. Pero no me siento cómoda yendo contra los deseos de la tía Elizabeth así que me lo peiné todo para atrás excepto un *pedacito chiquito.* Incluso así no me siento cómoda del todo pero tengo que soportar un poco de incomodidad en aras de mi aspecto. La tía Laura dice que los polisones están fuera de moda así que nunca podré tener uno pero no me importa porque me parecen espantosos. Rhoda Stuart se va a poner furiosa porque estaba deseando ser grande para usar polisón. Espero que, cuando empiece a hacer frío, me den un porrón de agua caliente para mí sola. En el estante más alto de la cocina de afuera hay una hilera de porrones.

"Ayer Teddy y yo tuvimos una *aventura* preciosa. Vamos a guardarlo en secreto, en parte porque fue muy lindo y en parte porque tenemos miedo de que nos reprendan mucho por una cosa que hicimos.

"Fuimos hasta la Casa Desilusionada y encontramos suelta una de las maderas de una ventana. Así que la arrancamos, entramos y recorrimos toda la casa. Tiene toda la madera, adentro, pero le falta el revoque, y hay viruta en todas partes, tal como la dejaron los carpinteros hace años. Parecía más desilusionada que nunca. A mí me dieron ganas de llorar. Había un hogar precioso en una habitación así que pusimos manos a la obra y encendimos un fueguito con viruta y maderitas (esto es por lo que podrían reprendernos, probablemente) y después nos sentamos frente al fuego sobre un viejo banco de carpintero y charlamos. Decidimos que cuando seamos grandes vamos a comprar la Casa Desilusionada para vivir los dos juntos allí. Teddy dijo que suponía que tendremos que casarnos, pero a mí me parece que podremos encontrar la manera de arreglarnos sin toda esa complicación. Teddy pintará cuadros, yo escribiré poesía y comeremos tostadas con tocino y mermelada *todas las mañanas* para desayunar -como en Wyther Grange- pero *jamás* cereal. Y siempre tendremos muchas cosas ricas para comer en la despensa y yo haré cantidades de mermelada y Teddy siempre va a ayudarme a lavar los platos y vamos a colgar la bola que mira en el medio del cielo raso en la habitación del hogar, porque lo más probable es que para ese entonces la tía Nancy se haya muerto.

"Cuando se consumió el fuego pusimos la tabla en su lugar en la ventana y salimos. Hoy, durante todo el día, de pronto Teddy me decía "Tostadas, tocino y mermelada" con un tono *de lo más* misterioso e llse y Perry están furiosos porque no pueden averiguar qué significa.

"El primo Jimmy trajo a Jimmy Joe Belle para ayudarlo con la cosecha. Jimmy Joe Belle viene de cerca de Derry Pond. Hay muchos franceses allí y cuando una muchacha francesa se casa casi siempre la llaman por el primer nombre del esposo, en lugar de señora de tal, como en inglés. Si una muchacha llamada Mary se casa con un hombre llamado Leon, después ella pasará a llamarse siempre Mary Leon. Pero, en el caso de Jimmy Joe Belle es al revés, porque a él lo llaman con el nombre de su esposa. Le pregunté al primo Jimmy por qué y me dijo que es porque Jimmy Joe es un pobre desgraciado y la que lleva los pantalones es Belle. Pero sigo sin entender, porque Jimmy también usa pantalones, ¡y no entiendo por qué a él le dicen Jimmy Joe Belle en lugar de llamarla a ella Belle Jimmy Joe sólo porque ella también usa pantalones! No voy a descansar hasta averiguarlo.

"Ahora el jardín del primo Jimmy está espléndido. Florecieron las azucenas. Yo estoy tratando de que me gusten porque parece que no le gustan a nadie pero en lo más profundo del corazón sé que me gustan más las rosas tardías. Uno no puede evitar que le gusten más las rosas.

"Hoy llse y yo revisamos todo el jardín viejo buscando tréboles de cuatro hojas pero no encontramos ninguno. Después yo encontré uno en una matita junto a la escalera del tambo cuando esta noche estaba colando la leche y ni pensaba en los tréboles. El primo Jimmy dice que es así que viene siempre la suerte y que no sirve buscarla.

"Es hermoso estar otra vez con llse. Nos peleamos sólo dos veces desde que volví a casa. Voy a tratar de no pelearme más con ella porque no me parece digno, aunque es interesante. Pero es difícil no pelearse con llse porque por más que yo me quedo tranquila y no digo una palabra, llse piensa que es una manera de pelear y se pone más furiosa todavía y me dice cosas peores que nunca. La tía Elizabeth dice que para pelearse hacen falta dos pero ella no conoce a Ilse como yo. Hoy Ilse me llamó un albatros rastrero. Me pregunto cuántos nombres de animales le quedarán para insultarme. Nunca repite el mismo animal dos veces. Me gustaría que no presionara tanto a Perry. (Presionar es una palabra que aprendí de la tía Nancy. Es muy fuerte, me parece.) Parece que no lo soporta. Él desafió a Teddy a saltar desde el gallinero por encima del chiquero. Teddy no quiso. Dijo que, si había que hacerlo, él lo intentaría pero que no iba a hacerlo sólo para hacerse ver. Perry lo hizo y no se hizo nada. Se podría haber roto la crisma. Después se puso a alardear y dijo que Teddy tenía miedo. Ilse se puso roja como una remolacha y le dijo que si no se callaba le iba a arrancar la nariz de un mordiscón. No soporta que nadie diga nada malo de Teddy, pero a mí me parece que él puede cuidarse solo.

"Ilse tampoco puede estudiar para el ingreso al Colegio. El padre no la deja. Pero ella dice que no le importa. Dice que cuando sea un poco más grande se va a escapar de la casa para estudiar para el teatro. Eso suena muy pecaminoso pero interesante.

"Me sentí muy rara y culpable cuando volví a ver a Ilse, porque yo sabía lo de la madre. No sé por qué me sentí culpable, porque yo no tuve nada que ver. Ahora el sentimiento se me está yendo un poco pero por momentos me hace muy desdichada. Me gustaría olvidarme de todo o averiguar la verdad. Porque estoy segura de que nadie sabe la verdad.

"Hoy recibí carta de Dean. Escribe unas cartas preciosas, como si yo fuera grande. Me mandó un poema que recortó de un diario llamado; `La genciana orlada". Dice que lo hizo acordar de mí. Es todo precioso, pero la última estrofa es la que más me gusta. Dice así:

Susurra, pues, capullo, en tus sueños
Y dime cómo puedo escalar

El Sendero Alpino tan empinado y arduo
Que lleva a las alturas sublimes.
Cómo llegar a la meta lejana
De una fama honrosa y verdadera
Y escribir sobre el papiro reluciente
El humilde nombre de una mujer.

"Cuando leí eso me vino *el destello* y tomé una hoja de papel -me olvidé de contar que el primo Jimmy me regaló una cajita con hojas y sobres, a escondidas- y escribí:

Yo, Emily Byrd Starr, prometo solemnemente en este día que treparé el Sendero Alpino y escribiré mi nombre en el papiro de la fama.

"Entonces lo puse en un sobre, lo sellé y sobre él escribí El *juramento de Emily Byrd Starr, de 12 años y 3 meses y* lo guardé en el estante del sofá en la buhardilla.

"Ahora estoy escribiendo la historia de un crimen y trato de sentir lo que sentiría un asesino. Es escalofriante, pero emocionante. Casi siento como si yo hubiera asesinado a alguien.

"Buenas noches, queridos papá y mamá. "Vuestra hija que los quiere,

"Emily.

'P D. He estado pensando en cómo firmaré cuando sea grande y publique mis trabajos. No sé qué quedará mejor, si Emily Byrd Starr completo, o Emily B. Starr o E. B. Starr, o E. Byrd Start. A veces pienso que puedo tener un *nom-de plume,* es decir, otro nombre que uno se elige. Lo vi en el diccionario entre las `frases en francés', al final. Si hago eso entonces podría oír lo que la gente diga de mis trabajos en mi misma cara, sin sospechar que yo soy yo, y decir lo que de verdad piensan. Sería interesante aunque tal vez no demasiado cómodo. Creo que seré

"E Byrd Starr."

28
UNA TEJEDORA DE SUEÑOS

A Emily le llevó varias semanas decidir si el señor Carpenter le gustaba o no. Sabía que no le *disgustaba,* ni siquiera cuando el primer saludo del maestro, que le espetó con voz áspera el primer día de clase, acompañado de un asombroso levantar de las hirsutas cejas, fue: "Así que tú eres la niña que escribe poesía. Sería mejor que te dedicaras a la aguja y a la escoba. Hay demasiados tontos en el mundo que quieren escribir poesía y fracasan. Yo una vez lo intenté. Ahora soy más sensato".

"Tienes las uñas sucias", pensó Emily.

Pero él puso patas para arriba toda la tradición escolar tan rápida y completamente que llse, que se vanagloriaba de poner patas para arriba todo y que odiaba la rutina, fue la única alumna que lo quiso desde el primer momento. Algunos nunca llegaron a quererlo -los del tipo

de Rhoda Stuart, por ejemplo- pero casi todos terminaron encariñándose con él cuando pudieron acostumbrarse a no acostumbrarse jamás a nada. Y Emily, por fin, decidió que el maestro le gustaba muchísimo.

El señor Carpenter tenía entre cuarenta y cincuenta años y era un hombre alto, con abundantes cabellos grises y espesos, bigote y cejas de hirsutos pelos grises, barba truculenta, luminosos ojos azules en los cuales toda su vida turbulenta no había aún apagado el fuego y un rostro largo, delgado, grisáceo, con profundas arrugas. Vivía en una casita de dos habitaciones cerca de la escuela, con una esposa que parecía un ratoncito tímido. Nunca hablaba de su pasado ni daba explicaciones por el hecho de que a su edad no tenía una profesión mejor que la de enseñar en una escuela de distrito por un salario magro, pero después de un tiempo se supo la verdad, pues la Isla Príncipe Eduardo es una provincia pequeña y todos sus habitantes saben algo de todos los demás. De modo que al final, la gente de Blair Water y hasta los niños de la escuela supieron que el señor Carpenter había sido un brillante estudiante en su juventud y que aspiraba a integrar el gabinete. Pero en el colegio se había juntado con "un grupo de disolutos" -la gente de Blair Water asentía despacio y susurraba con pompa la desagradable frase- y ese grupo lo había arruinado. "Se dio a la bebida" y, en términos generales, se arruinó el porvenir. Y el resultado era que Francis Carpenter, que en sus dos primeros años en McGill había sido el primero de su clase y a quien sus profesores le pronosticaron una gran carrera era, a los cuarenta y cinco, un maestro de escuela rural sin perspectivas de ser nunca otra cosa. Tal vez estaba resignado; tal vez no. Nadie lo supo nunca, ni siquiera el ratoncito tímido de su esposa. A nadie en Blair Water le importaba, era un buen maestro, y eso era todo lo que interesaba. Aunque de vez en cuando se "agarraba una buena", siempre lo hacía los sábados y para el lunes estaba completamente sobrio. Sobrio, y especialmente digno, vestido con un saco de traje de un negro desleído que no se ponía nunca otro día de la semana. No invitaba a la conmiseración ni adoptaba poses trágicas. Pero a veces, cuando Emily lo miraba a la cara, inclinado sobre los problemas de aritmética en la escuela de Blair Water, sentía una pena enorme por él sin comprender en lo más mínimo por qué.

Tenía un temperamento explosivo que por lo general entraba en combustión una vez por día, momento en el cual tronaba durante algunos minutos, mesándose la barba, implorándole al cielo que le diera paciencia, maltratando a todos en general y al desdichado objeto de su ira en particular. Pero esos ataques nunca duraban mucho. A los pocos minutos, el señor Carpenter le sonreía al alumno que acababa de reprender con tanta gracia como el sol que atraviesa una nube de tormenta. Nadie le guardaba el menor rencor por sus rezongos. Nunca decía esas cosas hirientes que solía decir la señorita Brownell, que se enconaban e infectaban durante semanas; el granizo de sus palabras caía por igual en justos que en pecadores y se diluía sin causar daño.

Admitía de buen grado las bromas sobre sí mismo. Un día, le estaba gritando a Perry Miller: "¿Me oye? ¿Me está oyendo, señor?" "Claro que lo oigo", respondió Perry, sin inmutarse. "Seguro que lo oyen hasta en Charlortetown." El señor Carpenter lo miró un segundo y en seguida estalló en una estentórea carcajada.

Sus métodos de enseñanza eran tan diferentes de los de la señorita Brownell, que al principio los alumnos de Blair Water sintieron como que los hubiera puesto cabeza abajo. La señorita Brownell era fanática del orden. El señor Carpenter nunca intentaba, en apariencia, mantener el orden. Pero, de alguna manera, mantenía tan ocupados a los niños, que no les dejaba tiempo para travesuras. Durante un mes enseñó historia tempestuosamente, haciendo que sus alumnos interpretaran diferentes personajes y representaran los incidentes. Nunca le pedía a nadie que aprendiera fechas de memoria, pero igual las fechas se fijaban en la mente.

Si, como María la Réina de los Escoceses, una era decapitada por el hacha de la escuela, arrodillada y con los ojos vendados sobre el escalón, con un verdugo que era Perry Miller con una máscara hecha con un pedazo de la vieja seda negra de la tía Laura, y preguntándose qué pasaría si Perry bajaba el hacha con *demasiada* fuerza, una no se olvidaba en qué año había sucedido eso. Y si uno luchaba la batalla de Waterloo por todo el patio de la escuela y escuchaba a Teddy Kent gritando: "¡Arriba, guardias, y a ellos!" mientras dirigía la última furiosa carga, uno se acordaba de 1815 sin ni siquiera intentarlo.

Al mes siguiente, la historia se dejaba de lado por completo y la geografía tomaba su lugar, y entonces la escuela y el patio se dividían en mapas de países y uno se vestía como los animales que los habitaban o comerciaba los diversos productos a través de sus ríos y ciudades. Cuando Rhoda Stuart lo ha estafado a uno en un negocio de pieles, uno recuerda que ella había comprado la carga en la República Argentina, y cuando Perry Miller se negaba a tomar agua en todo un día de un calor sofocante porque estaba cruzando el desierto arábigo con una caravana de camellos y no encontraba un oasis, y después tomaba tanta agua que le habían dado unos calambres horribles y la tía Laura había pasado toda la noche levantada a su lado, uno jamás olvidaba dónde quedaba el dichoso desierto. Los miembros del consejo estaban bastante escandalizados por algunos de los acontecimientos y estaban seguros de que los niños se estaban divirtiendo mucho para que de verdad pudieran aprender algo.

Para aprender latín y francés había que hablar los ejercicios, no escribirlos, y las tardes de los viernes todas las lecciones quedaban a un lado y el señor Carpenter les hacía recitar poesía a los niños, o decir discursos o declamar pasajes de Shakespeare o de la Biblia. Ése era el día que llse adoraba. El señor Carpenter se lanzaba sobre este don de ella como un perro sobre un hueso y le exigía sin clemencia. Tenían luchas interminables en las cuales llse daba patadas en el, suelo y lo insultaba, mientras que los otros alumnos se maravillaban de que no la castigara, pero al final llse tenía que ceder y hacer lo que él quería. Ilse iba con regularidad a la escuela, algo que no había hecho nunca antes. El señor Carpenter le había dicho que si faltaba un solo día sin una buena excusa no podría tomar parte en los "ejercicios" de los viernes y eso la habría matado.

Un día, el señor Carpenter tornó la pizarra de Teddy y encontró en ella un dibujo de sí mismo, en una de sus actitudes preferidas, si bien no exactamente hermosas. Teddy lo había titulado "La peste negra", pues ese día la mitad de los alumnos de la escuela había muerto de la Gran Peste y los aterrorizados sobrevivientes los habían llevado en camillas a la fosa común.

Teddy esperó un rugido de ira, pues el día anterior había hecho papilla a Garrett Marshall por haberlo descubierto con el dibujo de una inofensiva vaca en su pizarra o, al menos, lo que Garrett decía que era una vaca. Pero ahora ese asombroso señor Carpenter sólo juntó las hirsutas cejas, miró muy serio la pizarra de Teddy, la puso sobre el pupitre, miró a Teddy y dijo:

-Yo no sé nada de dibujo, no puedo ayudarte, pero, por Dios, creo que de ahora en adelante puedes dejar esos problemas de aritmética extra de las tardes y ponerte a dibujar.

A lo cual, cuando llegó a su casa, Garrett Marshall le contó a su padre que "el viejo Carpenter" no era justo y que "tenía de preferido" a Teddy Kent.

Esa tarde el señor Carpenter fue a Tansy Patch a ver los dibujos del estudio en la parte superior del viejo granero. Luego, entró en la casa y habló con la señora Kent. Lo que dijo él y lo que dijo ella, nadie lo supo jamás. Pero el señor Carpenter se fue malhumorado, como si se hubiera topado con un obstáculo inesperado. Después de eso, se preocupó muchísimo por las tareas escolares de Teddy y de algún lado consiguió textos de dibujo elementales que le regaló,

advirtiéndole que no se los llevara a su casa, advertencia que estaba de más para Teddy. Éste sabía perfectamente que, si los llevaba, desaparecerían de manera tan misteriosa como sus gatos. Había seguido el consejo de Emily y le había dicho a su madre que no la querría más si le ocurría algo a Leo, y Leo aumentó de peso y creció hecho todo un perrazo saludable. Pero, en el fondo de su corazón, Teddy era demasiado bueno y quería demasiado a su madre como para hacer semejante amenaza más de una vez. Sabía que, después de la visita del señor Carpenter, ella había llorado toda la noche y había pasado casi todo el día siguiente rezando de rodillas en su pequeño dormitorio, y mirándolo con ojos apenados y atormentados durante una semana. Él habría querido que su madre fuera como las de los demás, pero se querían mucho y pasaban horas muy agradables juntos en la casita gris, en la colina de hierba lombriguera. Sólo cuando había otras personas cerca, la señora Kent se ponía celosa y rara.

-Cuando estamos solos es buenísima -le había dicho Teddy a Emily.

En cuanto a los otros muchachos, Perry Miller era el único con el que el señor Carpenter insistía con el tema de los discursos, y era tan despiadado con él como con llse. Perry trabajaba mucho para complacerlo y practicaba sus discursos en graneros y campos, e incluso, durante las noches, en el altillo de la cocina, hasta que la tía Elizabeth le puso punto final a eso. Emily no entendía por qué el señor Carpenter sonreía dulcemente y decía "Muy bien" cuando Neddy Gray balbuceaba un entrecortado discurso, sin la menor expresividad, y luego se ponía furioso con Perry y lo acusaba de tonto y de bobo, por Dios, porque no le había dado el énfasis exacto a determinada palabra o había hecho un gesto una fracción de segundo antes de lo perfecto.

Tampoco podía entender por qué hacía correcciones en rojo en las composiciones de ella y la reprendía por frases verbales largas o por su uso abusivo de los adjetivos, caminando por el pasillo de la clase, de arriba abajo, increpándola ácidamente porque ella "no podía poner punto, por Dios, cuando sabía que no debía ponerlo" y después les decía a Rhoda Stuart y a Nan Lee que sus composiciones eran muy bonitas y se las devolvía casi sin correcciones. Sin embargo, a pesar de todo, ella lo quería más cada día que pasaba, y pasó el otoño y llegó el invierno con sus hermosos árboles desnudos y sus cielos de un suave gris perlado atravesados de flechas de oro por las tardes y claros hasta convertirse en un cuadro de estrellas por encima de las amplias colinas y valles blancos que rodeaban Luna Nueva.

Ese invierno, Emily creció tanto que la tía Laura tuvo que alargarle los vestidos. La tía Ruth, que había ido una semana de visita, dijo que había crecido demasiado para la poca fortaleza que tenía, típico en los niños tuberculosos.

--Yo no estoy tuberculosa -dijo Emily-. Los Starr son altos -agregó, con un dejo de sutil malicia que no correspondía muy bien a sus casi trece años.

La tía Ruth, que era muy susceptible con respecto a su escaso tamaño, gruñó.

--No estaría mal si eso fuera lo único en que te parecieras a ellos -dijo-. ¿Cómo te va en la escuela?

-Muy bien. Soy la más inteligente de la clase -respondió Emily, con mucha compostura.

-¡Eres una niña engreída! -dijo la tía Ruth.

-No soy engreída -respondió Emily con desdeñosa indignación-. Lo dijo el señor Carpenter y él no adula a nadie. Además, no puedo evitar ser quien soy.

-Bueno, es de esperar que tengas algo de inteligencia, porque lo que es belleza, no tienes mucha-dijo la tía Ruth-. No tienes colores y esos cabellos tan negros alrededor de una cara tan blanca dan un efecto muy fuerte. Por lo que veo, vas a ser una muchacha fea.

-Usted no le diría eso en la cara a un adulto -dijo Emily, con una seria serenidad que siempre exasperaba a la tía Ruth porque no podía comprenderla en una niña-. Creo que no sería un esfuerzo tan grande ser amable conmigo como lo es con otras personas.

-Te señalo tus defectos para que puedas corregirlos -dijo la tía Ruth, con frialdad.

-No es culpa mía ser pálida y tener cabello negro -protestó Emily-. No puedo corregir eso.

-Si fueras una niña diferente -dijo la tía Ruth-, yo... -Pero no *quiero* ser una niña diferente -dijo Emily, convencida. No tenía la menor intención de bajar la bandera de los Starr ante la tía Ruth. -No quisiera ser nadie más que yo misma, aunque sea fea. Además -agregó con aire majestuoso, al tiempo que se volvía para salir de la habitación-, aunque puede ser que ahora no sea muy linda, creo que cuando vaya al cielo seré hermosa.

-Hay gente que encuentra a Emily muy bonita -dijo la tía Laura, pero no lo dijo hasta que Emily no hubo salido de la habitación. Era lo suficientemente Murray como para eso.

-No sé qué le ven -dijo la tía Ruth-. Es engreída e insolente y dice cosas para que la crean inteligente. Tú acabas de oírla. Pero lo que más me desagrada en ella es que es tan poco infantil, e insondable como el mar. Sí, Laura, insondable como el mar. Lo vas a averiguar a tu propio costo un día de éstos si no haces caso de mis advertencias. Es capaz de cualquier cosa. La palabra astuta le queda corta. Tú y Elizabeth no le tienen las riendas lo bastante cortas.

-Yo he hecho lo posible -dijo Elizabeth, rígida. Ella también consideraba que había sido demasiado permisiva con Emily; con Laura y Jimmy, eran dos a una, pero la irritaba que lo dijera Ruth.

El tío Wallace también tuvo un ataque de preocupación por Emily ese invierno.

Un día, estando en Luna Nueva, la miró y dijo que se estaba poniendo grande.

-¿Cuántos años tienes, Emily? -Le hacía la misma pregunta cada vez que iba a Luna Nueva.

-En mayo cumplo trece.

-Ajá. ¿Qué vas a hacer con ella, Elizabeth?

-No entiendo qué quieres decir -dijo la tía Elizabeth con frialdad, o al menos con toda la frialdad con que se puede hablar cuando uno está echando sebo derretido en moldes de velas.

-Bueno, pronto será grande. No esperará que la mantengas toda la vida.

-Claro que no -susurró Emily, con resentimiento, en voz muy baja.

-...y es hora de que decidamos qué será mejor para ella. -Las mujeres Murray nunca tuvieron que salir a trabajar para mantenerse -dijo la tía Elizabeth, como si eso pusiera punto final al tema.

-Emily es sólo medio Murray-dijo Wallace-. Además, los tiempos cambian. Tú y Laura no van a vivir para siempre, Elizabeth, y cuando ustedes se vayan, Luna Nueva será para el hijo de Oliver, Andrew. Emily tendría que estar capacitada para mantenerse, si llega a ser necesario.

A Emily no le gustaba el tío Wallace, pero le estaba muy agradecida en ese momento. Cualesquiera fueran sus motivos, estaba proponiendo exactamente lo que ella deseaba en secreto.

-Yo sugeriría -dijo el tío Wallace- que la mandes a la Queen's Academy a estudiar para ser maestra. Enseñar es una ocupación delicada y muy apropiada para las muchachas. Yo contribuiré con los gastos.

Hasta un ciego se habría dado cuenta de que esto al tío Wallace le parecía un gesto muy generoso de su parte.

"Si lo haces", pensó Emily, "te devolveré cada centavo que gastes apenas pueda ganarme la vida."

Pero la tía Elizabeth era inexorable.

-No estoy de acuerdo con que las muchachas salgan al mundo a ganarse la vida -dijo-. No voy a mandar a Emily a Queen's. Se lo dije al señor Carpenter cuando vino a verme para hablar de prepararla para los exámenes de ingreso. Estuvo muy grosero; en tiempos de mi padre, los maestros sabían cuál era su lugar. Pero creo que se lo hice entender. Me sorprende de ti, Wallace. A tu hija no la mandaste a trabajar.

-Mi hija tenía padres para que se ocuparan de ella -respondió el tío Wallace ampulosamente-. Emily es huérfana. Pensé, por lo que he oído, que ella misma preferiría ganarse la vida que vivir de caridad.

-Y así es -exclamó Emily-. Y así es, tío Wallace. Ay, tía Elizabeth, por favor, déjame estudiar para el examen de ingreso. ¡Por favor! Te devolveré cada centavo que gastes. Te doy mi palabra de honor.

-Sucede que no es un asunto de dinero -dijo la tía Elizabeth con sus modales más majestuosos-. Me comprometí a mantenerte, Emily, y eso haré. Cuando seas más grande, puede que te envíe al colegio secundario de Shrewsbury un par de años. No me opongo a la educación. Pero no vas a ser una esclava de nadie, ninguna muchacha Murray lo ha sido.

Dándose cuenta de la inutilidad de implorar, Emily salió con la misma amarga desilusión que sintió luego de la visita del señor Carpenter. Entonces, la tía Elizabeth miró a Wallace.

-¿Te olvidas de lo que sucedió cuando Juliet fue a estudiar a Queen's? -preguntó, significativamente.

Mientras que a Emily no se le permitió asistir a las clases preparatorias para el examen de ingreso, Perry no tenía a nadie que le dijera que no, de modo que comenzó a asistir a ellas con la misma empecinada determinación que demostraba en otros asuntos. La posición de Perry en Luna Nueva había cambiado sutil y firmemente. La tía Elizabeth había dejado de referirse a él desdeñosamente como "el muchacho contratado". Hasta ella reconocía que, aunque aún era, sin duda, un muchacho contratado, no seguiría siéndolo, y ya no ponía objeciones cuando Laura le remendaba la ropa rotosa ni cuando Emily lo ayudaba con las lecciones en la cocina, después de la cena, ni se enojaba cuando el primo Jimmy comenzó a pagarle un pequeño salario, aunque muchachos mayores que Perry se conformaban con trabajar durante los meses de invierno por el alojamiento y la comida en una casa confortable. Si había un futuro primer ministro en ciernes en Luna Nueva, la tía Elizabeth quería tener alguna participación en el proceso. Era digno de crédito y encomiable que un muchacho tuviera ambiciones. En el caso de una muchacha, las cosas eran diferentes. El lugar de una muchacha era la casa.

Emily ayudaba a Perry a resolver los problemas de álgebra y le tomaba las lecciones de francés y latín. De esta manera, ella misma aprendía más de lo que la tía Elizabeth habría encontrado conveniente y, más aún, cuando los alumnos del examen de ingreso hablaban esos idiomas en la escuela. Era fácil para una niña que una vez había inventado un idioma propio. Cuando George Bates, para alardear, le preguntó un día en francés - su francés, del cual un día el señor Carpenter había dicho que dudaba de que el mismo Dios pudiera comprender-: "Tienes la tinta de mi abuela y el cepillo de mi primo y el paraguas del esposo de mi tía en tu escritorio?", Emily le respondió con la misma soltura y casi el mismo *afrancesamiento:* "No,

pero tengo la lapicera de tu padre y el queso del posadero y la toalla de la mucama de tu tío en la canasta".

Para consolarse por su desilusión con respecto a las clases para el ingreso, Emily escribía más poesía que nunca. Era especialmente encantador escribir poesía en una tarde de invierno, cuando los vientos tormentosos rugían afuera y amontonaban en el jardín y el parque cosas fantasmagóricas, coronadas por las luciérnagas. También escribió varios cuentos, desesperados romances en los cuales luchaba heroicamente contra las dificultades de los diálogos amorosos, cuentos de bandidos y piratas -a Emily éstos le gustaban porque no había necesidad de que los bandidos y los piratas hablaran afectuosamente-, tragedias de condes y condesas cuya conversación adoraba salpicar de frases en francés y una docena de otros temas de los cuales ella no sabía nada en absoluto. También consideró la posibilidad de escribir una novela, pero decidió que sería muy difícil conseguir el papel suficiente. Las planillas ya se habían terminado y los cuadernos no eran suficientemente extensos, aunque siempre aparecía uno nuevo, como por arte de magia, en su canasta de la escuela, cuando el anterior estaba casi lleno. El primo Jimmy parecía tener una rara capacidad de adivinación del momento adecuado: eso era parte de su esencia.

Una noche, acostada en la cama del mirador, observando una Luna llena que relucía lustrosa desde un cielo despejado y se derramaba por el valle, Emily tuvo una idea repentina y asombrosa. Enviaría su último poema al *Enterprise,* de Charlottetown.

El *Enterprise* tenía un Rincón de los Poetas, donde con frecuencia se publicaban poemas "originales". Para sus adentros Emily pensaba que los suyos eran tan buenos, y probablemente lo fueran, porque la mayoría de los "poemas" del *Enterprise* eran tristes mamarrachos.

Emily se entusiasmó tanto con la idea que no pudo dormir en casi toda la noche, ni tampoco quería. Era maravilloso estar acostada, llena de emoción, en medio de la oscuridad, imaginándoselo todo. Veía sus poemas impresos firmados por E. Byrd Start, veía los ojos de la tía Laura resplandecientes de orgullo, veía al señor Carpenter señalándoles los poemas a desconocidos -"la obra de una alumna mía, por Dios"-, veía a todos sus compañeros de escuela envidiándola o admirándola, según las naturalezas, se veía a sí misma al menos con un pie firmemente plantado en la escalera de la fama, una colina al menos coronada del Sendero Alpino, con una perspectiva nueva y maravillosa que se abría a partir de ella.

Llegó la mañana. Emily fue a la escuela, y estaba tan distraída con su secreto que le fue mal en todo y fue reprendida por el señor Carpenter. Pero todo le resbalaba como el agua proverbial por el lomo de un pato. Su cuerpo estaba en la escuela de Blair Water, pero su espíritu estaba en reinos empíreos.

Apenas terminó la escuela, se fue a la buhardilla con media hoja de un papel de notas color azul. Con mucho esmero copió el poema, teniendo especial cuidado en ponerle los puntos a todas las íes y los palitos a todas las tes. Lo escribió a ambos lados de la hoja, siendo inocentemente ignorante de la prohibición proverbial. Luego lo leyó en voz alta, encantada, sin omitir el título, *"Sueños del atardecer" :* Había un verso que Emily degustó dos o tres veces: *La persistente música de elfos del aire.*

-Creo que ese verso es muy bueno -dijo Emily-. Ahora me pregunto cómo se me habrá ocurrido.

Al día siguiente, mandó el poema y vivió en un delicioso éxtasis místico hasta el sábado siguiente. Cuando llegó el *Enterprise,* lo abrió con trémula ansiedad y dedos congelados, y buscó El Rincón del Poeta. ¡Había llegado el gran momento!

¡No había señales de ningún Sueño del atardecer!

Emily arrojó el *Enterprisey* corrió a la buhardilla donde, boca abajo sobre el viejo sofá de crin, lloró su amargura y su desilusión. Agotó la copa del fracaso hasta el final. Fue espantosamente real y trágico para ella. Se sentía como si le hubieran dado una bofetada en plena cara. Se sentía aplastada en el polvo de la humillación y estaba segura de que no podría volver a levantarse jamás.

Daba gracias de no haberle dicho nada a Teddy, había estado tan tentada de hacerlo, pero se contuvo sólo porque no quería estropear la sorpresa del momento en que le mostrara el poema con su firma. A Perry sí le había contado, y Perry estaba furioso cuando, más tarde, en el tambo, le vio la cara con el rastro de las lágrimas, mientras los dos colaban la leche. Por lo común a Emily eso le encantaba, pero esa noche el mundo se había quedado sin sabor. Ni siquiera el esplendor lechoso del atardecer invernal quieto y suave y el púrpura sobre los bosques de la ladera de la colina que presagiaba deshielo pudieron proporcionarle la emoción de costumbre a su alma.

-Voy a ir a Charlottetown aunque sea caminando y le voy a romper la nariz al director del *Enterprise-dijo* Perry, con la expresión que, treinta años más tarde, advertiría a los miembros de su partido que era mejor correr a resguardarse.

-No serviría de nada -dijo Emily, melancólica-. No le pareció bueno como para publicarlo, eso es lo que me duele, Perry, no le gustó nada. Romperle la nariz no arreglaría nada.

Le llevó una semana recuperarse del golpe. Entonces escribió una historia en la cual el director del *Enterprise* hacía el papel de un villano oscuro y desesperado que al final hallaba alojamiento detrás de los barrotes de una prisión. Esto le sacó el resentimiento del cuerpo y Emily se olvidó de todo en medio de las delicias de escribir un poema dirigido a "La dulce dama Abril". Pero me pregunto si alguna vez pudo de verdad perdonarlo, incluso luego de descubrir que *no se debe* escribir de ambos lados de la hoja, incluso luego de leer, un año después, *"Sueños del atardecer"* y preguntarse cómo en algún momento pudo haberle parecido bueno.

Este tipo de cosas sucedía ahora con frecuencia. Cada vez que leía su pequeño tesoro de manuscritos encontraba algunos que el oro de las hadas había convertido en hojas secas, aptas sólo para ser quemadas. Emily las quemaba, pero le dolía un poquito. Dejar atrás las cosas que amamos nunca es un proceso placentero.

29
SACRILEGIO

Ese invierno y esa primavera había habido varios encontronazos entre la tía Elizabeth y Emily. En general, salía victoriosa la tía Elizabeth; había algo en ella que se negaba a denegarse la satisfacción de hacer su voluntad, aun en asuntos triviales. Pero, de vez en cuando,

se había encontrado con esa extraña veta de granito en la composición de Emily que no se rendía, no se doblaba y no se rompía. Mary Murray, fallecida hacía ya cien años, había sido, según constaba en las crónicas de la familia, una criatura gentil y sumisa, pero ella también tenía esa veta, como atestiguaba ampliamente su "Aquí me quedo". Cuando la tía Elizabeth intentaba manejar ese elemento existente en Emily, siempre llevaba la peor parte. Sin embargo, no aprendía la lección sino que persistía aun con mayor rigor en su política de severidad, pues en ocasiones se daba cuenta, a medida que Laura bajaba dobladillos y soltaba frunces, que Emily estaba al borde de comenzar a convertirse en una persona adulta y que había un oleaje diverso y diversos arrecifes amenazando en el porvenir, ominosamente magnificados por las tinieblas de los años desconocidos. No podía permitirse que Emily se le fuera de entre las manos ahora, para que más adelante no naufragara como le había sucedido a su madre, o como Elizabeth Murray firmemente creía que le había sucedido. En suma: no habría más fugas de Luna Nueva.

Una de las cosas por las que discutían era el hecho de que Emily, según descubrió la tía Elizabeth un día, tenía por hábito utilizar el dinero de los huevos para comprar papel en cantidades superiores a lo que aprobaba la tía Elizabeth. ¿Qué hacía Emily con tanto papel? Discutieron al respecto hasta que, al fin, la tía Elizabeth descubrió que Emily escribía cuentos. Emily había estado escribiendo cuentos todo el invierno bajo las narices de la tía Elizabeth sin que la tía Elizabeth lo sospechara. Había supuesto que Emily escribía composiciones para la escuela. La tía Elizabeth vagamente sabía que Emily escribía rimas tontas que ella llamaba "poesía", pero eso no la preocupaba mucho. Jimmy también inventaba tonterías similares. Era tonto, pero inofensivo y a Emily sin duda se le pasaría algún día. A Jimmy no se le había pasado, por supuesto, pero, claro, su accidente -a Elizabeth siempre se le encogía un poco el alma al recordarlo- lo había dejado hecho más o menos un niño para toda la vida.

Pero escribir cuentos era un asunto diferente y la tía Elizabeth estaba horrorizada. La ficción de cualquier tipo era algo abominable. Elizabeth Murray había sido criada en esa creencia en su juventud y a sus años no se había apartado de ella. Pensaba, con toda honestidad, que era pernicioso y pecaminoso jugar a las cartas, bailar o ir al teatro, leer o escribir novelas y, en el caso de Emily, había un rasgo peor: era su herencia Starr que salía a la superficie, en especial la herencia de Douglas Starr. Ningún Murray de Luna Nueva había sido culpable jamás de escribir "cuentos" ni de querer escribirlos. Era un absceso extraño que había que podar sin piedad. La tía Elizabeth aplicó las tijeras de podar y no se encontró con una raicita débil y superficial sino con esa misma veta de granito enraizada. Emily se mostró respetuosa, razonable y honesta; no compró más papel con el dinero de los huevos, pero le dijo a la tía Elizabeth que no podía renunciar a escribir cuentos y siguió escribiéndolos, en pedazos de papel de estraza, de envolver y en la parte de atrás de las circulares que las firmas de maquinaria agrícola le enviaban al primo Jimmy.

-¿No sabes que es inicuo escribir novelas? -le preguntó la tía Elizabeth.

Ah, pero yo no escribo novelas... todavía -dijo Emily-.

No tengo papel suficiente. Éstos son sólo cuentos. Y no es inicuo. A papá le gustaban las novelas.

-Tu padre -comenzó a decir la tía Elizabeth, pero se detuvo. Recordó que ya en otras ocasiones Emily había reaccionado mal cuando se decía algo despectivo de su padre. Pero el hecho mismo de que ella se hubiera sentido misteriosamente obligada a interrumpirse enojó a Elizabeth, que durante toda su vida había dicho en Luna Nueva lo que le parecía adecuado, sin mucha consideración por los sentimientos de los demás.

Librodot

-No vas a escribir más cosas como *esta*. La tía Elizabeth agitó desdeñosamente en el aire "El secreto del castillo" bajo las narices de Emily. -Te lo prohíbo, recuérdalo, te lo prohíbo.

-Ah, pero yo tengo que escribir, tía Elizabeth -dijo Emily, con gravedad, doblando sus manos hermosas y delgadas sobre la mesa y mirando directo a la cara llena de ira de la tía Elizabeth, con esa mirada firme y sólida que la tía Ruth llamaba poco infantil-. La cosa es así. Es algo que *llevo adentro*. No puedo evitarlo. Y papá me decía que tenía que seguir escribiendo siempre. Me decía que algún día iba a ser famosa. ¿No te gustaría tener una sobrina famosa, tía Elizabeth?

-No voy a discutir este asunto -dijo la tía Elizabeth.

-Yo no estoy discutiendo, sólo explicando. -Emily era exasperante en su respeto. -Sólo quiero que comprendas por qué *tengo* que seguir escribiendo cuentos, aunque siento muchísimo que tú no lo apruebes.

-Si no dejas esto, Emily, esto, que es peor que una tontería, yo...

La tía Elizabeth se detuvo, sin saber decir qué haría. Emily era ya demasiado grande para que la castigaran físicamente o la encerraran y era inútil decir, como estuvo a punto de decir "Te echaré de Luna Nueva", porque Elizabeth Murray sabía a la perfección que no echaría a Emily de Luna Nueva, que no podía echarla, aunque esta certeza estaba todavía en sus sentimientos y no había sido aún traducida a su intelecto. Sólo se sintió impotente y eso la ponía furiosa, pero Emily era dueña de la situación y, con toda calma, siguió escribiendo cuentos. Si la tía Elizabeth le hubiera pedido que dejara de hacer encaje o de preparar caramelos de melaza, o de comer las deliciosas galletitas de la tía Laura, Emily lo habría hecho obediente y sumisa, aunque esas cosas le encantaban. Pero, dejar de escribir cuentos, caramba, era como si la tía Elizabeth le hubiera pedido que dejara de respirar. ¿Cómo era que no podía comprender? A Emily le parecía tan simple e indiscutible.

-Teddy no puede evitar dibujar e llse no puede evitar recitar y yo no puedo evitar escribir. ¿Te das cuenta, tía Elizabeth? -De lo que me doy cuenta es que eres una niña desagradecida y desobediente -dijo la tía Elizabeth.

Eso le dolió terriblemente a Emily, pero no podía ceder, y siguió habiendo un encono y una desaprobación entre ella y la tía Elizabeth en todos los pequeños detalles de la vida cotidiana que más o menos le envenenaron la existencia a la niña, que era tan sensible a su entorno y a los sentimientos que sus allegados expresaban hacia ella. Emily lo sentía todo el tiempo, excepto cuando escribía cuentos. Entonces se olvidaba de todo, vagabundeando por algún país encantado entre el Sol y la Luna, donde veía seres maravillosos a los que intentaba describir y hechos maravillosos que intentaba registrar, y volvía a la cocina iluminada por la luz de las velas con una sensación de aturdimiento, como si hubiera pasado años en la Tierra de Nadie.

Ni siquiera tenía a la tía Laura que la apoyara en ese tema. La tía Laura pensaba que Emily debía ceder en un asunto tan sin importancia y complacer a la tía Elizabeth.

-Pero no es tan sin importancia -decía Emily, desesperándose-. Para mí es lo más importante del mundo, tía Laura. Ay, yo esperaba que tú me entendieras.

-Entiendo que te guste escribir, querida, y a mí me parece un entretenimiento inofensivo. Pero por alguna razón a Elizabeth no le gusta y por eso creo que deberías dejar de hacerlo. No es algo demasiado importante, en realidad, sí es una pérdida de tiempo

-No, no -decía la desolada Emily-. Ya vas a ver, tía Laura, algún día escribiré libros de verdad, y ganaré mucho dinero -agregó, percibiendo que los prácticos Murray medían la naturaleza de casi todas las cosas con la vara del dinero.

La tía Laura sonrió con indulgencia.

-Dudo de que te hagas rica de esa manera, querida. Sería más sensato que emplearas tu tiempo preparándote para algún trabajo útil.

Era enloquecedor que la trataran con condescendencia, enloquecedor que nadie se diera cuenta de que ella *tenía* que escribir, enloquecedor que la tía Laura adoptara esa actitud tan dulce, tan cariñosa y tan estúpida.

"Ay" pensó Emily, con amargura, "si ese odioso director del *Enterprise* hubiera publicado mi poema, entonces creerían en mí." -Por lo menos -le aconsejó la tía Laura-, que Elizabeth no te vea escribiendo.

Pero, por alguna razón, Emily no podía seguir ese prudente consejo. En otras ocasiones, había conspirado con la tía Laura para engañar a la tía Elizabeth sobre algún asuntito sin importancia, pero supo que no podía hacerlo con este tema. *Esto* tenía que ser abierto y franco. Ella *tenía* que escribir cuentos, y la tía Elizabeth *tenía* que saberlo, así debía ser. En esto no podía ser falsa consigo misma, no podía simular ser falsa.

Le escribió todo a su padre, volcó en él toda su amargura y su perplejidad en la que, aunque ella no lo supo en ese momento, sería la última carta que iba a escribirle. Ya había un gran paquete de cartas en el estante del viejo sofá en la buhardilla, pues Emily le había escrito muchas cartas a su padre además de las que han quedado registradas en esta historia. Había muchos párrafos dedicados a la tía Elizabeth en ellas, la mayoría, muy poco halagadores y algunos, como Emily misma habría admitido luego de que se le pasara el enojo inicial, desmedidos y exagerados. Fueron escritos en momentos en los que su alma herida y enojada exigía una válvula de escape a la emoción y mojaba su pluma en veneno. Emily era dueña de un estilo sutilmente malicioso cuando quería. Después de escribir esos párrafos, la pena cesaba y ya no pensaba más en el tema. Pero los párrafos sí quedaban.

Y un día de primavera, limpiando la buhardilla, mientras Emily jugaba alegremente con Teddy en Tansy Patch, la tía Elizabeth encontró el paquete de cartas en el estante del sofá, se sentó y las leyó todas.

Elizabeth Murray jamás las habría leído de haber sido escritas por un adulto. Pero en ningún momento se le ocurrió que había algo deshonroso en leer las cartas en las que Emily, solitaria y, a veces, incomprendida, volcaba su corazón al padre al que había amado y que la había amado, tan apasionada y comprensivamente. La tía Elizabeth consideraba que tenía derecho a saber todo lo que esa pensionista de su generosidad hacía, decía o pensaba. Leyó las cartas y averiguó lo que Emily pensaba de ella -de ella, Elizabeth Murray, autócrata indiscutida, a quien nadie nunca había osado decir nada crítico. Una experiencia semejante no es más agradable a los sesenta que a los dieciséis. Mientras doblaba la última carta, a Elizabeth Murray le temblaban las manos, de ira y de algo más profundo que no era ira.

-Emily, la tía Elizabeth quiere verte en la sala -dijo la tía Laura cuando Emily volvió de Tansy Patch, empujada a regresar a casa por culpa de la delgada llovizna gris que comenzaba a cubrir los campos verdosos. El tono, el gesto apenado, advirtieron a Emily que el aire presagiaba tormenta. Emily no tenía idea de qué podía ser, no recordaba haber hecho nada recientemente que pudiera llevarla ante el tribunal que la tía Elizabeth en ocasiones presidía en la sala. Debía de ser serio si era en la sala. Por razones que sólo ella sabría, la tía Elizabeth mantenía las reuniones muy serias, como ésa, en la sala. Posiblemente fuera porque sentía, de

alguna manera oscura, que las fotografías de los Murray colgadas de las paredes le daban el apoyo que necesitaba para tratar con esa parienta cercana; por la misma razón, Emily detestaba los juicios en la sala. En tales ocasiones siempre se sentía como un ratoncito rodeada de un círculo de gatos amenazadores.

Emily cruzó el gran vestíbulo, se detuvo, a pesar de su alarma, para mirar el encantador mundo rojo que se veía a través del vidrio encarnado y abrió la puerta de la sala. La habitación estaba en penumbras, pues sólo una de las persianas estaba levantada. La tía Elizabeth estaba sentada muy derecha en la silla de crin negra del abuelo Murray, Emily primero miró su rostro severo, lleno de furia y luego su regazo.

Emily comprendió.

Lo primero que hizo fue recuperar sus preciosas cartas. Con la rapidez de la luz, de un salto llegó a la tía Elizabeth, le arrebató el paquete y volvió a la puerta. Desde allí se enfrentó a la tía Elizabeth, roja de indignación y cólera. Se había cometido un sacrilegio; el altar más sagrado de su alma había sido profanado.

-¿Cómo pudiste hacer esto? -dijo- ¿Cómo pudiste tomar *mis papeles privados,* tía Elizabeth?

La tía Elizabeth no se esperaba esto. Había esperado confusión, desesperación, vergüenza, miedo, cualquier cosa, pero no esa justa indignación, como si *ella* fuera la culpable. Se puso de pie.

-Dame esas cartas, Emily.

-No, no te las daré -dijo Emily, blanca de ira, aferrada al paquete de cartas-. Son mías y de papá, no tuyas. No tenías ningún derecho a tocarlas. ¡*Nunca* te lo voy a perdonar!

Esto era dar vuelta la situación. La tía Elizabeth estaba tan confundida que casi no sabía qué decir o hacer. Lo peor de todo era que de pronto se vio asaltada por un sentimiento muy desagradable de duda con respecto a su propia conducta, puesta en evidencia quizás por la intensidad y la seriedad de la acusación de Emily. Por primera vez en su vida, a Elizabeth Murray se le ocurrió preguntarse si había hecho bien. Por primera vez en su vida se sintió avergonzada, y la vergüenza la puso furiosa. Era intolerable que la hicieran sentir avergonzada *a ella.*

Por un momento, se miraron no como tía y sobrina, no como niña y adulta, sino como dos seres humanos con odio en el corazón: Elizabeth Murray, alta, austera, con los labios apretados; Emily Starr, blanca de cara, con los ojos hechos pozos de llamas ardientes y los brazos temblorosos abrazados a sus cartas.

-Así que ésta es tu gratitud -dijo la tía Elizabeth-. Eras una huérfana sin un centavo, yo te traje a mi casa, te he dado abrigo, alimento, educación y cariño y éstas son las gracias que me das.

La tempestad de ira y resentimiento le impidió a Emily sentir el aguijón de estas palabras.

-Tú no querías traerme contigo -dijo-. Me hicieron sacar suertes y me trajiste porque te tocó a ti. Sabían que alguno de ustedes tenía que recogerme porque eran los orgullosos Murray y no podían permitir que una pariente fuera a un asilo de huérfanos. La tía Laura ahora me quiere pero tú no. ¿Por qué tengo que quererte yo?

-¡Niña desagradecida!

-No soy desagradecida. Traté de ser buena, traté de obedecerte y de complacerte, hago todo lo que puedo para ayudar a pagar por lo que me dan. Pero no tenías derecho a leer mis cartas a papá.

-Esas cartas son una vergüenza y serán destruidas -dijo la tía Elizabeth.

-No. -Emily las apretó con más fuerza. -Prefiero quemarlas yo misma. Tú no las tendrás nunca, tía Elizabeth.

Sintió que las cejas se le juntaban, sintió la mirada Murray en su cara, supo que estaba venciendo.

Elizabeth Murray se puso más pálida, si es que esto era posible. En ocasiones, ella misma podía mirar con la mirada Murray, no era eso lo que la consternaba, sino esa cosa extraña que parecía asomarse por detrás de la mirada Murray que siempre quebraba su voluntad. Tembló, se estremeció, cedió.

-Quédate con tus cartas -dijo, con amargura- y desprecia a la vieja que te abrió las puertas de su casa.

Salió de la sala. Emily quedó dueña del campo. Y de inmediato su victoria se le convirtió en polvo y cenizas en la boca. Subió a su habitación, escondió las cartas en el armario, encima de la repisa del hogar, se metió en la cama y se hizo un ovillito con la cara hundida en la almohada. Todavía le dolía la sensación de humillación, pero por debajo había otra pena, una pena que comenzaba a doler terriblemente.

Le dolía haber lastimado a Elizabeth, porque sintió que, por debajo de su enojo, la tía Elizabeth se sentía lastimada. Eso sorprendió a Emily. Habría esperado el enojo de la tía Elizabeth, por supuesto, pero nunca habría supuesto que podría afectarla de otra manera. Sin embargo, había visto algo en los ojos de la tía Elizabeth cuando le arrojó la última frase hiriente, algo que hablaba de una profunda herida.

-¡Ay! ¡Ay! -gimió Emily. Se puso a llorar, ahogada, contra la almohada. Se sentía tan mal, que no podía salirse de sí misma y observar su propio sufrimiento con una especie de disfrute de lo teatral, no podía hacer que la mente analizara sus sentimientos, y cuando Emily se sentía así de desgraciada era porque el sentimiento era muy fuerte y no hallaba ningún consuelo en sí mismo. La tía Elizabeth no la retendría en Luna Nueva después de una pelea tan envenenada como ésta. La echaría, por supuesto. Emily estaba convencida de esto. No había nada peor. ¿Cómo podía vivir lejos de su querida Luna Nueva?

-Y tal vez me queden ochenta años de vida -gemía Emily. Pero peor que todo esto era el recuerdo de esa mirada en los ojos de la tía Elizabeth.

El sentimiento de su propia humillación y del sacrilegio se esfumaron ante ese recuerdo. Pensó en todas las cosas que le había escrito a su padre sobre la tía Elizabeth, cosas tajantes, desagradables, algunas justas, otras injustas. Comenzó a sentir que no tendría que haberlas escrito. Era cierto que la tía Elizabeth no la quería, que no había *querido* llevarla a Luna Nueva. Pero el hecho era que la había llevado y, si bien lo había hecho por sentido del deber y no por amor, así había sido. No tenía sentido decirse a sí misma que no haya escrito las cartas para ningún ser vivo, para que las vieran y leyeran otros. Mientras estuviera bajo el techo de la tía Elizabeth, mientras le debiera la comida que comía y la ropa que vestía a la tía Elizabeth, no debía decir, ni siquiera a su padre, cosas desagradables de ella. Una Starr no lo habría hecho. "Debo ir a pedirle perdón a la tía Elizabeth", pensó Emily al fin, cuando toda la pasión la abandonó y en su lugar quedaron sólo el pesar y el arrepentimiento. "Seguro que nunca me perdonará, de ahora en adelante va a odiarme. Pero tengo que ir."

Se dio vuelta boca arriba, pero en ese momento se abrió la puerta y en ella apareció la tía Elizabeth. Cruzó la habitación, se detuvo junto a la cama y miró la carita dolorida sobre la almohada, una carita que, a la luz escasa de un atardecer lluvioso, con el rastro de las lágrimas y los ojos ensombrecidos, se veía extrañamente madura y sufrida.

Elizabeth Murray seguía austera y fría. La voz sonó severa, pero dijo algo asombroso.

-Emily, no tenía ningún derecho a leer tus cartas. Admito que estuve mal. ¿Me perdonas?

-¡Ay! -La palabra fue casi un grito. La tía Elizabeth había hallado por fin la manera de conquistar a Emily. La niña se levantó, le echó los brazos al cuello a la tía Elizabeth y dijo, ahogada:

-Ay, tía Elizabeth, perdóname, perdóname, no tendría que haber escrito esas cosas, pero las escribí cuando estaba dolorida, y no creía en todo lo que escribía, de verdad, no creía en las peores. Ay, ¿me crees, verdad, tía Elizabeth?

-Me gustaría creerte, Emily. -Un estremecimiento sacudió la forma tiesa y alta. -No... no me gusta pensar que me odias, tú, la hija de mi hermana, la hija de la pequeña Juliet.

-¡No, no te odio, no te odio! sollozó Emily-. Y te querré, tía Elizabeth, si me dejas, si tú *quieres* que yo te quiera. Pensé que no te importaba nada. Querida tía Elizabeth.

Emily le dio a la tía Elizabeth un abrazo impetuoso y un beso apasionado en la blanca mejilla surcada por delgadas arrugas. La tía Elizabeth le dio un beso contenido en la frente y luego dijo, como cerrando la puerta sobre todo el incidente:

-Será mejor que te laves la cara y bajes a cenar. Pero había aún otra cosa por aclarar.

-Tía Elizabeth -susurró Emily-. No puedo quemar esas cartas, ¿sabes?, son de papá. Pero te diré lo que voy a hacer. Voy a revisarlas todas y voy a poner un asterisco en todo lo que dije de ti y después agregaré una nota explicativa diciendo que estaba equivocada.

Emily pasó durante varios días sus momentos libres poniendo sus "notas explicativas" y entonces su conciencia tuvo reposo. Pero, cuando quiso volver a escribirle una carta a su padre descubrió que ya no significaba nada para ella. La sensación de realidad, de cercanía, de estrecha comunión, había desaparecido. Tal vez había estado ocurriéndole de manera gradual, mientras la niñez comenzaba a fundirse con la adolescencia, tal vez la amarga escena con la tía Elizabeth sólo había convertido en polvo algo que había perdido hacía tiempo el espíritu. Pero, fuera cual fuese la explicación, ya no era posible seguir escribiendo esas cartas. Las extrañaba terriblemente, pero no podía volver a ellas. Una puerta de la vida se había cerrado a sus espaldas y no podía reabrirse.

30
CUANDO SE ALZÓ LA CORTINA

Sería agradable poder dejar registrado que después de la reconciliación en el mirador, Emily y la tía Elizabeth vivieron en absoluta concordia y armonía. Pero la verdad es que las cosas siguieron más o menos igual que antes. Emily avanzaba despacio, y trataba de mezclar la sabiduría de la serpiente y la inocuidad de la paloma en proporciones prácticas, pero los puntos de vista de las dos eran tan diferentes que no podía no haber choques. No hablaban el mismo idioma: no podía no haber malentendidos.

Y sin embargo había una diferencia, una diferencia vital. Elizabeth Murray había aprendido una lección importante: que no hay una ley de lo que es justo para los niños y otra de lo que es justo para los adultos. Siguió siendo tan autoritaria como siempre, pero no le hacía ni le decía a Emily nada que no le habría hecho o dicho a Laura, de darse la ocasión.

Emily, por su parte, había descubierto el hecho de que, por debajo de su superficie de frialdad y severidad, la tía Elizabeth en realidad sentía afecto por ella, y era maravillosa la diferencia que esto hacía. Les quitaba a las "manías" y a las palabras de la tía Elizabeth todo sarcasmo y curaba por completo una herida no demasiado consciente que Emily guardaba en el corazón desde el incidente de cuando se echaron suertes en Maywood.

"Ya no creo que soy un deber para la tía Elizabeth", pensó Emily, feliz.

Ese verano, Emily creció rápidamente en cuerpo, mente y alma.

La vida era deliciosa, y se hacía más y más interesante, como una rosa que se abre. Las formas de la belleza llenaban su imaginación y ella las transfería de la mejor manera posible al papel, aunque en éste nunca eran tan hermosas, y Emily experimentaba los dolorosos momentos en que el verdadero artista descubre que:

Nunca sobre la tela del pintor vive
El encanto que ha soñado su fantasía.

Quemó muchas de las "cosas de antes", incluso *La hija del mar* fue reducida a cenizas. Pero la pequeña pila de manuscritos que estaba en el armario, encima de la repisa del hogar, en el mirador, se hacía más grande cada vez. Emily ahora guardaba allí sus garabateos, dado que el estante del sofá de la buhardilla había sido profanado y, además, de alguna manera sentía que la tía Elizabeth no volvería a inmiscuirse con sus "papeles privados", los guardara donde los guardase. Ahora no iba a la buhardilla a leer o a soñar, para eso, el mejor lugar era su querido mirador. Adoraba esa pequeña habitación, para ella era casi como una cosa viva, alguien que compartía su alegría y que la consolaba en su dolor.

llse también crecía, y florecía hacia una belleza y un brillo extraños, sin conocer más ley que su propio placer, sin reconocer más autoridad que su propio capricho. La tía Laura se preocupaba por ella.

-Será mujer tan pronto... y, ¿quién va a cuidar de ella? Allan no.

-Yo ya no tengo paciencia con Allan -dijo la tía Elizabeth, cortante-. Está siempre dispuesto a reprender y aconsejar a los demás. Pero no mira dentro de su propia casa. Aquí viene y me ordena que haga esto o aquello, o que no lo haga, por Emily, pero si le digo una sola palabra sobre llse, levanta los techos. Que un hombre se vuelva contra su propia hija y la descuide como él ha descuidado a llse sencillamente porque la madre no resultó ser lo que debió haber sido, como si la pobre criatura tuviera la culpa...

-Shhh -dijo la tía Laura, justo en el momento en que Emily atravesaba la salita, camino a su habitación.

Emily sonrió para sus adentros, con tristeza. No hacía falta que la tía Laura chistara. A Emily no le quedaba nada por averiguar sobre la madre de Ilse, nada, excepto lo más importante, eso que ni ella ni ningún ser viviente sabía. Pues Emily jamás había abandonado su convicción de que nadie conocía la verdad sobre Beatrice Burnley. A menudo pensaba en ese tema cuando estaba acostada en la nuez negra de sus noches, escuchando el gemido del golfo y a la Señora Viento que cantaba en los árboles, y se quedaba dormida deseando intensamente poder resolver ese misterio antiguo y oscuro y destruir esa leyenda de vergüenza y dolor.

Emily subió, algo lánguida, al mirador. Iba a escribir un poco más de su cuento, "El fantasma del pozo", en el que estaba tejiendo la vieja leyenda del pozo en el campo de Lee, pero, por alguna razón, le faltaban ganas. Volvió a poner el manuscrito en el armario de la repisa y se puso a releer una carta de Dean Priest que le había llegado ese día, una de sus cartas

gordas, divertidas, caprichosas, deliciosas, en la cual le contaba que iba a pasar un mes con su hermana, en Blair Water. Le llamó la atención que este anuncio no la alegrara más. Estaba cansada; le dolía la cabeza. Emily no recordaba haber tenido dolor de cabeza nunca antes. Ya que no podía escribir, decidió acostarse y ser *Lady Trevanion* un rato. Ese verano Emily era *Lady Trevanion* con mucha frecuencia, en una de las vidas de ensueño que había comenzado a inventarse. *Lady Trevanion* era la esposa de un conde inglés y, además de ser una novelista famosa, era miembro de la Cámara de los Comunes británica, donde siempre aparecía vestida de terciopelo negro y con una majestuosa coronita de perlas en los cabellos oscuros. Era la única mujer en la Cámara y, como esto sucedía antes de la época de las sufragistas, tenía que soportar muchos desprecios, insinuaciones e insultos de parte de los poco galantes varones que la rodeaban. La escena favorita del sueño era, para Emily, una en la que ella se ponía de pie para pronunciar su primer discurso, un acontecimiento emocionante. Como a Emily se le hacía difícil hacerle justicia a la escena con ideas propias, siempre recurría a "La respuesta de Pitt a Walpole", que había encontrado en su *Royal Reader, y* la declamaba, con variantes apropiadas. El orador insolente que había provocado a *Lady Trevanion* obligándola a hablar la había despreciado como *mujer y Lady Trevanion,* magnífica en su terciopelo y sus perlas, se había puesto de pie, entre chistidos y un silencio espeso, y dijo:

"El crimen atroz de ser una mujer del cual el honorable miembro me ha acusado, con tanto espíritu y tanta decencia, no intentaré paliar ni negar, sino que me conformaré con desear ser una de aquellas cuyas tonterías cesan con su *sexo y no* uno de esos que son ignorantes a pesar de su *virilidad y* su experiencia".

(Aquí siempre era interrumpida por una ovación.)

Pero hoy la escena estaba totalmente desprovista de encanto y para cuando Emily llegó a la frase "Pero la femineidad, señor, no es mi único crimen", abandonó el sueño, disgustada, y se puso a pensar otra vez en la madre de llse, mezclando sus pensamientos con inquietantes especulaciones sobre el clímax de su cuento sobre el fantasma del pozo, confundidas con sus desagradables sensaciones físicas.

Cuando movió los ojos, le dolieron. Tenía frío, aunque ese día de julio hacía calor. Seguía tendida en la cama cuando la tía Elizabeth subió a preguntarle por qué no había ido a traer las vacas de la pastura.

-No... no sabía que era tan tarde -dijo Emily, confusamente-. Yo... me duele la cabeza, tía Elizabeth.

La tía Elizabeth corrió la cortina de algodón blanco y miró a Emily. La vio muy colorada y le tomó el pulso. Entonces le indicó que se quedara allí, bajó y mandó a Perry a buscar al doctor Burnley.

-Probablemente sea sarampión -dijo el doctor, tan enfurruñado como de costumbre. Emily no estaba todavía tan enferma como para que él se pusiera cariñoso. -Hay un brote en Derry Pond. ¿Pudo haberse contagiado de alguien?

-Hace unos diez días estuvieron los dos hijos de Jimmy Joe Belle una tarde. Ella jugó con ellos, siempre juega con gente con la que no tendría que tratarse. Pero no oí nada de que estuvieran enfermos.

Jimmy Joe Belle, cuando se lo preguntaron directamente, confesó que sus "chiquitos" habían caído en cama con sarampión al día siguiente de estar en Luna Nueva. Por lo tanto, no cabían dudas sobre la naturaleza de la enfermedad de Emily.

-Al parecer es un sarampión muy fuerte -dijo el doctor-. Muchos niños de Derry Pond han muerto. Aunque casi todos eran franceses, los dejaban levantarse de la cama antes de

tiempo y tomaban frío. No te preocupes por Emily. Mejor que tenga sarampión de una vez por todas. Manténla calentita y con la habitación a oscuras. Vendré a verla mañana de mañana.

En los cuatro o cinco días siguientes, nadie se asustó mucho. El sarampión es una enfermedad que uno tiene que tener. La tía Elizabeth cuidaba mucho a Emily y dormía en un sofá que pusieron en el mirador. Hasta dejaba la ventana abierta durante la noche. A pesar de eso -tal vez la tía Elizabeth pensó que a raíz de eso- Emily estaba cada día más enferma y al quinto día empeoró. La fiebre le subió mucho y comenzó a delirar. El doctor Burnley fue a verla, cambió de expresión, frunció el entrecejo y cambió el remedio que le había dado.

Me mandaron buscar de White Cross por un caso grave de neumonía -dijo- y mañana de mañana tengo que ir a Charlottetown para estar presente en la operación de la señora Jackwell. Le prometí que iría. Estaré de regreso al atardecer. Emily está muy inquieta, ese organismo excitable suyo evidentemente es muy susceptible a la fiebre. ¿Qué son esas tonterías que dice de la Señora Viento?

-Ay, no sé -dijo la tía Elizabeth, preocupada-. Se lo pasa diciendo esas tonterías, aun cuando está bien. Allan, dímelo francamente, ¿hay algún peligro?

-Siempre hay peligro con este tipo de sarampión. No me gustan estos síntomas, la erupción tendría que haber aparecido ya y, sin embargo, no hay señales. Tiene mucha fiebre, pero no creo que debamos alarmarnos por ahora. Si creyera lo contrario, no iría a la ciudad. Manténla lo más quieta posible, complácele cualquier capricho si puedes, no me gusta esa intranquilidad mental. Parece muy alterada, como si algo la estuviera preocupando mucho. ¿Ha tenido algo en la cabeza últimamente?

-No, que yo sepa -dijo la tía Elizabeth. De pronto se dio cuenta, con pena, de que en realidad ella no sabía mucho de la mente de la niña. Emily nunca habría ido a contarle a ella sus problemas y preocupaciones.

-Emily, ¿qué es lo que te preocupa? -preguntó el doctor Burnley con suavidad, con mucha suavidad. Tomó la manito caliente y agitada con su gran manaza, con mucha delicadeza.

Emily levantó la mirada con los ojos muy abiertos, brillosos por la fiebre.

-Ella no pudo haber hecho eso, no pudo haber hecho eso. -Claro que no pudo -dijo el doctor, animadamente-. No te preocupes; no lo hizo.

Sus ojos le enviaron un mensaje a Elizabeth: "¿Qué quiere decir?", pero Elizabeth negó con la cabeza.

-¿De quién hablas, querida? -le preguntó a Emily. Era la primera vez que le decía "queridá' a Emily.

Pero Emily estaba en otra parte. El pozo del campo del señor Lee estaba destapado, dijo. Alguien iba a caerse adentro. ¿Por qué el señor Lee no lo tapaba? El doctor Burnley dejó a la tía Elizabeth tratando de tranquilizar a Emily sobre el pozo y se fue de prisa rumbo a White Cross.

Junto a la puerta casi tropieza con Perry, que estaba acurrucado sobre el escalón de piedra, aferrado con desesperación a sus propias piernas.

-¿Cómo está Emily? -preguntó, agarrándole el extremo del abrigo al médico.

-No me molestes, estoy apurado -bramó el doctor.

-O me dice cómo está Emily o me cuelgo de su saco hasta que le salten las costuras -dijo Perry, empecinado-. No puedo sacarles ni una palabra con sentido a esas viejas señoritas. Dígamelo usted.

-Está muy enferma, pero creo que todavía no hay razón para asustarse. -El doctor le dio otro tironcito a su saco, pero Perry no lo soltó hasta no terminar de hablar.

-Tiene que curarla -dijo-. Si le pasa algo a Emily, me ahogaré en el estanque, acuérdese.

Lo soltó tan súbitamente que el doctor Burnley estuvo a punto de irse de cabeza al suelo. Entonces, Perry volvió a acurrucarse en el escalón. Se quedó allí hasta que Laura y el primo Jimmy se fueron a la cama y entonces se metió en la casa y se sentó en la escalera, desde donde podía oír cualquier ruido proveniente de la habitación de Emily. Permaneció sentado allí toda la noche, con los puños apretados, como haciendo guardia contra un enemigo invisible.

Elizabeth Murray cuidó a Emily hasta las dos y entonces Laura tomó su lugar.

-Ha delirado mucho -dijo la tía Elizabeth-. Cómo quisiera saber qué es lo que la preocupa; hay algo. Estoy segura. No es nada más que un delirio. No deja de repetir "Ella no pudo haberlo hecho" con una entonación tan implorante. Ay, Laura, ¿te acuerdas de cuando leí sus cartas? ¿Te parece que se referirá a mí?

Laura negó con la cabeza. Nunca había visto a Elizabeth tan conmocionada.

-Si la niña no... no se cura -dijo la tía Elizabeth. No dijo más y salió rápidamente de la habitación.

Laura se sentó junto a la cama. Estaba pálida y agotada por su propia preocupación y el cansancio, porque no había podido dormir. Quería a Emily como si fuera su hija, y el miedo espantoso que se había apoderado de su corazón no la dejaba ni un instante. Sentada ahí se puso a rezar mentalmente. Emily cayó en un sopor agitado que duró hasta que el gris del alba penetró por el mirador. Entonces abrió los ojos y miró a la tía Laura, miró a través de la tía Laura, miró más allá de la tía Laura.

-La veo venir por los campos -dijo con voz alta y clara-. Viene tan contenta, cantando, piensa en su hijita, ¡ay, apártenla!, Emily le soltó la mano y se dejó caer. La mirada desesperada desapareció de sus ojos. Una gran calma repentina se apoderó de su carita angustiada.

-Yo sé que mantendrás tu palabra -dijo-. Eres muy severa, pero tú nunca mientes, tía Elizabeth.

Elizabeth Murray volvió a su habitación y se vistió con dedos temblorosos. Poco después, cuando Emily había caído en un sueño tranquilo, Laura bajó y oyó a Elizabeth dándole algunas órdenes al primo Jimmy en la cocina.

-Elizabeth, ¿no estarás pensando en serio hacer revisar ese viejo pozo?

-Sí -dijo Elizabeth, resuelta-. Sé que es una tontería, lo sé tan bien como tú. Pero tuve que prometérselo para tranquilizarla, y cumpliré mi promesa. Ya oíste lo que dijo, estaba segura de que yo no le mentiría. Y no lo haré. Jimmy, después de desayunar ve a lo de James Lee y pídele que venga. ¿Cómo se enteró Emily de la historia? -preguntó Laura.

-No lo sé, ay, alguien se la contó, sin duda, tal vez ese viejo demonio de Nancy Priest. No importa quién fue. La conoce y la cuestión es mantenerla tranquila. No es tan trabajoso poner escaleras en el pozo y hacer que baje alguien. Lo que importa es que es muy absurdo.

Se reirán de nosotras por tontas -protestó Laura, cuya porción de orgullo Murray se rebelaba violentamente-. Además, es reabrir todo el escándalo.

-No importa. Cumpliré la palabra que le di a la niña -dijo Elizabeth, empecinada.

Allan Burnley fue a Luna Nueva al atardecer, camino de regreso a su casa desde la ciudad. Estaba cansado, porque había trabajado noche y día durante más de una semana; estaba más preocupado por Emily de lo que quería admitir; se lo veía viejo y bastante abatido cuando entró en la cocina de Luna Nueva.

Sólo el primo Jimmy estaba allí. El primo Jimmy parecía no tener mucho que hacer, aunque era un buen día para guardar heno y Jimmy Joe Belle y Perry estaban apilando los grandes paquetes fragantes secados por el sol. Él estaba sentado junto a la ventana que daba al oeste, con una extraña expresión en el rostro.

-Hola, Jimmy, ¿cómo están las chicas? ¿Y cómo está Emily? -Emily está mejor -dijo el primo Jimmy-. Le apareció la erupción y le bajó la fiebre. Creo que está dormida.

-Bien. No podemos permitirnos perder a esa pequeñita, ¿no, Jimmy?

-No -dijo Jimmy. Pero al parecer no quería hablar del tema. -Laura y Elizabeth están en la salita. Quieren verte. -Hizo una pausa y luego agregó, con un tono extraño: -No hay nada oculto que no haya de ser revelado.

Allan Burnley pensó que Jimmy estaba actuando misteriosamente. Y si Laura y Elizabeth querían verlo, ¿por qué no venían? No era típico de ellas guardar tanta ceremonia. Abrió con impaciencia la puerta de la salita.

Laura Murray estaba sentada en el sofá, con la cabeza sobre el brazo del mueble. Él no le veía la cara, pero supo que estaba llorando. Elizabeth estaba sentada muy erguida en una silla. Estaba con uno de sus mejores vestidos de seda negra y una de las mejores cofias de encaje. Y ella también había estado llorando. El doctor Burnley nunca adjudicaba demasiada importancia a las lágrimas de Laura, fáciles como las de la mayoría de las mujeres, pero que Elizabeth Murray llorara, ¿la había visto llorar alguna vez?

La imagen de llse se le cruzó por la cabeza, su hijita tan abandonada. ¿Le había pasado algo a llse? En un momento espantoso, Allan Burnley pagó el precio de su manera de tratar a la niña. -¿Qué pasa? -exclamó con la mayor rudeza.

-Ay, Allan -dijo Elizabeth Murray-. ¡Que Dios nos perdone! ¡Que Dios nos perdone a todos!

-llse... -dijo el doctor Burnley, balbuceando. -No, no es llse.

Entonces se 4o contó, le contó lo que habían encontrado en el fondo del viejo pozo de Lee, le contó cuál había sido el destino verdadero de la joven esposa amante, risueña, cuyo nombre no había cruzado los labios de este hombre durante doce amargos años.

Fue sólo al atardecer del otro día que Emily vio al doctor. Ella estaba acostada en la cama, débil y laxa, roja como una remolacha con la erupción del sarampión, pero otra vez ella. Allan Burnley se detuvo junto a la cama y la miró.

-Emily, querida niña, ¿tienes conciencia de lo que has hecho por mí? Sólo Dios sabe cómo lo hiciste.

-Yo pensaba que usted no creía en Dios -dijo Emily, intrigada.

-Tú me devolviste la fe en Él, Emily. -¿Por qué? ¿Qué hice?

El doctor Burnley se dio cuenta de que ella no recordaba su delirio. Laura le había dicho que había dormido mucho y muy profundamente luego de la promesa de Elizabeth y que, cuando se despertó, ya se le había ido la fiebre y la erupción le estaba apareciendo rápidamente. No había preguntado nada y no le habían dicho nada.

-Cuando estés mejor te lo contaremos todo -dijo él, sonriéndole. Había mucha pena en su sonrisa, pero también mucha dulzura.

"Ahora sonríe con los ojos, además de con la boca", pensó Emily. -Pero, ¿cómo lo supo? -le susurró Laura Murray cuando el médico bajó-. No puedo entenderlo, Allan.

-Tampoco yo. Estas cosas están más allá de nosotros, Laura -le respondió él, serio-. Lo único que sé es que esta niña me ha devuelto a Beatrice, sin mancha y adorada. Tal vez pueda explicarse racionalmente. Es obvio que a Emily le contaron de Beatrice y le preocupaba la historia, eso lo demuestra esa frase que repetía: "Ella no pudo haberlo hecho". Y las historias del viejo pozo de Lee naturalmente hicieron una fuerte impresión en la mente de una niña tan sensible y tan atenta a los valores dramáticos. En su delirio, mezcló todo con el hecho cierto de la caída de Jimmy en el pozo de Luna Nueva, y el resto fue pura coincidencia. En otros tiempos yo lo habría explicado así, pero ahora... ahora, Laura, sólo digo, con toda humildad, "Un niño los guiará".

-La madre de nuestra madrastra era escocesa, de las tierras altas. Dicen que tenía una segunda visión -dijo Elizabeth- Yo no creía en eso... antes.

Para cuando se consideró que Emily estaba lo bastante fuerte como para enterarse de la historia, la conmoción había pasado en Blair Water. Lo que hallaron en el viejo pozo de Lee fue enterrado en la parcela de los Mitchell en Shrewsbury y levantaron una lápida de mármol blanco: "A la sagrada memoria de Beatrice Burnley, amada esposa de Allan Burnley". La sensación causada por la presencia del doctor Burnley todos los domingos en el antiguo banco de los Burnley había pasado. La primera tarde que se le permitió a Emily levantarse, la tía Laura le contó todo. Su manera de contarlo le quitó para siempre las insinuaciones y la mácula dejadas por la tía Nancy.,

-Yo sabía que la madre de llse no podía haber hecho eso - dijo Emily, con aire triunfal.

-Ahora nos sentimos culpables por nuestra falta de fe -dijo la tía Laura-. Nosotros también tendríamos que habernos dado cuenta de que no era posible, pero en ese momento, Emily, todo parecía en su contra. Era una muchacha hermosa; vivaz, alegre, su amistad con el primo nos parecía natural e inofensiva. Ahora sabemos que así era, pero todos estos años desde su desaparición pensamos diferente. El señor James Lee recuerda claramente que el pozo estaba destapado la noche de la desaparición de Beatrice. Esa noche el hombre que él contrataba había retirado las tablas podridas que lo cubrían, pensando poner nuevas en seguida. Pero entonces se prendió fuego la casa de Robert Greerson y él fue corriendo con todos los demás a ayudar a apagar el incendio. Para cuando terminaron había oscurecido y el hombre no dijo nada sobre el pozo hasta la mañana siguiente. El señor Lee se enojó con él, le dijo que era un disparate dejar un pozo destapado de esa manera. Fue en seguida y él mismo puso las tablas nuevas. No miró para dentro del pozo, de haberlo hecho, no habría visto nada, porque los helechos que crecían en las paredes ocultaban el fondo. Fue después de la cosecha. Nadie volvió a estar en el campo hasta la primavera siguiente. Él nunca relacionó la desaparición de Beatrice con el pozo destapado, ahora no puede dejar de pensar cómo no se le ocurrió. Pero, querida, había habido tantos rumores maliciosos, y se sabía que Beatrice había subido a bordo de *La Dama de los Vientos*. Se dio por sentado que no volvió a tierra firme. Pero había vuelto y se encaminó a su muerte en el viejo campo de Lee. Fue un fin horrible para una vida tan luminosa y tan joven, pero no tan espantoso, después de todo, como se había creído. A lo largo de doce años hemos sido injustos con los muertos. Pero, Emily, ¿cómo pudiste saberlo?

-No lo sé. Cuando vino el doctor aquel día yo no podía acordarme de nada, pero ahora me parece que sí recuerdo algo, como si lo hubiera soñado, como si hubiera *visto* a la madre de llse venir caminando por el campo, cantando. Estaba oscuro, y sin embargo yo alcanzaba a ver el as de corazones. Ay, tía, no sé, pero, no me gusta pensar en eso.

-No volveremos a tocar el tema -dijo la tía Laura, con suavidad-. Es una de esas cosas de lasque es mejor no hablar, uno de los secretos de Dios.

-Quiero saber de Ilse. ¿Ahora el padre la quiere? -preguntó Emily, ansiosa.

-¡Quererla! No puede quererla más. Parece que quisiera darle todo junto el amor que contuvo estos doce años.

-Lo más probable es que ahora la eche a perder con sus indulgencias, como lo hizo antes con su indiferencia -dijo Elizabeth, que llegó con la cena de Emily, a tiempo para oír la respuesta de Laura.

-Haría falta demasiado amor para echar a perder a Ilse -rió Laura-. Lo está bebiendo como una esponja sedienta. Y, a cambio, le da a su padre un amor frenético. No le ha quedado el menor resentimiento por el largo abandono de él.

-De todas maneras -dijo Elizabeth, adusta, acomodando con mano gentil las almohadas detrás de Emily, en un gesto que contradecía su severa expresión-, a él no le va a ser tan fácil. Ilse ha andado suelta durante doce años. A él no le será tan fácil hacer que ahora ella se comporte como corresponde, si lo logra algún día.

-El amor hace milagros -dijo la tía Laura, con suavidad-. Claro que Ilse se muere por venir a verte, Emily. Pero tiene que esperar hasta que no haya peligro de contagio. Le dije que podía escribirte, pero cuando se enteró de que yo tenía que leerte la carta, porque todavía tienes la vista débil, me dijo que iba a esperar a que pudieras leerla tú. Evidentemente -dijo Laura, riendo otra vez-, evidentemente Ilse tiene cosas muy importantes que decirte.

-No sabía-que se puede ser tan feliz como lo soy yo ahora -dijo Emily-. ¡Ay, tía Laura, es tan lindo tener hambre y tener algo para masticar!

31
EL GRAN MOMENTO DE EMILY

La convalecencia de Emily fue lenta. Físicamente se recuperó con una rapidez normal, pero durante un tiempo persistió una especie de languidez espiritual y emocional. No se puede descender a la profundidad de lo oculto y eludir el castigo. La tía Elizabeth decía que estaba holgazaneando. Pero Emily no se contentaba con holgazanear. Era como si la vida hubiera perdido, por una temporada, su sabor, como si una fuente de energía vital se hubiera agotado y debiera volverse a llenar despacio.

En esos momentos, no tenía con quien jugar. Perry, Ilse y Teddy habían caído los tres con sarampión el mismo día. Al principio, la señora Kent declaró, resentida, que Teddy se había contagiado en Luna Nueva, pero en verdad los tres se contagiaron en un picnic de la Escuela Dominical donde fueron niños de Derry Pond. Ese picnic infectó toda Blair Water. Hubo una perfecta orgía de sarampión. En el caso de Teddy e Ilse fue suave, pero Perry, que insistió, apenas aparecieron los primeros síntomas, en ir a su casa con su tía Tom, estuvo a punto de morir. A Emily no le dijeron nada del peligro que corría Perry hasta que pasó, para no preocuparla. Hasta la tía Elizabeth estaba preocupada. Se sorprendió al descubrir cuánto extrañaba a Perry en la casa.

Fue una suerte para Emily que Dean Priest estuviera en Blair Water durante esos días de soledad. La compañía de él era precisamente lo que necesitaba y la ayudó de una manera maravillosa en el camino hacia una recuperación absoluta. Iban juntos en largas caminatas por toda Blair Water, con Tweed olisqueando entre ellos, y exploraron lugares y caminos que Emily no había visto antes. Vieron cómo una luna nueva se hacía vieja, noche a noche;

Librodot

hablaron en recintos de crepúsculo, umbrosos y fragantes, a lo largo de largos caminos rojos de misterio; siguieron el embrujo de los vientos de las colinas; vieron levantarse las estrellas, y Dean le contó todo sobre ellas: las grandes constelaciones de los mitos antiguos. Fue un mes maravilloso, pero el primer día de la convalecencia de Teddy, Emily se fue a Tansy Patch a pasar la tarde y el Giboso Priest caminó, si es que lo suyo podía llamarse caminar, solo.

La tía Elizabeth estuvo muy amable con él, aunque no le gustaban mucho los Priest de Priest Pond, y nunca se sentía del todo cómoda bajo la mirada burlona de los ojos verdes de Giboso y la sutil mofa de su sonrisa, que parecía hacer del orgullo Murray y de las tradiciones Murray algo mucho menos importante de lo que en realidad eran.

-Tiene ese dejo de los Priest -le dijo a Laura-, aunque en él no es tan fuerte como en la mayoría de ellos. Y es cierto que está ayudando a Emily; desde su venida, esa niña ha comenzado a animarse.

Emily siguió "animándose" y, para diciembre, cuando la epidemia de sarampión había pasado y Dean Priest se había ido en uno de sus repentinos viajes a Europa para pasar el otoño, estuvo

otra vez lista para ir a la escuela, un poco más alta, un poco más delgada, un poco menos niña, con sus grandes ojos grises y sombreados que habían visto la muerte y habían leído el acertijo de algo enterrado y que de allí en adelante siempre tendrían un recuerdo esquivo, persistente, de ese mundo detrás del velo. Dean Priest lo había visto, el señor Carpenter lo vio cuando ella le sonrió a través del escritorio, en la escuela.

-Ya ha dejado atrás la infancia del alma, aunque sigue siendo una niña en cuerpo -murmuró.

Una tarde, entre los días dorados y los resplandores de octubre, él le pidió, refunfuñando, que le permitiera ver algunos de sus poemas.

-Nunca quise alentarte -dijo-. Ni quiero hacerlo ahora. Probablemente no seas capaz de escribir ni un verso de poesía verdadera y nunca puedas. Pero déjame ver tus cosas. Si no tienen remedio, te lo diré. No te dejaré desperdiciar años de tu vida luchando por alcanzar lo inalcanzable, al menos no quiero esa carga sobre mi conciencia. Si hay algo prometedor en lo que escribes, te lo diré con la misma honestidad. Y tráeme también algunos de tus cuentos, por ahora son pura basura, estoy seguro, pero veré si hay señales de que puedes continuar.

Esa tarde, Emily pasó una hora de mucha solemnidad, sopesando, eligiendo, rechazando. Al paquetito de poemas agregó uno de los cuadernos que contenía, según ella, sus mejores cuentos. Al día siguiente fue a la escuela con un aire tan secreto y misterioso que llse se ofendió, se puso a decirle cosas, pero se interrumpió. Ilse le había prometido a su padre que trataría de dejar el hábito de pelear. Estaba adelantando mucho y su conversación, si bien era menos vívida, comenzaba a aproximarse a los patrones de Luna Nueva.

Ese día, Emily hizo un lío con sus lecciones. Estaba nerviosa y asustada. Tenía un respeto enorme por la opinión del señor Carpenter. El padre Cassidy le había dicho que siguiera; Dean Priest le había dicho que algún día podría escribir bien, pero tal vez sólo habían querido alentarla porque la querían y no deseaban herir sus sentimientos. Emily sabía que el señor Carpenter no haría eso. No importaba que la quisiera, igual amputaría sus aspiraciones sin piedad si consideraba que no había en ella raíces que valieran la pena. Si, por el contrario, le daba ánimos, ella se contentaría con eso e iría contra el mundo, sin perder jamás fuerzas ante cualquier crítica futura. No era de extrañar que ese día pareciera cargado de una importancia enorme para Emily.

Cuando terminaron las clases, el señor Carpenter le pidió que se quedara. Ella estaba tan blanca y tensa, que los otros alumnos pensaron que el señor Carpenter la había pescado en algo especialmente malo y que ella sabía que iba a ser castigada. Rhoda Stuart le dirigió una sonrisa significativamente maliciosa desde el porche, que Emily ni siquiera vio. Es que ella estaba en una alta corte, en la que el señor Carpenter era juez supremo, y toda su carrera futura -creía ella- pendía de su veredicto.

Los alumnos desaparecieron y un suave silencio soleado se instaló en la vieja aula. El señor Carpenter sacó de su escritorio el paquetito que ella le había dado a la mañana, avanzó por el pasillo y se sentó en el asiento delante de ella, mirándola. Con gesto deliberado se caló los anteojos sobre la nariz ganchuda, sacó los manuscritos y comenzó a leer o, mejor dicho, a hojearlos, dejando caer comentarios, mezclados con gruñidos, carraspeos y exclamaciones, dirigidos a ella, mientras leía. Emily cruzó las manos, heladas, sobre el pupitre y pasó los pies alrededor de las patas de la silla para no temblar. Era una experiencia terrible. Deseaba no haberle dado sus versos al señor Carpenter. Eran malos, por supuesto que eran malos. Recuerda al director del *Enterprise.*

-¡Ajá!-dijo el señor Carpenter-. "Crepúsculo'. Señor, cuántos poemas se han escrito al "Crepúsculo".

Las nubes se juntan espléndidas
en el portón sin rejas del cielo,
al oeste, donde esperan las bandas
de espíritus de ojos estelares.

Dios mío, ¿qué quiere decir?

-No... no lo sé -balbuceó la sorprendida Emily, cuya compostura había huido ante la arremetida súbita de la mirada punzante de él.

El señor Carpenter gruñó.

-Por lo que más quieras, niña, no escribas algo que ni tú misma entiendes. Y éste, "A *la vida".* "Vida, no te pido que me obsequies la alegría de un arco iris", ¿es sincero eso? ¿Lo es, niña? ¿De verdad no le pides a la vida "la alegría de un arco iris"?

La traspasó con otra mirada. Pero Emily comenzaba a recuperarse en parte. De todas maneras, se sentía extrañamente avergonzada de los deseos tan elevados y altruistas expresados en ese soneto.

-No...-respondió, a desgano-. Sí quiero alegrías de arco iris, y muchas.

-Claro que sí. Todos las queremos. No las conseguimos, tú no las conseguirás, pero no seas tan hipócrita como para simular que no las quieres, ni siquiera en un soneto. "Versos a la cascada de una montaña." "Sobre las rocas oscuras como la blancura del velo de una novia." ¿Dónde viste una cascada en una montaña en la Isla Príncipe Eduardo?

-En ningún lado; hay una foto en la biblioteca del doctor Burnley.

-Arroyo en el Bosque:

Tiemblan los rayos del sol dorado
y estremecen los arbustos encorbados
sobre el pequeño río sombreado.

Se me ocurre otra buena rima para este poema, y es "degollado". ¿Por qué no la incluiste?

Emily se encogió.

-"Canción del viento":

He sacudido el rocío de los prados
del sayo color crema del trébol...

Bonito, pero débil. "Junio". Junio, por Dios todopoderoso, niña, no escribas poemas sobre junio. Es el tema más aburrido del mundo. Se ha escrito hasta morir sobre él.

-No, junio es inmortal -exclamó de pronto Emily, con una chispa de rebeldía que tomaba el lugar de la tensión en sus ojos.

No iba a permitir que el señor Carpenter tuviera siempre la razón. Pero el señor Carpenter había hecho a un lado a *junio* sin leer ni un verso.

-"Cansada del mundo hambriento", ¿qué sabes tú del mundo hambriento?, tú, en ese refugio de Luna Nueva, entre árboles viejos y viejas doncellas, aunque sí es hambriento. "Oda al Invierno", las estaciones son una enfermedad que tienen que tener todos los poetas jóvenes, parece, ¡ja! "La primavera no olvida", *eso* es bueno, el único verso bueno en el poema. Ajá, "Divagaciones"

He aprendido el secreto de la runa
que canturrean los pinos sombríos en la ladera...

¿Lo has aprendido? ¿Has aprendido ese secreto?

-Creo que lo he sabido siempre -dijo Emily, con expresión soñadora. Ese destello de dulzura inimaginable que a veces la sorprendía acababa de llegar y de irse.

-"Propósito y Esfuerzo", demasiado didáctico, demasiado didáctico. No tienes derecho a intentar enseñar nada hasta que seas vieja, y entonces no tendrás ganas de enseñar.

Su rostro era como una estrella pálida y clara

¿Te estabas mirando al espejo cuando escribiste eso? -No... -dijo, indignada.

-"Cuando la luz de la mañana se estremece como una bandera en la colina", un buen verso, un muy buen verso...

Ah, en una mañana tan dorada
Vivir es un deleite...

Suena demasiado a Wordsworth. "El mar en septiembre", "azul y de un brillo austero", "de un brillo austero", niña, ¿cómo haces para combinar tan bien los adjetivos? "Mañana", "todos los temores secretos que acosan a la noche", ¿qué sabes *tú* de los temores que acosan a la noche?

-Algo sé -dijo Emily, decidida, recordando su primera noche en Wyther Grange.

"A un Día Muerto... "

Con esa calma fría en la frente
que sólo los muertos pueden llevar...

¿*Viste* alguna vez la calma fría en la frente de los muertos, Emily? -Sí -dijo Emily, con suavidad, recordando aquel amanecer gris en la vieja casa de la hondonada.

-Me imaginé, de lo contrario no podrías haber escrito eso, pero incluso así, ¿cuántos años tienes, muchachita?

-Cumplí trece en mayo.

-¡Ajá! "Versos al niño pequeño de la señora de George Irving", tendrías que estudiar el arte de los títulos, Emily, hay una moda para los títulos, como para todo. Tus títulos son tan anticuados como las velas de Luna Nueva.

Profundamente duerme con los rojos labios apretados
Como un hermoso pimpollo junto al pecho de su madre

El resto no vale la pena leerlo. "Septiembre", ¿te quedó algún mes al que no le hicieras un poema? "Prados ventosos hondos en la cosecha", buen verso. *Blair Water a la luz de la Luna*, Telaraña, Emily, nada más que telaraña. El *Jardín de La Luna Nueva*

Risas ilusorias y viejas canciones
de hombres y muchachas felices...

Buen verso, supongo que Luna Nueva está llena de fantasmas. "La muerte, su amante, hizo bien su papel", eso podría haber pasado en tiempos de Addison, pero no ahora, Emily, no ahora...

Tus hoyuelos azules son las tumbas
donde juegan un millón de rayos de sol enterrados...

Atroz, niña, atroz. Las tumbas no son campos de juego. ¿Tú jugarías si estuvieras enterrada?

Emily se encogió y volvió a ruborizarse. ¿Cómo ella no se había dado cuenta? Cualquier idiota se hubiera dado cuenta.

Navegad, barcos, velas blancas, navegad.
Hasta más allá del horizonte púrpura.
Desaparecéis de la vista. En el rubor del alba
Navegad, bajo la estrella vespertina.

Basura, basura, y sin embargo aquí hay una imagen:

Lamed con suavidad, olas púrpuras. Sueño.
Y los sueños son dulces. Ya no despertaré.

Ah, pero tendrás que despertar si quieres lograr algo. Muchacha, utilizaste la palabra *púrpura* dos veces en el mismo poema.

"Botones de oro en un dorado frenesí...

"un dorado frenesí", muchacha, puedo *ver* el viento sacudiendo los botones de oro.

De los portones púrpura del oeste vengo...

Te gusta demasiado el púrpura, Emily.

-Es una palabra tan linda -dijo Emily.

Sueños que parecen
demasiado brillantes para morir...

Lo parecen, pero nunca lo son, Emily...

Voz seductora del eco, la fama...

¿De modo que tú también la oíste? Es una seducción y, para la mayoría de nosotros, sólo un eco. Y esto es todo.

El señor Carpenter hizo a un lado las hojas, dobló los brazos sobre el pupitre y miró a Emily por encima de sus anteojos. Emily le devolvió la mirada, muda, sin nervios. Toda la vida parecía haberle abandonado el cuerpo y haberse concentrado en sus ojos.

-Diez versos buenos en cuatrocientos, Emily, comparativamente buenos, quiero decir, y todo el resto no sirve para nada, Emily, para nada.

Me... imagino -dijo Emily, en un hilo de voz.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y le temblaron los labios. No pudo evitarlo. El orgullo quedaba desesperadamente hundido en la amargura de su desilusión. Se sintió exactamente como una vela que alguien acaba de apagar.

-¿Por qué lloras? -preguntó el señor Carpenter. Emily se secó las lágrimas y trató de sonreír. -Lamento... lamento que le hayan parecido malos -dijo. El señor Carpenter dio un golpe sobre el escritorio.

-¡Que me parecieron malos! ¿No te dije que había diez buenos versos? Muchachita, por diez buenos hombres Sodoma se habría salvado.

-¿Quiere decir que... después de todo...? -La vela volvía a arder.

-Claro que quiero decir eso. Si a los trece años eres capaz de escribir diez buenos versos, a los veinte escribirás diez veces esa cantidad, si los dioses son bondadosos contigo. Pero deja tranquilos a los meses, y tampoco te creas un genio porque *puedas* haber escrito diez versos buenos. Yo creo que hay *algo* que quiere expresarse a través de ti, pero tendrás que convertirte a ti misma en un buen instrumento. Tienes que trabajar mucho y sacrificarte y, por Dios, niña, has elegido a una diosa muy celosa. Una diosa que nunca deja escapar a sus devotos, ni siquiera cuando hace oídos sordos para siempre a sus ruegos. ¿Qué tienes ahí?

Con el corazón estremecido, Emily le dio el cuaderno. Estaba tan feliz que su felicidad le salía de todo su ser como un verdadero resplandor. Vio su futuro maravilloso, brillante -ah,

su diosa la escucharía- "Emily B. Starr, la distinguida poeta", "E. Byrd Starr, la prometedora joven novelista".

Una risita del señor Carpenter la trajo de su ensueño. Emily se preguntó, algo incómoda, de qué se reiría. No le parecía que hubiera nada gracioso en *ese* cuaderno. Contenía sólo tres o cuatro de sus últimos cuentos: "La Reina de las mariposas", un cuento de hadas; *La casa desilusionada,* en la cual Emily había tejido un sueño de esperanzas que se convertían en realidad después de muchos años; El *secreto del valle* que, a pesar de su título, era un fantasioso diálogo entre el Espíritu de la Nieve, el Espíritu de la Lluvia Gris, el Espíritu de la Niebla y el Espíritu de la Luz de la Luna.

-¿Así que piensas que no soy hermoso cuando rezo? -dijo el señor Carpenter.

Emily abrió la boca, la cerró, se dio cuenta de lo que había sucedido, hizo un gesto desesperado por arrebatarle el cuaderno y no lo consiguió. El señor Carpenter lo mantuvo lejos de su alcance y se rió de ella.

¡Le había dado un cuaderno equivocado! Y éste, ¡ay, qué horror! ¿Qué contenía? Mejor dicho, qué no contenía. Bosquejos de *todo el mundo* en Blair Water y una descripción completa-muy completa- del mismo señor Carpenter. Decidida a describirlo con exactitud, Emily había sido tan despiadadamente lúcida como siempre, en especial con las muecas que él hacía a las mañanas cuando abría la escuela con una plegaria. Gracias a su gran habilidad para pintar con las palabras, el señor Carpenter estaba vivo en ese bosquejo. Emily no lo sabía, pero él sí, se vio como en un espejo y el arte de esas palabras le gustó tanto, que nada más le importaba. Además, ella había dibujado sus virtudes con igual claridad. Y había algunas oraciones: "Da la impresión de que sabe muchas cosas que nunca pueden servirle de nada", "Creo que los lunes se pone el saco negro porque le hace sentir que no se ha emborrachado". ¿Quién o qué le había enseñado esas cosas a esta muchachita? ¡Ah, su diosa no abandonaría nunca a Emily!

-Lo siento -dijo Emily, roja de vergüenza sobre su palidez. -Pero, ¿por qué? ¡No habría querido perderme esto ni por todos los poemas que has escrito o que escribirás en tu vida! Por dios, es literatura, *literatura,* y no tienes más que trece años. Pero no sabes lo que te espera, las colinas pedregosas, los ascensos empinados, los embates, los desalientos. Quédate en el valle, si eres sensata. Emily, ¿por qué quieres escribir? Dame una razón. -Quiero ser rica y famosa -dijo Emily, con calma. -Como todo el mundo. ¿Es eso todo?

-No. Me encanta escribir.

-Es una razón más valedera, pero no es suficiente, no es suficiente. Dime una cosa, si supieras que vas a ser pobre como una rata toda tu vida, si supieras que nunca te van a publicar una línea, ¿igual seguirías escribiendo?

-Claro que sí -dijo Emily, desdeñosa-. Es que... *tengo* que escribir; a veces no puedo evitarlo, tengo que escribir.

-Ah, entonces sería perder el tiempo que me ponga a darte consejos. Si está en ti subir, debes hacerlo, hay quienes deben levantar sus ojos a las colinas, no pueden respirar en el valle. Que Dios los ayude si alguna debilidad les impide subir. No entiendes una palabra de lo que estoy diciendo, por ahora. Pero sigue, ¡sube! Bueno, toma tu cuaderno 'y vete a casa. Dentro de trece años podré aspirar a la fama por haber tenido a Emily Byrd Starr de alumna. Ve, ve, antes de que me acuerde de lo irrespetuosa que eres, escribiendo esas cosas sobre mí, y me enoje de verdad.

Emily se fue, todavía un poco asustada, pero extrañamente feliz detrás de su miedo. Se sentía tan feliz que su felicidad parecía irradiarse al mundo con un esplendor propio. Todos los

dulces sonidos de la naturaleza que la rodeaban parecían las palabras quebradas de su propia dicha. El señor Carpenter la observó desaparecer a través del gastado umbral.

-¡Viento, llama y mar! -murmuró-. La naturaleza siempre nos toma por sorpresa. Esta niña tiene lo que yo no tuve nunca, eso por lo que habría hecho cualquier sacrificio. Pero "los dioses no nos dejan quedar en deuda con ellos", pagará por ello, pagará.

Al atardecer, Emily se sentó en el mirador. Estaba inundado de un suave esplendor. Afuera, en el cielo y en los árboles había delicados matices y sonidos aéreos. Abajo, en el jardín, Flor correteaba por los senderos rojos detrás de las hojas secas. Ver sus ancas delgadas, rayadas, la gracia de sus movimientos, le daba placer, como los surcos hermosos, parejos, brillantes de los campos sembrados, más allá del camino, y la primera estrella blanca y débil en el cielo color verde cristal.

El viento de la noche de otoño soplaba sus trompetas del país de las hadas sobre las colinas y, en el bosque de John el Altivo, había risas, como las risas de los faunos. Ilse, Perry y Teddy la esperaban allí; habían hecho una cita para jugar en la penumbra del ocaso. Iría con ellos, dentro de un ratito, no todavía. Estaba tan plena de éxtasis que tenía que escribir antes de regresar de su mundo de sueños al mundo de la realidad. En otro tiempo, lo habría volcado en una carta a su padre. Ya no podía hacerlo. Pero ante ella, sobre la mesa, había un cuaderno flamante. Lo atrajo hacia sí, tomó el lápiz y, sobre la primera página virgen, escribió:

Luna Nueva
Blair Water
Isla Príncipe Eduardo 8 de octubre

Voy a escribir un diario, para que sea editado cuando yo me muera.